

LA SANTÍSIMA TRINIDAD: NUESTRA VIDA, CAMINO Y DESTINO

Tomás Spidlik

¿CONOCES AL PADRE?.....	3
LA FE EN DIOS PADRE.....	3
«PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO»: LA ORACIÓN CRISTIANA	3
LA ORIGINALIDAD DE LA REVELACIÓN CRISTIANA EN EL MUNDO CULTURAL GRECORROMANO	4
COMPARACIÓN ENTRE EL DIOS DE LOS FILÓSOFOS Y EL DIOS BÍBLICO	6
CREO EN UN SOLO DIOS PADRE TODOPODEROSO.....	6
¿SE PUEDE PROBAR LA EXISTENCIA DE DIOS CON ARGUMENTOS DE LA RAZÓN?.....	7
UN CONOCIMIENTO SUPRACIENTÍFICO.....	7
EL CONOCIMIENTO DEL DIOS PERSONAL ESTÁ MÁS ALLÁ DEL CONOCIMIENTO DE LAS COSAS ..	8
SIN FE ES IMPOSIBLE SER GRATOS A DIOS (HB 11,6).....	9
LA PROVIDENCIA DIVINA.....	10
LA PROVIDENCIA PATERNA DE DIOS NOS LIBERA DE LAS OSCURAS FUERZAS DEL DESTINO	10
LA LIBERACIÓN DE LOS ENEMIGOS EXTERNOS E INTERNOS.....	11
UN EJEMPLO DE FE HEROICA EN LA PROVIDENCIA.....	12
¿CÓMO CONCILIAR LA PROVIDENCIA DIVINA CON LOS MALES DEL MUNDO?.....	13
LOS MALES FÍSICOS Y LOS MALES MORALES.....	13
¿EN QUÉ SENTIDO PUEDEN SER PROVIDENCIALES INCLUSO LOS PROPIOS PECADOS?	13
LA ACEPTACIÓN MÍSTICA DE LA PROVIDENCIA SEGÚN V. IVANOV	14
DEMASIADA CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA, ¿NO ES ACASO NOCIVA?	14
UN MENSAJE PARA HOY: RENOVAR EL DIÁLOGO CON EL PADRE.....	15
CONTRA EL RACIONALISMO EN EL CAMPO RELIGIOSO	15
AL PRINCIPIO ERA EL VERBO	16
LA ORACIÓN SE DIRIGE A DIOS PADRE.....	17
LA ORACIÓN DE PETICIÓN DE FAVORES ÚTILES	18
UNA DIFICULTAD METAFÍSICA: ¿CÓMO PUEDE CAMBIAR SUS DECISIONES EL DIOS INMUTABLE?	18
OBREROS EN LA VIÑA DEL PADRE.....	19
LA ORACIÓN Y EL TRABAJO	19
LA VOLUNTAD DE DIOS: PRIMERA REGLA DE PIEDAD	19
LA VOLUNTAD DE DIOS COMO FRUTO DE UNA BÚSQUEDA CONSTANTE	20
EL SENTIDO DE LAS ELECCIONES PERSONALES	20
BAJO LA MIRADA DEL PADRE	21
EL OJO DIVINO QUE LO VE TODO	22
LA PRESENCIA DE DIOS EXTERIOR Y EN EL CORAZÓN.....	22
SED PERFECTOS COMO VUESTRO PADRE CELESTIAL ES PERFECTO (MT 5,48).....	23
¿IMITAR A DIOS?	23
LA VOCACIÓN PERSONAL	24
¿EN QUÉ CONSISTE LA VERDADERA SEMEJANZA CON DIOS?.....	24
EL PECADO, OFENSA PERSONAL A DIOS Y AL PRÓJIMO	25
EL PELIGRO DE UN MORALISMO ESTÉRIL	26
CARENCIAS EN LA COMUNICACIÓN DIALOGAL ENTRE LOS HOMBRES.....	26
UNA IMAGEN PERFECTA DE LA PATERNIDAD DIVINA: LA MATERNIDAD FÍSICA Y ESPIRITUAL DE MARÍA.....	27
EPÍLOGO	27
UNA MEDITACIÓN SOBRE LA PATERNIDAD DIVINA.....	27
¿CONOCES A CRISTO?.....	30
INTRODUCCIÓN.....	30
¿SON TODAS LAS RELIGIONES IGUALES?.....	30
¿EXISTIÓ CRISTO DE VERDAD? ¿SON LOS EVANGELIOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS?	31
EL TESTIMONIO DE LA TRADICIÓN.....	32
CRISTO EN LA CONCIENCIA.....	32
IMÁGENES DE CRISTO	33
LA IMAGEN DE CRISTO EN LA VIDA DE LOS SANTOS	34
CRISTO EN LA LITERATURA	35

UNA REFLEXIÓN PSICOLÓGICA	36
LA IMITACIÓN DE CRISTO	37
LA IMITACIÓN DE CRISTO SUFRIENTE.....	38
PRIMERAS REFLEXIONES DE LOS TEÓLOGOS SOBRE LA FE EN CRISTO: LOS JUDEO-CRISTIANOS ...	39
LOS GRANDES CONCILIOS: NICEA (325), ÉFESO (431) Y CALCEDONIA (451).....	39
EL PENSAMIENTO DE KARL RAHNER.....	40
TÍTULOS DE CRISTO	40
JESÚS SALVADOR	41
DADOR DE VIDA.....	41
REVELADOR - LUZ DEL MUNDO	41
CRISTO DA SENTIDO Y VALOR A LA CULTURA DE UNA NACIÓN.....	42
CABEZA DE LA IGLESIA	43
JESÚS EN LA ORACIÓN	43
JESÚS EN LA LITURGIA.....	43
CRISTO EN LA SAGRADA ESCRITURA	44
CRISTO EN LOS HERMANOS.....	44
CRISTO REY	44
CRISTO LIBERADOR	45
SENTIDO DE LA HISTORIA Y DEL COSMOS	46
¿CONOCES AL ESPÍRITU?	47
INTRODUCCIÓN-RELATO DE LA VIDA DE UN SANTO	47
UN SOLO ESPÍRITU CON EL SEÑOR	48
LA TORRE DE BABEL Y LA ESCALERA DE JACOB	48
TRES BAJADAS DE DIOS	48
EL ESPÍRITU SANTO HACE AL HOMBRE "ESPIRITUAL".....	49
EL "ALMA DE NUESTRA ALMA"	49
LA "ESPIRITUALIZACIÓN" PROGRESIVA DEL ALMA, DEL CUERPO, DEL MUNDO	50
LA OPOSICIÓN ENTRE EL ESPÍRITU Y LA CARNE	50
LA VIDA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD PARTICIPADA EN EL HOMBRE	51
LA COLABORACIÓN DEL HOMBRE.....	51
AUTOR DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS	52
EL ESPÍRITU Y LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA.....	52
EL ESPÍRITU -ALMA DE LA IGLESIA.....	53
CONCLUSIONES DOGMÁTICAS Y ECUMÉNICAS DE ESTAS VERDADES	53
EN LA IGLESIA EL ESPÍRITU NOS HACE CRISTIFORMES	54
TRANSFIGURADOR DEL COSMOS	54
LOS TÍTULOS DEL ESPÍRITU	55
SANTIFICADOR	55
VIVIFICANTE.....	55
ILUMINADOR - LUZ	56
INSPIRADOR	56
CONSOLADOR.....	57
FUEGO.....	57
PALOMA	58
LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO	58
LAS VIRTUDES Y LOS DONES	58
EL DON DE SABIDURÍA.....	59
EL DON DE INTELIGENCIA.....	59
EL DON DE CONSEJO.....	60
EL DON DE FORTALEZA	60
EL DON DE CIENCIA	61
EL DON DE PIEDAD.....	61
EL DON DE TEMOR DE DIOS	62
LA CONSCIENCIA DEL ESPÍRITU	63
EL SENTIMIENTO DE LA GRACIA.....	63
LOS SIGNOS DEL ESPÍRITU SANTO	63
LOS SIGNOS EXTRAORDINARIOS.....	64
LA EXPERIENCIA DE SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO.....	64
APÉNDICE: LA CREATIVIDAD ARTÍSTICA Y EL ESPÍRITU	65
TODO HOMBRE ES CREADOR ESPIRITUAL.....	65
LA REPRESENTACIÓN DEL HOMBRE ESPIRITUAL EN LA ICONOGRAFÍA.....	66
NOSOTROS EN LA TRINIDAD	66
PRÓLOGO	66

EL HOMBRE ANTE EL MISTERIO	67
PREFACIO DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD.....	67
UNA DUDA PRELIMINAR.....	67
LA REVELACIÓN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD EN EL CONTEXTO DE LA CULTURA EUROPEA	68
LA FE DE LA IGLESIA	69
EL SÍMBOLO ATRIBUIDO A SAN ATANASIO.....	69
LA EXPERIENCIA DE LOS MÍSTICOS.....	70
LAS IMÁGENES DE LA TRINIDAD	71
LAS SAGRADAS ESCRITURAS Y LA TRADICIÓN	72
EL ANTIGUO TESTAMENTO.....	72
EL NUEVO TESTAMENTO.....	73
LOS PROBLEMAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA	74
LOS PRIMEROS GRANDES CONCILIOS.....	75
LAS REFLEXIONES DE SAN AGUSTÍN	76
LOS AUTORES MEDIEVALES.....	77
PARTIR DE LA VIDA DIVINA PARA COMPRENDER LO CREADO	78
EL CAMINO INDICADO POR KARL RAHNER.....	78
LA TRINIDAD INMANENTE: COMUNICACIÓN PERSONAL	79
LAS PERSONAS EN EL DIÁLOGO	80
LA CREACIÓN DEL MUNDO.....	80
EL MUNDO, REFLEJO DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU	81
CRISTO - PRIMOGÉNITO DE TODA CRIATURA.....	82
LA TRINIDAD Y EL MISTERIO DE LA CRUZ.....	82
EL HIJO DE DIOS ENTRA EN EL SUFRIMIENTO HUMANO	83
EL REFLEJO DE LA TRINIDAD EN LA VIDA DE LA IGLESIA	85
LA IGLESIA	85
LOS SACRAMENTOS	86
LA TRINIDAD Y LA FAMILIA.....	87
EL MATRIMONIO.....	87
EL MATRIMONIO Y LA IGLESIA	88
EL MATRIMONIO COMO IMAGEN DE UNA REALIDAD SUPERIOR.....	89
EL MATRIMONIO Y LA VIRGINIDAD	90
LA AMISTAD.....	91
SED PERFECTOS CORNO VUESTRO PADRE CELESTIAL ES PERFECTO (MT 5,48)	92
LA PERFECCIÓN PERSONAL: LA VOCACIÓN.....	92
LA VOCACIÓN TRINITARIA EN EL ACTUAR HUMANO.....	92
EL REFLEJO DE LA TRINIDAD EN LA VIDA INTERIOR DEL HOMBRE	93
LA EXPERIENCIA TÍPICAMENTE CRISTIANA	94
LA SANTÍSIMA TRINIDAD, CLAVE PARA LLEGAR A LA VERDAD ÍNTEGRA.....	95
EL REENCUENTRO DE LA PLENA LIBERTAD PARA LA VOLUNTAD HUMANA	96
EL CORAZÓN, UNIDAD DE LA PERSONA, UNIDAD DEL AMOR.....	97
LAS VIRTUDES DIVINAS Y LA ORACIÓN	98
LA FE, LA ESPERANZA, LA CARIDAD.....	98
LA HUMILDAD	99
LA ORACIÓN.....	100
MARÍA, PROTOTIPO DE LA VIDA DIVINO-HUMANA	101
¿CÓMO SE REFLEJA EL MISTERIO DE MARÍA EN EL NACIMIENTO DE LOS DEMÁS HOMBRES? ...	102
EPÍLOGO(BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD).....	103

¿CONOCES AL PADRE?

LA FE EN DIOS PADRE

«PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN EL CIELO»: LA ORACIÓN CRISTIANA

Los cristianos saben que el «Padre nuestro» es su oración más antigua y auténtica. Los estudios bíblicos lo confirman. Con esto no queremos decir que en las demás religiones no se encuentre en absoluto la idea de la paternidad divina. Por ejemplo, el Dios supremo de los romanos se llamaba Júpiter, que proviene de Deus Pater, Dios Padre. Las oraciones dirigidas a él en poema de Virgilio así lo

muestran: « ¡Padre de los dioses y de los hombres!» Algunos querían explicar este hecho con el culto antiguo a los antepasados o con la mitología sobre el origen divino de los reyes. En el fondo, todos los pueblos han creído que los muertos viven y, si su recuerdo es sagrado, serán colocados en el mundo divino. Se puede entonces decir que, según las creencias primitivas, las divinidades se insertan en la vida de la estirpe o de la familia con los títulos que tenían antes de morir.

También el Dios de Israel, en el Antiguo Testamento, se comporta con el pueblo elegido como un padre (cf. Sal 89,27; Is 63,15; 64,7). Así, los judíos son invitados a apreciarlo y a obedecerle. Sin embargo, no se atreven a invocarlo directamente con la oración «Padre nuestro» hasta el último período. Es en el ambiente helenístico donde leemos la invocación del Sirácida (23,1.4):« ¡Señor, padre y dueño de mi vida!». Las oraciones de los judíos palestinos en tiempos de Jesús, menos helenizados, se mantenían en el estilo antiguo: profesaban la paternidad divina hacia su pueblo, pero no lo invocaban individualmente con el título de «Padre».

Sin embargo, aparece claramente en los textos de los evangelios que es Jesús mismo quien invoca continuamente a Dios como padre propio, personalmente. San Marcos (14,36) conserva la palabra en la lengua original: Abbá, justo como la pronunció Jesús en su angustiosa oración en Getsemaní. Se trata de una expresión popular del lenguaje de los niños hacia sus padres. Los judíos no se habrían atrevido a usarla en las oraciones.

Este recurso constante de Cristo a su Padre es una revelación nueva. Nos enseña que Jesús tiene con Dios una relación especial, diferente de la de los demás hombres. De hecho los fariseos se escandalizaban de esto, «intentaban matarlo, porque no sólo violaba el sábado, sino que también llamaba a Dios Padre suyo, haciéndose igual a Dios» (Jn 5,18).

Al exhortarnos también a nosotros a decir «Padre nuestro», nos introduce en el misterio escondido durante siglos, en la intimidad de la vida divina, en la que comenzamos a participar. ¿Entendían esto los discípulos? Al principio no se daban mucha cuenta. Y cuando el mismo Jesús lo explicó explícitamente en el discurso después de la última cena (Jn 14,8ss), se cree que san Juan, que estaba apoyado en el pecho de Jesús, fue el que captó el sentido profundo del misterio. Ciertamente la conciencia de este privilegio inefable está claramente testimoniada en las cartas de san Pablo a los Gálatas y a los Romanos. En ellas se conserva también la expresión aramea original: ¡Abbá! (cf. Ga 4,6; Rm 8,15). Los cristianos procedentes de ambiente heleno no la comprendían y por eso nació probablemente la expresión doble: «Abbá, Padre».

Orando así, los cristianos son conscientes de que su relación con Dios no es "paternal" sólo en sentido metafórico, vago, sino que expresa el privilegio inaudito de la filiación divina, participada por el que propiamente es el Hijo y que nos regala su Espíritu en el corazón. La voz del Espíritu divino se une a nuestra oración y le da una fuerza desconocida para la sola naturaleza humana.

Se cuenta que el hijo de un rey de Francia en edad joven fue reprendido por su educador con palabras severas. El pequeño era consciente de su dignidad y protestó: «No te atreverías a hablarme así si te dieras cuenta de que soy el hijo de tu rey». Pero el educador no se inmutó: «Y tú no tendrías el valor de protestar si te dieras cuenta de que yo soy hijo de tu Dios y de que lo llamo cada día "Padre nuestro" ».

La verdadera originalidad de esta invocación cristiana es aún más evidente si se compara con los conceptos religiosos del ambiente cultural grecorromano en el que comenzó a penetrar el mensaje del evangelio.

LA ORIGINALIDAD DE LA REVELACIÓN CRISTIANA EN EL MUNDO CULTURAL GRECORROMANO

Podría parecer que el mensaje cristiano encontró un terreno bien preparado en el ambiente de su tiempo. La fe en un Dios único era cada vez más aceptada universalmente. El ateísmo del tiempo reciente es un fenómeno extraño. En la larga historia de la humanidad ha habido sólo unos pocos casos raros. Cicerón había encontrado algunos ateos pero se maravillaba que pudieran existir. Ve que la religión existe en todos los pueblos del mundo y concluye: aquello sobre lo que están de acuerdo todos los hombres debemos razonablemente aceptarlo como verdadero.

Sin embargo, el escepticismo religioso era fuerte también en aquella época. Sin negar a Dios, no se aceptaban ya las creencias en las divinidades paganas tradicionales. Cicerón vivió en el período posterior a una larga evolución del pensamiento filosófico griego y después también latino. Y los filósofos son

generalmente escépticos con respecto a las formas de religión populares. Fue difícil tener fe en los dioses griegos, colocados en el Olimpo, de los que se contaban historias escandalosas. Los hombres cultos no los combatían. Más bien encontraron una forma elegante de no despreciar la religión oficial: considerar a los dioses del Olimpo como personificaciones simbólicas de los elementos naturales: del rayo, de los ríos, del mar, del amor sexual, etc.

¿Eran, pues, prácticamente ateos? No se consideraban como tales. No tenían fe en la mitología religiosa, no aceptaban la existencia de los dioses olímpicos, pero estaban firmemente convencidos de la existencia de un Dios supremo único, que da sentido a la multiplicidad que encontramos en el mundo. ¿Qué características debe tener? Es seguro que no puede tener las debilidades humanas que encontramos en los dioses mitológicos. Debe existir como la suma perfección, como idea de la bondad suprema, de la belleza, o como ley inmutable del universo. Opiniones similares tenían a finales del siglo XVIII los llamados "deístas", que rechazaban las religiones concretas, también el cristianismo, pese a querer conservar la profesión de un sólo Dios verdadero. Pero, ¿puede su Dios ser llamado Dios también en nuestro sentido cristiano?

Podemos ilustrar esto con un ejemplo extraído del catecismo para niños. La pequeña Margarita, a la edad de seis años, recibió de su madre, por el día de su cumpleaños, una bonita muñeca con las palabras: « ¡Trátala como si fuera tu hija!». Después de algún tiempo la madre vio sorprendida que la niña había tirado la muñeca en el camino y la había quemado. «Margarita, ¿cómo has podido hacer algo así?». La pequeña se defendió con lágrimas en los ojos: «Le he dicho cientos de veces que la quiero, pero la muñeca no me ha contestado ni siquiera una vez. ¿Para qué me servía?».

Un "Dios" puramente filosófico ¿no sería como esa muñeca, en este caso dada a los intelectuales?

En Oriente había -y todavía existen- monasterios llamados "idiorríticos". No tienen un superior que sea un abad en sentido estricto. Los monjes son independientes, pero siguen una regla común. En la Iglesia hay sitios reservados para cada uno de ellos. En los monasterios corrientes, normalmente cerca del altar, está la silla para el superior. En un monasterio idiorrítico, en cambio, en su lugar está el libro de las reglas monásticas, dado que el "padre abad" no existe. ¿Cuál es el resultado? La idiorritmia monástica se considera como una forma de decadencia de la vida monástica. Aún más decadentes debemos considerar a las religiones que no profesan al Dios vivo y paterno.

COMPARACIÓN ENTRE EL DIOS DE LOS FILÓSOFOS Y EL DIOS BÍBLICO

Uno de los primeros encuentros entre el concepto de Dios que nos propone la filosofía -o sea a través de reflexiones intelectuales- y el Dios que nos revela la Biblia tuvo lugar en Alejandría de Egipto. Aquí, en una ciudad que se podía considerar universitaria, vivió en tiempos de Cristo uno de los más grandes filósofos judíos, Filón de Alejandría. Aquí es también donde se tradujo el Antiguo Testamento a la lengua griega. Un día Filón llevó el texto griego de la Biblia a sus colegas universitarios para convencerlos de que también los judíos, y no sólo los griegos, conocen los libros de la sabiduría, la filosofía. Sin embargo, no tuvo éxito. A los filósofos paganos la Biblia les pareció un libro ridículo. Para ellos, describía un concepto de Dios primitivo e ingenuo. El Dios de Israel, como se lee en la historia sagrada, cambia de opinión con frecuencia: promete algo, luego se lanza contra la infidelidad de su pueblo y amenaza con castigarlo, pero finalmente se reconcilia gracias al arrepentimiento y los sacrificios. El verdadero Dios, afirmaban los filósofos, es eternamente inmutable, impasible.

Además el Dios de Israel, como se lee en la Biblia, hace milagros: separa las aguas del mar, del Jordán... Pero un milagro, objetaban los filósofos, es una turbulencia en el orden cósmico maravilloso, garantizado por las leyes inmutables.

Filón debió responder a estas graves objeciones y lo hizo como pudo. Su argumento se puede resumir así: si Dios no puede hacer milagros, si no puede escuchar las oraciones de su pueblo y concederlas, no será un Dios libre, sino sólo una ley inexorable. Y si Dios no es libre, tampoco podrá serlo el hombre, creado a su imagen y semejanza (cf. Gn 1,25-26). ¿Y cuál sería la dignidad del hombre, si estuviera privado de toda libertad?

Filón tenía razón. El Dios que se revela en el Antiguo Testamento es una persona que actúa libremente. No es impasible. Por el contrario, lo que resalta en su actitud hacia su pueblo es que es misericordioso. La miseria de los hombres le conmueve, escucha sus oraciones, el arrepentimiento de los pecadores le lleva a perdonar. No es una pura "idea" o una "ley del cosmos", sino una persona viva que tiene sentimientos paternos. Filón concluye: los filósofos paganos, pese a profesar la Divinidad, son "ateos", pues ignoran al Dios vivo y verdadero, tal y como éste se ha revelado al pueblo de Israel.

CREO EN UN SOLO DIOS PADRE TODOPODEROSO

En Israel se conservó, pues, la conciencia de que Dios se comporta con su pueblo y con todo individuo como un padre. Esto es algo completamente distinto del Dios de los sabios de este mundo. La conciencia de esta diferencia fue aún más fuerte entre los cristianos y encontró su expresión en el primer artículo de fe. En este contexto, es necesario señalar un matiz en la oración del "Credo". Estamos acostumbrados a decir: «Creo en un solo Dios», separando las palabras siguientes con una pausa o una coma. De este modo se afirma que es necesario creer en Dios en primer lugar. A continuación la revelación nos enseña que en Dios hay tres Personas divinas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

En la liturgia de las Iglesias orientales la pausa o coma se hace después de las dos palabras siguientes, se dice así: «Creo en un solo Dios Padre todopoderoso». Esto responde mejor a la situación de la Iglesia naciente de los primeros siglos. Los hombres, generalmente, profesaban la existencia de un Dios, pero, como hemos visto, no conseguían admitir que fuera un Padre misericordioso y que pudiera actuar libremente en el cosmos. Y es en este contexto en el que se profesa el primer artículo de fe en la paternidad omnipotente de Dios. Dicha profesión no es la conclusión de razonamientos intelectuales o filosóficos, es un artículo de fe revelada.

Hay una historia edificante extraída de los apotegmas islámicos. Se cuenta que, en tiempos del emir Bu Muslim Marvazi, un dervís inocente fue acusado de robar. Lo capturaron y lo metieron en la cárcel. Caída la noche, Bu Muslim vio al Profeta en sueños y éste le dijo: «Oh Bu Muslim, me ha enviado el Señor porque uno de sus amigos está en tu prisión. ¡Levántate y sácalo!». Bu Muslim se despertó y, tal y como estaba, sin vestir, corrió a la puerta de la prisión, ordenó que la abrieran, sacó al dervís y le pidió perdón diciendo: « ¡Pide un deseo!» El dervís respondió: «Oh emir, quien tiene un Señor como el mío que a medianoche saca del calor de la cama a Bu Muslim para enviarlo a liberarme de la desventura, ¿podría lícitamente pedir ayuda a otro pidiéndole un deseo?» Bu Muslim rompió a llorar y el dervís se fue.

¿SE PUEDE PROBAR LA EXISTENCIA DE DIOS CON ARGUMENTOS DE LA RAZÓN?

Sobre este punto hay una divergencia entre los teólogos occidentales y algunos orientales. El Concilio Vaticano I reafirmó la larga tradición de los autores escolásticos que habían desarrollado mucho los argumentos racionales para probar la existencia de Dios. Se hicieron famosas las "vías" de santo Tomás de Aquino. En el mundo todo se mueve. ¿De dónde viene el movimiento? Siempre de otro impulso distinto. Y éste de uno anterior y así continuamente. Decir que funciona así hasta el infinito no sería una explicación, sino la renuncia a toda explicación. Es necesario, por tanto, suponer la existencia de un primer motor inmóvil: Dios. Y un argumento similar es válido para todas las cosas que observamos o pensamos. Unas cosas son menos perfectas, otras lo son más. Esto significa que al principio debe existir un ser totalmente perfecto, el máximo del bien y de la belleza: Dios.

Sin embargo, entre los teólogos ortodoxos abundan los que niegan la validez de estos argumentos para probar la existencia de Dios. Ésta es objeto de fe revelada y no fruto de un razonamiento lógico. ¿Cómo resolver esta divergencia de opiniones? Se trata de un equívoco. Es necesario establecer primero qué queremos decir con la palabra "Dios". Si con ella indicamos la causa primera del universo y del pensamiento humano, la suma perfección, condición de todo bien y belleza, entonces la existencia de Dios, en este sentido, se puede probar con la razón humana como necesaria. De hecho, la gran mayoría de los pensadores de la humanidad así lo admite. Pero es distinto si con la palabra "Dios" llamamos a nuestro «Padre que está en el cielo». Dios, en este sentido, nos ha sido revelado por Jesucristo y es objeto de la fe cristiana.

Para aceptar la fe en la verdadera paternidad divina son necesarias la iluminación del Espíritu Santo y la caridad. Por eso, en el rito bizantino, antes de recitar el Credo, el diácono anima a los fieles: «Amémonos los unos a los otros para que podamos profesar unánimemente (y sigue la oración habitual): Creo en un sólo Dios Padre todopoderoso».

Podemos ilustrar esta diversidad de posturas con un hecho curioso. En tiempos del régimen ateo predominante en los países del Este, se publicó un Diccionario del ateísmo que pretendía combatir las "supersticiones no científicas". La palabra «Dios» tenía la siguiente definición: «Un ser mitológico que los fieles creen que escucha sus peticiones en la oración y al que pueden acudir cuando lo necesitan. No es, por lo tanto, una noción científica».

Los creyentes se sentían ofendidos cuando se presentaba así la religión a los niños en el colegio. Curiosamente, podríamos admitir que la "definición" del diccionario no sería básicamente errónea si se quisiera dar de forma no polémica. Nos choca sólo la palabra "ser mitológico". Porque en el lenguaje de hoy la «mitología» es un conjunto de cosas en las que no creemos. Pero en su origen, el término «mito» significaba simplemente todo aquello que se conoce por un relato que nos han revelado otros. Es así, de hecho, como aceptamos la fe en Dios Padre: por la revelación de la Iglesia, y no por un argumento "científico" cualquiera, no por puro razonamiento.

En las familias cristianas los primeros "reveladores" de esta fe son los padres. Un escritor eslovaco ha escrito una novela: *A quién pertenece el sol*. Nos cuenta la historia de un niño de una familia muy pobre. Pero él no se sabía pobre porque vivían felices. El descubrimiento tuvo lugar en el colegio, cuando los demás lo consideraron pobre. Entonces el niño preguntó a su madre: «¿Por qué somos pobres?». Y recibió la siguiente explicación: «Porque la casa no es nuestra, porque esto no es nuestro, porque tampoco aquello es nuestro...». El chico se quedó aturdido. No lo sabía. Finalmente hizo una última pregunta, decisiva: «¿Y de quién es el sol?». La respuesta de su madre lo hizo muy feliz: «El sol es del buen Dios». Fue la revelación de la paternidad divina lo que después le sostuvo toda la vida.

UN CONOCIMIENTO SUPRACIENTÍFICO

La fe en Dios Padre es, por tanto, objeto de fe, no resultado de investigaciones "científicas". Este hecho entristece a algunos. De acuerdo con la mentalidad de nuestro tiempo, consideramos verdadero sólo aquello que se puede verificar científicamente. La ciencia se ha convertido en la reina del conocimiento humano. Juzga lo que pertenece al campo de sus conocimientos y rechaza lo que no es claro y evidente. Según la historia de Dostoevskij, el hombre científico se construye un palacio de cristal.

Como material de construcción utiliza sólo aquello que se puede probar o con la visión directa de sus propios ojos o lo que constituye la conclusión lógica de sus razonamientos. Las cosas no claras se rechazan para evitar el peligro del "oscurantismo medieval". El palacio se levanta con un impulso soberbio hacia lo alto y posee muchas estancias reservadas a las distintas ramas del conocimiento humano. Al principio queda aturdido por su esplendor. Después de poco tiempo comienza a aburrirse porque no encuentra ni la libertad ni el amor. Estas dos cosas no serán nunca "científicamente claras" porque son realidades personales. Como consecuencia tampoco las personas vivas, concretas, pueden entrar en este palacio.

Dostoevskij añade una consideración más: «El hombre del subsuelo» (de hecho este es el título simbólico del libro que se ocupa de estos problemas) fue asegurado de que en un siglo o dos la ciencia progresaría tanto que todo en nuestro mundo sería tan claro «como dos y dos son cuatro». El hombre quedó impresionado. Y después, inclinando la cabeza, preguntó: « ¿Y qué haré yo entonces?».

Con gran estima por la ciencia y con admiración por sus progresos debemos darnos cuenta de sus límites. Su campo es el conocimiento de las "cosas" pero se le escapa el conocimiento de las "personas". Entonces con mayor razón la ciencia debe capitular ante el conocimiento de Dios que es Padre, persona viva, libre y amante por excelencia. Estamos ante el misterio de la fe. No por ello disminuye la grandeza divina. La experiencia de confianza de la verdadera fe en Dios no es inferior al conocimiento científico, sino superior, más elevada.

Collin, un pensador liberal inglés, se encontró con un obrero que iba a la iglesia. Lo conocía, y por tanto se permitió bromear: «Tu Dios, ¿es grande o pequeño?». «Es tan grande que no puede entrar en tu cabeza; y, por otra parte, es tan pequeño que puede habitar en mi corazón». Collin confesó que muchos habían querido combatir su ateísmo con argumentos apologeticos o científicos pero ninguno de tales razonamientos le había impresionado tanto como la confesión de este sencillo obrero.

EL CONOCIMIENTO DEL DIOS PERSONAL ESTÁ MÁS ALLÁ DEL CONOCIMIENTO DE LAS COSAS

En tiempos recientes, el teólogo ruso P. Florenskij ha insistido mucho en esta distinción: la diferencia entre conocer las cosas y conocer a las personas. Es necesario elegir, en estos casos, dos puntos de partida bastante distintos. Para conocer las cosas se parte del principio cartesiano de la idea clara y distinta, de la evidencia objetiva. No podemos negar aquello que hemos visto con nuestros ojos. Del mismo modo, aquello que es cierto matemáticamente constituye un fundamento válido para posteriores reflexiones. De ello se derivan conclusiones lógicamente ciertas. Pero no se puede seguir así hasta el infinito. A continuación, si queremos saber más, las nociones se hacen menos seguras, inciertas y finalmente se formulan sólo teorías probables. La ciencia no se atreve a ir tan lejos. Se para en aquello que es seguro. Construye, según las palabras que hemos tomado de Dostoevskij, un palacio de cristal, lleno de cosas bellas pero prohibido para los misterios y por tanto para las personas.

De hecho, cualquier hombre que conozcamos será siempre un misterio para nosotros. Nunca podremos decir que tenemos de él un conocimiento claro y verdadero. ¿Cómo aproximarnos a él entonces? Florenskij establece tres grados de aproximación. El primero es darle confianza, una confianza en cierto modo ciega, no segura, quizás arriesgada (*Credo quia absurdum*). El segundo grado se desarrolla muy pronto. El hombre del que nos hemos fiado comienza a revelarse, a contarnos de él mismo, y nosotros empezamos a entenderle. Estamos, por tanto, contentos de haberle creído y esperamos conocerle mejor a continuación (*Credo ut intelligam*). Transcurrido un cierto período podemos decir incluso que le entendemos muy bien (*Intelligo quia credo*). Esta comprensión mutua se da, por ejemplo, en la familia, donde existe la confianza recíproca, el amor y el contacto cotidiano. Las personas se comprenden porque se quieren.

Dado que el Padre celestial es la Persona por excelencia, la aproximación a él tiene lugar de modo análogo: se comienza fiándonos de él, se mantiene un contacto frecuente con él a través de la oración. El amor a Dios y la admiración por sus misterios, que se revelan en nuestra alma, nace de este contacto frecuente.

Si al principio la fe en Dios parecía un salto en el vacío, al final se presenta como la vida y la luz de todo hombre que viene al mundo (cf. Jn 1,3ss).

Un viajero famoso, Branks, después de largos viajes, volvió a su patria y fue recibido por el rey Jorge V que le preguntó: « ¿Cuál es la cosa más bella que habéis visto en el mundo?». La respuesta fue: «Majestad, al que es el Señor del mundo».

SIN FE ES IMPOSIBLE SER GRATOS A DIOS (HB 11,6)

El evangelio repite, casi en cada página, la necesidad de la fe para acercarse a Dios. «Quien crea y se bautice se salvará, quien no crea será condenado» (Mc 16,16). En efecto, la salvación consiste en conocer a Dios y sin fe es inaccesible. En tiempos de la Reforma había animadas discusiones entre los católicos y los cristianos procedentes de las Iglesias protestantes sobre la cuestión de la fe que salva. Hoy los teólogos de ambas Iglesias reconocen que se trataba de equívocos provocados por la oscuridad de los conceptos usados en la controversia.

Si preguntamos a un católico, procedente de la gente normal, qué entiende por "fe", con mucha probabilidad responderá que se trata de la verdad contenida en el catecismo. Por ejemplo, los milagros de Jesús que se narran en las Escrituras "forman parte de nuestra fe"; las revelaciones "privadas", por el contrario, "no pertenecen a la fe".

Para los protestantes, el ejemplo clásico de fe es Abraham, «padre de todos los creyentes» (cf. Rm 4,11). Sabía poco de Dios, pero tenía una confianza ilimitada en él. Estuvo dispuesto, no sólo a reconocer como verdad todo lo que Dios le dijo, sino también a ponerlo en práctica inmediatamente. Evidentemente, una fe así, en sí misma, justifica, hace al hombre grato a Dios.

Estos dos aspectos de la fe, si queremos llamarlos "católico" y "protestante", son, en realidad, inseparables. Lo señaló, entre los Padres de la Iglesia, san Cirilo de Jerusalén: el que quiere acercarse a Dios debe, en primer lugar, tener confianza en él. Pero si nos fiamos de alguien aceptamos como verdadero lo que dice, aquello en lo que nos propone creer. Se sobreentiende que la confianza personal dada a Dios es un aspecto primario.

Así fue, en el Antiguo Testamento, la fe de Abraham. No le fue fácil. Para seguir el camino del Señor debió dejar su tierra, su patria, y esto, en aquellos tiempos, implicaba dejar toda seguridad al nivel social. Se convirtió en peregrino, esperando la nueva patria que Dios le había prometido. El punto fundamental de la promesa era la idea de convertirse en padre de un gran pueblo nuevo. Con todo, él y su mujer envejecían y no tenían hijos. Cuando después nació el hijo de la promesa, Dios le pidió que lo ofreciera en sacrificio. Este sacrificio fue impedido en el último momento por Dios. El resultado de estas pruebas fue evidente: la certeza de que Dios es fiel a sus promesas y que fiarse de él es la única seguridad en este mundo lleno de turbulencias.

En la Antigua alianza otro ejemplo de gran fe es David. Último de la última familia de Israel, también él prófugo de su patria durante años, debe convertirse en rey, en fundador de una dinastía. Con la confianza en Dios realiza todo esto, venciendo a todos los enemigos, incluso a los de su propia familia. Pero ocurrió algo peor. Dios le fue fiel, David lo podía constatar en todo momento. Pero el que no permaneció fiel fue precisamente David. Cometió adulterio y también un grave crimen, asesinando a Urías, el marido de la mujer que quería tener. Descubrió que se puede mantener la confianza en Dios haciendo penitencia y confesando el propio pecado. La fidelidad de Dios se reveló hasta el punto de que el futuro Salvador del mundo descendería precisamente de la estirpe del rey David.

Mediante una fe así, dice la Carta a los Hebreos «los antiguos recibieron un buen testimonio f...1, por la fe subyugaron reinos, ejercieron la justicia, alcanzaron las promesas, cerraron la boca de los leones, apagaron la violencia del fuego, escaparon al filo de la espada, convalecieron de la enfermedad, fueron valientes en la guerra, pusieron en fuga a los ejércitos enemigos...» (11,2.33-34).

Si la Antigua Alianza comienza con Abraham, padre de todos los creyentes, al principio del Nuevo Testamento encontramos la fe de María, "feliz" porque «ha creído» (cf. Lc 1,45). Tampoco fue fácil para ella. La promesa de convertirse en madre del Salvador llegó del arcángel. El nacimiento de Jesús estuvo acompañado por cantos de los ángeles y por el homenaje de los Reyes de Oriente. Pero a esto siguieron años de vida gris en Nazaret, sin milagros y sin señales especiales de Dios y, al final, la misión apostólica del Mesías terminó con la apostasía de su pueblo y con la cruz ignominiosa. Algunos Padres de la Iglesia han afirmado que la Virgen sufrió la tentación de la duda al pie de la cruz y que, precisamente en el

Calvario, aprendió el último grado de sabiduría, la de la cruz, o sea, la confianza firme incluso ante la muerte y ante el aparente abandono de Dios.

Y en la vida de los santos, ¡cuántos ejemplos encontramos de confianza en Dios! Los justos del Antiguo Testamento descubrieron que el Dios de Israel es el Dios fiel y misericordioso, el Dios del que decimos: «es eterna su misericordia» (Sal 135). El Nuevo Testamento nos asegura que se revela como padre cuya providencia se extiende a todo y a todos.

San Francisco de Sales marca bien la diferencia entre un esfuerzo de perfección aislado, ante uno mismo, casi egoísta, y otro que esté motivado por el diálogo con Dios. Lo explica con un ejemplo. Cuando una joven se mira al espejo y se complace porque es bella, es vanidad. Pero cuando hace el mismo gesto para dar placer a su esposo, deja de ser vanidad, es amor. Así, también el alma debe mirarse en el espejo de la conciencia propia, no para permanecer cerrada en ella misma, sino con el solo pensamiento de dar gusto a Dios.

LA PROVIDENCIA DIVINA

LA PROVIDENCIA PATERNA DE DIOS NOS LIBERA DE LAS OSCURAS FUERZAS DEL DESTINO

Dios ha creado el mundo. El catecismo añade: «Y lo conserva y gobierna». Los teólogos afirman que la conservación del mundo es la continuación de la creación. De hecho, es impensable que Dios pueda crear el mundo y abandonarlo luego a su destino. Su acción se nos hace continuamente presente a través de su Providencia. "Proveer"-significa -tener cuidado de y asumir la responsabilidad del mundo, sobre todo de los hombres. Este hecho debe liberarnos de temores y preocupaciones dañinas.

El hombre primitivo teme a los dioses y a los espíritus malignos. Intenta evitarlos o conciliarse con ellos a través de ofrendas. La ciencia y la cultura nos liberan del temor supersticioso a los seres malignos misteriosos. Pero esto crea un nuevo temor: nos muestra la impotencia del hombre ante las leyes inexorables e inmutables de la naturaleza. En el gran mecanismo del cosmos, el hombre se siente como un pequeño polluelo que puede ser pisoteado en cualquier momento por los pasos de un destino maligno.

Hacia el final de la antigüedad grecorromana, cuando los dioses olímpicos se convirtieron tan solo en símbolos de las fuerzas naturales, la necesidad de las leyes naturales recibió una denominación especial: destino, *fatum* (de aquí deriva el «fatalismo»). Se decía popularmente que, incluso los dioses, luchan inútilmente contra el destino. Aquello que está "destinado" no se puede evitar. El *fatum* es la ley del mundo, inmutable como los círculos de las estrellas en el cielo. No queda más remedio que reconciliarse con el destino o, como decían los astrólogos, someterse a los movimientos de los cuerpos celestes.

De hecho, en el mundo antiguo estaba muy difundida la astrología. Circulaba a su favor el siguiente argumento: lo más perfecto es causa de lo menos perfecto; los movimientos regulares de las estrellas en el cielo son mucho más perfectos que la vida humana, llena de trastornos. Por eso, ésta debe ponerse de acuerdo con la disposición de las estrellas. Los "astrólogos" se creían expertos en el arte de adivinar qué constelación del cielo sería propicia a ciertas acciones humanas.

Por esta razón los Padres de la Iglesia escribían polémicamente *Contra el destino* (es el título de un tratado de san Gregorio de Nisa) o *Sobre la Providencia divina* (por ejemplo, Teodoreto de Ciro). En la naturaleza existen leyes necesarias: es inútil negarlo. Pero más allá de ellas, en la profundidad de la vida divina, existe aquel que tiene todo en sus manos y que nos ha mandado llamarlo «Padre nuestro en el cielo», que alimenta a los pájaros y viste a las flores (cf. Mt 6,30) y que nos ha asegurado: «Pedid y se os dará» (Mt 7,7).

San Ignacio de Antioquía, discípulo de san Juan evangelista, dice en una de sus cartas que los magos de Oriente buscaban a Jesús nacido «bajo una estrella», pero luego descubrieron que era la estrella la que debía ir adonde naciera Jesús, debía obedecer a aquel que es dueño de las estrellas. Con esto la astrología fue abolida. San Gregorio de Nisa discutió con un filósofo fatalista. Admite con gusto que lo más perfecto es causa de lo que es menos perfecto. Pero sería un grave error creer que los

planetas, sin inteligencia, sean más perfectos que el hombre libre, creado a imagen de Dios, rey del universo.

Una de las imágenes -más antiguas de Cristo, llamada en griego Pantokrátor (omnipotente, que tiene todo en sus manos), lo representa sobre el trono imperial y bajo sus pies hay pintado, a veces, un iris. El sentido espiritual es una admonición: no temáis a los hombres, ni siquiera a los poderosos; soy yo el que gobierna la sociedad humana; no temáis tampoco a las fuerzas de la naturaleza porque están bajo mis pies.

Federico el Grande de Prusia visitó una vez el colegio de un pueblo. En esa hora se enseñaba geografía. Para mostrar al rey lo que sabían los niños, la maestra preguntó: « ¿Dónde está nuestro pueblo?» «En Prusia». « ¿Y dónde está Prusia?» «En Alemania» «En Europa». « ¿Y dónde está Europa?» Un poco dubitativo un chico respondió: «En la tierra». El rey notó que vacilaba y quiso insistir: « ¿Dónde está la tierra?» Pero esta vez el niño respondió rápidamente: «En las manos de Dios». El rey no tuvo más preguntas.

LA LIBERACIÓN DE LOS ENEMIGOS EXTERNOS E INTERNOS

La lucha contra el enemigo es un tema constante del Antiguo Testamento. La existencia de Israel dependía de las victorias en los campos de batalla. Los autores cristianos comprendieron, desde el principio, que esto se debía interpretar simbólicamente. También la vida cristiana es un combate constante. Pero los enemigos ya no son otros pueblos. Se trata, más bien, de enemigos interiores: el diablo, sus tentaciones, los malos pensamientos que invaden la cabeza y quieren adentrarse en el corazón.

Los psicólogos modernos intentan curar a los hombres que sufren por causas psíquicas. A veces se usan métodos sofisticados para disminuir impulsos pasionales anómalos. Por otro lado, se excusan delitos graves declarando que la debilidad psíquica es tal que hace al hombre incapaz de resistirse a las tentaciones. Sin embargo, los psicólogos reconocen que para sanar a estos pacientes es de vital importancia adquirir confianza en uno mismo y en los demás.

Quizás se olvida que los primeros monjes cristianos eran grandes expertos en este campo y nos han dejado escritos consejos preciosos respecto al "discernimiento de los espíritus", a la lucha contra los "pensamientos malignos" y contra todo tipo de tentaciones. Un dogma indiscutible, en este tema, es la fe en que la Providencia divina no permite jamás que seamos tentados tan fuertemente que nuestra naturaleza, junto con la gracia, se haga tan débil que no podamos resistir al mal que intenta entrar en nuestro corazón.

Aunque el misterio de la Santísima Trinidad no hubiera sido revelado aún, el Antiguo Testamento insiste, prácticamente en cada página, sobre el cuidado paternal de Yahvé hacia su pueblo. « ¿Se olvida acaso una mujer de su hijo, hasta el punto de no conmoverse por el hijo de sus entrañas? Aunque hubiera una mujer que lo olvidara, yo no te olvidaré jamás» (Is 49,15). Israel, de hecho, necesitaba continuamente de esta protección al ser un pueblo pequeño en medio de las grandes potencias de aquel tiempo y expuesto, con frecuencia, a los ataques de los enemigos. Sólo Dios, como confiesa el Benedictus, el Cántico de Zacarías, fue siempre «salvación de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odian; ha sido misericordioso con nuestros padres y se ha acordado de su santa alianza, del juramento hecho a nuestro padre Abraham de librarnos de las manos de nuestros enemigos para que le sirvamos en santidad y justicia» (Lc 1, 71-75).

Un asceta de origen sirio, el Pseudos- Macario, escribe que se equivocan los que imaginan al diablo como a un gigante ante el cual seríamos como pequeños enanos. En el peor de los casos, sigue el autor, podemos admitir que el demonio es un luchador tan fuerte como nosotros, pero tímido delante de los que piden ayuda a Dios.

Al principio de su estancia en el desierto, san Antonio Abad sufría mucho a causa de los demonios y se desanimaba. Pero, finalmente, descubrió que los enemigos llevan a cabo sus ataques en la imaginación, en la "parte pasional" de nuestro "yo", y que la mente se puede liberar rezando: « ¡Dios mío ven en mi auxilio! ». El Pseudo-Macario, que acabamos de citar, dice que la malicia llena la periferia de la «ciudad interior del alma», pero el castillo interior de nuestro corazón unido a Dios es inaccesible, salvo

en el caso de que lo abramos deliberadamente. Santa Teresa admira también la solidez de este «castillo interior», convertido en morada de Dios y protegido por él.

UN EJEMPLO DE FE HEROICA EN LA PROVIDENCIA

La liberación de nuestros enemigos constituye un aspecto de la Providencia que podría considerarse "negativo". En cambio, san Máximo Confesor la define como guía positiva: « La Providencia es el celo de Dios por los seres», es «la voluntad de Dios gracias a la cual todos los seres son encaminados hacia el fin adecuado». San Juan Crisóstomo la llama oikonomía, la sabia administración del mundo entero. De la Iglesia y de los hombres se preocupa de un modo totalmente particular. Por eso los santos querían dejarse guiar casi exclusivamente por ella, mostrando su confianza en la Providencia en un grado heroico. Veamos un ejemplo característico de esta actitud.

San Ignacio de Loyola sintió un gran deseo de visitar todos los lugares de la vida de Jesús. En el año 1523 decidió partir para Tierra Santa. Su Autobiografía lo describe con estas palabras.

«Todos los que hablaban con él, sabiendo que no tenía dinero, intentaban disuadirlo de hacer el viaje a Jerusalén. Y le hacían ver muchas razones por las cuales era imposible encontrar un pasaje sin pagar. Pero él tenía en el alma una certeza indestructible que no admitía dudas: encontraría el modo de ir a Jerusalén. Una vez recibida en Roma la bendición del Papa Adriano VI, partió para Venecia, ocho o nueve días después de Pascua. Tenía todavía seis o siete ducados, que le habían dado para el viaje de Venecia a Jerusalén. Él los había aceptado, llevado un poco por los miedos que le habían metido de no poder hacer el viaje de otra manera. Dos días después de salir de Roma comenzó a darse cuenta de que aquel había sido un momento de desconfianza. Le disgustó haberlos aceptado y pensó que sería mejor deshacerse de ellos.

Decidió entonces gastarlos con generosidad, dándolos a la gente que se encontraba, generalmente a gente pobre. Dio tanto que cuando llegó a Venecia no le quedaban más que unos pocos cuartos que necesitó aquella misma noche...».

«Aquel año se habían reunido muchos peregrinos que se dirigían a Jerusalén, pero la mayor parte se volvió a casa dada la nueva situación creada por la conquista de Rodas [por el sultán Solimán]. Quedaron trece en la nave peregrina, que partió primero, y otros ocho o nueve, en la de los gobernadores. Cuando ésta iba a partir, nuestro peregrino cogió unas fiebres fortísimas. Éstas lo atormentaron algunos días, luego lo dejaron. Justo el día de la partida había tomado una purga; y por este motivo los de la casa preguntaron al médico si podía embarcarse para Jerusalén. El médico respondió que si iba para ser enterrado allí, entonces podía ir. Pero se embarcó igualmente y partió aquel mismo día. Vomitó, esto lo alivió mucho y a partir de ahí comenzó a recuperarse del todo».

«En este barco se cometían abiertamente obscenidades y vilezas, que él reprendía con severidad. Los españoles embarcados con él le aconsejaban no hacerlo, porque los marineros hablaban de abandonarlo en alguna isla. Pero Nuestro Señor quiso que llegaran pronto a Chipre, y allí dejaron este barco. Por tierra llegaron a un sitio llamado Las Salinas [hoy Larnaca], que estaba a diez leguas, y se embarcaron en la Peregrina. Al igual que en la primera, en esta nave llevaba para mantenerse sólo la esperanza en Dios. Durante este período se le aparecía muchas veces Nuestro Señor, que le daba muchas consolaciones y fuerza. Después de Chipre llegaron a Haifa e iniciaron el camino a Jerusalén, cabalgando en asnos, de acuerdo con la costumbre del lugar [...]. Poco antes de alcanzar el sitio desde el que se veía la ciudad, dejaron los asnos, porque vinieron a esperarlos los monjes con la cruz».

«El peregrino tuvo una gran consolación al ver la ciudad. A juzgar por lo que decían los demás fue un sentimiento común, acompañado de una alegría que no parecía natural. Experimentó la misma devoción visitando los santos lugares».

Ejemplos parecidos de confianza extraordinaria en la Providencia se encuentran también en la vida de otros santos. Hemos elegido éste porque es característico. ¿No es acaso toda nuestra vida una peregrinación espiritual hacia la Jerusalén celestial?

¿CÓMO CONCILIAR LA PROVIDENCIA DIVINA CON LOS MALES DEL MUNDO?

Los santos experimentan que, para aquellos que aman a Dios, todo sucede para bien (cf. Rm 8,28). Pero no todos tienen tanta fe. «Si Dios existiera de verdad, ¡determinadas cosas no deberían suceder!», objetan con frecuencia los no creyentes. Uno de ellos justificaba su ateísmo así: «Existen guerras y crímenes terribles. Y Dios, ¿qué hace? ¡O no quiere impedirlos, y entonces no es bueno; o no es capaz de frenarlos, y entonces no es omnipotente!» De hecho la existencia del mal es una tentación para no creer en Dios Padre.

Las objeciones de este tipo son antiguas. Por eso los Padres de la Iglesia escribieron tratados titulados Dios no es causa de los males (cf. el escrito de san Basilio). Siendo infinitamente bueno puede obrar sólo el bien en el mundo. Y, sin embargo, hay terremotos, aludes, catástrofes naturales y también crímenes cometidos por los malvados. ¿De dónde viene, entonces, el mal? Del pecado de los primeros hombres y de los pecados de la humanidad. San Juan Crisóstomo dice que Dios los permite, no los impide. Pero, ¿por qué motivo? La respuesta no es fácil. Por eso Crisóstomo reacciona con fuerza contra aquellos que se escandalizan ante la extraña inercia divina, y recuerda que la Providencia divina supera radicalmente la inteligencia humana. Debemos creer firmemente que también los males sirven al bien. Dios actúa como un médico que sana a sus enfermos aunque les haga daño con sus curas. Esto lo explica ampliamente san Juan Crisóstomo, perseguido y muerto en el exilio.

Es una respuesta que dicta la fe, pero es general. ¿Se puede aplicar a todos los males? De hecho los males son de muy distintas clases.

LOS MALES FÍSICOS Y LOS MALES MORALES

Ya Sócrates había hecho una distinción entre males "físicos" y males "morales". Los dolores en la enfermedad, las desgracias en el camino y las catástrofes naturales son males físicos. Por el contrario, los pecados, los crímenes, son males morales. Los males físicos, dicen los Padres, no son males verdaderos. Son como una vara en manos de un padre sabio que sabe que debe castigar al niño díscolo para educarlo en el bien. Cuántos, por ejemplo, aprenden a rezar, a acudir a Dios, sólo cuando se encuentran en la miseria o en peligro. Da testimonio de ello el antiguo proverbio de los marineros: «Quien no sabe rezar que vaya al mar», o sea ¡que experimente una borrasca peligrosa!

En cambio, ¿qué podemos decir del mal moral, del pecado? «¿Cómo se puede vivir en este mundo lleno de maldad?», suspiran a veces los hombres. No es fácil creerlo, pero debemos convencernos de que, ni siquiera el mal, no causado por Dios, escapa al dominio de Dios. Pilatos y los sumos sacerdotes cometieron pecados gravísimos condenando a muerte a Jesús, y, sin embargo, el resultado final de esta condena fue la cruz que ha salvado al mundo entero. Según la leyenda de san Procopio de Bohemia, el diablo se vio obligado a tirar del arado con el que el santo cultivaba la tierra de su monasterio. El maligno había querido impedir la fundación del monasterio, pero al final se vio obligado a ayudar a construirlo.

La leyenda expresa simbólicamente lo que se verifica tantas veces en la historia de la Iglesia y también en la experiencia personal de los creyentes.

La parábola evangélica del hijo pródigo nos muestra cómo uno descubre el verdadero rostro misericordioso de Dios sólo cuando decide volver a la casa paterna, haciendo penitencia por las propias aberraciones. Hay casos en los que se aplica la animosa expresión: O felix culpa!, ¡Oh feliz culpa!

¿EN QUÉ SENTIDO PUEDEN SER PROVIDENCIALES INCLUSO LOS PROPIOS PECADOS?

Los pecados de los demás nos causan sufrimiento. Éste está destinado a perfeccionar la imagen de Cristo en nuestra alma. Pero, ¿qué se puede decir de los pecados que comete el mismo hombre y que lo corrompen? Muchos autores espirituales dicen: jamás podemos llamar a un pecado "providencial". Se trata siempre de un acto «contra la Providencia». Esta conclusión parece lógica, dado que la Providencia es la acción de Dios que nos lleva al bien.

Sin embargo, encontramos, a veces, experiencias extrañas. Uno que ha cometido un gran pecado se siente conmovido como por un shock moral que se convierte en la ocasión de una conversión sincera. El filósofo Heidegger dice que vivir en la maldad es como resbalar en lo más hondo. A menudo, la vuelta a lo más alto no se da antes de tocar el fondo del abismo. En tiempos de los Padres, Orígenes pronunció una opinión similar. Él sabe que también la vida en el mal produce una cierta saciedad de pecar que lleva al hombre a convertirse. ¿Se podría decir que en este proceso algunos pecados son "providenciales"?

Somos conscientes de que el problema no se resuelve con consideraciones abstractas. Desde el punto de vista de la justicia humana tiene razón el hijo mayor, no el hijo pródigo de la parábola del evangelio (cf. Lc 15,1). Y, en cambio, fue a este último al que se le dio la revelación del inmenso amor del padre. Esta experiencia se da en la vida cristiana a todos los arrepentidos sinceros.

Entre los grandes poetas religiosos, encontramos en la literatura armenia a san Gregorio de Narek (siglo X). Sus elegías sacras son himnos místicos que celebran la gran revelación, el descubrimiento del rostro misericordioso del Padre que se concede a los pecadores arrepentidos.

San Pedro Canisio cuenta la experiencia espiritual que tuvo en 1568 en la catedral de Ancona. Evocó las faltas de su vida pasada y, después, tuvo una gran iluminación sobre la grandeza de Dios: «Conocí que no soy nada y que no sé nada. Tú sólo, Dios, eres el principio, el medio y el fin de todo bien. Todo tiene su fuente en Ti, y todo debe volver a Ti».

LA ACEPTACIÓN MÍSTICA DE LA PROVIDENCIA SEGÚN V. IVANOV

El poeta y pensador ruso V. Ivanov vivía en Roma. Las pinturas clásicas de los maestros italianos le eran familiares y meditaba sobre su significado espiritual. Así, vio los símbolos del progreso espiritual en la actitud cristiana ante el mal en tres obras muy señaladas: el Juicio final de Miguel Ángel, en la capilla Sixtina, la Transfiguración de Rafael, en los Museos Vaticanos y la última Cena de Leonardo da Vinci, en Milán.

Lo que pintó Miguel Ángel era para Ivanov la expresión característica de un alma joven y de sentimientos nobles. Al encontrarse con la maldad, resurge con entusiasmo y piensa destruir a todos los malvados, alejarlos del espacio vital propio. Así es Cristo en el Juicio final de la capilla Sixtina. Con gesto atlético rechaza a los pecadores en el fuego del infierno.

Pero este entusiasmo juvenil por la lucha contra el mal disminuye con la edad. El hombre se debilita, mientras que el mal parece crecer.

Rafael pintó la Transfiguración de Cristo en el Monte Tabor en dos niveles. En el plano inferior los fariseos intentan condenar, causar la muerte a la mujer culpable de adulterio, intentan, así, erradicar el pecado del mundo. Pero los tres Apóstoles han subido a la montaña y gozan de la visión mística del mundo glorioso, celestial. Creciendo, el hombre se reconcilia con la existencia del mal en este mundo y se consuela con la esperanza del mundo futuro. Ésta parece ser la actitud de los verdaderos creyentes y, aún así, no es el grado más alto de la perfección.

Leonardo da Vinci presenta la escena de la última Cena precisamente en el momento en que Jesús anuncia que uno de los suyos, elegido como amigo, le va a traicionar. Los apóstoles saltan, queriendo saber quién es, para destruirlo. Jesús, por el contrario, inclina la cabeza, aceptando la voluntad del Padre, sabiendo que incluso este acto pérfido servirá de hilo para las perlas del collar de las grandes obras del amor divino.

DEMASIADA CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA, ¿NO ES ACASO NOCIVA?

Hojeando los textos de los Padres, encontramos a veces una extraña contradicción. San Agustín y otros autores de escritos contra los pelagianos destacan la debilidad humana. El hombre, por sí solo, no puede más que pecar. Sin la ayuda de Dios, no somos capaces ni siquiera de pensar el bien. Por el contrario, san Juan Crisóstomo, como los demás Padres griegos, es un convencido defensor de la fuerza de la voluntad humana. Incluso se le escapa un dicho, repetido con frecuencia por los ascetas: «Para salvarse, basta quererlo». Desde el punto de vista teológico esta contradicción es sólo aparente. Al elogiar la fuerza humana, el Crisóstomo asume la ayuda del Espíritu Santo como algo indiscutible. Si faltara la gracia divina, el hombre no sería realmente capaz de bien verdadero alguno. Pero esto no debe ser un pretexto para la pereza que se justifica con una falsa confianza en Providencia divina.

Es bello el suspiro del hombre devoto «Dejemos hacer todo a la Providencia divina» Pero para utilizarlo en el momento justo, conviene tener delante la nota escrita por el Surin en su catecismo espiritual: «Está bien dejar que el Señor lo haga todo, cuando el mismo el que actúa. Pero no es justo dejar que el Señor haga todo, cuando Él quiere que también nosotros hagamos algo».

Podemos explicarlo con una comparación. Es bueno, sin duda alguna, que un conductor no tema una colisión y no le dé vueltas a la cabeza imaginándose los peligros que podría encontrarse en el camino. Con confianza en la Providencia, se pone a conducir sin preocupaciones. Pero esto vale con la condición de que mantenga el coche en buen estado y respete las reglas del tráfico y de la prudencia en la carretera. San Francisco de Sales pide una disposición parecida a todo hombre con respecto a la salud. «Sé que Dios me pide que no me preocupe ni de la enfermedad ni de la salud, pero también sé que es voluntad expresa de Dios llamar al médico y usar medicinas cuando se necesita».

Entonces, ¿qué debemos pensar de los casos extraordinarios como el de san Ignacio que se embarca en un largo viaje sin dinero en el bolsillo? Son verdaderamente casos extraordinarios. Muestran la grandeza de la fe que hace milagros. Pero la vida cotidiana no se hace con milagros, sino con el trabajo sabio del Hijo de Dios que colabora con su Padre en la obra común. Un predicador decía bromeando: el Señor llama a su viña a obreros de verdad y no a azadas muertas. Después de los períodos de entusiasmo inicial, con frecuencia imprudente, el mismo Ignacio estableció la siguiente regla: «Es necesario rezar como si todo dependiera sólo de Dios, y al mismo tiempo trabajar como si todo dependiera de nosotros mismos».

UN MENSAJE PARA HOY: RENOVAR EL DIÁLOGO CON EL PADRE

CONTRA EL RACIONALISMO EN EL CAMPO RELIGIOSO

Desde hace dos milenios la Iglesia lleva al mundo el mensaje evangélico de la paternidad divina. Y sin embargo, precisamente hoy, nos damos cuenta de cómo el mundo se resiste a recibirlo. ¿Debemos maravillarnos de ello? Jesús mismo lo predijo en su discurso culminante después de la Última Cena: «Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo sí te he conocido...».

San Juan, que refiere extensamente este discurso, es llamado en la tradición oriental "Teólogo", uno que conoce a Dios (Theós) y a su Hijo unigénito (Lógos), el Verbo que el Padre pronuncia desde la eternidad. Su "teología" es, por tanto, esencialmente más profunda que la que se pueda presentar en términos de una ciencia puramente racional, profana, aunque se quiera definir como "ciencia sobre Dios". Dado que el concepto del Dios cristiano es esencialmente distinto del de las divinidades paganas y también del Dios profesado por los filósofos, es lógico que también el método para conocerlo siga caminos distintos. Por eso para un gran maestro espiritual entre los Padres de la Iglesia, Evagrio Póntico, la teología es (da contemplación de la Santísima Trinidad», el grado más perfecto de la oración.

Los pensadores auténticamente cristianos fueron siempre conscientes de esto. Desgraciadamente, al final del medioevo también en religión se comenzó a caer progresivamente en un modo profano de pensar. El llamado método escolástico, en su fase decadente, simplificada y por tanto también empobrecida, procedía de esta manera: tratemos primero de darnos cuenta de lo que puede saber de Dios el intelecto humano por sí mismo. Estas nociones forman la «teología natural», la teodicea. Todos aceptan con facilidad que estas nociones racionales son bastante imperfectas. Dios permanece en el misterio. Se espera, por tanto, la revelación por parte de Dios que perfeccione nuestros conocimientos limitados.

La debilidad de nuestras nociones respecto al mundo divino se prueba con este argumento: nuestro intelecto es limitado, mientras que Dios es ilimitado; lo podemos entender sólo dentro de ciertos límites. El argumento es válido sin ninguna duda, pero bastante parcial, adecuado también fuera del cristianismo. El Dios cristiano es un misterio en un sentido mucho más profundo: porque es Padre, o sea Persona libre. Sus decisiones escapan tanto a la necesidad física como a la lógica. La historia de la salvación consiste en que Dios nos revela sus misterios paulatinamente. Lo hace progresivamente pero, sobre todo, lo hace personalmente, en los diálogos íntimos con sus interlocutores. No pueden ser "monólogos" ni por una parte ni por la otra.

De esto se sigue que la teología cristiana no puede reducirse a una lista sistemática de verdades reveladas. Al hacer esto lo que leemos en las Escrituras y lo que enseña la Tradición se "objetiva". La palabra de Dios, que es esencialmente comunicación, se convierte en una noción abstracta y muerta

cuando se objetiva. Ya san Gregorio Nacianceno habló de este tipo de "teólogos" con desprecio: han convertido la teología, dice, en "tecnología". Decidió abandonarlos y «entrar en la escuela de los pescadores de Galilea». Y, contra los mismos teólogos racionalistas, su discípulo Evagrio Póntico estableció con firmeza: « ¡Serás teólogo sólo si rezas!».

La tentación de recaer en el error de estos "tecnólogos teológicos" es muy actual en nuestros tiempos, al aumentar los diccionarios, análisis verbales, estudios arqueológicos de la Biblia y al pensar que se puede entender el sentido de la palabra sin tener experiencia de la persona que la dice.

De uno de estos racionalistas en materia religiosa se decía bromeando que cuando muriera y se encontrara con Dios cara a cara le diría: « ¡Señor colega!». En este caso Dios, por respuesta, lo enviaría con el ángel que enseñó a san Agustín que es ridículo intentar meter el mar en un pequeño cuenco.

AL PRINCIPIO ERA EL VERBO

El fundamento primero de la teología cristiana es el hecho de que Dios nos dirige la palabra. Platón y Aristóteles describieron el ideal de la mejor actividad humana como la «elevación de la mente a Dios». Sin duda, es un esfuerzo noble. Pero si nos limitásemos sólo a este programa, el cristianismo no sería distinto de las demás religiones. En la Biblia hemos aprendido que Dios nos habla y que debemos escuchar su voz que viene de lo alto. Es una voz que habla y que, al mismo tiempo, crea el universo, y éste a su vez se hace palabra que narra la gloria de Dios.

La palabra creadora de Dios recorre todo el universo, le da belleza, orden y lo hace crecer escribe san Basilio. Él compara esta revelación con los sistemas propuestos por el filósofo pagano. También ellos notaron que la historia del mundo, en la que está también la historia del hombre, es el producto de una larga evolución. Espontáneamente los hombres se preguntaban dónde habría comenzado, qué había al principio. La mitología habla del caos inicial, del dios Cronos, tiempo sin determinaciones concretas, etc. Los filósofos griegos buscaban la materia primera de la que nacen las formas siguientes: el agua, el aire, el fuego, etc. Cuando más tarde su reflexión se hizo más sutil, también los filósofos religiosos establecieron que al principio de todo lo mutable debe existir un Ser inmutable, Dios. ¿Pero qué Dios? Una idea de la bondad y de la belleza, una ley absoluta. Es un Ser perfecto, pero, a causa de su perfección, cerrado en sí mismo, incapaz de comunicarse con nada fuera de él, mismo, incapaz por tanto de pronunciar la "palabra".

El evangelista san Juan nos pone ante una constatación contraria: «Al principio era el Verbo (Lógos) y este Verbo era Dios (Theós)». Este Verbo divino, la Palabra, es el sentido de toda la evolución humana y cósmica. ¿Señalar sus fases principales?

La primera fase es la que podemos llamar "historia del cielo y la tierra". Dios pronunció su palabra creadora: «Al principio Dios creó el cielo y la tierra» (Gn 1,1). Fue sólo el principio, porque la tierra era informe y desierta» (Gn 1,2). Pero con las palabras divinas que vienen después se llena de plantas, animales, de toda la belleza natural. La naturaleza visible no es más que, por llamarlo así, el modo de hacerse concreta, la encarnación de la palabra divina creadora. ¿Cómo podemos llamarla palabra en sentido verdadero, si no hay nadie que la comprenda y le dé respuesta? Esta fase de la creación termina el sexto día con el último trabajo creativo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gn 1,26). Es una criatura, pero absolutamente privilegiada, capaz de escuchar la palabra de Dios conscientemente y de responderle. Y así fue creado el paraíso, casa de Dios con los hombres en diálogo de amistad.

El segundo período es trágico. Es la historia del pecado. El hombre se niega a obedecer la palabra de Dios, no la acepta. Sigue el desastre. Las criaturas que le hablaban de Dios enmudecen, sin palabras, pronunciando sonidos sin significado. El hombre deja de vivir en el paraíso, vive en la tierra informe y desierta, esta vez no en sentido material sino espiritual. Los cielos ya no narran la gloria de Dios, sino que aparecen como "vanidad de vanidades", una serie caótica de eventos. Así describe el mundo el sabio vetero-testamentario Qohélet.

La tercera etapa de la historia comienza con la vocación de Abraham. Dios le dirige de nuevo una palabra comprensible: «Dios dijo a Abraham... » (Gn 12,1) y él le obedeció. Se convirtió así en el padre de los creyentes, del pueblo elegido en el que vive continuamente la profecía, es decir, hombres a los que

Dios revela sus palabras, las pone en sus bocas y ellos las comunican a sus compatriotas. Es la historia de la revelación bíblica.

La cuarta etapa es la que anuncia el apóstol Juan: «Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). Es como si fuera el sexto y último día de la semana de trabajo de Dios en la historia de Israel. Aparece en la tierra el Dios-Hombre. Por medio de él, la Palabra eterna de Dios se encarna, se humaniza y al mismo tiempo la humanidad la comprende y la acepta sin reservas. Cristo, como hombre, no hace más que escuchar la voz del Padre dándole la respuesta total con su vida, especialmente en el último momento: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23,46). La revelación del Verbo de Dios alcanza así su apogeo. No puede haber una revelación más perfecta. El diálogo divino-humano entra en el diálogo eterno de la Santísima Trinidad.

¿Cuál es nuestro lugar tras esta revelación tan plena? San Juan lo resume con las siguientes palabras: «Porque la ley fue dada por Moisés, pero la gracia y la fidelidad vinieron por Cristo Jesús. A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está en el Padre, nos lo ha dado a conocer» (Jn 1,17-18). Los cristianos son llamados a oír la palabra de Dios que Cristo revela y a, junto a Cristo, dar una respuesta a través de toda la vida.

«Coloquio, diálogo con Dios» es una de las antiguas definiciones de oración. Se puede decir entonces que el hombre, creado dialogal, es un «ser orante» (Evagrio).

En la obra de san Pablo de la Cruz, fundador de los pasionistas, se lee que los paseos por la naturaleza le llevaban al éxtasis. Una vez, en el bosque, se dirigió a su compañero: « ¿No oyes cómo estos árboles y estas flores gritan: Amad a Dios?» y después quedó incapaz de pronunciar palabra. Sólo al final suspiró: « ¿Cómo se puede no amar a Dios?» Se dice de S...Ignacio de Loyola que lo vieron tocando las flores con su bastón y diciendo: « ¡Callad, callad ya!»

LA ORACIÓN SE DIRIGE A DIOS PADRE

La oración es un fenómeno universal, se practica en todas las religiones. Si tiene forma de petición, su eficacia evidentemente dependerá de quién es aquel al que la oración se dirige. Para los cristianos vale lo que estableció la antigua regla litúrgica: «la oración se dirige a Dios Padre por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo». Es una elevación, un ascenso nuestro que corresponde al descenso divino que lo precede: la palabra divina y todo bien proceden del Padre por medio de Jesús como don del Espíritu.

Si pedimos una cosa rezando, estad seguros de que nos dirigimos al Padre omnipotente y misericordioso. Puede darnos el bien. Con eso queda decididamente excluida la petición de cualquier mal. Por otra parte creemos que nuestra oración no es en vana pues se dirige al Padre misericordioso.

¿Dudamos de que nuestra voz sea débil no pueda llegar al trono del Omnipotente? Una duda de este tipo es falta de fe porque sabemos que nuestros deseos son presentados a Padre a través de nuestro Señor Jesucristo. Los que sufren son consolados cuando se convencen de que con sus dolores participan en la pasión de Jesús que es la salvación de mundo. Los misioneros que predicán el evangelio son la voz de Cristo que resuena a través de sus bocas. ¿Y los que rezan? Estos participan en la oración del Salvador, en el diálogo eterno entre el Padre y el Hijo en la vida interior de la Santísima Trinidad.

En efecto, esta es la función del Espíritu Santo: introducirnos en la vida de Cristo, en vida divina. Su voz se une a la nuestra de forma que Orígenes escribe: «No podrá rezar nuestra mente, si no reza, antes que ella, el Espíritu, y la mente es como si lo escuchara». Entonces ¿por qué dirigimos nuestras oraciones también a la Virgen y a otros santos? Porque ellos, por la gracia del Espíritu, están perfectamente unidos a Cristo en su Cuerpo místico y entonces sus voces, junto a la nuestra y a la del Hijo, invocan al Padre al unísono. El hombre es esencialmente social y esto se manifiesta también en su relación con Dios.

En la imagen del juicio final del Beato Angélico, los condenados que van al infierno no se comunican entre ellos, mientras que los elegidos van al paraíso cogiéndose de las manos. Es casi una ilustración de la famosa frase de Aleksej Chomjakiv: «Al infierno cada uno va por su cuenta; al paraíso, en cambio, sólo se puede ir con los demás». La oración es subir al paraíso ya en esta tierra.

LA ORACIÓN DE PETICIÓN DE FAVORES ÚTILES

Cuando Dios habla, la única actitud conveniente es la escucha y la ejecución de su voluntad. Sin embargo, las primeras oraciones que normalmente conocemos en nuestra vida y en las Escrituras son oraciones de petición. El hombre se siente débil, expuesto a peligros, y pide ayuda a Dios. De aquí la definición de oración propuesta por san Basilio: «La petición con que los fieles se dirigen a Dios para las cosas convenientes».

De vez en cuando se alzan voces contra este modo de "mendigar favores" al cielo. Ya en la antigüedad Marco Aurelio criticaba esta actitud: «No debemos imponer nuestra voluntad a Dios, sino simplemente, sin reservas, aceptar la suya». En el ambiente cristiano, se inclinaban hacia esta frase los quietistas. Su argumento es válido si se piensa que Dios es sólo una ley universal o una idea inmutable. Con las leyes y con las ideas, de hecho, no se discute. Exigen una sumisión absoluta.

Por el contrario, las relaciones con una persona son necesariamente de diálogo. Y un diálogo verdadero supone escuchar y proponer proyectos desde ambas partes. Es un gran privilegio, pero lo hemos recibido: el Dios que nos ha creado en diálogo con él, no sólo nos dirige la palabra, sino que también nos escucha y quiere realizar nuestras peticiones. Ejemplos de peticiones de este tipo se encuentran casi en cada página del Antiguo Testamento. Se pone aún más de manifiesto al comparar las oraciones bíblicas, sobre todo los salmos, con las oraciones babilónicas y egipcias. La crítica literaria ve muchas semejanzas exteriores. Y, sin embargo, hay una diferencia esencial. El culto egipcio era muy impersonal y oficial. Los babilonios celebraban la divinidad con títulos gloriosos. Los judíos, en cambio, eran conscientes de que su relación con Dios era particular. El Señor hizo una alianza con Abraham y está siempre dispuesto a ayudar a su pueblo cuando se dirige a él.

Pero para una mejor comprensión del misterio de la Paternidad divina es necesario tener presentes los principios fundamentales de la encarnación del Hijo de Dios. Hecho Dios-hombre, el Hijo de Dios no disminuyó el valor del hombre pisoteando en su Persona la parte humana, sino que, por el contrario, la perfeccionó. La voluntad libre es parte de la dignidad del hombre. Por eso la Iglesia primitiva combatía el error del llamado monotelismo, que decía que la voluntad humana de Cristo no existía porque era sustituida por la voluntad divina.

En tiempos modernos, Berdjaev escribe en contra de una concepción "demasiado servil" divulgada en las predicaciones sobre la voluntad de Dios. Dios es creador, el hombre es imagen suya. Por tanto debe ser creativo, junto a Dios. Como un padre verdadero, Dios espera propuestas y proyectos de nuestra parte. No los rechaza categóricamente, sino que, por el contrario, está dispuesto a colaborar en su realización si se pueden incluir en el gran mosaico de la imagen del universo.

Con palabras simples, esta situación se expresa en el evangelio con la siguiente exhortación: «Pedid y se os dará, buscad y hallareis; llamad y se os abrirá; porque quien pide recibe, quien busca halla y a quien llama se le abre. ¿Quién de entre vosotros si su hijo le pide un pan le dará una piedra? ¿O si le pide un pescado, le dará una serpiente? Si vosotros que sois malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que se las piden» (Mt 7,7-11).

UNA DIFICULTAD METAFÍSICA: ¿CÓMO PUEDE CAMBIAR SUS DECISIONES EL DIOS INMUTABLE?

Es una objeción a la que ya Orígenes trató de dar respuesta al principio de su escrito *Sobre la oración*. Nos advierte de que la dificultad viene del hecho de que trasponemos a Dios nuestro modo humano de pensar en categorías temporales. En nuestro ritmo de vida, un acontecimiento sucede primero, le sigue otro; primero es una decisión, después la acción consecuente. Dios, por el contrario, está más allá de todo tiempo. En su mirada eterna todo está presente: tanto nuestra oración como su escucha. Por tanto, Él no cambia cuando nos escucha. Y a la objeción de que en este caso nuestras oraciones serían ilusorias, puesto que todo está ya decidido por Dios desde la eternidad, Orígenes responde con un bello ejemplo: Dios desde la eternidad decide la venida de cada hombre al mundo y su vocación, y, sin embargo, nuestros padres son también verdadera causa de nuestra existencia en la tierra. Del mismo modo, sigue el autor, nuestras oraciones son como los padres y madres de los acontecimientos de este mundo.

Es el mismo problema expuesto a modo de broma en el famoso libro sobre Don Camilo. Éste escuchó del mismo Jesús esta dificultad: «Caminas despreocupado, pasas las vías del tren y te enganchas en una de ellas, te caes al suelo. Oyes que llega el tren. Dices rápidamente una oración pidiendo que el tren pase por la otra vía, y no por la que tú estás. Sucede así y tú le das gracias al Señor por haberte escuchado. ¿Pero cómo podía escucharte? El tren ya había salido de la estación y ¡no podía saltar de una vía a otra! ». Don Camilo no sabe qué responder, y escucha la explicación de Jesús: «Antes de que el tren saliera, yo ya había visto tu caída y escuchado tu oración y he preparado todo para que tu oración fuera escuchada y el horario de los trenes no se viera afectado». Esta es una explicación popular de lo que Orígenes explica de modo metafísico.

Pero un discípulo de Berdjajev, S. L. Frank, saca de estas reflexiones conclusiones todavía más profundas: dado que nuestras oraciones entran en la eternidad y forman una sola cosa con las eternas decisiones divinas, esto quiere decir que la voz de nuestras peticiones al Padre celestial, resonaba ya al principio, en la creación del universo, junto a la palabra creadora. Como consecuencia, 'el mundo es creado por Dios, junto con nosotros y nosotros participamos en su obra. Esta conclusión corresponde a lo que efectivamente creemos. Dios Padre crea y conserva el mundo por medio del Hijo. Los cristianos, que son uno con Cristo, participan en esta obra. Podemos entonces aplicar a nosotros mismos lo que el padre dice al hijo mayor en la parábola del hijo pródigo: «Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31). Lo que Dios posee es la vida, el amor, las obras de bien. Y nosotros participamos en todo ello como hijos en el Hijo.

OBREROS EN LA VIÑA DEL PADRE

LA ORACIÓN Y EL TRABAJO

Con frecuencia se hace propaganda de modos falsos de rezar, de prácticas pseudo místicas, y se promete como resultado el "sentirse bien". La oración cristiana, como hemos visto, alcanza un propósito incomparablemente superior: el coloquio con el Padre y la colaboración en su obra. Los monjes antiguos lo consideraban así, y por eso no nos sorprende que se tomaran al pie de la letra la admonición de san Pablo a los Tesalonicenses: «Orad incesantemente, en cada cosa dad gracias; ésta es la voluntad de Dios en Cristo Jesús para vosotros) (1 Ts 5,1718).

Los hombres espirituales se preguntaban cómo realizar este precepto, dado que la vida cotidiana impide la oración explícita por sus muchas distracciones. La única respuesta posible para esta pregunta es la que dio Orígenes en su libro, antes citado, Sobre la oración: «Ora sin interrupción aquel que une la oración a las buenas obras». La palabra "oración" debe entenderse en sentido amplio. Todo lo que hacemos según la voluntad de Dios nos eleva hacia el Padre. Recitar los textos de las oraciones es sólo una parte, muy importante, de la gran "oración de la vida" También en este espíritu san Agustín compuso el escrito *Sobre el trabajo de los monjes*. En él se opone a la opinión de algunos monjes sirios, llamados mesalianos, "orantes", según la cual el hombre espiritual debería sólo rezar. ¡Nada de trabajo! También éste es una buena oración. Esta enseñanza, que se ha hecho tradicional, resuena en el benedictino ora et labora: ¡ora y trabaja!

Pero hagamos una objeción más: la oración es, como hemos dicho, un diálogo, un coloquio con Dios. ¿Es esto válido también para el trabajo? Sí, pero con una condición: si trabajamos por el mismo objetivo. En la familia marido y mujer se unen hablando, discutiendo juntos. Pero estarán aún más unidos si trabajan juntos para construir la casa común. De la misma forma el trabajo nos une al Padre celestial si persigue la obra común de la salvación del mundo.

LA VOLUNTAD DE DIOS: PRIMERA REGLA DE PIEDAD

Cuando dos deciden colaborar, es condición necesaria que armonicen sus voluntades. Popularmente se dice que el carro no se mueve si uno tira hacia delante y el otro hacia atrás. Las divergencias en los proyectos destruyen incluso las grandes empresas. Las discordias en el querer alteran la paz familiar.

En la vida de Dios, en el misterio de la Santísima Trinidad, observamos, por el contrario, el ejemplo sublime para la vida cristiana. La segunda Persona divina acepta totalmente la voluntad de la primera Persona, la hace suya, y gracias a esta aceptación total se convierte en Hijo del Padre. También nosotros, análogamente, participamos en este gran misterio divino. Haciendo la voluntad de Dios nos convertimos en hijos suyos.

En este sentido se entiende también un pasaje del evangelio que, mal interpretado, parece disminuir la estima de la Madre de Dios. Le dijeron a Jesús: «Tu madre y tus hermanos están fuera y quieren verte». Pero él respondió: «Mi madre y mis hermanos son aquellos que escuchan la palabra de Dios y la ponen por obra» (Lc 8,20-21). Efectivamente, en Dios, que es ser perfecto, no se distinguen la "naturaleza" y la "voluntad": son la misma cosa. Por tanto el hombre que hace la voluntad de Dios en su vida participa de la naturaleza divina, se convierte, por decirlo de alguna manera, en su pariente íntimo.

La culminación del parentesco con Dios se ve evidentemente en María con su dignidad de Madre de Dios. Justamente los teólogos distinguen en este privilegio dos aspectos. Hablan de la "maternidad física" ligada a la generación, porque ha dado a luz a Cristo en la carne. Pero, con su «fiat» a la voluntad de Dios, se convierte en su madre en sentido espiritual y es reconocida como la primera de los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica. En el texto de Lucas antes citado no se quiere disminuir la persona de María. Jesús, por el contrario, subraya que el parentesco espiritual es superior al carnal. El parentesco espiritual coincide con la vocación universal cristiana a ser hijos de Dios.

LA VOLUNTAD DE DIOS COMO FRUTO DE UNA BÚSQUEDA CONSTANTE

Si el Dios de los cristianos no es sólo un principio o una ley absoluta, sino una persona viva que se dirige a las personas vivas en el tiempo, entonces su voluntad se revela en cada momento de modo particular. No se puede reducir a un principio inmutable, determinado para siempre. La moral laica, profana, elogia gustosamente a los hombres constantes que han seguido toda la vida ciertos caminos elegidos al principio, teniendo así éxito como premio a su constancia.

En la vida de los santos leemos con frecuencia cómo las llamadas que Dios les hacía variaban según los distintos momentos de sus vidas. Uno que ha empezado una vida ermitaña en soledad y que después ha sido llamado al apostolado sería caracterizado, desde el punto de vista humano, como inestable. Igualmente, predicar la doctrina cristiana para retirarse después a la celda de un monasterio a escribir tratados espirituales. Pero estos santos no eran inestables. Su conducta no estaba guiada sólo por principios abstractos, sino más bien por la escucha constante de las inspiraciones divinas, de la misma manera que un siervo dice al señor: haz esto, y después: haz aquello. Ciertamente un siervo no sería digno de alabanza si dijera: he perdido la paciencia escuchándoos, ¡decidme de una vez por todas lo que debo hacer!

Los enamorados, cuando contraen matrimonio y organizan su casa, discuten cada cosa y así descubren que tienen verdaderamente muchas cosas en común y que el amor los une. Lo mismo hace Dios con los que lo aman. Los lleva por caminos a veces sorprendentemente variados.

Precisamente por esto san Ignacio exige la meditación cotidiana. Su objetivo es oír la voz de Dios y la correspondiente elección de la obra que, en ese momento, es para «mayor gloria de Dios». Esto es válido sobre todo para los ejercicios espirituales, dedicados especialmente a la búsqueda de la vocación divina. Por eso san Ignacio advierte: «Es de gran utilidad para quien recibe los ejercicios entrar en ellos con gran ánimo y generosidad hacia su Creador y Señor, ofreciéndole enteramente la voluntad y la libertad para que la divina majestad pueda servirse de él según su santísima voluntad, como de todo aquello que él posee».

EL SENTIDO DE LAS ELECCIONES PERSONALES

En los Ejercicios ignacianos hay dos pensamientos íntimamente unidos: la búsqueda de la voluntad de Dios y una frecuente elección personal. ¿Cómo conciliar estas dos actitudes? Recordemos una vez más una antigua herejía: el monotelismo. Sus seguidores se negaban a reconocer en la persona de Cristo dos voluntades, la divina y la humana, temiendo que pudiera traer como consecuencia, en casos

concretos, una contradicción entre lo que quiere Cristo-Dios y lo que quiere Cristo- hombre. San Máximo Confesor fue el gran defensor de la fe ortodoxa en contra de los monotelitas. No se cansó de demostrar que Dios, uniéndose al hombre, no destruye ni disminuye ninguna de sus prerrogativas; por el contrario, las desarrolla y eleva.

Es propio de la voluntad humana deliberar y elegir. Por tanto, continúa haciéndolo en unión con la voluntad divina. Las elecciones humanas libres, inspiradas por el amor, no pueden estar en contradicción con las eternas decisiones divinas; por el contrario, colaboran con ellas de modo misterioso. Por medio de esta colaboración el hombre alcanza la cima de su libertad humana. De entre los pensadores rusos, Berdjajev ha insistido en este aspecto apasionadamente. Acusa a los perezosos, que bajo el pretexto de "hacer la voluntad de Dios" olvidan que el hombre, sostenido por el Espíritu Santo, se hace más creativo.

San Ignacio de Loyola defiende una actitud similar. En los Ejercicios propone las meditaciones sobre la vida de Jesús como ocasiones de inspiraciones creativas y que, como tales, deben llevar consigo "elecciones" continuas. Por eso al principio de cada meditación, «se debe pedir a Dios nuestro Señor el querer mover mi voluntad... eligiendo según su santísima y benévola voluntad».

Pero Ignacio advierte, al mismo tiempo, que hay que estar atentos para no caer en ilusiones. Algunos tienen la tentación de imaginar este proceso así: yo decido hacer una cosa según mi punto de vista, según las reglas de mi prudencia, y después pido en oración que Dios me ayude. La verdadera elección es el arte espiritual que consiste en saber unir el discernimiento razonable a la escucha de la voz del Espíritu que le habla al corazón puro por medio de las inspiraciones y de los sentimientos espirituales.

Por eso Ignacio establece esta regla fundamental para hacer una buena elección: «En toda buena elección, en lo que depende de nosotros, el ojo de nuestra intención debe ser puro... Sea lo que sea lo que elijo, debe ayudarme a alcanzar el fin para el que he sido creado, sin permitir que el fin esté subordinado al medio, sino el medio al fin. En la práctica en cambio, muchos eligen primero casarse y después servir a Dios nuestro Señor en el matrimonio, mientras que servir a Dios es el fin. Así también los hay que primero quieren tener beneficios [fondos asegurados], y después, en ellos, servir a Dios... De hecho como cosa primera debemos proponernos servir a Dios, o sea, el fin, y después, según sea más conveniente, aceptar un beneficio o casarse, que son medios para el fin. Nada, por tanto, me debe empujar a tomar o prescindir de un medio si no es únicamente el servicio y la alabanza a Dios nuestro Señor y la salud eterna de mi alma».

Una elección de este tipo se parece a la obra de un pintor que contempla su cuadro inacabado y piensa añadirle algún nuevo detalle. Mira fijamente su cuadro y "siente" si la cosa nueva le va o no. Del mismo modo el alma, que tiene ante sí la imagen y semejanza con Dios que debe perfeccionar en su vida, siente lo que es coherente y lo que no lo es. Esta analogía la presenta Teófanos el Recluso, que añade: no es suficiente con prestar atención a las particularidades, es necesario conocer la "idea" que el artista quería expresar con su cuadro. Esta "idea" primaria, cuando se trata de la imagen divina en el alma, es la vocación propia de cada uno. Y es en consonancia con ella como debemos hacer nuestras elecciones particulares de perfeccionamiento.

En los tiempos modernos se habla de la necesidad de "conocer la identidad propia". Esto, en sentido cristiano, quiere decir escuchar a Dios, su llamada a una obra e inmediatamente después la adhesión de la voluntad humana a la voluntad divina de forma tan íntima que constituyan una sola fuerza operativa. Lo que se ejecuta es verdaderamente una obra divino-humana. El mejor ejemplo de este proceso es la actitud de María en la Anunciación. Vino el ángel anunciando la voluntad divina. La elección de la Virgen se expresa en su «fiat», en una aceptación consciente y libre, pero también activa, durante toda la vida.

BAJO LA MIRADA DEL PADRE

Recitar oraciones exige atención a lo que se está diciendo. Durante el trabajo hay que prestar atención a lo que se está haciendo y, en consecuencia, la mente se distrae de Dios. Sin embargo, no del todo. Los santos hablan a menudo de la obligación de hacer todo «ante los ojos de Dios». «Considera que hay un gran espectador en lo alto que observa, desde arriba, los asuntos humanos», escribe san Basilio. El escritor danés Johannes Jørgensen visitó la catedral de Colonia en Alemania. Se encontró con un escultor que, en lo alto, trabajaba en una flor de piedra. Le preguntó: «Buen hombre, ¿por qué haces con tanto trabajo una obra que nadie apreciará? Tan en alto no se ve la finura de la flor». «Sin embargo,

Dios la ve», dio como simple respuesta el escultor. ¿Es fácil mantener esta consideración? Hay una dificultad psicológica. Parece que nuestra atención se divide: por un lado pensar en Dios y por otro en el trabajo que debemos hacer.

A esta objeción responde santa Francisca de Chantal con una distinción: «En mi opinión se trata de dos cosas distintas: vivir en presencia de Dios y ponerse en presencia de Dios. Para ponerse en presencia de Dios es necesario centrar la atención y concentrarse sólo en la presencia de Dios. Pero una vez que estemos en su presencia, permaneceremos en ella...». Es análogo a las relaciones humanas. Primero debemos darnos cuenta de que ha llegado alguien. Esto exige nuestra atención. A continuación podemos concentrarnos intensamente sobre lo que hacemos juntos. La conciencia de su presencia ya no la perderemos.

Por eso san Ignacio de Loyola cree que es suficiente dedicar un pequeño momento esto, más o menos un Padre nuestro, antes de cualquier trabajo u oración: ponerse en presencia de Dios. Se puede hacer con una pequeña oración jaculatoria, por ejemplo «Todo por Ti, Padre del cielo», «Para mayor gloria de Dios», etc. Se puede acompañar de algún gesto, por ejemplo inclinarse o hacer cualquier otro gesto de veneración, como un saludo a aquel ante el que hemos venido.

EL OJO DIVINO QUE LO VE TODO

En los institutos religiosos, donde dormían los chicos en espacios comunes, era necesario tener encendida también de noche una pequeña luz para orientarse. Con frecuencia esta luz estaba cubierta con un cartel que representaba un ojo con la inscripción: «Dios te ve». Es sin duda una idea bíblica, que aparece a menudo en los Salmos (cf. 33,18). Y sin embargo, como muchos se lamentaban, este subsidio educativo suscitaba un sentimiento equivocado. Insinuaba la idea de una vigilancia policial y, por tanto, también un temor irracional. El ojo de Dios que lo ve todo es una mirada de amor y de prontitud para ayudar.

Un ejemplo edificante, en este sentido, lo podemos leer en la vida de santa Rosa de Lima. Durante su infancia era una niña exageradamente temerosa, como su madre. Un día a la niña se le hizo tarde en una casita que tenían en una esquina alejada de su jardín. Se hizo de noche y la pequeña Rosa no tuvo el valor de atravesar el jardín oscuro hacia su casa. Ahí la esperaba su madre ansiosa. Pero tampoco ella, miedosa como su hija, se decidía a cruzar el jardín para recogerla. Así temblaban las dos. Por fin llegó el padre a casa. Cogió del brazo a la madre y fueron juntos a recoger a la pequeña Rosa. Ésta oyó sus voces y pensó: si mamá, miedosa como yo, no tiene miedo cuando papá la coge del brazo, ¿por qué debo tener miedo yo que creo que el ojo de Dios me mira esté donde esté? Desde ese momento Rosa no tuvo ya miedos irracionales, se liberó.

Otro ejemplo, tomado de la vida de los niños, refiere que una niña pequeña preguntó a su madre si es verdad que Dios lo ve absolutamente todo. «Claro» aseguró su madre. « ¡Qué pena! », fue la inesperada respuesta de la niña. « ¿Por qué? ». «Quería coser dos pantalones para los pobres por Navidad y así dar una sorpresa al buen Dios». El sabio comentario de su madre fue: «Aunque Dios lo ve todo, cada obra buena nuestra es una bella sorpresa para Él».

LA PRESENCIA DE DIOS EXTERIOR Y EN EL CORAZÓN

Es interesante considerar también a qué imagen está normalmente unida la conciencia de la presencia de Dios. Sabemos que Dios es espíritu y está presente en todas partes. Pero nosotros no podemos imaginárnoslo así y debemos recurrir a algunos símbolos. La representación preferida de san Ignacio se deduce de la vida de su tiempo: el Señor en el trono en medio de los santos. Nosotros estamos ante él. De modo similar escribe Cisneros a los monjes: «Cuando suene la campana, ve inmediatamente al coro y dite a ti mismo: "Me llama un gran rey"». Santa Teresa de Jesús cree que es más útil imaginar «con los ojos interiores y exteriores a Jesucristo crucificado».

El llamado método de los hesicastas, monjes griegos del monte Athos, por el contrario, expresa desconfianza hacia una representación exterior de Dios. Ésta, según ellos, nos aleja del sentido verdadero de la presencia divina. Si debemos imaginarnos a Dios, es mejor pensar cómo habita

invisiblemente en nuestro corazón, sentir el lugar donde él vive e identificarse con el Espíritu Santo que clama: « ¡Abbá, Padre! ».

Así, escribe por ejemplo san Simeón, el Nuevo Teólogo: «Los santos Padres abandonaron finalmente todas las formas de devoción y se dedicaron a concentrarse en el corazón. Trabajaron en esto y meditaron para ser dignos de comer el maná divino en el corazón». Sentir cómo nuestro corazón palpita al unísono con Dios es una oración bonita que no perturba el trabajo y que se puede realizar en todo lugar y circunstancia.

La forma de sentir la presencia divina en el corazón se parece a los métodos propagados por los maestros de yoga, que recomiendan respirar el omnipresente espíritu universal (pranayama) y considerarse penetrados por la divinidad. En la actualidad muchos quieren utilizar este método en sentido cristiano. Citan, en este contexto, las palabras del apóstol Pablo en el Areópago: «El Señor del cielo... da a todos la vida, la respiración y todas las cosas» (Hch 17,24-25).

No hay duda de que esto puede ayudarnos a mantener el sentido de la presencia divina, interior a nosotros. Pero debemos estar atentos para evitar el peligro del panteísmo, de la concepción vaga de un "espíritu divino" impersonal. El Dios que está siempre cerca de nosotros es Persona, y su presencia es "dialogal": nos habla y nosotros debemos dirigirnos a él con las palabras de nuestra oración.

En la vida de Meinolf, archidiacono de la diócesis de Paderborn (t 847) se lee que recibió su vocación a la vida de santidad en la siguiente ocasión. En el ambiente del obispado se hablaba con frecuencia del texto de Mateo 8,20: «Los lobos tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reposar su cabeza». El obispo dio esta explicación: «Cristo ha buscado un sitio en nuestro corazón, pero no lo ha encontrado, nuestra maldad le ha impedido entrar». Estas palabras impresionaron al archidiacono que alimentó siempre en su mente este pensamiento: ver a Cristo que intenta entrar en nuestro corazón.

SED PERFECTOS COMO VUESTRO PADRE CELESTIAL ES PERFECTO (MT 5,48)

¿IMITAR A DIOS?

Fue Platón quien estableció el principio de la vida moral: imitar a Dios según nuestras posibilidades. Dado que Dios es la idea de la bondad y belleza supremas, al hombre le sirve como ideal, sobre todo en el conocimiento de las cosas espirituales y en la liberación de las pasiones carnales. El ideal así trazado es sublime. Pero, ¿lo puede alcanzar un hombre que viva en la tierra? Platón así lo creía, afirmando que somos «imagen de Dios» que tiende naturalmente hacia su prototipo. Son palabras muy bellas pero en la vida real nos damos cuenta de la gran distancia que separa a las criaturas del Creador.

Sin embargo, la Sagrada Escritura también nos enseña que hemos sido creados a «imagen y semejanza» de Dios (cf. Gn 1,26-27). Para superar la dificultad de la distancia, los Padres destacaron la expresión bíblica "según la imagen". Esto sugiere la idea de que Dios habría creado primero una imagen que reflejaba su perfección infinita y después al hombre "según" esa imagen primera. Si nos preguntamos quién es esa imagen inicial perfecta, respuesta de la Escritura está clara: Cristo que es «en la forma de Dios» (Flp 2,6), «imagen de Dios» (2Co 4,4).

Dios baja a la tierra a través de Cristo. Imitando a Cristo nosotros podemos perfeccionar progresivamente nuestra semejanza con el Padre del cielo. Por medio del Hijo nos hacemos hijos y la filiación lleva consigo un parentesco real. Efectivamente, con frecuencia el rostro de los santos reflejaba visiblemente la gloria de Dios, al igual que el rostro de Moisés estaba radiante al descender del monte Sinaí después de haber hablado con Dios (cf. Ex 34,29).

El rey Boleslao de Polonia (1173) llevaba siempre consigo un retrato en oro de su padre. En los momentos de duda ante una decisión, miraba atentamente este retrato diciendo: «No haré jamás nada indigno de tu nombre». El cristiano lleva el retrato de su Padre celestial en toda su persona. Sus decisiones deben por tanto corresponder a esta realidad.

LA VOCACIÓN PERSONAL

En el paraíso, Dios llamó a Adán y éste respondió. En el diálogo divino-humano, la primera palabra corresponde al Señor, y es ésta la que da la existencia a todas las criaturas. El hombre es llamado a ser esto o lo otro, posee una vocación propia, individual. La vocación divina es muy distinta de lo que llamamos vocación en sentido profano.

La primera diferencia está en el momento de la vida. Cuando un joven decide elegir su vocación, sus estudios, su trabajo, se supone que ya ha alcanzado una cierta madurez, que existe y vive desde hace tiempo. Primero está su existencia y sólo después viene la elección de su itinerario. La vocación divina, en cambio, es al contrario. Desde la eternidad Dios predestina al hombre a una obra y para cumplirla le da la existencia, el tiempo y todas las condiciones necesarias para realizar el proyecto divino. La conciencia de esta vocación y su aceptación suceden más tarde, en un momento también previsto por Dios.

La segunda diferencia se refiere a la idoneidad natural para el trabajo previsto. En muchos países hacen con frecuencia tests psicológicos para descubrir las aptitudes de un joven para determinados trabajos, suponiendo que será feliz si elige una obra acorde con sus dotes y capacidades. Las vocaciones divinas que conocemos por la Sagrada Escritura nos sorprenden porque van en sentido opuesto. La voz de Dios se oye de repente, contra cualquier expectativa; los llamados no se sienten capaces de ejecutar la obra a la que son llamados y balbucean con sorpresa, como por ejemplo el profeta Jeremías: «Me habló la palabra del Señor: "Antes de formarte en el seno materno, yo te conocí, antes de que salieras a la luz, te consagré; como profeta de las gentes te constituí". Respondí: "¡Ah, Señor Dios, yo no sé hablar, soy joven!" Pero el Señor me dijo: "No digas: ¡Soy joven!, por que a dónde yo te envíe irás; y todo lo que te ordene dirás".

San Ignacio de Loyola estuvo largo tiempo indeciso acerca de la forma concreta para realizar su vocación. Decidió partir hacia Roma en búsqueda de ayuda. En las proximidades de la ciudad, en la iglesia de la Storta recibió una confirmación divina. Le parecía ver a Cristo con la cruz a cuestas y al Padre Eterno que le decía: «Quiero que tomes a éste como siervo tuyo». Y Jesús que lo tomaba y le decía «Quiero que tú nos sirvas».

Nace así una pregunta práctica: ¿dónde y cómo se siente la voz de Dios que llama? Esta cuestión ha sido muy discutida sobre el caso particular de la llamada al sacerdocio o a la vida religiosa. Algunos autores han puesto de relieve la mediación de la Iglesia. Por tanto el llamado por Dios, el que es llamado al servicio por sus superiores eclesiásticos legítimos. Santo Tomás de Aquino, por el contrario, da la preferencia a la llamada interior en el corazón inspirada por el Espíritu Santo, que se manifiesta en el deseo constante de seguir un cierto camino espiritual y que lleva consigo la sincera y frecuente oración para ser iluminado. Las dos voces de Dios -interna y externa- deben armonizarse. El servicio de la Iglesia se centra sobre todo en ayudar a discernir qué voz interna es verdaderamente divina y cuál es ilusoria. Lo que se dice sobre las vocaciones sacerdotales y religiosas vale para todas las llamadas de Dios.

¿EN QUÉ CONSISTE LA VERDADERA SEMEJANZA CON DIOS?

Dios es perfecto, por tanto cada bien que realizamos es un reflejo suyo. No nos sorprende, por tanto, que las respuestas de los Padres a esta pregunta sean bastante variadas. En general en la época patrística se distinguen dos tendencias fundamentales: la escuela alejandrina ve la semejanza divina en la mente humana, capaz de conocer las realidades espirituales; los antioquenos, en cambio, admiran el dominio del hombre sobre todo lo creado, por tanto el aspecto de la realeza del hombre.

Menos conocida, pero muy profunda, es la opinión de san Gregorio Nacianceno. Éste acepta la idea muy extendida de que el hombre es imagen de la segunda Persona divina, del Hijo, que es el Verbo, la Palabra del Padre, el Logos. El hombre es por tanto *lógikos*, capaz de la palabra, tanto de entender las palabras de otra persona, como de decirlas a quien lo escuche. Si escucha a Cristo, Palabra por excelencia, entra en relación con Dios Padre, volviendo así al estado de gozo del paraíso. Antes del pecado, Adán oía la voz de Dios hasta en la brisa matinal (cf. Gn 3,8). Estaba sentado entonces en la mesa celestial, reservada a los adoptados como hijos.

San Cirilo de Salónica, que junto a su hermano Metodio se convirtió en apóstol de los pueblos eslavos, fue un asiduo lector de Gregorio Nacianceno. Tenía entonces en gran estima las palabras

humanas con las que entramos en la parentela divina. Esto lo ilustra un episodio que se cuenta en su biografía. Antes de ir a Moravia, fue enviado como mensajero del emperador bizantino a los cázaros, un pueblo que había aceptado la religión judía. Lo recibió su jefe y lo invitaron a cenar. Le preguntaron cuál era el rango de su familia, para poder asignarle el sitio adecuado en la mesa. Cirilo respondió: mi padre se sentaba en la mesa del rey supremo, pero cometió un grave error y lo echaron, lo privaron de la familiaridad con el soberano. Yo, ahora, soy un pobre prófugo que intenta recuperar el honor perdido.

Para extraer de estas consideraciones una enseñanza práctica, concluyamos afirmando que escuchando a Dios y hablándole, se manifiesta y crece nuestra semejanza con Dios que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas en diálogo eterno. Esto cambia también nuestra forma de concebir el bien y el mal. No se trata sólo de obedecer o desobedecer una ley, sino de modificar nuestra relación personal con el Padre del cielo.

En este contexto se entiende el conflicto de Jesús con los fariseos. Estos presumían de su observancia perfecta de la Ley mosaica en un período de decadencia de la moral antigua. Sin embargo, no sentían esta Ley como palabra del Padre celestial y por eso la aplicaban mecánicamente. Al invocar las normas de la Ley, ofendían a la caridad que es el sentido de todo lo que Dios dice.

EL PECADO, OFENSA PERSONAL A DIOS Y AL PRÓJIMO

Desde siempre el hombre ha tratado de distinguir entre lo que está bien y lo que está mal. Pero hay distintas opiniones. En la mentalidad europea son características las palabras con que se distinguen estas dos realidades en la lengua griega. El bien es katórhoma, aquello que sigue una línea recta. El mal es hamártema, lo que se desvía de esta recta. En la práctica esta línea recta es una regla, una ley. De esto se sigue la definición del pecado: acto contra la ley natural, humana o divina. La definición se acepta generalmente, pero no gusta. ¿A quién hago mal si no observo la Ley? se preguntan muchos, con frecuencia jóvenes. Los moralistas responden: ¡A ti mismo! Si construyes una casa en contra de las leyes físicas, te caerá sobre la cabeza; si doblas la mano en contra de su movimiento natural, te rompes el hueso; del mismo modo si actúas en contra de la ley moral, te enfrentas a la convivencia pacífica entre los hombres y Dios. Los antiguos griegos veían en el mal incluso una turbulencia cósmica. El universo reacciona. Esta reacción se personificó en la diosa de la venganza, Némesis. Ésta encuentra al trasgresor esté donde esté, no se puede escapar a ella. Las tragedias clásicas ilustran esto con ejemplos sugestivos.

La moral cristiana también se expresa por medio de leyes, de mandamientos. Transgredirlos constituye el pecado. Pero se añade una noción nueva, bíblica. El pecado es una ofensa personal a Dios. ¿Cómo se puede entender esta afirmación? Es la consecuencia de los presupuestos explicados. El Dios de la Biblia no es una ley, sino una Persona. Él mismo ha dado las leyes con su palabra. Despreciar las leyes de aquel con quien vivo en una relación familiar significa ofenderlo.

Sin embargo, bastantes teólogos dudan de que se pueda entender esta afirmación al pie de la letra, y la consideran más bien una metáfora. Dios está tan alto que no puede ser turbado en su felicidad eterna por una rebelión humana. Quien tira piedras contra el cielo, dicen, no hace daño al cielo sino a sí mismo, porque las piedras le caerán en la cabeza. Entonces Dios Padre no es ofendido en sentido verdadero.

El razonamiento funciona, pero a menudo se olvida que el primer fundamento de la revelación cristiana es Jesucristo, Dios encarnado. Los escupitajos y las bofetadas que Cristo sufrió en su pasión eran verdaderas ofensas a Dios, en su humanidad, ofensas de la única persona divino-humana. Y si nosotros ofendemos hoy a los hombres, no podemos olvidar que Jesús, el Dios-hombre, se ha identificado con ellos: «Cada vez que habéis hecho estas cosas a uno solo de mis hermanos más pequeños, a mí me las habéis hecho» (Mt 25,40). En resumen: al ofender al prójimo, se ofende a Cristo y, al ofender a Cristo, se ofende al Padre del cielo.

¿Es una situación trágica? Sin ninguna duda. Sin embargo, aunque la ley no puede perdonar, la persona sí. Y por eso Dios Padre está dispuesto a perdonar todos los pecados a quien se arrepiente. Lo hace por medio de Cristo y también por medio de los hombres, porque también ellos son llamados a perdonar a sus ofensores.

EL PELIGRO DE UN MORALISMO ESTÉRIL

¡Observar todos los mandamientos de Dios! Este programa define la perfección. Y en cambio puede esconder también el fariseísmo. Este nombre tiene, en el lenguaje de hoy, un significado peyorativo. Pero al principio no era así. Los fariseos nacieron como reformadores religiosos. En tiempos de decadencia, predicaban la vuelta a la observancia fiel de la Ley mosaica y de las tradiciones del pueblo. ¿Por qué Jesús llegó a un grave conflicto precisamente con ellos? Se trata de un misterio sobre el que debemos reflexionar mucho. La Ley mosaica contiene las palabras de Dios y las normas de comportamiento entre los hombres. La palabra es inseparable de la relación entre aquel que la pronuncia y aquel al que se dirige. Si se olvida el amor a Dios y al prójimo, la ley, aunque divina de origen, pierde su sentido y se convierte en un tirano, una ocasión para juzgar a los débiles. Así lo demostró también la terrible tragedia de Jesús, Palabra personal de Dios: fue condenado a muerte en nombre de la ley divina.

De este peligro no está exento ni siquiera el evangelio, si se toma al pie de la letra, sin espíritu. En este sentido se puede interpretar la novela de Dostoevskij *El Idiota*. Se nos presenta un príncipe que actúa según las reglas del evangelio, pero que no conoce la persona de Cristo y no se dirige jamás al Padre celestial. Termina en un manicomio. De hecho, ¿para qué sirven las enseñanzas de Cristo si no lo tenemos dentro de nosotros y no podemos rezar: «Padre nuestro»?

Podemos recordar, en este contexto, la crisis religiosa de Martín Lutero. Se le proponía como ideal "imitar a Cristo". Pero él comprendió que este noble fin puede hacerse ineficaz si nos imaginamos que el Salvador está delante de nosotros como modelo externo, casi como una pintura, que debemos reproducir en nuestra vida. Lutero confiesa sinceramente que no sería capaz. Es necesario primero acoger a Cristo «por medio de la fe» que está dentro de nosotros y, sólo en colaboración con él, podemos pensar en realizar sus obras.

Ignacio de Loyola no está muy lejos de esta tendencia. Pero muestra más concretamente cómo actuar en la práctica. El primer contacto con Cristo es verdaderamente externo: se lee el evangelio y se nos representa en la imaginación Cristo que está ante nosotros. Hagamos nuestras sus palabras con una oración meditativa que busca el coloquio con el Salvador «como un amigo habla con otro». Este coloquio se cierra con la oración del Padre nuestro. Esta meditación cotidiana es parte esencial de la espiritualidad de Ignacio. Está convencido de que sólo así se aprende a seguir en la vida concreta la voluntad de Dios, que es la primera regla de la moral cristiana.

CARENCIAS EN LA COMUNICACIÓN DIALOGAL ENTRE LOS HOMBRES

Es un hecho fácilmente observable. El modo en que cada uno concibe su relación con Dios se refleja en el modo en que trata a los hombres. Si ve a Dios como una ley, quiere estar "en regla" con los hombres. Si, por el contrario, se dirige a Dios como a un padre, considera al prójimo como un hermano con el que quiere tener una relación personal.

El hombre es un ser social. San Basilio, escribiendo las cartas para la convivencia de los religiosos, no se ahorra la crítica a los que exageran el deseo de soledad, aunque lo hagan con pretextos de devoción. El hombre no puede llegar a la perfección por sí solo. En ese caso se priva de lo que no tiene y puede obtener de los demás; pero también lo contrario es válido: si no comunica al prójimo lo que posee, esconde sus talentos en la tierra.

Lo que san Basilio dice, apoyándose en el precepto evangélico de la caridad fraterna, lo confirma la filosofía moderna con sus consideraciones acerca de la "persona". Se nace con una "naturaleza", pero la persona se desarrolla a través de las relaciones personales con los demás. En la actualidad, desgraciadamente, éstas aparecen principalmente bajo el aspecto utilitario. El otro es apreciado por los beneficios económicos que reporta, por su eficiencia o por la diversión en común. Entonces, el hombre no es considerado como persona sino que se convierte en un número dentro de un sistema de valores impersonales, a veces bastante bajos. Y, lo que es peor, esta actitud se justifica con distintas teorías que se presentan como nobles, como, por ejemplo, el bienestar a que tendríamos derecho, la inviolabilidad de la independencia individual, etc. Ocurre incluso que hombres concretos son masacrados o despreciados en nombre de un falso entusiasmo llamado "religioso".

¿Cómo reaccionar ante esta actitud errónea? El medio verdaderamente eficaz es sólo uno: la fe sincera en Dios, que no es una idea, abstracta, sino el Padre del cielo que nos ama a todos como hijos; sólo así los demás hombres serán estimados no como compañeros de ideología, sino como hermanos, quizás distintos, pero amados como miembros de la misma familia. Un proverbio popular eslavo dice «como Dios, así santos». La contribución que ofrece el mensaje del evangelio para la convivencia humana de hoy es, bajo este: aspecto, insustituible por cualquier otro ideal profano.

Después de haber escuchado la predicación del hijo pródigo (Lc 15, 1 ss), uno de los oyentes la comentó: «Yo estaría del lado de hijo mayor. El mundo de hoy tiene más necesidad de justicia que de misericordia». Otro oyente defendía, por el contrario, la misericordia. ¿Cómo encontrar el equilibrio entre estas dos exigencias? No es fácil. Pero éste no era el problema del padre de la parábola. Él no se preguntaba si amar más la justicia o la misericordia. Amaba a sus hijos: al mayor porque era justo amarlo, y al menor porque se había arrepentido.

UNA IMAGEN PERFECTA DE LA PATERNIDAD DIVINA: LA MATERNIDAD FÍSICA Y ESPIRITUAL DE MARÍA

Los autores espirituales buscan con gusto imágenes naturales de los misterios divinos revelados en la Escritura. En nuestro caso, que Dios sea llamado Padre hace que el primer reflejo de esta verdad se manifieste en los padres que traen hijos al mundo. Esto vale no sólo para los padres, sino también para las madres. Más aún, a Pavel Evdokimov le gusta subrayar que las madres son imagen primordial del Padre celestial, puesto que ellas engendran a sus hijos. De ahí saca la siguiente consecuencia: en la tierra la mejor de todas las imágenes de la paternidad divina es la maternidad de María, que dio a luz al Hijo eterno de Dios en condición humana. Y de esto se sigue aún otra observación para la espiritualidad de las mujeres, para su vocación típica: «El masculino, por la abstracción de su razonamiento, cae continuamente en lo esquemático..., se subleva contra la materia, la carne, manifiesta fácilmente un desprecio gnóstico que lo lleva a formas desviadas de ascetismo inhumano».

El ideal femenino de la perfección actúa, por tanto, como correctivo psicológico indispensable para que la vida cristiana permanezca y se conciba como comunicación de vida nueva y no como adoctrinamiento ideológico. «Ligada en su misma esencia al Espíritu Santo consolador vivificante, la mujer es Eva-Vida que conserva, vivifica, protege cada partícula de la creación masculina... La Madre de Dios da a luz al santo niño, da la carne propia en la que se posa el contenido: la Palabra misma de Dios».

En el caso de la Virgen los autores distinguen la maternidad "física", la comunicación en la carne, y la maternidad "espiritual", la comunicación en el Espíritu. Este último aspecto, en la tradición de la Iglesia, fue reproducido ampliamente en la forma de los "padres espirituales". Se conocen muchos ejemplos excelentes, como en los últimos tiempos san Leopoldo Mandic en Padua o el santo Padre Pío. Éstos no eran simples maestros o consejeros, sino que comunicaban la gracia de Dios a los que recurrían a ellos. En este sentido se llama "padre" a los sacerdotes, porque comunican la vida de modo sacramental. Pero los sacramentos son el perfeccionamiento de lo que debe tener lugar en toda relación cristiana: una comunicación espiritual de la vida de la gracia.

EPÍLOGO

UNA MEDITACIÓN SOBRE LA PATERNIDAD DIVINA

Este texto ha sido tomado de la obra de un obispo y escritor ruso, venerado como santo, Tichon de Zadonsk (†1783), titulada El tesoro espiritual recogido en el mundo. Es un ejemplo característico de la "contemplación de la naturaleza": se parte de la experiencia de las cosas y de los acontecimientos del mundo, y la mente trata de remontarse a los misterios divinos que se pueden contemplar. como en un icono vivo. En este caso se propone meditar sobre la relación entre padres e hijos en una familia ejemplar.

Los hijos nacen del padre: del mismo modo los cristianos, hombres renovados e hijos de Dios por la gracia, nacen de Dios. «A todos los que lo reciben les da el ser hijos de Dios; él, que no nació ni de sangre ni de carne, ni por deseo del hombre, sino de Dios» (Jn 1, 12-13).

Los hijos nacen del semen paterno: los cristianos nacen del agua y del Espíritu, mediante la Palabra de Dios y la fe. «Por su voluntad nos ha engendrado con una palabra de verdad» (St 1,18). «Como quienes han nacido de nuevo; y no de una semilla corruptible, sino incorruptible, la palabra viva y eterna de Dios» (1P 1,23).

Los hijos nacen del padre según la carne, los cristianos de Dios según el Espíritu. «El que ha nacido de la carne es carne y el que ha nacido del Espíritu es Espíritu» (Jn 3,6).

En los hijos se descubren características y semejanzas con sus padres: también en los cristianos se deben encontrar características y semejanzas con el Padre celestial: deben ser santos, buenos, misericordiosos, dóciles, pacientes, etc. Por eso se les dice: «A imagen del Santo que os ha llamado, sed santos también vosotros en toda vuestra conducta; pues está escrito: vosotros seréis santos porque yo soy santo» (1 P 1,15-16). «Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso» (Lc 6,36).

Los hijos intentan hacer lo que ven en su padre: también los cristianos deben imitar a su Padre celestial en todo lo que puedan. «Haceos imitadores de Dios, como hijos amados» (Ef 5,1).

Dios no ofende a nadie, tampoco sus hijos deben ofender a nadie. Dios hace el bien con todos, también sus hijos deben hacerlo. Dios perdona los pecados a todos los que se arrepienten: también los cristianos deben perdonar a los hombres sus pecados. Dios odia el pecado: del mismo modo los cristianos deben odiar el pecado y evitarlo. «Dios quiere que todos los hombres se salven y alcancen el conocimiento de la verdad» (1Tm 2,4), también los cristianos deben desear en el corazón la salvación de los demás, etc.

Un padre ama a sus hijos y los hijos aman a su padre: también Dios ama a los cristianos y ellos deben amar a Dios de corazón como a su propio padre.

Los hijos obedecen a su padre: de igual modo los cristianos deben obedecer a Dios, su Padre. Los hijos evitan todo aquello que podría entristecer a su padre: igualmente los cristianos deben permanecer alejados de todo lo que entristecería a su Padre celestial, que se entristece por todos los pecados y por el desprecio de la virtud.

El padre con sus hijos y los hijos con su padre se entretienen de forma amorosa: también Dios con las almas fieles se entretiene amorosamente en la Sagrada Escritura, y las almas fieles se entretienen con Dios en la oración y en la acción de gracias. ¡Oh, qué amoroso y dulce entretenimiento existe entre la grandeza divina y el hombre miserable, que es tierra y ceniza! «Señor, ¿qué es el hombre para que te acuerdes de él? ¿Un hijo del hombre para que pienses en él?» (Sal 144,3).

El padre encuentra alegría en sus hijos y éstos, a su vez, consuelo en su padre: igualmente el Padre celestial se alegra con las almas fieles y éstas se alegran con Él. «Mi corazón y mi carne se entusiasman en busca del Dios vivo» (Sal 83,3).

Los hijos cariñosos llaman a su padre "padre" o "papá". Del mismo modo, los cristianos, porque lo aman, llaman a Dios "Padre" y le gritan « ¡Abbá, Padre!» (Rm 8,15). «Y el hecho de que Dios haya mandado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que grita ¡Abbá, Padre! es prueba de que nosotros somos hijos» (Ga 4,6). ¡Padre nuestro que estás en el cielo!

Los hijos le piden todo a su padre, pero el padre no les da todo, sólo aquello que es necesario y útil; « ¿Quién de entre vosotros si su hijo le pide pan le dará una piedra? ¿O si le pide pescado, le dará una serpiente? Si vosotros que sois malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, cuánto más vuestro Padre que está en el cielo dará cosas buenas a quienes se las piden» (Mt 7,9-11).

Los hijos se comportan delante de su padre con piedad, no hacen ni dicen cosas indecentes, le muestran respeto: los cristianos deben comportarse ante Dios omnipotente, que todo lo ve, con temor y con piedad, no deben ni hacer, ni decir y ni siquiera pensar cosas inconvenientes.

El padre piensa en sus hijos, los cuida y los alimenta: del mismo modo Dios piensa en los cristianos, los cuida y los alimenta con su palabra y con el sacramento vivificante (Eucaristía). Los hijos huyen de la insidia de los hombres malvados corriendo bajo la protección de su padre: así los cristianos, cuando el demonio y sus siervos los acechan, corren bajo la protección y defensa de su Padre celestial. «Padre, líbranos del mal» (Mt 6,13).

Adquieren la libertad y cantan: «Dios es nuestro refugio y fortaleza, un socorro seguro en momentos de angustia» (Sal 46,2).

El padre castiga a sus hijos por sus defectos, pero con amor: igualmente Dios, Padre celestial, castiga a los cristianos por sus defectos, pero no con ira, sino con amor, «porque el Señor corrige a los que ama y azota a los que reconoce como hijos. ¡Sufrís por vuestra corrección! Dios os trata como a hijos; ¿Y qué hijo no es corregido por su padre?» (Hb 12,6-7).

Los buenos hijos se reconcilian, confiesan sus faltas y admiten su culpa ante su padre: así corresponde a los cristianos reconciliarse, confesar de corazón sus pecados, admitir sus errores y confesar: «Es un bien para mí que me has reconciliado» (Sal 119,7). El padre castiga a los hijos para que sean honestos. «Dios nos castiga para hacernos partícipes de su santidad» (Hb 12,10).

El padre prepara la herencia a sus hijos: Dios prepara a los cristianos la herencia del cielo. El padre da la herencia a los hijos en el momento justo: igualmente Dios, cuando llega el momento, da la herencia a los cristianos y les dice consolándolos: «Venid, benditos de mi Padre, recibid en herencia el reino que tengo preparado para vosotros desde la fundación del mundo» (Mt 25,34).

Los buenos hijos intentan comportarse siempre honestamente, para no dar mala fama al nombre de su padre: del mismo modo los cristianos deben vivir ante los hombres de manera que el nombre de Dios no sufra daños. Se glorifica y alaba al padre cuando los hijos viven siempre bien: así el Padre celestial es glorificado cuando los cristianos viven en plenitud, de forma digna a su vocación. Así nos dice el Señor: «Que resplandezca vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo» (Mt 5,16).

Cualquier honor o satisfacción que los hijos den a su padre - a él debidas como padre, educador, protector- es parte de su deber como hijos; de otra forma serían ingratos: igualmente los cristianos al tratar de satisfacer al Padre celestial no hacen más que su deber y por ello no deben recibir ningún mérito; cuanto reciben de Dios, lo reciben gratuitamente. Puesto que no podemos recompensar a Dios de ningún modo y con ninguna cosa por los bienes recibidos tanto en el pasado como en el presente, permanecemos ante él como deudores.

Los hijos, cuando alguien los calumnia u ofenden no van solos a vengarse, sino que se vuelven hacia su padre y a él le dejan la venganza: del mismo modo los cristianos, cuando alguien los ofende, no deben realizar ellos mismos la venganza, sino que deben volver las miradas de su mente hacia su Padre celestial, y a Él, juez justo, remitir la venganza; a él que dice: «Yo haré justicia, yo daré a cada cual su merecido» (Rm 12,19).

El padre reniega de un hijo desobediente, que no se corrige ni siquiera después de muchos castigos, lo deshereda y lo deja vivir a su antojo: igualmente el Padre celestial reniega de los cristianos incorregibles que no quieren obedecerle, los excluye de la herencia de la vida eterna y deja que vivan a su antojo. «Mi pueblo no ha escuchado mi voz, Israel no me ha obedecido. Lo he abandonado a la dureza de su corazón, a que siga su propio consejo» (Sal 81,12-13).

El Padre no castiga a los hijos de otros, aunque vea que no son corregidos: igualmente el Padre celestial no castiga a los hombres que no son verdaderos amigos suyos, sus familiares, que no son suyos. «Si no sois corregidos, cuando todos han ya recibido su parte, entonces sois ilegítimos, no hijos» (Hb 12,8).

El padre castiga a sus hijos, pero también los consuela: igualmente el Padre celestial castiga a sus hijos, verdaderos cristianos; pero también los consuela. «Y cuando castiga, tiene aún compasión según su gran bondad». «Cuando me embargan mil preocupaciones, tú me llenas de serenidad y de consuelo» (Sal 93,19).

Reflexiona, OH cristiano, y compara cómo es Dios con los cristianos y cómo ellos deberían ser con Dios. De esto se deriva la consolación y la alegría cristianas:

1) ¡Qué íntima unión y comunión tienen los verdaderos cristianos con Dios! La de los hijos con el padre. «Nuestra comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo», dice el Apóstol (1Jn 1,3). Una cosa tan grande y maravillosa no se entiende con la cabeza.

2) ¡Qué grande y sublime es la dignidad de los cristianos! ¡Es grande ser hijo del Señor del cielo, más grande que ser un noble, más excelente que ser hijo del emperador! Esto asombra al Apóstol santo, que dice: « ¡Qué gran amor ha tenido el Padre con nosotros para llamarnos hijos de Dios, y realmente lo somos! El mundo no nos conoce porque no lo ha conocido a Él» (1Jn 3,1).

3) Si los cristianos son hijos de Dios, ¡qué gloria manifestarán cuando aparezcan como tales! El emperador terrenal viste a sus hijos con trajes lujosos de púrpura; ¡qué espléndidos y lujosos vestidos tendrán los hijos de Dios! «Él transformará nuestro mísero cuerpo para conformarlo a su cuerpo glorioso» (Flp 3,21). «Queridos hermanos, desde ahora somos hijos de Dios, pero aún no ha sido revelado lo que seremos. Sabemos que cuando Él se manifieste seremos parecidos a él, porque lo veremos tal y como es» (1Jn 3,2). «Cuando seas propicio con tu pueblo, acuérdate de mí, Señor; cuando vengas a salvarlo, no te olvides de mí; para que vea la dicha de tus elegidos, me alegre con la alegría de tu pueblo y me enorgullezca con tu heredad» (Sal 106,4-5).

¿CONOCES A CRISTO?

INTRODUCCIÓN

Una historia real. Durante la ocupación nazi de Bohemia, una tarde fueron arrestados por la policía numerosos representantes de las clases intelectuales. Mientras esperaban el juicio, vivieron juntos en un gran barracón común. ¿Cómo pasar el tiempo en una situación llena de incertidumbre? Se les ocurrió una idea: hay aquí muchos profesores, ¿por qué no dar clases? Cada uno intentará enriquecer a los demás con algo bello, desde el punto de vista de su materia. La propuesta fue aceptada de inmediato. Una clase era de literatura francesa, otra sobre las nuevas teorías de las ciencias naturales, otra sobre los grandes personajes de la historia. Un idealista de izquierdas conmovió a sus oyentes con la forma simpática de presentar a Karl Marx. Después llegó el turno de un sacerdote. A él le hicieron una pregunta concreta: « ¡Díganos algo nuevo y atractivo sobre la persona de Jesucristo! » Bastantes años después, en el tiempo de la liberación, el sacerdote confesó: Era uno de los momentos del encarcelamiento de más desolación. Lloraba en secreto. Todos sabían presentar sus temas de forma atractiva y hacían descubrir a los demás algún aspecto nuevo. Sólo yo, pobre, repetía las verdades fundamentales del catecismo en un modo que no llamaban la atención. Y, sin embargo, el objeto de mi clase era la Verdad y la Belleza misma encarnada. Por mi parte, ¿no era acaso trágico?».

Otro ejemplo. Un teólogo actual fue acusado de no creer en la divinidad de Cristo. Él se defendió: «Siempre he creído y creo en esta profesión de fe. Pero me doy cuenta de que se ha hecho difícil para los hombres de hoy. Mis reflexiones no son más que pruebas para acercar nuestra fe a aquellos que la pierden y a los que no están interesados». ¿Se llega a conseguir? Como tal, es un esfuerzo apostólico útil, si se queda verdaderamente dentro de los límites de la fe.

El objetivo de nuestras reflexiones va en esta dirección, pero modestamente. No se aventura en el campo de las discusiones complicadas. Recoge simplemente, de la rica tradición espiritual de aquellos que han creído en el Salvador, algunos aspectos que se olvidan fácilmente y que, sin embargo, son justamente aquellos que han inspirado la actualidad del mensaje evangélico a través de los siglos.

¿SON TODAS LAS RELIGIONES IGUALES?

El irenismo religioso progresa, en tiempos recientes, a grandes pasos. Dios es uno, dice la gente normal, ¿por qué las religiones han de ser diferentes? Y si ya lo son a causa de la distinta evolución histórica, ¿por qué no apreciarlas a todas por igual? Hay aspectos positivos en esta tendencia. También el ecumenismo católico trata de encontrar en todas las creencias aquello que corresponde a nuestra fe y que puede constituir una base para el diálogo y a la vez un elemento parcial de unión eclesial. Pero el verdadero ecumenismo es lo contrario del indiferentismo. Apreciar lo que es valioso en otros sitios no significa negar la unicidad de la propia fe, toda centrada en torno a la persona de Jesucristo, Dios - Hombre.

Quizás sea útil, en esta ocasión, contar un recuerdo personal. Un día, después de las clases en el Instituto teológico de Roma, quedé sorprendido por una visita inesperada. Una dama de mediana edad, de tipo asiático, se me presentó como monja budista que volvía de Suiza, donde había estudiado de modo comparativo el "fenómeno religioso". Ahora pasaba por Roma y quería discutir conmigo el problema de la mística cristiana en comparación con la budista. El tema, evidentemente, también me interesaba a mí. Nos pusimos por tanto a conversar.

Comencé yo, exponiendo el esquema de la subida a la montaña -el Sinaí, el Monte Carmelo o cualquier otro monte-, los distintos grados de la ascensión, interpretados simbólicamente en su progreso hasta el éxtasis amoroso de Dios. Me quedé sorprendido cuando mi interlocutora me expuso, extraído de la tradición budista, un esquema del todo similar. A esto siguió la pregunta de si existen otros esquemas simbólicos. Cuando expuse la enseñanza de Evagrio sobre cómo liberarse de los conceptos parciales para asir a Dios como pura luz, la monja oriental sonrió, diciendo que éste es un esfuerzo bien conocido en la literatura espiritual japonesa. Entonces ella misma planteó la cuestión fundamental: ¿cuál es la diferencia entre la oración cristiana y la budista?

A esto siguió un interrogatorio por mi parte. «Cuando rezáis, ¿qué objetivo os proponéis, qué queréis alcanzar?» - «La unión con Dios». No pude más que asentir y afirmar la identidad de opiniones entre nosotros. Entonces planteé otra pregunta, más sutil: «En esta vida, ¿alguien ha alcanzado esta unión plena con Dios, tan deseada?» Su respuesta fue bellísima: «Es el deseo de todos los hombres, pero en esta vida nadie ha alcanzado nunca la unión perfecta con Dios».

Entonces yo respondí: «Sin embargo nosotros, cristianos, creemos que en la persona de Jesucristo, el hombre y Dios se han unido de modo perfecto, el abismo ha sido superado. Por eso, para superarlo también nosotros, rezamos a través de nuestro Señor Jesucristo. Ésta es la diferencia esencial entre el cristianismo y las otras religiones».

La monja budista me prometió pensar en ello. Sobre este hecho todos deberíamos reflexionar. El cristianismo no es simplemente una religión que cree en Dios y trata de unirse a Él. Es la revelación de que Dios se ha hecho hombre. Creemos en Dios - Hombre y en todas las consecuencias que se derivan de ello: que Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga divino. Es una profesión de fe única, característica nuestra. Y, por este motivo, los cristianos pueden apropiarse de todos los verdaderos valores humanos que se encuentran en otras religiones, permaneciendo, al mismo tiempo, convencidos del carácter singular de su religión a causa de este hecho único, centro de la historia: Dios se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn 1,14).

De alguna manera, todas las religiones se dan cuenta de la distancia que separa el mundo humano del divino e imaginan algún tipo de mediador, o sea un hombre o un ser elevado que esté en medio, entre nosotros y el cielo. Los cristianos profesan un solo mediador, Jesucristo (1Tm 2,5), no porque esté "en medio entre Dios y los hombres", sino porque pertenece a ambos mundos, siendo a la vez Dios y hombre. San Gregorio Nacianzeno se planteaba la pregunta de cómo todo lo que existe pueda estar unido armoniosamente, cuando de hecho las distintas categorías de la realidad son tan diferentes entre sí. Existe la materia, el mundo material, pero existe también el espíritu, el mundo espiritual. Finalmente, creemos en el mundo divino, elevado sobre el cosmos. Y, sin embargo, el Creador ha alcanzado la unidad de modo ingenioso: ha creado al hombre, que es material en el cuerpo e inmaterial en el alma, y así ha construido el puente sobre el primer abismo: el hombre une el mundo material y el inmaterial. Cristo, en su persona, siendo Hombre - Dios, construye el segundo puente, une la tierra con el cielo. Él es, por tanto, como dice san Máximo Confesor, el centro donde convergen todos los rayos del universo.

¿EXISTIÓ CRISTO DE VERDAD? ¿SON LOS EVANGELIOS DOCUMENTOS HISTÓRICOS?

El resultado de una encuesta sobre este tema fue consolador por una parte, pero por otra no. La gran mayoría habló de Cristo con estima. Incluso los no creyentes, que despreciaban la religión y la fe en Dios, consideraban a Cristo como la expresión de los mejores ideales de la humanidad. Ciertamente, a éstos no se les podía pedir más. Menos consolador fue el resultado de la encuesta en relación con los creyentes, incluso católicos. Evidentemente, también ellos estimaban a Cristo. Pero, ¿a cuál? Con frecuencia expresaban dudas sobre su divinidad, eran escépticos en relación a algunos milagros del evangelio, incluso su resurrección se interpretaba sólo como una vaga expresión de esperanza. Los reformadores del siglo XVI intentaban restaurar la "imagen pura" de Cristo, liberada de lo que, según decían, ha sido añadido por las tradiciones humanas y que lo ha dejado demasiado "humanizado". A los escépticos modernos, el rostro tradicional de Cristo les parece demasiado "divinizado". ¿Cuál es entonces el "verdadero Cristo", tal y como lo enseña la revelación cristiana?

Su existencia histórica fue negada por algunos críticos liberales del siglo XIX. Pero eran pocos. Son mucho más numerosos los que piensan que la persona de Jesús, como la conocemos por los evangelios, es el resultado de un mito que se desarrolló entre sus discípulos y que se ha alejado de la realidad histórica.

Los apologetas católicos respondían a los escépticos con argumentos del tipo siguiente. Se puede establecer el tiempo en que los evangelios, los Hechos de los Apóstoles y las primeras cartas de san Pablo fueron escritos: muy poco después de los hechos que refieren. No es un tiempo suficiente para crear un "mito". Son por tanto un documento histórico. Si creemos lo que cuenta César de sus recuerdos de la guerra en la Galia, ¿por qué no hemos de dar fe a lo que dicen Mateo, Marcos, Lucas y Juan?

El argumento es correcto. Sin embargo, quedan algunas dificultades. Si los evangelios relatasen solamente que Jesús nació, enseñó y murió, difícilmente discutiría alguien la veracidad de estos hechos. Pero los evangelios narran también acontecimientos extraordinarios, especialmente uno que supera a todos: su resurrección de entre los muertos. En ésta se negaron a creer incluso algunos de los que fueron testigos oculares. En cambio, los demás creyeron hasta el punto de dar sus vidas para dar testimonio de ello.

Así pues, ante la misma presencia de Jesús aparecen creyentes y no creyentes. ¿Cómo explicar esta diferencia? Los evangelios nos lo dicen abiertamente. La fe depende siempre de la actitud personal ante el Salvador. San Pedro nos lo atestigua. En un momento crucial, cuando las masas se alejaban de

Jesús y cuando fue puesta a prueba la fe de los mismos apóstoles, el primero de ellos confiesa: « ¿A quién iremos, Señor? Tú tienes palabras de vida eterna; nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios» (Jn 6,68-69).

También hoy la fe cristiana es, en primer lugar, una relación viva con la persona, confianza dada a Cristo, y no sólo una "prueba científica" fundada en la objetividad de los documentos escritos. Napoleón, hacia el final de su vida, reflexionó mucho sobre la persona de Jesús. A los amigos que le acompañaban en el exilio en Santa Elena, les dijo: «Yo he inflamado miles de corazones. Pero era siempre necesaria mi presencia, mi mirada, mi voz. Bastaba mi palabra para atraerlos a todos... Pero hoy, cuando vivo exiliado en una roca, ¿quién lucharía por mí, quién me conquistaría imperios? ¡Qué abismo entre mi miseria y el reino de Cristo! De Él se predica en todo el mundo, en todas partes lo aman, le rezan... » ¿Conclusión? «Él está siempre vivo». Por eso, aquel que no conoce a Cristo "personalmente", por el contacto vivo en la oración, difícilmente vencerá las dudas sobre él y sobre su enseñanza. Por el contrario, quien ha creído, quien lo conoce por el contacto diario en la oración, no tiene necesidad de argumentos, lleva el testimonio en su corazón (1Jn 5,10). Entonces se verifica lo que escribió el escritor F. Werfel como lema de su novela sobre Bernardette de Lourdes: «Quien cree en Dios no necesita argumentos y para quien no cree, ningún argumento le servirá de ayuda».

EL TESTIMONIO DE LA TRADICIÓN

Una persona adquiere su credibilidad con la experiencia. Pero sería un error creer que ésta es sólo individual. En esa dirección han sacado su conclusión los que dicen más o menos: «Tenemos los testimonios esenciales de Cristo por la Sagrada Escritura. Con la oración y con la iluminación del Espíritu se convierten en experiencia viva. Y es precisamente ésta la que debemos profundizar. La enseñanza externa, especialmente el "magisterio oficial de la Iglesia"-estorba más que ayuda a la relación íntima con Jesús».

Sin embargo, ni siquiera a los hombres los conocemos sólo por el contacto directo que tenemos con ellos. El elemento creativo de la persona es su relación con los demás. Espontáneamente, estimamos a quien es estimado por los sabios y honestos, admiramos sus obras porque son apreciadas por gente competente. Cristo es persona universal. Por eso, los que han descubierto los distintos aspectos de su persona nos ayudan a penetrar mejor en su misterio. En este caso no se trata, de hecho, de argumentos "externos", sino de testimonios de sus encuentros personales. De éstos, tienen más valor los inspirados por la asistencia del Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo. Así es el testimonio de su Iglesia, en primer lugar de su magisterio oficial, que está íntimamente unido al testimonio del "pueblo de Dios", de todos los creyentes.

El papel del pueblo de Dios para la conservación y profundización de la fe en Cristo es puesto de relieve por el Concilio Vaticano II. En estas reflexiones seguiremos la dirección de este camino espiritual. Suscita nuestro interés cómo fue concebida por los pintores la persona del Salvador, porque su testimonio es inmenso. Los santos conocían a Jesús íntimamente. Pero no excluyamos a los escritores, psicólogos y otros pensadores. Los teólogos que interpretan la enseñanza eclesial nos deben introducir en el sentido espiritual de los dogmas. Se trata de un campo inmenso que amarillea ya para la siega (cf. Jn 4,35). Recogemos aquí algunas espigas.

CRISTO EN LA CONCIENCIA

Uno de los textos clásicos sobre la divinidad de Cristo es, sin duda, el llamado Prólogo del evangelio de san Juan (1,1ss). «En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios y el Verbo era Dios». Se han escrito numerosísimos comentarios sobre este texto. Elegimos uno no muy conocido: el pensamiento de san Gregorio Nacianceno.

Él parte de la cuestión que se planteaban con frecuencia los Padres: si hemos sido creados a imagen de Dios (Gn 1,26), ¿en qué consiste esta semejanza? Para los Padres griegos, está en la capacidad de conocer: ésta es la grandeza del hombre. Según los Padres sirios, el hombre es llamado al lado de Dios para gobernar el mundo. Gregorio Nacianceno propone una sentencia particular: igual que Dios pronuncia el Verbo, del mismo modo también el hombre es capaz de decir y escuchar las palabras, de comunicarse con los otros hombres. Además, este diálogo se extiende también al mundo divino. Creándonos, Dios nos ha dirigido la palabra, «dijo». El Verbo, que «estaba junto a Dios», fue dicho a nosotros desde la eternidad. Ahora Él espera nuestra respuesta.

Si ahora nos preguntamos dónde se oye esta palabra, la respuesta de los Padres de la Iglesia es unánime. El Verbo de Dios, Cristo, se dirige a nosotros hombres con dos palabras originales, una

interna y otra externa. La palabra interna es la voz de la conciencia y la voz externa es el mundo creado que revela a su Creador, y por eso todas las cosas tienen un significado para nosotros. En su inocencia, el primer hombre no tenía necesidad de otras enseñanzas, oía y entendía a Cristo que le hablaba en todas las cosas. Pero los dos "pozos de agua viva" excavados por Abraham fueron rellenados con arena por los Filisteos. Así interpreta simbólicamente Orígenes el relato del Antiguo Testamento (Gn 26,15): el pecado ha contaminado nuestro conocimiento original de modo que ahora no es puro y las cosas del mundo se han hecho opacas para nosotros, ya no son transparentes.

Entonces Dios suscitó profetas, "videntes". Éstos comunicaban al pueblo de Israel las palabras de Dios. Escritas, se convierten en la Sagrada Escritura. No son más que las palabras que debemos escuchar todos nosotros, si no somos sordos a ellas. Leyendo los textos de la Sagrada Escritura, descubrimos que es la voz íntima de nuestro corazón la que nos habla, por eso sentimos un parentesco entre estos textos y nuestra alma.

En la plenitud de los tiempos, el Verbo se ha hecho carne. Cristo, Dios - Hombre, habló con lenguaje humano y sus palabras se conservan en los evangelios. Pero Cristo sigue viviendo místicamente en la Iglesia, y por tanto también ésta nos comunica sus enseñanzas. Todas estas "voces" diversas se complementan entre sí y constituyen al final una sola voz.

Con frecuencia se escucha esta objeción: yo quiero actuar según mi conciencia y ¡no quiero adoctrinamientos externos! Es correcto. El hombre sólo puede actuar escuchando su conciencia, que es la voz interior de Cristo. Pero los cristianos no esconden otra verdad: esta voz, en el mundo de hoy, raramente resuena en su pureza y una falsa conciencia justifica a veces graves crímenes. Los cristianos son aquellos que quieren purificar su conciencia a la luz de toda la enseñanza de Cristo. Con ella la voz interior del corazón es liberada, esclarecida. Escuchándola en su pureza, el mundo se hace transparente y bello y el hombre se llena de iniciativas para el bien. En la Vida de los santos, leemos que Cristo les hablaba en revelaciones. Pero en el fondo, el mismo Cristo nos habla a todos nosotros en la voz de la conciencia pura. De nuestra respuesta dependerá una existencia verdadera y nuestra felicidad.

IMÁGENES DE CRISTO

¿Conocemos el rostro real de Cristo? En Oriente, algunos iconos se titulan "verdadero rostro no hecho por mano de hombre". El título se refiere a la leyenda del rey Abgar de Mesopotamia que recibió la impronta del rostro de Jesús en un velo. En Occidente existe la tradición de la Verónica. Recientemente no faltan reproducciones de la Sábana Santa de Turín. Pero las primeras imágenes de Cristo en las catacumbas son tipológicas y simbólicas.

Las imágenes están ligadas a un problema teológico. Los primeros cristianos se preguntaban si sería útil para ellos leer el Antiguo Testamento, dado que había sido superado por el Nuevo. La respuesta fue afirmativa. La utilidad se encuentra en el valor simbólico de la historia sagrada. Así, Adán, primer hombre, patrón del paraíso, es imagen del segundo Adán, Cristo, en el reino de Dios. Moisés es el liberador del pueblo de la esclavitud y su legislador. Cristo nos libera de la esclavitud espiritual y es el autor de la Ley nueva de la caridad. Abraham que sacrifica a Isaac es imagen de Dios Padre que ofrece a su Hijo en sacrificio.

Noé salva a los suyos en el arca en medio del diluvio, del igual modo que Cristo salva a los fieles en la Iglesia. Daniel permaneció ileso en la fosa de los leones. Cristo resurgió vivo del reino de los muertos. David funda el reino terrestre, Cristo el reino espiritual, etc.

En las catedrales góticas estas analogías se desarrollaron en dos líneas de imágenes: en la inferior hay escenas del Antiguo Testamento, y en la línea superior, sobrepuestas, las escenas correspondientes del evangelio. Podemos aprovechar una tipología similar respecto a la vida cristiana. Ésta está formada por muchos acontecimientos materiales, "profanos": trabajamos, estamos con amigos, sufrimos por las contrariedades. Descubriendo en ellos un parecido con la vida de Jesús, todo adquiere un significado espiritual, el cristiano se convierte así en "otro Cristo".

En las catacumbas encontramos también representaciones simbólicas tomadas de la vida de todos los días: la figura del buen pastor, el timonel que dirige la nave, el pescador con sus redes, el maestro con sus discípulos. Evidentemente todas estas figuras pueden recordarnos a Cristo y su obra. Pero también las virtudes que Él enseñó pueden reproducirse en forma de una imagen visible: el ancla es la esperanza, el libro la fe, el pájaro fabuloso, el ave fénix es recuerdo del paraíso, las letras alfa y omega son interpretadas según el texto del Apocalipsis (21,6). Se dice que para los poetas todo el mundo visible es un gran bosque de símbolos. Los místicos cristianos son poetas en el mejor sentido de la palabra. Todo lo que está ante sus ojos se convierte en un recuerdo de Cristo.

Cuando la Iglesia salió de las catacumbas y comenzó a construir templos, aparecieron las primeras imágenes personales de Cristo. La primera de éstas es el famoso Pantocrátor, Cristo rey, emperador,

omnipotente. Está sentado sobre el trono imperial con todos los signos de su poder sobre los hombres, sobre los elementos y sobre las leyes del cosmos (representados como el arco iris bajo los pies del Salvador). Es la profesión de fe: El que fue crucificado por los poderosos de este mundo es el dominador del cielo y de la tierra. Los emperadores romanos exigían un culto divino para sí mismos. Pero existe un solo Dios - Hombre verdadero. Esta imagen ha dominado las cúpulas de las catedrales mucho tiempo.

En el medioevo, sobre todo bajo la influencia de la piedad franciscana, sobrevino un gran cambio. Cristo apareció sufriendo en la cruz, a lo largo del Vía crucis, en la columna de la flagelación. Y esto porque habían desaparecido las dudas sobre la divinidad de Cristo en la gloria, pero se comenzaba a olvidar que había sufrido y que cargaba con las debilidades de la naturaleza humana. Sin embargo, para no olvidar el aspecto divino, se intentaba conservar un equilibrio también desde el punto de vista iconográfico. Lo observamos, por ejemplo, en la famosa cruz de san Francisco. Cristo aparece crucificado, pero en los lados y en la parte alta de la cruz están pintadas escenas que lo muestran en la gloria: la ascensión, la transfiguración, etc. Está bien meditar sobre la pasión del Salvador, pero no debemos olvidar que también ella es divina y, por tanto, gloriosa.

El Cristo de los artistas renacentistas se critica a veces como profano, de forma atlética, de una belleza sin matices religiosos. Esto depende ciertamente de cada pintor. Pero en el fondo hay también aquí un pensamiento teológico. ¿No debemos acaso ver en Cristo a hombre perfecto, ideal, que realiza todos los ideales de la humanidad?

En el período barroco, Cristo aparece, como uno con el que se entra en diálogo. Se representan sus revelaciones a distintos santos. El culto al Niño Jesús facilita la familiaridad con Aquel que, en la representación de Miguel Ángel en la capilla Sixtina, parecía un Juez inexorable.

¿Y en el arte moderno? Hay gran variedad, pero parece predominar un motivo: Cristo en la vida cotidiana, como trabajador, como peregrino, etc. ¿No corresponde acaso esta tendencia al programa espiritual de santa Teresa de Lisieux, el "caminito del amor", la perfección en las obras de todos los días?

Hay también muchas películas sobre la vida de Cristo. Su dificultad es mayor de lo que se piensa. La película no puede limitarse a imágenes estáticas. El dinamismo de la evolución interna de sus héroes les da la fuerza artística. Pero, ¿qué sabemos o podemos adivinar de cómo se desarrollaba la vida interior del Hombre - Dios? Además, las representaciones demasiado realistas de las escenas del evangelio pierden la perspectiva estática del aspecto divino. Por este motivo, crece en nuestros días la estima por los iconos, imágenes de la Iglesia oriental, en las que este aspecto sagrado se pone fuertemente de relieve. Y, además, los iconos presuponen que se reza ante ellos. Sin el verdadero contacto personal con Jesús en la oración, toda imagen externa corre el riesgo de ser una forma vacía del contenido de fe. Rezando ante el icono, lo sacralizamos y al mismo tiempo descubrimos la riqueza de los diversos aspectos de la persona de Cristo, en la gran variedad de los acercamientos parciales vistos y representados por cada uno de los artistas.

LA IMAGEN DE CRISTO EN LA VIDA DE LOS SANTOS

Los santos son imágenes vivas de Cristo. También ellos, en su vida, ponen de relieve uno u otro aspecto de la plenitud de la santidad infinita del Hombre - Dios. Nos conformaremos con tres ejemplos.

San Francisco de Asís. Esquemáticamente podemos distinguir en su itinerario espiritual tres fases principales. La primera se puede llamar "revolucionaria". Pese a vivir en una sociedad cristiana, descubrió que la ley del mundo no es la ley del evangelio. En la gruta de Fonte Colombo escribe la regla para él y sus compañeros, una regla que no es más que citas del evangelio. Y sin embargo se encuentra con dificultades. Las autoridades eclesiales dudan aprobar una "regla" tan imperfecta y que podría llevar también a falsas interpretaciones.

El segundo período de la vida del santo se podría caracterizar como "imitación de Cristo". En Greccio puso en escena el primer Belén viviente, como si quisiera decir: no basta centrar la atención sólo en las palabras del evangelio como si fueran un programa teórico; hay que colocarlas en la vida del Salvador, hacerlas vivas ante los ojos e imitar su persona.

La experiencia del tercer período es la "vida en Cristo". En el Monte Alverna recibe los estigmas y así visiblemente puede decir «no soy yo quien vive, es Cristo el que vive en mí» (Ga 2,20). A Cristo no se le imita como a un ejemplo que está ante nosotros, sino que vive dentro de nosotros.

San Ignacio de Loyola. Su contacto con Cristo era muy íntimo. Vio a Cristo en visiones más de treinta veces. El objetivo de su método de meditación era llegar al coloquio personal con Jesús, "como un amigo habla al amigo". Y de esto sacó consecuencias. La experiencia de lo mucho que Cristo ha hecho y sigue haciendo por mí, exige una respuesta generosa: ¿qué debo hacer por Cristo? Sobre este punto, el pensamiento de Ignacio no era claro. Por una parte deseaba ardientemente seguir no sólo espiritualmente, sino también materialmente, los pasos de Jesús, ir a Tierra Santa, quedarse y

encontrar allí la muerte. Por otra parte, se encontraba continuamente ante la posibilidad de dar a conocer a otras personas la grandeza de Jesús y la belleza de la vida espiritual. Después de dudar largamente, prevaleció el segundo aspecto. A causa de la guerra, el camino a Tierra Santa permaneció cerrado.

La Providencia enseñó entonces al santo que debía seguir a Jesús, no en Palestina, en su tierra natal en sentido material, sino en su iglesia. Ordenado sacerdote, quería decir su primera misa en Belén. La dijo en Roma, en Santa María la Mayor, ante las reliquias del pesebre y se puso, junto a sus compañeros, al servicio de Cristo viviente en la Iglesia.

Carlos de Foucauld. Su evolución espiritual también conoce distintos grados. Al salir de la escuela militar donde todo se centraba en el éxito y la carrera, Carlos quedó impresionado por las enseñanzas del evangelio que nos exhorta a elegir el último lugar (cf Lc 14,10). Dado que el último puesto en este mundo ya lo ha elegido Jesús, Carlos de Foucauld quiso ocupar el "penúltimo". Lo buscó primero en el monasterio trapense, después en Siria en el servicio a los beduinos, después en Nazaret como sencillo servidor en un convento de monjas. Pero, finalmente, se le ocurrió la idea que dio el giro decisivo a su vida. Jesús eligió el último puesto, no porque quisiera servirnos como un benefactor que venía de fuera, sino porque se hizo uno de nosotros. Francia tenía muchos misioneros que llevaban junto a las enseñanzas cristianas un aumento del nivel cultural y social. De Foucauld eligió otro método, el de Cristo encarnado. Vivió junto a los más pobres beduinos del Sahara haciéndose uno de ellos y murió al no querer separarse de ellos en tiempo de peligro.

CRISTO EN LA LITERATURA

En el Libro negro de G. Papini se lee un relato titulado *La conversión del Papa*. El contenido es imaginario. Un hereje es quemado en la hoguera en Praga. Su hijo pequeño, que asistió al suplicio, jura venganza a la Iglesia. En un determinado momento desaparece. Después de un cierto tiempo aparece en Italia un novicio muy celoso en un monasterio. Su carrera es precoz. Se convierte en un predicador famosísimo y muy pronto en cardenal, juzgado por todos como "papable". De hecho, tras la muerte del pontífice, el cónclave lo elige Papa en la primera vuelta, antes de Navidad. El nuevo Papa debe presentarse al pueblo romano para la misa de Navidad. «Ha llegado la hora de mi venganza», piensa el hijo del hereje quemado. Tiene intención de declarar con la infalibilidad papal, en la misa de Navidad, que Cristo no es Dios, sino un simple hombre. Con este gesto creará a la Iglesia una dificultad insuperable. Y lo hará, ¡incluso arriesgándose a ser asesinado! Mientras tanto se prepara para el acto mirando a la plaza de san Pedro, desde la ventana del palacio pontificio. La gente llega de todas partes, los gaiteros, los pobres del Trastévere, todos quieren ver al nuevo papa del que se habla tan bien. Mirando a esta multitud un fuerte pensamiento se apodera del corazón del papa. Es una duda, una pregunta: si se declarara que Cristo no era Dios, sino un simple hombre, ¿qué efecto tendría esta declaración "infalible"? No alcanzará el cielo, pero sobre la tierra producirá un desastre, una tragedia insalvable: se quitará a toda la pobre gente la única esperanza verdadera de sus vidas, se matará no a Dios, sino al hombre. Bajo el peso de esta responsabilidad, el papa improvisadamente se convierte y, llorando, es introducido en la basílica, donde pronuncia una homilía navideña sobre la divinidad de Cristo tan bella y conmovedora que a todos se les saltan las lágrimas.

El pensamiento de Papini está claro. Por el contrario, a primera vista es enigmático el contenido de la novela de Dostoevskij *El Idiota*. Se cuenta allí la historia de un conde ruso, llamado Myskin, que vuelve a san Petersburgo desde un sanatorio suizo. El regreso suscita interés ya que se comporta como un evangelio encarnado. Piensa bien de todos, no soporta el mal, no está apegado al dinero. A causa de su comportamiento, cae simpático a todos (se dice que incluso Nietzsche, después de leer esta novela, fue más favorable al cristianismo). Pero después la situación empeora. Dos mujeres comienzan a pelearse por su culpa; lo implican a él, sin apenas culpa por su parte, en un asunto criminal; llevado al lecho de un joven que moría de tuberculosis sólo fue capaz de consolarlo con una frase desconcertante: « ¡Muere y envidianos nuestra salud! » Finalmente lo encerraron en un manicomio.

¿Qué idea quería expresar el autor con su relato? Es necesario situarlo en el contexto de las discusiones de su tiempo. Un gran contemporáneo de Dostoevskij fue L. N. Tolstoi. Los relatos del último período de su vida parecen auténticamente cristianos y a menudo son también conmovedores. Pero debajo hay un escepticismo liberal: la persona de Cristo, sus milagros, pertenecen a la esfera de la mitología. Sin embargo, es de capital importancia el evangelio, como enseñanza moral. El mundo se transformará cuando los hombres se decidan a observar íntegramente esta ley. La novela de Dostoevskij es la respuesta a esta teoría religiosa. El conde Myskin es descrito en ella como uno que realiza la moral del evangelio. Pero no reza, no tiene un contacto personal con Cristo, por eso es impotente ante los problemas de este mundo, especialmente cuando está a la cabecera del moribundo. Además, él mismo no consigue, igual que Don Quijote, introducirse en la realidad del mundo y termina en un manicomio. El

pensamiento de Dostoevskij en este contexto está claro: la ley moral del evangelio por sí sola, sin la presencia de Cristo vivo, sería una pura ilusión que lleva a la locura.

Citemos, en contexto cristológico, otra novela rusa, que explícitamente no habla de nuestro tema. Es el relato de Solzenitcyn *Pabellón de cancerosos*. A los autores rusos les gusta subrayar que todo el mal del mundo viene del odio y todo el bien del amor al prójimo. Pero incluso esta frase, auténticamente cristiana, no se puede interpretar de modo superficial, a nivel profano. En *Archipiélago Gulag* Solzenitcyn recoge testimonios heladores sobre cuántos sufrimientos de la gente son causados por el poder perverso de unos sobre los otros. No hay luz de esperanza. En el otro libro, enfermos incurables son atendidos con cuidados amorosos por enfermeras y médicos. ¿Resultado? La misma falta de esperanza. ¿Conclusión? El inmenso sufrimiento humano no tiene respuesta sino con... Aquí el autor calla pero él mismo es cristiano y quiere que el lector encuentre la respuesta justa por sí solo: debe haber alguien, que no es sólo un hombre, que nos ayude a superar el archipiélago de nuestra miseria.

UNA REFLEXIÓN PSICOLÓGICA

El cristiano se identifica con Cristo, tiene su misma vida. Esto debe tener alguna resonancia también en nuestra conciencia psicológica, aunque sea misteriosa y distinta según las personas. Se trata de la "conciencia de la gracia", uno de los más difíciles problemas teológicos. Conformémonos, en relación a este aspecto, con una consideración particular: la necesidad de la fe en Cristo en la formación de un joven en los años más difíciles de su vida.

Los psicólogos y pedagogos han escrito varios estudios sobre el periodo de la vida que se llama pubertad, los "años difíciles", el periodo de maduración, situado entre los 12 y los 14 años. En ese período cambia la experiencia psicológica del joven. El niño es distinto, fundamentalmente feliz si está sano, no tiene problemas. Ve lo que existe y cree que existe o que se conseguirá pronto aquello que imagina. El adolescente es diferente. Comienza a soñar despierto, sobre todo antes de dormirse. Se imagina que será un gran científico o un ganador de carreras deportivas, un violinista de fama mundial o un general del ejército. Su futuro tiene que ser espléndido. De hecho, a sus ojos, no vale la pena vivir una vida gris, sin importancia.

Desgraciadamente, no puede hablar con nadie sobre sus proyectos. Lo ridiculizarían. Tampoco lo entienden sus padres o los pedagogos. En este período querría escaparse de casa. La muchacha que sueña con casarse con un príncipe se siente humillada cuando le piden que ayude en casa con trabajos banales. Por tanto existe en los años difíciles una verdadera crisis de la adolescencia. Por una parte los "sueños" para el futuro se refuerzan y acaparan toda la atención del alma. Por otra, el ambiente obliga al joven a no escapar de una vida banal y a ocuparse de cosas sin importancia. ¿Cómo superar esta crisis? Dicen los psicólogos: de cómo el adolescente supere esta contradicción interna depende el tipo futuro de vida que elegirá. Y si la crisis se alarga demasiado, tiene consecuencias desfavorables para el desarrollo ulterior de la persona. ¿Cómo se resuelve normalmente la crisis? Esquemáticamente distinguimos cuatro tipos.

El idealista fantástico. Algunos adolescentes se enamoran hasta tal punto de sus fantasías, de sus sueños nobles, que pierden el sentido de la realidad. No ven lo que sucede su alrededor. En la literatura mundial este tipo de persona es magistralmente descrito por Cervantes en *El Quijote*. Éste, después de haber leído sin control novelas de caballería se imagina que es un caballero sin mancha, sin miedo, va a conquistar el mundo con una armadura de papel y combate en la oscuridad contra molinos de viento, viendo en ellos a las fuerzas enemigas. Su dama, Dulcinea, es a sus ojos una gran princesa y considera una ofensa que digan que se trata de una simple campesina. No todos los idealistas son tan ridículos. Pero en cierto modo encontramos bastantes que lo son. Pierden las ocasiones reales a causa de sus nobles ideales. Su vida es siempre trágica.

El realista -materialista, burgués. También este tipo es descrito por Cervantes. Es la figura opuesta a Don Quijote, su siervo Sancho Panza. Éste no tiene ideales. Estima sólo aquello que ve y que le puede traer beneficios materiales. Aprecia a la Dulcinea de don Quijote sólo cuando descubre que es la hija de un campesino que sabe trabajar. En la vida encontramos muchas personas así. También ellas, cuando eran adolescentes, querían luchar por un mundo mejor, tenían ideales, pero los perdieron enseguida. ¿Se ha hecho la vida gris y prosaica? Soportémosla, no hay nada mejor.

El revolucionario. También éste es en el fondo un idealista. Desea una sociedad mejor. Pero es muy realista. Ve que una vida mejor no existe. Pero se puede hacer algo. Se destruye la sociedad no ideal, hipócrita, y tras la destrucción del viejo orden se puede comenzar a crear el nuevo. «Destruir es crear», decía Bakunin, prototipo de los revolucionarios rusos. Estas personas son capaces de sacrificio, son activas, creen en un mundo mejor. ¿El resultado de sus esfuerzos? Se dice con ironía: todos los revolucionarios se hacen burgueses cuando llegan al gobierno y visten traje. ¿Y si no llegan a gobernar?

Terminar siendo idealistas fantásticos y, sin embargo no inocuos como Don Quijote. Son capaces de matar a los demás por su "ideal".

El ecléctico, el hombre de elección única. Parece que éstos son los únicos que han encontrado la respuesta justa a su crisis de la adolescencia. Al principio soñaban con hacer muchas cosas, realizar muchos ideales, ser científicos, artistas, políticos... Entienden el sabio proverbio: quien mucho abarca, poco aprieta. Deciden hacer una elección decisiva a favor de un solo ideal, abandonando todo lo demás como de poco valor. Uno que se dedica sólo a las matemáticas se convierte en un matemático de fama mundial. Otro es un músico genial para el que no existe nada más. Se trata normalmente de aquellos que son llamados "genios de la humanidad". Pero no son numerosos. Además hay, desde el principio, un grave peligro. Si la elección es la equivocada, la vida termina como la tragedia del que comenzó a construir su casa sobre arena, según la parábola del evangelio (Lc 6,49). Además todos los fanáticos y muchos locos hacen este tipo de elecciones radicales pero, sin fundamento.

La solución cristiana. Tener ideales es lo mismo que tener esperanza. Los paganos, como dice san Pablo, están «sin esperanza» (Ef 2,12). Los cristianos son, por el contrario, partícipes de las promesas de Dios. ¿En qué consiste su gran promesa? Creen que en Jesucristo, Verbo de Dios, se encuentran todos los ideales de verdad, de bondad, de belleza. No son "sueños", sino realidad divina. «Y el Verbo se hizo carne» (Jn 1,14), se encarnó, trajo todos los ideales divinos a la realidad de este mundo. Por el momento están en vía de realización progresiva en el curso de la historia. Pero al final, en el tiempo de la segunda venida del Salvador, el cielo entero descenderá sobre la tierra. Entonces quien cree en Cristo resuelve totalmente la crisis de su adolescencia. Cree en los ideales, no los pierde, y al mismo tiempo está convencido de su realización progresiva. Con el cuerpo vive sobre la tierra, con la mente "habita en el cielo", sabiendo, sin embargo, que el cielo y la tierra están destinados a unirse y que él, en Cristo, participa en esta gran empresa histórica y cósmica. Tiene el éxito asegurado. Por eso la fe en Cristo es fuente inagotable de optimismo vital. En los momentos de seria tristeza en la vida, decía un psiquiatra, ninguna ilusión nos puede consolar, sólo la realidad. Y Cristo es para nosotros la realidad más segura.

LA IMITACIÓN DE CRISTO

En las escuelas del antiguo imperio romano había también un programa de enseñanza moral. Se hacía de un modo concreto. Se proponían a los jóvenes ejemplos a seguir: de sabios, de héroes muertos por la patria, de grandes estrategas y de hombres de gobierno. Tras la paz de Constantino, cuando el imperio se hizo oficialmente cristiano, este programa dejó de corresponderse con las exigencias de aquellos tiempos. Se intentaron, pues, sustituir los ejemplos paganos con ejemplos cristianos, o sea con santos del Antiguo y del Nuevo Testamento, con mártires y con cristianos perfectos de la historia de la Iglesia. Éstos se conmemoraban también en la liturgia. Se hizo también un calendario que propone el ejemplo de un determinado santo cada día del año.

Al mismo tiempo los fieles estaban convencidos de que los santos son como "un reflejo del sol en el agua". En éste se puede observar la luz sin quedar cegados por el resplandor. Pero sigue siendo verdad que el primer ejemplo a contemplar y seguir es siempre el mismo Jesucristo. Sus primeros discípulos no tenían más libro para aprender que tener ante los ojos lo que habían visto en su Maestro. Por eso en la historia de la espiritualidad el tema de la imitación de Cristo ocupa un lugar importante. «Un cristiano - dice san Juan Clímaco - es uno que imita a Cristo en la medida de lo posible para el hombre, en palabras, en acciones y en pensamientos».

Y, sin embargo, de vez en cuando se presentan algunas dudas y objeciones contra este ideal. Las expresó, por ejemplo, Martín Lutero. Pensaba que uno que imita a otro termina por verlo delante de sí, separado de sí mismo. Cristo aparece como un ideal tan sublime que el hombre no puede pretender ser capaz de imitarlo. Es necesario que Cristo esté no "delante de nosotros", sino "dentro de nosotros". En otras palabras, se dice, debemos vivir no "según Cristo", sino "en Cristo", identificarnos con él. Así decía san Pablo: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2,20).

La respuesta a estas objeciones es fácil. Es cierto que no se puede imitar a Cristo como a un héroe humano cualquiera. No tenemos fuerzas. Pero los cristianos son conscientes de que Cristo vive en ellos mediante su Espíritu recibido en el bautismo y con la fuerza de este Espíritu como podemos imitarlo según nuestras posibilidades, dejando que él mismo realice su obra en nosotros.

A los predicadores les gusta ilustrar este aspecto con un ejemplo. Se cuenta que había un joven pintor, gran admirador del famoso maestro Domenichino. Decidió imitar uno de sus cuadros en una iglesia. Trabajaba con éxito hasta que tuvo que reproducir el rostro de la persona. No importaba cuánto esfuerzo hiciera, el resultado era siempre negativo, le salía siempre un rostro diferente. Desesperado, tiró el pincel al suelo. En ese momento se le acercó un señor mayor que hacía tiempo que lo observaba, cogió el pincel y sin esfuerzo terminó el cuadro. Y esta vez era la verdadera reproducción del gran

maestro. El joven lo miró aturdido: « ¡Señor, usted es un ángel!» El viejo sonrió: «No, no soy un ángel, soy Domenichino». Los santos viven una experiencia similar. Después de muchos fallos y debilidades, sienten que Cristo vive en ellos y es él mismo quien pinta su imagen en su corazón. Los pintores humanos enseñan a sus discípulos el método a seguir, el Maestro divino les comunica también su "talento".

Así, la vía de la imitación de Cristo se hace fácil. Se puede ilustrar con otro ejemplo. Cuenta la leyenda que el santo príncipe Wenceslao llevaba leña y comida a los pobres durante el duro invierno y en una ocasión andaba descalzo por la nieve. El paje que lo seguía no soportaba el frío y se quejaba. Entonces el santo le aconsejó que pisara exactamente sobre sus huellas, en las marcas sobre la nieve. Haciéndolo así, el paje se sintió maravillosamente caliente.

LA IMITACIÓN DE CRISTO SUFRIENTE

Con frecuencia en los lugares de peregrinación hay construido un vistoso Vía crucis. Cada "estación" tiene consagrada una capilla especial. Las oraciones correspondientes exhortan a los fieles a meditar sobre los distintos momentos de la pasión del Salvador y a reflexionar sobre la propia vida, porque también ésta es un camino doloroso, a imitación de la de Jesús. Por lo demás, el Vía crucis se ve en todas las iglesias católicas de rito latino.

Pero se oyen también voces contrarias. Algunos plantean objeciones contra este "dolorismo" medieval y ponen como ejemplo los iconos de las Iglesias orientales donde Cristo es representado como glorioso, es decir, como el que ha vencido el mal y todas sus consecuencias. Verlo sólo en su sufrimiento disminuye su valor y disuade de la alegría de seguirlo. Además denota un modo de pensar demasiado analítico que separa dos aspectos indivisibles en sí mismos. En la vida de Cristo hay una "humillación hasta la muerte" y junto a ella la "glorificación" infinita.

¿Sería una "detrás" de la otra o van más bien juntas?

En la primera mitad del siglo XX el teólogo oriental Sergej Bulgakov propuso su explicación de la kenosis de Cristo interpretando el texto de san Pablo a los Filipenses: «Cristo Jesús, siendo de naturaleza divina ... se despojó de su rango (en griego *ekenosen*, que literalmente significa: se vació de sí mismo), haciéndose obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz; por eso Dios lo ha exaltado...» (Flp 2,5 ss). El autor no quiere negar la enseñanza tradicional según la cual Cristo ha sufrido heroicamente como un hombre. Sin embargo, para comprender el sufrimiento del hombre, se debe partir de Cristo Dios; no puede haber incoherencia entre la actitud humana y la divina.

También en la vida divina en el seno de la Santísima Trinidad el Hijo se "despoja", no tiene nada como propio, recibe del Padre todo el pensamiento y toda la voluntad. Pero esta "humillación celestial" constituye su gloria y su gozo infinito, sin ninguna huella de sufrimiento. Encarnándose, haciéndose hombre, Cristo transfiere esta misma actitud a la realidad del mundo de pecado que se rebela contra el Padre. Y a causa de esta resistencia del mundo pecaminoso, la humillación del Hijo de Dios lleva consigo el sufrimiento que es inseparable de toda situación de pecado. Pero no por esto debemos imaginar que el gozo de Cristo Dios deje de existir. De manera misteriosa, el sufrimiento y el gozo están unidos. El gozo es como un fuego que quema progresivamente al sufrimiento para alcanzar el estado glorioso también en la humanidad.

¿Es esto válido sólo para el Cristo individual o también para el Cristo místico, para sus santos? Los diarios de los místicos nos enseñan que también en sus vidas los grandes sufrimientos se transformaban en un gozo indecible. Sólo así podía escribir santa Teresa de Jesús: «O padecer o morir», es decir, sin sufrimiento la vida ya no me interesa. En otro lugar afirma que sufría mucho, pero que Dios nunca la había dejado sufrir sin darle una consolación particular.

Los cristianos sencillos no deben ser fáciles para creer que son capaces de alcanzar estados místicos. Pero una cosa es cierta. La meditación sobre Cristo sufriente no debe degenerar en un "dolorismo" no natural. Debe, por el contrario, ayudarnos a descubrir el sentido positivo del dolor humano con la firme convicción de que será progresivamente superado por el fuego divino, por la luz resplandeciente del Espíritu que habita en nuestros corazones.

PRIMERAS REFLEXIONES DE LOS TEÓLOGOS SOBRE LA FE EN CRISTO: LOS JUDEO-CRISTIANOS

Con este término se denomina a las primeras generaciones de cristianos convertidos del judaísmo. Vieron justamente a Cristo como al Mesías prometido, enviado por Dios, que dio sentido a su pueblo y por medio de ellos a toda la humanidad. El pensamiento principal de este ambiente está muy bien reflejado en los iconos. En ellos vemos una serie de imágenes en las que Cristo desciende: desde el Padre, entre los ángeles, a la gruta de Belén, al agua del Jordán durante el bautismo, al infierno durante la muerte. Pero desde ese momento comienza su ascensión: desde la tumba hasta la ascensión al cielo. Al final del mundo los dos movimientos contrarios se unirán: él descenderá de nuevo a la tierra, pero esta vez en la gloria celestial que se extenderá por toda la tierra.

El sentido espiritual de este simbolismo es profundo. Nos muestra la diferencia esencial entre la revelación bíblica y el esfuerzo idealista del antiguo pensamiento griego. Platón definió la filosofía como "elevación de la mente a Dios", subida hacia el ideal, en griego anábasis. El hombre, con sus nobles esfuerzos, intenta subir hacia la verdad, el bien y la belleza. ¿Los alcanza? La tragedia está en el hecho de que el hombre busca siempre lo alto y cae siempre bajo. En la historia bíblica sucede lo contrario. No es el hombre el que busca a Dios, sino que Dios busca a los hombres, desciende hacia ellos (en griego katabasis), hasta la muerte de Cristo, hasta el punto más bajo de la miseria humana. Pero desde ese momento comienza la subida del hombre junto con Cristo, promesa segura de que todo ideal humano es alcanzable.

LOS GRANDES CONCILIOS: NICEA (325), ÉFESO (431) Y CALCEDONIA (451)

Cuando la predicación del evangelio se difundió en el ambiente griego y latino del imperio romano, los Padres de la Iglesia tuvieron que combatir dos herejías contrarias. Por una parte estaba el docetismo que negaba la verdadera humanidad del Salvador. Él, decían, "apareció" como si fuera hombre, pero era sólo Dios. Por otro lado estaban los arrianos, que reconocían a Cristo como ser superior, pero no como Dios. Contra ellos, los Padres de la Iglesia tenían que defender la verdadera humanidad, pero, sobre todo, la plena divinidad del Salvador. El Concilio de Nicea lo proclamó "consustancial" al Padre, de la misma sustancia, partícipe de su gloria.

El gran problema de los griegos era cómo unir dos naturalezas tan distintas: la divina y la humana, la eterna y la creada, la inmortal y la mortal. Los Padres intentaban ilustrar la verdad de Cristo con ejemplos como éste: el hierro es frío y negro, pero si lo metes en el fuego quema y resplandece. Así también la naturaleza humana unida a la divina recibe las propiedades divinas. El ejemplo está bien elegido. Pero no podía satisfacer a los intelectuales griegos a los que gustaba hablar con conceptos precisos. La cuestión se discutió en Éfeso, pero el resultado fue parcial. Se definió que María es "Madre de Dios" y no sólo madre del hombre en el que después habría habitado Dios como en un templo (lo decía Nestorio). Con otras palabras: Cristo es uno sólo, pero nace de dos partes, tanto del Padre en el cielo como de la madre humana en la tierra.

El sentido espiritual de esta definición es profundo. Por una parte comenzó a difundirse el culto mariano (en Roma se construyó la basílica de Santa María la Mayor) y, por otra, el mismo dogma aparece como fundamento de toda la vida cristiana y de la Iglesia. Cristo místico continúa su existencia a través de los siglos en los sacramentos, en las oraciones, en las buenas obras. En todos estos casos él nace de nuevo del Espíritu Santo y de la cooperación humana. Toda alma cristiana -escribe Orígenes- se hace madre de Cristo encarnándolo en el mundo.

En Calcedonia los Padres volvieron sobre el mismo problema y fijaron los términos para la enseñanza futura. Cristo es Dios y hombre. Esto queda dicho con la expresión "dos naturalezas": posee la naturaleza divina y la naturaleza humana. Pero éstas forman una unidad perfecta. Cristo es uno solo. Esto se dice con la expresión "una persona". Los Padres supieron sacar directamente una consecuencia importante para la vida espiritual. La enunciaron en forma de principio: Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga divino. Los pintores de iconos sabían expresarlo simbólicamente con colores. Si el rojo significa la divinidad y el azul la humanidad, Jesús es dibujado con el vestido interior rojo y la túnica azul: Dios ha tomado la humanidad, mientras la Virgen, de origen humano, tiene el vestido interior azul y está cubierta por una túnica roja, como llena de gracia, divinizada.

Los antiguos términos "persona" y "naturaleza" suenan abstractos, poco modernos. Sin embargo son de gran actualidad precisamente en nuestro tiempo. La psicología se da cuenta de la variedad de componentes que forman al hombre y de los innumerables influjos que éste sufre. La normalidad del hombre depende de la fuerza de su personalidad, de cómo es capaz de unir armoniosamente todas estas influencias. En una convención de psicólogos se hablaba de las pasiones y de las tendencias naturales en algunas personas santas. Un representante, buen psiquiatra, dijo que había analizado la escritura de santa Teresa de Jesús, y añadió: «No querría tener a una mujer así como paciente. ¡Cuántas tendencias dominantes, cuántas inclinaciones sensuales debía de tener! Y, con todo, -lo admito-, sus reacciones eran absolutamente normales. Esto quiere decir que dominaba perfectamente todas sus inclinaciones. Me parece casi un milagro psicológico.» Quizás se deba entender justamente así, como un milagro, como un fenómeno sobrenatural referido a su primer prototipo.

La personalidad de Jesús es tan fuerte que consigue unir naturalezas tan distintas como la divina y la humana. El Espíritu Santo que Cristo nos comunica nos da también a nosotros una fuerza superior para llegar a ser "personalidades fuertes", para unir armoniosamente los distintos intereses de la vida, las distintas tendencias de la vida. «De nuestros padres recibimos la naturaleza y la desarrollamos -dijo el mismo psiquiatra- pero estoy cada vez más convencido: de que el hombre se convierte en una persona verdadera sólo si participa de la de Jesucristo

EL PENSAMIENTO DE KARL RAHNER

La fe definida en el Concilio de Calcedonia se estableció para todos los siglos. El dogma de la divinidad y de la humanidad de Cristo pertenece a la esencia del cristianismo. Cuando se pensó reunir, después de la Segunda Guerra Mundial, en una primera convención ecuménica en Amsterdam a las distintas Iglesias cristianas, se planteó la cuestión de quién podía ser considerado, y quien no, miembro de la Unión de las Iglesias cristianas. La fe en Cristo Dios - Hombre fue, evidentemente, propuesta como condición fundamental.

Parece que, desgraciadamente, algunos de los pensadores teólogos de hoy en día quieren debilitar esta fe. Obviamente negando la divinidad de Cristo se salen de los límites de la ortodoxia. Pero hay otros que no tienen esta intención. Piensan más bien que esta fe exige una explicación mejor adaptada al hombre moderno. Son libres para probarlo, si lo hacen sin disminuir el misterio revelado.

Entre los distintos teólogos modernos, como ejemplo, citamos una nota interesante del famoso Karl Rahner. En los primeros tiempos, el cristianismo centraba su atención en el hecho de que Dios se ha hecho hombre, el Verbo se ha hecho carne. Este era el sueño de los antiguos: el deseo de que los seres celestiales descendieran entre nosotros, a nuestra tierra. La mitología lo imaginaba de forma fabulosa. Por medio de Jesucristo este sueño se ha hecho realidad.

El hombre moderno, piensa Rahner, parte de otro presupuesto. Fija su atención en el hombre y se pregunta qué puede llegar a ser, hasta qué altura puede subir. La revelación cristiana enseña una cosa estupenda. El hombre puede llegar a ser un gran artista, un científico o dominar las fuerzas del universo con su técnica. Pero no puede convertirse en un ángel, como tampoco puede descender y hacerse un animal. Si sucediera un cambio así, dejaría de ser hombre. La fe en Jesús nos asegura que el hombre puede hacerse Dios y al mismo tiempo ser hombre. El cristianismo es, por tanto, un mensaje antropológico estupendo, muy adecuado para nuestro tiempo.

TÍTULOS DE CRISTO

Como hemos visto, los Padres trataban de expresar el misterio de Cristo en términos dogmáticos que lo protegieran de las falsas interpretaciones heréticas. Por otra parte, el recurso excesivo a las "definiciones" disminuye la plenitud de la fe, la empobrece. Por este motivo, san Gregorio Nacienceno trataba de recoger primero la multitud de títulos con los que la Sagrada Escritura designa a Cristo. Hace la siguiente lista: «Hijo de Dios, Imagen, Vapor, Emanación, Resplandor, Artífice, Rey, Jefe, Ley, Camino, Puerta, Fundamento, Piedra, Perla, Paz, Justicia, Santificación, Redentor, Hombre, Siervo, Pastor, Cordero, Pontífice, Ofrenda, Primogénito de las cosas creadas, Primogénito de la resurrección de los muertos».

Se pueden añadir otros títulos: Verdad, Sabiduría, Maestro, Palabra, Luz... Pero enumerados así, sin explicación y fuera de contexto, muchos de estos términos son incomprensibles. Detengámonos en algunos que la tradición ha desarrollado más.

JESÚS SALVADOR

Salvación es un término clave del lenguaje bíblico. Los judíos, pueblo pequeño de nómadas, estaban llenos de temor ante los muchos enemigos y peligros que los amenazaban en su camino. Y, sin embargo, han tenido siempre la experiencia de que Dios aparecía como su único Salvador. El Nuevo Testamento transfiere este título a Jesús (Lc 2,11), la fe en Cristo trae la salvación a todo el que cree (Rm 1;16).

Si los judíos temían sobre todo a sus enemigos, el hombre antiguo del imperio grecorromano tenía miedo del destino inexorable, de la soledad y de la muerte. Por eso, los Padres de la Iglesia enseñan cómo Cristo nos libera de estos tres peligros principales. Siendo el Creador del cosmos, tiene en sus manos sus leyes. En aquellos tiempos estaba ampliamente difundida la astrología, la creencia de que el destino humano depende de las constelaciones de los astros. San Ignacio de Antioquía responde a estos supersticiosos. Cuando Jesús nació, su estrella debía ir a Belén para mostrar que desde ese momento la suerte del hombre depende de él y que él somos liberados del llamado destino inexorable. Con su resurrección la humanidad es salvada de la muerte y con su amistosa asistencia nadie está ya solo en el mundo.

¿Cuáles son los peligros que más teme el hombre moderno? Las respuestas serán seguramente muy variadas. Dostoevskij piensa que sus grandes problemas vienen de las inseguridades interiores, de las dudas sobre todo y sobre todos. En una carta, escribe: «Os diré de mí mismo que también yo soy hijo de este siglo, un hijo de la incredulidad y de la duda, hasta hoy y quizás hasta la tumba. Qué torturas espantosas me ha costado y me cuesta incluso ahora esta sed de creer, tanto más fuerte en mi alma cuanto que hay argumentos contrarios. Y, sin embargo, Dios me envía momentos en los que todo me es claro y sagrado. En esos momentos he compuesto un credo: creer que no hay nada más bello, más profundo, más amable, más razonable y más perfecto que Cristo, y que no sólo no hay nada más, sino -y me lo digo con amor celoso- no puede haber nada más. Y más aún, si alguno me hubiera demostrado que Cristo está fuera de la verdad, habría preferido, sin dudarlo, permanecer con Cristo antes que con la verdad».

DADOR DE VIDA

El Dios de la revelación bíblica lleva un atributo constante: es el "viviente", llama a los hombres a la vida eterna, es la fuente de la vida (Sal 36,10). Como Hijo de Dios, también Jesús da vida sobreabundante, él mismo es la vida (Jn 14,6). El paso de la muerte a la vida se repite en el que cree en Jesucristo.

Bajo este aspecto algunos señalan que no habría ninguna diferencia sustancial entre el cristianismo y las demás religiones, porque también las otras prometen la felicidad después de la muerte en una vida nueva. Pero esta coincidencia es superficial. Cristo ha muerto, ha perdido la vida en la tierra, pero con su resurrección ha vuelto a su vida terrena. Los cristianos esperan algo semejante: no el rechazo de la vida pasada, sino el retorno eterno. La vida después de la muerte puede dibujarse con colores vivos, pero mientras sea "otra" no nos atraerá nunca demasiado, porque amamos nuestra propia vida. Cristo nos promete salvar precisamente ésta, junto a nuestros parientes y amigos. La resurrección de la muerte es una enseñanza única, que no tiene comparación con ninguna otra religión, porque está unida a la persona y a la obra del mismo Cristo.

REVELADOR - LUZ DEL MUNDO

Fue sobre todo en el mundo helénico donde este término se desarrolló e interpretó bajo aspectos diversos. Los antiguos griegos estimaban enormemente el saber. El hombre es hombre precisamente porque es capaz de conocer no sólo con los ojos y con los sentidos en general, sino sobre todo con el intelecto. Éste forma las ideas. Para Platón el mundo de las ideas es divino y nosotros, hombres, penetramos en él a través del conocimiento.

Las ideas que conocemos son numerosas y de distintos tipos. ¿Cómo unificarlas? Hacia el final de la antigüedad varios filósofos afirmaban que la unidad de las ideas se encuentra sólo en Dios. Los que eran más místicos hicieron una distinción ulterior: Dios permanece escondido, no es posible conocerlo, el mundo de las ideas es inferior a él. A pesar de ello hay unidad. Su conjunto forma un "Lógos" que es como un segundo Dios.

Los cristianos adoptaron fácilmente esta teoría con algunas correcciones. El Lógos es el Verbo, Hijo del Padre. No es un dios inferior, es igual al Padre. Por eso refleja toda la ciencia del Padre en la vida de la Santísima Trinidad. Pero, además, es Revelador, Luz del mundo. Por medio de Él, de su encarnación,

el Padre se manifiesta a los hombres, les hace partícipes de su conocimiento divino. De aquí el dicho tan repetido por los autores cristianos: «Si conoces a Cristo lo conoces todo, si no conoces a Cristo, no conoces nada».

Con todo, tampoco esta afirmación se debe interpretar en sentido demasiado simple o ingenuo. Un intelectual haría la siguiente objeción: los místicos pueden alcanzar un grado elevado de conocimiento de Cristo y mismo tiempo ser ignorantes en matemáticas, ciencias, literatura. Y Cristo mismo, como hombre, durante su estancia en la tierra ¿conocía personalmente todas las ciencias aunque no las revelara? Es difícil responder. Entonces, ¿debemos admitir que existen también muchas verdades, llamadas profanas fuera de Cristo?

Se puede buscar la respuesta a esta objeción a través de la filosofía de los valores. De hecho, debemos distinguir un doble conocimiento: uno fue llamado por los contemplativos cristianos "estéril", el otro espiritual. Durante la vida adquirimos muchos conocimientos, pero algunos de ellos no tienen ningún significado para nuestra existencia y, más que construirla, la estorban. Son ideas "estériles". Otras, aunque se trate de pequeñas noticias, tienen un valor a veces inmenso. El estudiante aprende, por ejemplo, la medida de los continentes y el número de sus habitantes. Adquiere la ciencia geográfica. Pero no se puede comparar con la pequeña noticia de que su novia le ama y quiere casarse con él. Éste último conocimiento tiene tal valor que cambia radicalmente su existencia.

Es trágico que muchos de nuestros conocimientos son desgraciadamente "estériles", y perdemos interés por ellos. Los pedagogos, los padres espirituales, los sociólogos, se plantean el problema de cómo proponerlos para que se hagan más preciosos, para que tengan un valor para la vida. Éste es también el objetivo de los "ejercicios espirituales": meditar las verdades de la fe, para que sean "sentidas y gustadas". Hay distintos métodos pedagógicos y psicológicos. Pero todos coinciden en que en el fondo la verdad puede ser un valor sólo en el contexto de la vida.

Cristo es nuestra vida por excelencia; sólo Él puede dar el verdadero valor a todo lo que conocemos y experimentamos, y por tanto también al estudio de las matemáticas o de la geografía. Para el hombre espiritual ningún conocimiento debe permanecer "profano", es decir, fuera del contexto de la vocación recibida de Cristo. La falta de este nexo constituye lo que hoy llaman "sentimiento de frustración", una impresión de inutilidad que lleva a la desesperación. Se escuchan quejas sobre la cantidad de cosas inútiles y vanas que hay en el mundo. Propiamente hablando, esto no es cierto: las cosas no son vanas en sí mismas, pero están en tinieblas, no entendemos su significado. Iluminadas por la luz de Cristo adquieren valor.

CRISTO DA SENTIDO Y VALOR A LA CULTURA DE UNA NACIÓN

V. Ivanov es un famoso poeta y pensador ruso que murió en Roma en 1949. Era un estudioso de las distintas culturas: egipcia, griega, latina, alemana, italiana... Le impresionaba cómo nace la cultura de un pueblo. Cuántas veces debe ser pronunciada con la lengua del pueblo cada palabra, para que adquiera su significado y los matices del sentimiento que va unido a ella; ¡cuántos poetas, pensadores, artistas dedican sus vidas, para que se establezca una cierta mentalidad, un modo de pensar y de sentir en un grupo humano! Los herederos de esta evolución participan de ello. Un poeta no podría escribir poesías si su pueblo no le ofreciera el don de la propia lengua; un científico no haría progresos notables si no se beneficiara del trabajo de sus predecesores.

Y sin embargo asistimos en la historia a un hecho trágico. Las culturas, a veces muy desarrolladas, pierden su vitalidad, mueren, tienen una edad limitada, igual que los hombres. ¿Qué es para nosotros hoy la cultura del antiguo Egipto, del gran reino de los asirios? Se conservan sus restos en los museos y pocos especialistas leen los documentos escritos que quedan. Y debemos suponer que llega el momento en que nuestra cultura europea se encontrará también en estado de momificación. ¿Hay algún medio eficaz para salvarla?

Reflexionando sobre la historia, Iván descubrió un hecho único, sorprendente: la persistencia de la cultura judía. Humanamente hablando, la historia, la poesía, los documentos escritos por los judíos no ofrecen cosas extraordinarias. Los salmos son poesías religiosas parecidas a las de los pueblos vecinos. Y, con todo, los recitamos hoy como expresión de nuestra alma. En la historia de Abraham, de Moisés, de David meditamos sobre la providencia divina que se refleja también en Iglesia de hoy. La antigua cultura judía puede decir que también hoy está viva. Es! milagro se debe al hecho de que el Antiguo Testamento ha recibido en los cristianos el sentido cristológico, ha entrado en la historia de la salvación del Hijo de Dios encarnado. ¿Será único este hecho? Ivanov lo niega. Todas las culturas de la humanidad tienen su vocación en la salvación de Cristo. Pero nosotros estamos obligados a colaborar: descubrir el significado cristológico en la cultura de nuestro pueblo es salvarla, es darle un valor universal y eterno.

CABEZA DE LA IGLESIA

«Siendo sinceros en el amor, crezcamos en todo hasta Aquel que es la Cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por medio de toda clase de junturas que llevan la nutrición según la actividad propia de cada una de las partes, realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor» (Ef 4,15-16). Viene de san Pablo la enseñanza de que la Iglesia es como el cuerpo vivo de Cristo a través de los siglos y él es la cabeza invisible. Los teólogos han desarrollado este tema especialmente en el tiempo moderno, estimulados por la encíclica de Pío XII, *Mystici Corporis*. Pero para ilustrarlo, elijamos el caso de un teólogo ruso laico del siglo XIX, A. Chomjakov (1804-1860).

Provenía de una típica familia rusa de la nobleza rural. Su juventud coincidió con los años difíciles que siguieron a las guerras napoleónicas. Por todas partes había miseria, confusión, ignorancia y despotismo de los gobernantes. Ni siquiera su padre era un hombre ideal, el alcohol y el juego de cartas aligeraban la vida aburrida de los señores del campo. Iban a la iglesia pero el pope era de escasa cultura. Pero en este ambiente de desolación había una persona estupenda, su madre. Ella conseguía siempre poner todo en orden y fue capaz incluso de construir una iglesia. Gracias a ella el pensador fue siempre un fiel cristiano.

Más tarde Chomjakov se ocupó mucho de los grandes pensadores del Occidente europeo. Admitía la gran superioridad cultural y civil de estos países "de grandes maravillas". Pero una cosa le sorprendía siempre: ¿por qué esta Europa tan adelantada permanece desesperadamente dividida, llena de conflictos internos? Finalmente creyó encontrar una respuesta. Europa no quiere renunciar a su antiguo sueño de reunir a todos bajo una ley ideal única, válida para todos, y elaborar un sistema filosófico-teológico cuyo contenido serían todas las verdades. Comparando este mundo con su ambiente natal, en su familia, se puso en evidencia una diferencia esencial. Aquello que unía a su familia no era una ley, ni un sistema de convicciones, sino la persona viva de la madre que amaba.

De esto se sigue una consecuencia inevitable. La gran familia de la humanidad, de todos los pueblos, puede ser eficazmente unida sólo por una persona viva, que quiere a todos, que siente y satisface las distintas necesidades de todos. Esta persona puede ser sólo divino-humana, es decir, Jesucristo, que es la cabeza de la Iglesia. Y si alguien hiciera la objeción de que ahora está en el cielo, responderíamos que está vivo en su Iglesia, lo encontramos todos los días en la fe del pueblo y en los sacramentos. Por eso Chomjakov escribe: «La Iglesia terrestre es la unidad de los hombres fieles realizada por el amor mutuo en el hombre Jesús, nuestro Salvador... El misterio de Cristo salvador de la humanidad es el misterio de la unidad y de la libertad en el Verbo encarnado». Si uno se pierde, se pierde siempre aislado. En cambio, si debe salvarse, se salva en unión con los demás, en la Iglesia, en la cual «él ya no se encuentra en la debilidad de su aislamiento, sino en la fuerza de su unión espiritual e íntima con sus hermanos y con su Salvador».

JESÚS EN LA ORACIÓN

Según la antigua regla litúrgica, la oración se dirige a Dios Padre a través del Hijo en el Espíritu Santo. Por este motivo Orígenes pensó que no se debía rezar a Jesucristo, sino por medio de Jesucristo, junto con él, al Padre. Pero esta rígida conclusión no se mantuvo en la práctica. Precisamente porque rezamos junto con él, le invocamos como nuestro intercesor principal ante el Padre.

En la tradición cristiana hay muchas oraciones bellas a Jesús que describen experiencias maravillosas de unión de corazones, de la intimidad de las relaciones vividas y sentidas. Como ejemplo citamos una que viene del Oriente cristiano:

« ¡Oh amor puro, sincero y perfecto! ¡Oh luz sustancial! Dame la luz para que en ella reconozca tu luz. Dame tu luz para que yo reconozca tus entrañas paternas. Dame un corazón para amarte. Dame olfato para sentir tu perfume. Dame manos para tocarte, pies para seguirte. En la tierra y en el cielo no deseo nada más que a Ti, ¡Dios mío!»

JESÚS EN LA LITURGIA

«Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). Toda oración se realiza por medio de Cristo y supone, por tanto, su presencia. La oración común apela al texto citado. Pero en la oración eucarística esta presencia, como enseña la fe católica, es "real", se debe entender en sentido pleno, sacramental, bajo las especies del pan y el vino.

Para entender mejor la diferencia entre la misa católica y las celebraciones de la "cena del Señor" que se realizan en las comunidades eclesiales cristianas que no tienen el sacerdocio sacramental, reflexionemos sobre los orígenes de nuestra liturgia. En su primera parte, como liturgia de la palabra, los

cristianos continuaban el rito de las lecturas al que estaban acostumbrados en las sinagogas. En la segunda parte, en la "fracción del pan", obedecían el precepto del Señor: «Haced esto en memoria mía» (Lc 22,19). También los judíos, en sus oraciones, recordaban las grandes obras de Dios en su historia. Fue una larga lista de acontecimientos maravillosos. Los cristianos abreviaron esta enumeración centrándose en lo que Dios ha hecho "recientemente", las maravillas más grandes: el nacimiento, la muerte, la resurrección, la ascensión de Cristo y la promesa de su segunda venida.

Todo lo que recordamos, en cierta manera, se hace presente. Existe en nuestra mente. Los recuerdos vivos influyen en nuestros afectos y en nuestras decisiones. El recuerdo en la misa es además sacramental; la mente del sacerdote que recuerda los misterios de la vida de Jesús está místicamente unida a la mente de Dios. Lo que Dios recuerda es llamado a la existencia, está, por tanto, presente. El pasado y el futuro se confunden, porque Dios está más allá de los límites del tiempo. Asistiendo a la liturgia asistimos místicamente a la venida, cuando él será todo en todos.

CRISTO EN LA SAGRADA ESCRITURA

Orígenes ha señalado la íntima coherencia entre las dos partes de la liturgia: de la palabra y de la eucaristía. En la segunda, Cristo viene a nosotros bajo las especies del pan y el vino; en la primera bajo la especie de la palabra humana. Escuchar a Cristo que habla en los evangelios es como si fuera comunión espiritual, alimento del alma.

Por eso la lectura de los textos sagrados fue siempre considerada como parte importante de la vida cristiana. Al abrir la Biblia, debemos estar seguros de que vamos a escuchar a Cristo. Los monjes antiguos aprendían cada día algún trozo característico para meditarlo durante la jornada. «Leyendo la Biblia -escribe un teólogo- los Padres no leían los textos, sino al Cristo viviente, y Cristo les hablaba; la Palabra se les ofrecía con la profundidad de Cristo».

Un proverbio latino dice: «Temo al lector de un solo libro». Quien lee a menudo y regularmente las mismas palabras, reflexiona sobre ellas y descubre sus sentidos más significativos. Ésta es justamente la mejor condición para el conocimiento de los evangelios, para que las palabras de Cristo penetren en nuestros pensamientos, en nuestros sentimientos, en nuestras acciones. Pongamos por tanto el evangelio en nuestra mesa de trabajo, levantémonos con él, vayamos a él antes de acostarnos, pidámosle consejo en la duda. San Jerónimo compara la Biblia con una carta que se nos ha mandado desde lo alto para cada momento y para cada circunstancia.

CRISTO EN LOS HERMANOS

En el Antiguo Testamento estaba severamente prohibido el culto a las imágenes. Nuestras iglesias, por el contrario, están llenas de imágenes de santos. Para justificar esta diferencia los Padres de la Iglesia recurrían a dos verdades fundamentales: 1) Dios mismo "ha pintado" su mejor imagen en la persona de Jesucristo, renovando así la antigua imagen-creada en cada hombre que había sido deformada por el pecado; 2) el culto a las imágenes es "relativo", nos lleva a quien está representado en la imagen.

De esto se deriva una conclusión para la vida cotidiana. El hombre que nos encontramos por la calle y con el que hablamos es imagen de Cristo. Si le servimos, si le honramos, servimos al mismo Cristo. Él mismo lo ha confirmado expresamente: «Lo que hicisteis a uno de mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis» (Mt 25,40).

La humanidad de Cristo no nos separa de su divinidad; al contrario, nos la acerca. Así, también los hombres, si los miramos como imágenes de Dios, como miembros unidos a la "cabeza" que es Cristo, como ramas que pertenecen al tronco, no pueden separarnos del Salvador, sino que nos ayudan a encontrarlo en cada momento de nuestra vida.

CRISTO REY

Cuando el Papa Pío XI introdujo la fiesta de Cristo Rey, a algunos les pareció un título anticuado. De hecho pocos reyes son ya jefes de sus estados y su poder es bastante limitado. Por otra parte se trata de un título bíblico, fundado históricamente. Pero aún así no está claro de qué manera se puede aplicar su contenido a la fuerza real de Cristo. Ante Pilatos, representante del imperio mundial, a pesar de confesarse rey, Cristo declaró solemnemente: «Mi reino no es de este mundo».

Por tanto, veamos primero cómo han surgido los reyes de este mundo. Normalmente esto ha tenido lugar en la lucha con sus adversarios. El más fuerte subyuga a los demás jefes de la estirpe y los une a

todos en un reino. Para justificar esta violencia, los antiguos reyes recurrían a la mitología sobre su origen divino. El Faraón de Egipto era considerado la encarnación del Dios. Hor, el rey de Babilonia era un elegido de Marduk. Incluso los emperadores romanos exigían culto divino.

A causa de este aspecto idólatra, Yahvé en el Antiguo Testamento disuade a los judíos de las instituciones y la dinastía real. Además, por medio del profeta Samuel advierte que al rey siempre le está asociado un aspecto de violencia: «Cogerá a vuestros hijos para destinarlos a sus carros... Tomará también a vuestras hijas... Se hará dar incluso vuestros campos... y vosotros mismos os convertiréis en esclavos suyos» (1Sam 8,11-16). Pero al final Dios consiente al deseo del pueblo de elegir un rey por tres razones particulares: unirá las estirpes en un pueblo, dominará en lugar de Dios, será símbolo del futuro Mesías.

Son interesantes las reservas de Dios en el momento en que advierte de la violencia que es común a las instituciones reales. De hecho en aquellos tiempos el dominio sobre los demás se fundaba en el derecho del puño, de la fuerza mayor. Los gobernadores de hoy, tengan el título que tengan, ¿están verdaderamente libres de todo tipo de violencia? Después de tantos siglos de lucha por la libertad, admitamos también nosotros que los que gobiernan tienen que obligar a los gobernados, pero sólo en una medida tolerable, establecida por las leyes de la constitución o de la mayoría en el parlamento. Por otra parte sin la policía y el ejército los estados caen.

En el vocabulario de Cristo la violencia y la constricción pertenecen al término genérico "mundo", que es radicalmente opuesto al mensaje mesiánico de la libertad. Por eso es clara la afirmación de Jesús: «Mi reino no es de este mundo». Él quiere ser rey de todos, unir todo el cosmos, pero su gobierno comienza solamente en el momento en que uno lo elige libremente como su guía y su dueño - amigo. Decimos también amigo, porque en el momento en que se convierte en rey de alguien, le comunica su poder, para que gobierne con él.

¿Son muchos los que hacen esta libre elección? Mirando desde fuera podríamos ser pesimistas. Después de tantos siglos vemos nuestra sociedad llena de "mundo" en el sentido bíblico, de malicia, de huída del reino de Cristo. Y, con todo, esta visión puede ser una falsa ilusión. Cuántos santos en la historia y en el presente han hecho una profesión como esta de san Ignacio de Loyola: «Tomad, Señor y recibid: toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad; todo mi haber y mi poseer; vos me los disteis. A vos, Señor, lo torno. Todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia que ésta me basta.».

Algunos llegan a esta ofrenda sólo al final de la vida, en los últimos momentos, en el umbral de la eternidad. El reino de Cristo es eterno, en la historia avanza lentamente, con inmensa paciencia por parte divina. Pero «el Espíritu y la Esposa (la Iglesia) dicen: "¡Ven!" Y el que oiga, diga: "¡Ven!"... Dice el que da testimonio de todo esto: " ¡Sí, vengo pronto!" Amén» (Ap 22,17.20).

CRISTO LIBERADOR

Dostoevskij fue un gran profeta de la libertad. Su pensamiento fundamental se puede resumir en pocas palabras. El hombre, esté donde esté, busca la libertad, pero al mismo tiempo descubre que es siempre esclavo, externa e internamente. La libertad es una característica esencial del hombre, pero por sí solo no consigue resolver los problemas que ésta plantea en este mundo que habla de orden y necesidad. Para una presentación sistemática del pensamiento de Dostoevskij es necesario recoger y reagrupar las distintas afirmaciones del escritor e intuir su nexo de unión. Así podemos proceder paso a paso.

Una de las primeras características de la libertad es que es ilimitada. Toda limitación de la libertad, por pequeña que sea, la consideramos una ofensa a la dignidad de la persona. El hombre es consciente de poder elegir libremente, tanto para el bien como para el mal. Pero si elige el mal, realiza un atentado contra su persona y contra la sociedad en la que vive. Por eso todos los gobernadores sabios tratan de que se contente con una libertad discreta, controlada. Su símbolo es el Gran Inquisidor en Los hermanos Karamazov. Al final se ve obligado a condenar al mismo Cristo que ofrece a los hombres la libertad absoluta. Con una libertad así, dice el Inquisidor, se destruiría el orden del mundo.

La segunda característica de la libertad es su irracionalidad. Los filósofos del siglo de las luces propusieron otra solución para salvar la libertad y, al tiempo, el orden de la sociedad: educar al individuo, para que él mismo decida actuar razonablemente en cada momento, para que se deje obligar no por los hombres, ni por el orden externo, sino por la lógica de los sanos principios. No tuvieron éxito, comenta Dostoevskij. Si el hombre no soporta el mando de otros hombres, al final se rebela también contra la esclavitud de los principios abstractos. Esto explica por qué el hombre actúa a veces como un loco, pero

libremente, y siente verdadero placer en rebelarse contra el orden prescrito. Esto puede verse ya en los muchachos en el colegio.

Es necesario, pues, admitir una tercera característica de la libertad: es demoníaca, es decir, supera el orden de este mundo ordenado. Trae un elemento que estorba. Así son, de hecho, los grandes héroes de la libertad, los grandes disidentes y también los criminales "demoníacos", porque están poseídos por el deseo absoluto de realizar sus deseos. Así es en Los hermanos Karamazov el viejo padre que no conoce límites para su sexualidad y es asesinado al final por su propio hijo ilegítimo. También es así Iván, el racionalista sin medida, que se vuelve loco. Y el libertino Dimitrij, que termina en la cárcel. La libertad no tiene liberados, sino destruidos.

¿Existe alguna solución para un problema tan difícil? Dostoevskij lo muestra en la figura del último hermano Karamazov, el joven Alésia. También a él se le podría considerar de alguna manera un "poseído", pero esta vez de modo sublime y positivo. Se ha identificado con Cristo. Todas sus decisiones y acciones tienen, pues, un carácter que supera los límites del puro hombre. Y como Cristo es autor de la libertad, Alésia actúa de modo perfectamente libre y al mismo tiempo su libertad no es un elemento perturbador de la armonía del mundo, dado que Cristo es el Autor del orden cósmico y humano. De este modo el deseo de una libertad ilimitada y la exigencia del orden y de la verdad se han conciliado. En el hombre mismo se completan mutuamente los elementos divino y humano.

De estas intuiciones de Dostoevskij se sigue una conclusión inevitable, enunciada ya por san Pablo: Jesús, que es la verdad, nos hace libres con su Espíritu, porque «el Señor es el Espíritu y donde está el Espíritu del Señor hay libertad» (2Cor 3,17). El hombre moderno, sin duda, ama la libertad. Pero no la alcanzará por otro camino. Basta observar la historia del mundo para convencerse de ello.

SENTIDO DE LA HISTORIA Y DEL COSMOS

Mirando la evolución del mundo, el hombre se pregunta espontáneamente de dónde parte este dinamismo y a dónde debe llegar. Estamos acostumbrados a hablar genéricamente de la ley de un continuo "progreso". Pero si no se determina el contenido de este término, será siempre una palabra vacía de significado.

También el Antiguo Testamento presenta la historia en continuo progreso. Pero éste tiene un contenido determinado: todo va dirigido hacia la venida del reino de Dios, hacia el futuro Mesías que debe venir «en la plenitud de los tiempos» (Ga 4,4). Esto se realiza con la encarnación de Cristo, en la forma de siervo humilde de Dios. Pero así el tiempo de la Ley Antigua, del pueblo elegido, se ha cumplido, ya no continúa, su curso está cerrado. Pero aún no está cerrada la historia de la humanidad y de todo el cosmos. Está en continuo progreso hacia la "plenitud" propia. Aquí todo está dirigido hacia la segunda venida del Mesías, esta vez en la gloria, en la instauración final de su Reino.

V. Soloviév, que durante sus estudios convirtió en defensor de la teoría evolucionista de Darwin, se preguntó cómo se podría conciliar estas teorías modernas con la revelación bíblica. En primer lugar adopta una postura radical contra todo tipo de evolución mecánica y contra la falsa suposición de que el es don superior pueda nacer "casualmente" del inferior. Es, por el contrario, el estado final que determina el ritmo del movimiento. Para comprender la evolución del mundo debemos saber primero qué es lo que persigue. Las ciencias naturales son incapaces de decirnoslo. La revelación lo indica claramente: segunda venida de Cristo, de su Reino. Dándose cuenta de esta verdad, no parece difícil a Soloviév aceptar la evolución cósmica e indica cuatro fases fundamentales. La primera, probablemente bastante larga, va desde la creación de la primera molécula hasta la aparición de la primera célula viva sobre la tierra. En la segunda fase tiene lugar la evolución de los distintos organismos vivos hasta la aparición de una especie absolutamente nueva: el homo sapiens, el hombre. La tercera fase va desde la creación del primer hombre hasta el Hombre Dios, el Cristo histórico, nacido en Belén bajo el reinado del emperador Augusto. Nosotros vivimos en el cuarto y último periodo que va desde el Cristo individual hasta la plenitud del Cristo cósmico cuando él será todo en todos. Externamente cada uno ve las diferentes fases históricas según su propia experiencia con sus propios ojos. Pero la vista espiritual del estadio final nos ha sido revelada y es el fundamento de la esperanza universal. En el Apocalipsis se describe con un solemne cántico:

«Ha llegado el reinado sobre el mundo de nuestro Señor y de su Cristo; y reinará por los siglos de los siglos...Te damos gracias, Señor, Dios Todopoderoso, Aquel que es y que era porque has asumido tu inmenso poder para establecer tu reinado...Ahora ya ha llegado la salvación, el poder y el reinado de nuestro Dios» (11,15.17;12,10). «Esta es la morada de Dios con los hombres. Pondrá su morada entre ellos y ellos serán su pueblo y él, "Dios-con-ellos", será su Dios. Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y no habrá ya muerte, ni habrá llanto, ni gritos ni fatigas... Yo soy el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin. Al

que tenga sed, yo le daré del manantial del agua de la vida gratis...Yo seré Dios para él, y él será hijo para mí» (21,3ss). « ¡Ven, Señor Jesús!»

¿CONOCES AL ESPÍRITU?

INTRODUCCIÓN-RELATO DE LA VIDA DE UN SANTO

Serafín de Sarov (1759-1833) es uno de los más populares santos rusos. Su vida como monje, estilista y finalmente starets (padre espiritual) está llena de acontecimientos interesantes y de visiones. En su vida se narran también sus milagros. Entre los primeros está la curación de un grave reumatismo a un tal Nicola Motovilov, que más tarde escribió sus recuerdos, entre los que está el que sigue (un poco abreviado).

Era un jueves. Uri día bastante sombrío. La capa de nieve era bastante alta y estaba cubierta de escarcha helada y mezclada con nieve. El Padre Serafín comenzó a conversar conmigo en la pradera cercana a dos ermitas. «Dios me ha revelado -dijo- que en tu juventud deseabas saber cuál es la finalidad de nuestra vida cristiana y que lo has preguntado muchas veces a personas importantes y expertas en temas espirituales. Pero ninguno te ha dado una respuesta precisa. Te han dicho: «Ve a la Iglesia, ora a Dios, respeta los mandamientos de Dios, haz el bien. Esta es la finalidad de la vida cristiana para ti». No te hablaban como se debe. Ahora yo, pobre Serafín, te expondré claramente cuál es la finalidad de la vida cristiana».

«La oración, el ayuno, la vigilia y todas las demás obras del cristiano, por grandes que sean en sí mismas, no son la finalidad de la vida cristiana, aunque sean medios indispensables para alcanzarla. La verdadera finalidad de la vida cristiana consiste en adquirir el Espíritu Santo». « ¿Qué adquisición? - le pregunté al Padre Serafín. No lo entiendo bien». «Tú entiendes lo que quiere decir ganar dinero. Pues bien, es exactamente lo mismo para la adquisición del Espíritu divino. La mercancía son las acciones virtuosas llevadas a cabo por Cristo; ellas nos consiguen la gracia del Espíritu Santo, sin la cual nadie se salva ni puede salvarse. Pero nos la da sobre todo la oración. La fuerza de la oración es grande. A través de ella se nos admite a hablar con nuestro Salvador y Señor».

«Padre -le dije- usted no para de hablarme de la adquisición del Espíritu Santo, y me dice que ésta es la finalidad de la vida cristiana. Pero, ¿cómo puedo verlo? Las buenas obras son visibles, pero, ¿cómo se puede ver al Espíritu Santo? ¿Cómo sabré si está en mí o no?».

«Amigo de Dios, es sencillísimo», respondió. Y, cogiéndome estrechamente por los hombros, añadió: «Ahora, pequeño padre, estamos ambos dentro del Espíritu divino. ¿Por qué no miras hacia mí?». Respondí: «No puedo miraros, Padre, porque los rayos salen de vuestros ojos, vuestro rostro se ha hecho más resplandeciente que el sol». Y Serafín dijo: «No temas, amigo de Dios, en este momento resplandeces como yo. Ahora estás en la plenitud del Espíritu Santo divino, si no te sería imposible ver a nadie en este estado. Es la gracia divina que se ha dignado confortar tu corazón arrepentido, como una madre, por intercesión de la misma Virgen Santa».

«Mírame sin temor, ¡Dios está con nosotros! ¿Qué sientes ahora?», me preguntó el Padre Serafín. «Tengo una sensación infinitamente benéfica», respondí. « ¿Cómo, benéfica? ¿Qué sientes exactamente?». Respondí: «Siento tal calma, tal paz en mi alma, que no puedo expresarlo con palabras». «Esta es la paz de la que el Señor ha dicho a sus discípulos: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo os la doy, no como la da el mundo" Un 14,27».

«Y ahora, ¿qué sientes?», preguntó el starets. «Una dulzura insólita» respondí. « ¿Y qué más?» «Una alegría inefable en el corazón». «Esta alegría -dijo el padre- es aquella de la que habla el Señor en el evangelio y es la que siente una mujer cuando trae un niño al mundo» Un 16,21). El ojo no ha visto ni el oído ha oído las cosas que Dios ha preparado a los que lo aman (1 Co 2,9).

«Y ahora, ¿qué sientes, predilecto de Dios?». Respondí: «Una extraordinaria sensación de calor». « ¡Cómo, calor! ¡Si estamos sentados en el bosque! Estamos en invierno, tenemos nieve bajo los pies, también sobre nosotros hay un poco de nieve y del cielo cae aguanieve. ¿De qué calor se trata?». «Es un calor como el que se siente en un baño bien caliente». « ¿Y el olor se parece al de un baño?». «No -dije-, en la tierra no he sentido jamás semejante olor».

Entonces el Padre, sonriéndome afectuosamente, me dijo: «Querido pequeño padre, sé todo lo que me cuentas y te pregunto queriendo, para saber si verdaderamente sientes todo esto. El reino de Dios ha descendido entre los hombres, y en ello no hay nada de extraño; debe ser así, porque la gracia de Dios habita en nosotros, en nuestros corazones. ¿No lo ha dicho acaso el Señor? El reino de Dios está en vosotros (Lc 17,21)».

«Ahora, imagino que ya no preguntarás cómo se encuentran los hombres en la gracia del Espíritu Santo. ¿Te acordarás de esta manifestación de la inmensa gracia de Dios, que nos ha visitado hoy?». «No lo sé, Padre. No sé si Dios me concederá siempre el don de recordar y sentir esta gracia divina como la siento ahora», respondí. «Por mi parte, creo que el Señor te ayudará a conservar siempre la memoria, ya que si no su gracia no se habría plegado inmediatamente ante mi humilde oración, más aún dado que esto no se te ha concedido a ti sólo, sino a través de ti a todo el mundo, para que pueda servir también para bien de los demás».

UN SOLO ESPÍRITU CON EL SEÑOR

LA TORRE DE BABEL Y LA ESCALERA DE JACOB

El relato bíblico de la torre de Babel es muy conocido. Pero, debemos admitirlo, ha perdido su profundo significado teológico con una interpretación ingenua. No se debe leer como clarificación del origen filológico de las distintas lenguas. Más bien, aquí se explica la causa de la incompreensión mutua entre los hombres (en términos hebreos: no consiguen hablar la misma lengua).

Los diez primeros capítulos del Génesis relatan lo que se puede llamar la "prehistoria" de toda la humanidad. En el capítulo 12 comienza la historia del pueblo de Israel, un período relativamente breve, aproximadamente dos mil años antes de Cristo. El relato de la torre de Babel cierra la prehistoria poniendo de relieve el pensamiento que inspiraba desde tiempos inmemoriales, inspira hoy e inspirará también en el futuro, los esfuerzos del género humano a través de los siglos: reunir a todos los pueblos en un solo reino (en lenguaje hebreo: para que hablen una sola lengua). Para esto se necesita una ideología única: su expresión es una torre-templo cuya cima toque el cielo. Es decir, se le atribuye un valor absoluto al que todos deben someterse incluso en el pensamiento. ¡Cuántos esfuerzos como éste hemos visto a lo largo de la historia, incluso en tiempos recientes! Pero el resultado es siempre el mismo: una división y trágica confusión, la guerra de unos contra otros.

Con la historia del pueblo elegido comienza a realizarse una idea opuesta. Los hijos de Abraham, estirpe sencilla de beduinos, no alimentan la idea de fundar un reino de todos los hombres unidos. Pero Dios mismo los ha elegido para alcanzar este fin con su descenso progresivo a la tierra. En el capítulo 28 del Génesis hay un relato contrario al de la torre de Babel. Jacob, beduino pobre, huye de su hermano y duerme con una piedra bajo la cabeza a modo de almohada. Tuvo un sueño. Una escalera se apoyaba sobre la tierra, mientras que su cima alcanzaba el cielo; y los ángeles de Dios subían y bajaban por ella. El Señor estaba delante y dijo: «Yo soy el Señor, el Dios de Abraham tu padre y el Dios de Isaac. La tierra sobre la que duermes te la daré a ti y a tu descendencia. Tu descendencia será como el polvo de la tierra y se extenderá de oriente a occidente, de las tierras septentrionales a las meridionales. Y todas las naciones de la tierra te bendecirán a ti y a tu descendencia».

Lo que los hombres querían alcanzar con su esfuerzo, se realizará con la fuerza de Dios que descenderá sobre la tierra. En términos teológicos: la revelación bíblica es la religión de la gracia, de la misericordia divina que viene del cielo.

TRES BAJADAS DE DIOS

Toda la historia bíblica se caracteriza por esto: Dios visita a su pueblo, lo sostiene, fija su morada entre sus elegidos. De esta larga historia de salvación hemos elegido los tres episodios fundamentales.

El segundo libro de Crónicas narra la consagración del templo de Dios construido por Salomón en Jerusalén. En cuanto Salomón terminó de rezar, cayó del cielo el fuego, que consumió el holocausto y otras víctimas, mientras la gloria del Señor llenaba el templo. Los sacerdotes no podían entrar en el templo, porque lo llenaba la gloria del Señor (7,1-2). A continuación el Señor se apareció por la noche a Salomón y le dijo: "He escuchado tu oración; he elegido este lugar como casa de sacrificio... Ahora mis ojos están abiertos y mis oídos atentos a la oración hecha en este lugar. He elegido y santificado este templo para que mi presencia esté siempre con vosotros; y ahí estarán siempre mis ojos y mi corazón" (vv. 12-16). El templo de Jerusalén se convirtió desde ese momento en lugar privilegiado de la presencia divina en la tierra, lugar santo de oración.

Pasan los siglos. Lo que ocurrió en la plenitud de los tiempos nos lo refiere el evangelista Lucas. En el sexto mes, el ángel Gabriel fue mandado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen, esposa prometida de un hombre de la casa de David, llamado José. La virgen se llamaba María. Apareciéndosele, le dijo: «Alégrate, María, llena de gracia, el Señor es contigo». Ella quedó turbada ante estas palabras y se preguntaba cuál era el sentido de un saludo así. El ángel le dijo: «No temas, María, has encontrado gracia ante Dios. Concebirás un hijo, lo darás a luz y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y lo llamarán hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará para siempre en la casa de Jacob. Su reino no tendrá fin». Entonces María dijo al ángel: «¿Cómo es posible si no conozco varón?». El ángel respondió: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y te cubrirá con su sombra. El que nacerá será santo y lo llamarán Hijo de Dios» (Lc 1,26-35). El nexo entre el relato anterior y la anunciación a María es fácil de ver. Jesús es ahora el templo verdadero, la morada de Dios entre los hombres.

El tercer episodio, correspondiente al primero, lo leemos en los Hechos de los Apóstoles (2,1ss): Cuando el día de Pentecostés estaba a punto de acabar, se encontraban todos en el mismo lugar. Llegó un estruendo del cielo, como viento que se abatía sobre ellos, y llenó toda la casa. Se les aparecieron lenguas de fuego que se dividían y se posaban sobre cada uno de ellos; se llenaron todos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, cada uno en la lengua en que el Espíritu les daba la capacidad de expresarse. La torre de Babel había llevado a la incomprensión mutua. Ahora el Espíritu da la comprensión de todos. El mismo Espíritu que descendió sobre María fija ahora su morada en el corazón de los creyentes, a los que Pablo escribe: ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros? Si alguien destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él. Porque el templo de Dios, que sois vosotros, es santo (1 Co 3,16-17).

EL ESPÍRITU SANTO HACE AL HOMBRE "ESPIRITUAL"

Dios desciende a nuestra vida por medio de su Espíritu, como escribe san Pablo: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5). El hombre se puede por tanto considerar "espiritual" en el verdadero sentido cristiano, y en este contexto el término tiene un significado especial, diferente de otros más débiles.

Los pueblos primitivos imaginaban fácilmente el espíritu como algo más o menos material, unido a la respiración. Por el contrario, la filosofía griega llegó a la conclusión de que el espíritu, o alma, es inmaterial. Y definían como "espiritual" toda actividad del alma: pensar, escribir poesía, estudiar, etc. Esta forma de hablar está muy extendida en nuestros días. Se dice, por ejemplo, que uno tiene "muchos intereses espirituales", y se quiere decir que se ocupa de la literatura, del arte, de la filosofía. Lo alabamos porque da preferencia, ante las cosas materiales, a la cultura. Otra cuestión es si este concepto se corresponde con lo que llamamos "espiritual" en el verdadero sentido cristiano. Los "padres espirituales" de los tiempos antiguos apelaban gustosamente a un texto del evangelio: No habláis vosotros, es el Espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros (Mt 10,20). Él habla en los cristianos, actúa en ellos, inspira sus pensamientos. En resumen, dice Teófanos el Recluso, un autor ruso del siglo pasado, «el cristiano participa del Espíritu Santo; esta participación es indispensable para nosotros, porque quien no tiene el Espíritu de Cristo no es de Cristo».

Jesús dijo a Nicodemo que para entrar en el reino de Dios es necesario nacer de nuevo del agua y del Espíritu Santo (Jn 3,5). San Cirilo de Jerusalén se pregunta: «¿Por qué el Espíritu se compara al agua?». Responde: «Del agua nace todo: alimenta las plantas y los animales. Desciende del cielo como lluvia. Es una sola, tiene siempre la misma naturaleza, ¡pero cuántos efectos diferentes produce! Una fuente riega todo el jardín; la misma lluvia cae del cielo en todo el mundo. Pero en el lirio se hace blanca, en la rosa roja, en el jacinto púrpura. Así también el Espíritu Santo, aún siendo uno e indiviso, distribuye su gracia a cada uno como quiere».

EL "ALMA DE NUESTRA ALMA"

¿Cómo concebir esta presencia del Espíritu en nuestra persona? ¿Es posible pensar que la Persona divina esté verdaderamente dentro de nosotros? Muchos teólogos dicen que esta expresión se debe entender sólo de modo aproximado. El Espíritu nos deja sus dones, la "gracia"; y se hace presente a través de estos dones sobrenaturales. Pero tanto la Sagrada Escritura como la liturgia hablan de su presencia personal: porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5), que grita en los corazones Abbá, Padre (Rm 8,15; Ga 4,6).

Los teólogos que siguen esta tradición hablan de la "inhabitación personal" del Espíritu. Pero este término se ha convertido en objeto de discusión. El hombre que vive en una casa no se identifica con ella: puede salir cuando quiere, puede cambiarla. De forma similar se imaginaban la presencia del Espíritu en los hombres los llamados mesalianos del siglo IV, carismáticos exagerados. Trataban de atraerlo con oraciones exaltadas. Pensaban que si no se sentía su actividad, entonces no estaba siquiera presente.

Los Padres de la Iglesia se dieron cuenta de lo errónea que era esta concepción. De este modo, desde el exterior, se apropian del hombre los espíritus malignos. El Espíritu de Dios, por el contrario, es interior a nosotros. San Basilio dice que es «como la capacidad de ver con el ojo sano», o «como el arte en el artista», se convierte en una "forma" nuestra.

San Ireneo define al hombre espiritual como compuesto por el cuerpo, el alma y el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es como si fuera "el alma de nuestra alma"; se une a nuestro "yo" y fortalece todo lo que es humano en nosotros. De manera ingenua, no del todo correcta pero sí espectacular, un desconocido monje egipcio del siglo IV intentó expresar esta verdad comparando las ovejas al pastor. El pastor posee lo que tienen sus bestias, la vida animal. Pero las supera con un grado de vida intelectual que lo penetra íntimamente. Si se deja bautizar, recibe un tercer grado de vida, el Espíritu Santo. Como consecuencia, el cristiano se distingue del pastor pagano en lo mismo que éste de las ovejas. La última conclusión es, evidentemente, ingenua. Pero el razonamiento del autor explica bien las tres esferas de vida propias de un cristiano.

Evidentemente la presencia del Espíritu Santo en nosotros no se puede entender como algo material. Dios está allí donde actúa, su Espíritu está en nuestros corazones, porque aquí está activo y su actividad nos transforma. Esta transformación se denomina con el término genérico "gracia" o, como también dicen los Padres, la "imagen de Dios" que se nos da en el Bautismo pero que está destinada a crecer hasta la semejanza, hacia la unidad siempre más perfecta con Dios.

LA "ESPIRITUALIZACIÓN" PROGRESIVA DEL ALMA, DEL CUERPO, DEL MUNDO

Una imagen es perfecta cuando todos sus colores y líneas forman una unidad, cuando expresan la idea concebida por el pintor. También en el hombre perfecto sus componentes deben colaborar armoniosamente. El alma vivifica el cuerpo y a su vez es vivificada por el Espíritu Santo. Obviamente la perfección sólo se alcanza progresivamente. Decimos que en el niño se despierta el alma. Un muchacho "despierto" es un chico inteligente. Del mismo modo el Espíritu Santo "espiritualiza" progresivamente la mente humana, su voluntad, los sentimientos del cuerpo.

Además, dado que el hombre tiene una misión especial en el mundo, los hombres espirituales "espiritualizan" el ambiente, la sociedad, el mundo. Esto constituye el fin de la historia humana. En el Apocalipsis leemos una nota interesante acerca de la "Jerusalén celeste": no hay ningún templo (21,22). La motivación de este hecho es evidente. Todo el cosmos es regenerado por el Espíritu Santo y constituye, pues, un templo único. El camino hacia este ideal es largo, tanto en la historia del mundo como en la del individuo.

Añadamos una nota para evitar equívocos. Es necesario entender bien la palabra "espiritualización". Si la carne domina el alma, los intereses y actividades del intelecto y de la voluntad se sofocan. Por el contrario, bajo el sabio dominio del alma, crece también el cuerpo, haciéndose bello y sano. Del mismo modo "la espiritualización del hombre" no significa la mortificación de los valores humanos, de la realidad visible, corporal, sino, por el contrario, su florecimiento. Si nos preocupamos de realizar todo lo que nos exige el Espíritu, él mismo nos enseñará cómo armonizar sus exigencias con las de los otros componentes de la persona. Entonces las necesidades del alma y del cuerpo no estarán en contradicción; con la vida espiritual se establece la armonía perfecta de los pensamientos, de los deseos, de los sentimientos, de las tendencias del cuerpo. Los santos gustan anticipadamente la felicidad eterna, "la visión beatífica de la paz". En la vida de san Antonio Abad leemos que su paz espiritual resplandecía en su rostro de tal manera que lo reconocían por esto incluso los que nunca lo habían visto antes.

LA OPOSICIÓN ENTRE EL ESPÍRITU Y LA CARNE

Desde el momento en que hemos recibido el Espíritu Santo en nuestro corazón ya no podemos vivir "según la carne". Ésta es la enseñanza constante de san Pablo: Los que viven según la carne piensan en cosas de la carne; los que viven según el Espíritu, en las cosas del Espíritu. Los deseos de la carne llevan a la muerte, mientras que los deseos del Espíritu llevan a la vida y a la paz. De hecho los deseos de la carne son contrarios a Dios, porque no se someten a su ley, ni podrían someterse. Los que viven

según la carne no pueden ser gratos a Dios. Vosotros, en cambio, no estáis bajo el dominio de la carne, sino del Espíritu, desde el momento en que el Espíritu de Dios habita en vosotros (Rm 8,5-9).

La costumbre de oponer el espíritu y la carne es antigua, aunque no está siempre claro cómo se debe de entender. Parece que el origen de este lenguaje se debe buscar en los sabios de la India. En la filosofía greco-platónica se entendió como una separación radical entre el cuerpo material y el alma inmaterial, y por esto considerada espiritual. De ahí se sigue la necesidad moral de renunciar a los valores materiales, de disminuir las necesidades del cuerpo al mínimo, de seguir el camino del ascetismo.

Las exhortaciones, tomadas de la literatura pagana griega, fueron repetidas frecuentemente por los Padres de la Iglesia. Pero debemos estar atentos para entender su justo significado en el ambiente cristiano. La palabra "espíritu" en el sentido nuevo está reservada al Espíritu Santo y sólo con su participación el hombre puede considerarse "espiritual". Recibe también un nuevo significado el término "carne". No significa simplemente "cuerpo"; elemento material de nuestra persona, por tanto creado por Dios como bueno. Con la palabra "carne", siguiendo a san Pablo, se indican las tendencias centrífugas, pecaminosas, que se resisten a la acción del Espíritu Santo tanto en el interior del hombre como en el mundo. Esta resistencia al Espíritu, consecuencia del pecado, no se encuentra sólo en el cuerpo, sino sobre todo en el alma. Por eso no nos sorprende la expresión de Orígenes que dice que las almas de los pecadores son "carnales" y que el primer "carnal" es el mismo demonio, aunque no tenga cuerpo. Es importante tener presente el sentido de esta terminología para entender justamente los textos de las Escrituras y de los Padres y evitar equívocos, como si el cristianismo fuera enemigo del cuerpo humano. Por el contrario, también éste debe participar en el ideal de la "espiritualización progresiva" de la persona humana.

LA VIDA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD PARTICIPADA EN EL HOMBRE

Si la vida espiritual significa presencia y actividad del Espíritu Santo en nuestro corazón, podemos también decir que poseemos la vida de Dios, la vida divina. Los Padres griegos hablan de la divinización (theosis) del hombre. Apelan al texto del evangelio: ¿No está acaso escrito en vuestra ley. 'yo lo he dicho. vosotros sois dioses'? Un 10,34). Por supuesto que se entiende "divinos por la gracia", no por naturaleza.

Dios en nuestra revelación es la Santísima Trinidad. Por eso también nuestra santificación tiene carácter trinitario, porque hemos sido bautizados "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo". «Como hemos sido bautizados -escribe san Basilio- así creemos y profesamos, este es el sello de nuestra fe, nuestra fe es el consenso dado a Dios». Los místicos tienen dos formas de expresar el mismo misterio: o dicen que la Santísima Trinidad desciende entre nosotros, a nuestro mundo, o por el contrario que nosotros y nuestro mundo somos atraídos hacia lo alto, a la intimidad de la vida divina.

La expresión tradicional la leemos, por ejemplo, en san Cirilo de Alejandría: «Todo bien desciende de Dios Padre -por medio del Hijo en el Espíritu Santo»; mientras que nuestro ascenso a Dios se realiza «en el Espíritu Santo -por medio del Hijo- al Padre». Cuando leemos en la Sagrada Escritura la palabra "Dios", se piensa fundamentalmente en la primera Persona, en el Padre nuestro que está en el cielo (Mt 6,9). En el sentido original, es el Padre de nuestro Señor Jesucristo (Ef 1,3) y por medio de él se ha convertido también en Padre nuestro, que nos quiere dar todo bien, y que ha amado tanto al mundo que nos ha dado a su Hijo unigénito para que sea la salvación de todos (Un 3,16). Por medio de este acto redentor nos hemos convertido en morada del Espíritu Santo que nos lleva desde la tierra hasta el cielo, que "diviniza" nuestra humanidad.

LA COLABORACIÓN DEL HOMBRE

Según la definición antigua, la oración -como también la religión- es el ascenso (en griego anabasis) del alma hacia Dios.

Ascender implica fatiga y trabajo. ¿Y si ese esfuerzo fuera en vano? El que escala una montaña se acerca a la luz, pero el sol permanece alejado de él al igual que de aquellos que se han quedado en la llanura.

No nos sorprende, por tanto, el escepticismo de muchos cristianos frente a los esfuerzos humanos. No nos salvaremos con nuestras obras, sino con la fe, que es un don, no un mérito. Este es un dicho famoso del tiempo de la Reforma. No somos nosotros, los hombres, los que subimos al cielo, sino que es Dios el que viene a salvarnos, como hemos visto en los ejemplos bíblicos.

En la teología ascética este problema se plantea bajo forma de pregunta: ¿qué valor tiene la fuerza humana cuando se trata de obtener la vida divina, la gracia? Si llamamos a los esfuerzos humanos "ascética" y a la unión con Dios "mística", los autores se preguntan qué relación hay entre ambas.

La historia nos enseña que el movimiento monacal ha sido siempre muy importante para la Iglesia. Al mismo tiempo los historiadores, tanto católicos como no, advierten que uno de los fundamentos de la vida monástica es la convicción de que hay unidad entre la ascética y la mística. El progreso de la vida espiritual corresponde a la colaboración humana con la gracia divina. Esta cooperación de la fuerza humana con el Espíritu Santo se define con el término griego sinergismo.

«Entonces la gracia ya no es gracia, libre don de Dios», objetan algunos. Con un bello y sencillo ejemplo, ya en el siglo IV, el PseudoMacario responde a esta afirmación. Los esfuerzos humanos son como el trabajo del agricultor. Sabemos que no basta arar y sembrar. La cosecha depende del sol, de la lluvia, de la temperatura. Hay años en los que se recoge muy poco, a pesar de los grandes esfuerzos. Y sin embargo la regla "normal" sigue siendo válida: cuanto más se trabaje en el campo, mejor cosecha se tendrá. Entonces podemos hablar también de una "ley normal de la gracia". Sigue siendo válido: "Esfuézate, Dios te ayudará." San Ignacio de Loyola expresó este principio del modo siguiente: «Debemos trabajar como si todo dependiera de nosotros, y debemos rezar como si todo dependiera de Dios».

Podría parecer una contradicción, pero no lo es. No hay duda de que la gracia es un don libre de Dios. Pero lo que Dios nos regala es la vida, la actividad; el Espíritu vivifica al hombre entero, su corazón, su mente, su fuerza. El amor de Dios debe encontrar el amor activo por parte del hombre.

AUTOR DE LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Sin la Sagrada Escritura no se puede conocer el cristianismo, pero tampoco la historia de nuestra cultura. Pero nosotros no leemos las Escrituras sólo por motivos literarios. Creemos que su autor es el mismo Dios, porque el libro es "inspirado", ha sido escrito bajo la influencia del Espíritu Santo. Por tanto tiene un sentido infalible y contiene, en semilla, la plenitud de la revelación.

Es importante entonces establecer la relación entre lo que en ellas se dice y las otras voces de Dios, que ha hablado a los Padres y que aún ahora habla muchas veces y de muchas formas distintas (Hb 1,1): en la conciencia pura, en el orden y la belleza del mundo, en la Iglesia y en su tradición. Son palabras distintas pero con un sólo sentido, porque es el mismo Espíritu Santo quien las inspira. A través de estas manifestaciones nos conduce infaliblemente al conocimiento de Cristo que es la Verdad.

Cuando habla de la Biblia, Orígenes señala una diferencia más al comparar los textos sagrados con los de autores humanos. Un gran poeta, por ejemplo Homero, es capaz de expresar su pensamiento de modo comprensible, pero no nos puede dar la fuerza para hacer lo que él dice. En cambio en las Sagradas Escrituras está escondido el Espíritu de Dios que nos lleva de la mano a realizar las obras que nos inspira.

En consecuencia, la interpretación de la Biblia es progresiva: se capta cada vez más profundamente su sentido espiritual. Cuando se mira el mundo, se pasa de la visión con los ojos a la comprensión con la inteligencia y, finalmente, a la visión espiritual de lo que Dios nos muestra. Del mismo modo en la lectura de la Sagrada Escritura se pasa de la "letra" al sentido llamado "histórico" y finalmente al significado espiritual: lo que el Espíritu nos dice en ese momento.

En particular, un gran don del Espíritu es entender espiritualmente la historia de la salvación, comenzando por la historia de Israel hasta llegar a los acontecimientos de la iglesia y de nuestra propia vida. Esto pueden experimentarlo los que rezan los Salmos diariamente. La meditación sobre las Escrituras es un continuo paso pascual. Se comienza con la "letra", pero que continuamente "muere"; es abandonada para que resurja el Espíritu.

EL ESPÍRITU Y LA TRADICIÓN DE LA IGLESIA

La relación entre la Escritura y la Tradición ha sido objeto de discusiones y estudios frecuentes. Los equívocos tienen normalmente el mismo origen: una noción incompleta de la Tradición, cuando ésta se concibe de modo demasiado material, únicamente como documentos escritos por los Padres y otros escritores escolásticos. La Tradición, en sentido auténtico, está viva. Es, como dice P Evdomikov, como un concilio del pueblo de Dios continuamente convocado, inválido sin la asistencia del Espíritu Santo.

La relación entre la Escritura y la Tradición así concebida se puede quizás explicar mejor con un ejemplo. Un poeta checo, J. Wolker, escribió una poesía sobre el mar. No lo había visto nunca y lo deseaba ardientemente. Finalmente consiguió llegar a la orilla del Adriático. Pero cuenta que fue una desilusión. Había leído mucho sobre el mar y lo que vio era cómo «un pájaro azul que llegaba por la mañana, se posaba en las rocas y se iba por la tarde cansado». No era el mar de sus sueños. Y, sin embargo, este mar lo encontró la noche del sábado en la taberna, en los ojos de los marineros que

descansaban allí. El sentido de esta poesía es profundo. La realidad verdadera no se descubre con una experiencia personal superficial, sino que es vivida a través de los siglos por hombres que tienen una experiencia viva.

Aplicando este ejemplo a nuestro problema, veamos qué se puede decir. Las Escrituras son como un mar que esconde en sus profundidades los misterios divinos. Estos misterios los descubren los hombres espirituales que a través de los siglos navegan y viven en este mar. Si no fueran espirituales, o sea inspirados por el Espíritu Santo, no nos podrían revelar lo que el mismo Espíritu ha escrito, como verdadero autor de las Escrituras, por medio de los autores humanos. Por eso la Sagrada Escritura y la Tradición son inseparables, una manifestación común del Espíritu Santo, y deben ser leídas contemporáneamente.

EL ESPÍRITU -ALMA DE LA IGLESIA

La Iglesia es comparada por san Pablo con un cuerpo. El cuerpo debe ser un organismo vivo, debe tener una sola alma que lo una. Pero, ¿cómo unir en una sola alma a hombres libres, individuales? Con frecuencia leemos expresiones genéricas que ponen de manifiesto la unidad de una sociedad. Por ejemplo, decimos que los franciscanos tienen el espíritu de san Francisco, o que el espíritu de un gran pensador vive en sus seguidores. Así mismo se dice que los cristianos fieles tienen el espíritu de Cristo. Pero si se entendiera sólo en este sentido genérico o "moral", la Iglesia sería una sociedad como todas las demás, no sería un verdadero cuerpo.

De hecho, cuando decimos que el Espíritu de Cristo vive en la Iglesia, no se trata sólo de un convencimiento común, de una actitud común. En este caso el Espíritu de Cristo es una fuerza real, viva: el Espíritu Santo. Él descendió sobre los apóstoles reunidos en Jerusalén el día de Pentecostés (Hch 2).

En la sencilla enseñanza de la catequesis se puede explicar este misterio del modo siguiente. Según la doctrina tradicional de los Padres griegos, el cristiano está formado por tres elementos: el cuerpo, el alma y el Espíritu Santo. Este último es como si fuera el "alma de nuestra alma". Los cuerpos de cada uno de nosotros son distintos. Lo mismo vale de las almas; cada uno tiene la suya. Pero el tercer elemento, el Espíritu Santo, es el mismo en Pedro, en Pablo, en Tomás, etc. Es, pues, el alma común de todos los fieles en Cristo.

Ejerce funciones similares a las del alma en el cuerpo de cada hombre. Crea la unidad, vivifica los órganos independientes, hace crecer al organismo. En la encíclica de Pío XII *El Cuerpo Místico* se lee: «Es necesario atribuir al Espíritu de Cristo, como a un principio invisible, el que todas las partes del cuerpo estén unidas entre sí y a su noble Cabeza (Cristo)».

¿Queremos deducir de esta verdad una conclusión concreta? Un turista observaba a la gente en Roma, en la plaza de san Pedro. Esperaban el breve discurso y la bendición del Papa durante la oración dominical del Ángelus. El turista, que no era creyente, preguntó a uno: «¿Qué tiene esta gente en común con el Papa? Es de otra nación, su discurso no lo entienden bien o no lo entienden en absoluto. Y además no se conocen entre ellos. ¿No es una ilusión creer que estén unidos entre ellos?» Un creyente le respondió con razón: «Tenemos el mismo Espíritu Santo».

CONCLUSIONES DOGMÁTICAS Y ECUMÉNICAS DE ESTAS VERDADES

El alma vivifica al cuerpo, pero está también unida a él. La separación del alma y el cuerpo es la muerte del individuo. Una cosa similar sucede en la vida de la Iglesia. Su alma es el Espíritu Santo. Su cuerpo son los diferentes "miembros", con sus diferentes funciones: el papa, los obispos, los sacerdotes, los religiosos y religiosas, todo el pueblo de Dios, o sea los bautizados que viven en unidad, también externa y oficial, con sus pastores.

Durante todo el medioevo la Iglesia luchó contra las herejías que querían separar el alma del cuerpo de la Iglesia. Los seguidores de Wycleff se escandalizaban de la vida de algunos preladados, no podían comprender cómo los pecadores podían ser miembros de la Iglesia santa (también nosotros decimos que la Iglesia es santa, pero precisamente porque santifica a los pecadores recibéndolos en su cuerpo). Puesto que no se sabe quién es santo y quién no lo es, ellos afirmaron que la verdadera Iglesia es invisible. La Iglesia externa sería, en cambio, la "sinagoga de Satanás". Los católicos, evidentemente, defendían la unidad del alma y el cuerpo, de la institución visible de la Iglesia y el Espíritu Santo que la vivifica.

Surgió así una pregunta seria: ¿se pueden salvar aquellos que, sin tener culpa alguna, no pertenecen externamente a la Iglesia católica? A lo largo de la historia se han dado varias respuestas. Pero hoy, después del concilio Vaticano II, podemos tomar una posición más inteligente. Sabemos que en la vida

individual el alma está en el cuerpo, mientras el hombre vive. Sin embargo la acción, la fuerza del alma, supera el límite, la medida corporal: cuántas cosas se hacen a distancia, con la mirada, con cartas, con mensajes, etc. Es siempre nuestra alma la que actúa, que reside en nuestro cuerpo y además lo supera. De modo similar actúa también el Espíritu Santo. Santifica en la Iglesia y por medio de la Iglesia visible, pero difunde su gracia también "a distancia" sobre aquellos que se unen al cuerpo de la Iglesia inconscientemente, porque desean de verdad el bien bajo la forma que ellos conocen. El ecumenismo católico se funda en esta convicción.

EN LA IGLESIA EL ESPÍRITU NOS HACE CRISTIFORMES

En la plenitud de los tiempos, el Salvador nació del Espíritu Santo y de la Virgen María. Dios apareció en carne humana. Pero su nacimiento se prolonga místicamente a través de los siglos. Cristo se hace presente de nuevo por obra del Espíritu, y la función de María corresponde a la Iglesia. En este sentido los teólogos dicen que el Espíritu sigue siendo cristiforme" en la historia. Transforma el pan y el vino eucarísticos en el cuerpo y la sangre de Cristo, a través de las palabras sacerdotales perdona los pecados en el sacramento de la penitencia, y en general en todos los sacramentos, en la liturgia, en la oración, santifica a los hombres y al mundo. ¿Cómo podrían los sucesores de los Apóstoles aplicar a ellos mismos las palabras de Jesús, quien os escucha a vosotros, a mí me escucha (Lc 10,16), si el Espíritu de Cristo no estuviera en sus palabras?

Pero también los fieles sencillos merecen el título de "pueblo de Dios" a causa del don del mismo Espíritu. En el bautismo nacen espiritualmente del agua y del Espíritu Santo, como hijos de Dios. En una fórmula antigua de la bendición de la fuente bautismal se recita la siguiente oración: «Que el Espíritu Santo se digne conceder fecundidad a esta agua que habéis preparado para hacer renacer a los hombres, entrando misteriosamente en ella. De esta fuente divina saldrá una nueva raza (del pueblo de Dios), concebida en la santidad, renaciendo para convertirse en una criatura nueva». Los fieles son portadores de la tradición eclesial.

El Concilio insiste en la expresión de que por medio de la Iglesia Cristo se hace presente a través de los siglos. Las estructuras eclesíásticas son humanas y materiales, pero animadas por el Espíritu se convierten en el "cuerpo visible de Cristo".

TRANSFIGURADOR DEL COSMOS

En el monte Athos había una escuela para pintores sagrados. Al final de la instrucción el candidato debía presentar una imagen como prueba de su arte. El tema era siempre el mismo: la transfiguración del Señor en el monte Tabor. El objetivo del examen era bien preciso: el pintor debía probar su capacidad para ver el mundo, no con ojos profanos, sino como lo habían visto los tres Apóstoles durante la Transfiguración. Fue una visión en que pregustaron ya de alguna manera el mundo futuro tras la resurrección de los muertos. Cuando los autores espirituales interpretaban esta escena del evangelio, se preguntaban: ¿qué cambió cuando los Apóstoles tuvieron esta revelación? El nombre "transfiguración" no es exacto. Jesús no cambió su "figura"; su forma. Habría dejado de ser él mismo, no lo habrían reconocido. Lo que cambió fue la luz; Él apareció iluminado. Evidentemente esto no se puede interpretar en el sentido material, como si hubiera estado bajo reflectores. Fue la luz espiritual la que iluminó todo lo creado, la "luz tabórica", como la llamaban los monjes bizantinos. En esta luz se veía todo cambiado.

Esta luz es efecto del Espíritu Santo Iluminador. De ella escribe el teólogo oriental V. Losskij: «La conciencia de la plenitud del Espíritu Santo donado a cada miembro de la Iglesia, de acuerdo con la medida de la elevación personal de cada uno, hace desaparecer la tiniebla de la muerte, el miedo del juicio, el abismo del infierno, dirigiendo la mirada únicamente sobre el Señor que viene en la gloria. Este gozo de la resurrección y de la vida eterna convierte la noche pascual en una "fiesta de la fe" en la que todos participan, aunque sea sólo en pequeña medida y por un momento, de la plenitud del octavo día que no tendrá fin».

Los fenómenos maravillosos narrados en las biografías de los santos muestran que éstos estaban ya en un estado transfigurado por el Espíritu; de ahí las levitaciones, las bilocaciones, la incorruptibilidad de los cadáveres. Pero, sobre todo, la experiencia de la contemplación pone a los ascetas ante la realidad esperada, o sea ante el mundo "espiritualizado". El futuro no está sólo por delante, sino que en cierto sentido forma ya parte de la historia, es pre-sentido, pre-participado, ya real.

LOS TÍTULOS DEL ESPÍRITU

SANTIFICADOR

La acción del Espíritu Santo es universal. Se puede describir con los títulos que la Escritura y la Tradición le confieren. En primer lugar es llamado Santificador, porque nos santifica, hace santos a los cristianos.

¿Pero quién puede ser llamado santo? En el Antiguo Testamento se insiste mucho sobre la idea de que sólo Dios es santo. Su santidad es inaccesible a los hombres. No deben siquiera acercarse al lugar donde Dios se aparece, donde se siente su presencia. Cuando Moisés quiso ver de cerca la zarza ardiente oyó la voz: No te acerques aquí, quita las sandalias de tus pies, porque el lugar en que estás es tierra sagrada (Ex 3,5). Más adelante, cuando Moisés llegó al mismo sitio con todo el pueblo huido de Egipto, la santidad de Dios se apareció en el monte Sinaí de modo aún más espectacular. Se anunció: Ve donde el pueblo y haz que se santifiquen hoy y mañana; que laven sus vestidos y estén preparados para el tercer día; porque al día tercero descenderá Yahvé a la vista de todo el pueblo sobre el monte Sinaí. Deslinda el contorno de la montaña, y di: 'Guardaos de subir al monte, y aún de tocar su falda. Todo aquel que toque, el monte morirá' (Ex 19,10-12).

Aún más sugestiva es la visión del profeta Isaías: El año de la muerte del rey Ozias vi al Señor sentado en un trono excelso y elevado y los bordes de su manto llenaban el templo. Unos serafines se mantenían erguidos por encima de él; cada uno tenía seis alas: con un par se cubrían la faz, con otro par se cubrían los pies, y con el otro par aleteaban. Y se gritaban el uno al otro: «Santo, santo, santo Yahvé Sebaot; llena está toda la tierra de su gloria.» Se conmovieron los quicios y los dinteles a la voz de los que clamaban, y la Casa se llenó de humo. Y dije: « ¡Ay de mí que esto perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahvé Sebaot han visto mis ojos!» Entonces voló hacia mí uno de los serafines con una brasa en la mano, que con las tenazas habían tomado de sobre el altar, tocó mi boca y dijo: «He aquí que esto ha tocado tus labios: se ha retirado tu culpa, tu pecado está expiado» Os 6,1-7).

Estos fragmentos son instructivos. En primer lugar se advierte en ellos que la santidad es propiedad exclusiva de Dios. A los que se le acercan se les exige la purificación moral. Pero en la visión de Isaías aparece el aspecto contrario: la misma aproximación a Dios purifica, hace inmaculado. Esto nos permite entender mejor el uso de las palabras. En lenguaje actual el término "santo" indica a un hombre moralmente perfecto. María es santísima porque está libre del pecado. La Iglesia aconseja la purificación de los pecados para recibir la santa comunión. Pero, ¿somos capaces de hacerlo? Sin la gracia de Dios nadie puede alcanzar la pureza moral. Son dos polos de la misma realidad: debemos mantenernos puros para acercarnos a Dios y por otra parte la misma aproximación nos purifica. Por eso en teología se habla de la "santidad moral", que se manifiesta en una vida irreprochable, y de la "santidad ontológica", que es la presencia de Dios en el alma.

El misterio del Nuevo Testamento se verifica, pues, del modo siguiente: el Espíritu Santo que habita en nuestro corazón nos hace santos e inmaculados ante Dios, pero por otra parte debemos esforzarnos por conservar esta santidad, que se nos da en el bautismo, con la conducta moral adecuada.

VIVIFICANTE

Este título lo conocemos por el Credo, donde profesamos que el Espíritu es «dador de vida», es vivificante, hace vivir. En la creación del mundo, la vida aparece como la coronación de la obra, primero de las plantas, después de los animales, finalmente del hombre. Dios sopló su aliento de vida y el hombre se convirtió en un ser viviente (Gn 2,7), imagen del Dios vivo.

Esta descripción nos hace ver que la vida, que es siempre un don divino, se realiza en grados diversos. La que nos comunica el Espíritu Santo es divina, participación en la Santa Trinidad, como hemos visto. Y sin embargo los Padres griegos están convencidos de que ésta es nuestra "vida natural." Si los hombres vivieran según su naturaleza, no existiría el mundo del pecado. El término "naturaleza" tiene la misma raíz que el verbo nacer. También tiene un origen similar el término griego *physis*. En este contexto, vivir la "vida natural" significaba para los primeros monjes la vuelta a la vida del Paraíso: las tentaciones son superadas, el cuerpo obedece al alma, el alma a Dios. Hasta el cosmos vuelve al sometimiento original al hombre: en la vida de los santos del desierto se ve que los animales salvajes, leones, serpientes, lobos, se ponían a su servicio.

Los Padres señalan también que aunque en el Paraíso no lloviera, había una gran fuente, que daba vida a todo el jardín. En sentido simbólico esta fuente es, en la vida del cristiano, el Espíritu Santo, agua viva prometida por Cristo capaz de hacer florecer de nuevo cada desierto del alma provocado por el pecado.

ILUMINADOR - LUZ

El tema de la luz se encuentra con frecuencia en la Biblia. En el primer acto de la creación del mundo Dios separa la luz de las tinieblas (Gn 1,3). Y al final de la historia de la salvación, la nueva creación tendrá a Dios mismo como luz (Ap 21,5). Las vicisitudes de los días y las noches son símbolo de nuestra situación, o sea de la situación de los que no han alcanzado aún la plenitud de la redención, y que esperan el día sin ocaso que será el mismo Dios (1 Jn 1,5).

En este contexto se entiende por qué Cristo se ha revelado como la luz del mundo (Jn 9,5) que resplandece en las tinieblas y que las tinieblas intentan sofocar (Un 1,4). Los cristianos deben aparecer también como hijos de la luz (Lc 16,8; Jn 12,36). Para esto reciben la luz de lo alto, la iluminación del Espíritu Santo.

La palabra "luz" es una metáfora, una comparación, por tanto se presta a distintas interpretaciones. Los judíos identificaban la luz con la vida; los griegos la identificaban más con el conocimiento de la verdad porque sólo en la luz uno puede moverse y ver aquello con lo que se encuentra. En este segundo aspecto se ve la relación existente entre Cristo y el Espíritu Santo. Jesús se definió, a sí mismo como verdad y por tanto también luz del mundo. Los Padres interpretan el versículo del Salmo 35,10 -en tu luz veremos la luz en este sentido: en la luz del Espíritu vemos la luz del mundo que es Cristo.

No se trata de un simple juego de palabras, sino que confirma lo que dice san Pablo con la frase: Nadie puede decir "Jesús es Señor" si no es bajo la acción del Espíritu Santo (1 Cor 12,3). Aunque uno estudiara toda la Sagrada Escritura y tuviera en consideración toda la tradición de la Iglesia, no sería nunca creyente sin el don del Espíritu Santo. Esto lo confirman aquellos que se han convertido a cristianismo en edad adulta. Han experimentado que la fe les ha sido dada en un determinado momento como un don gratuito. Y los creyentes saben que la mejor comprensión de las enseñanzas de Cristo se produce por una iluminación de lo alto. Por eso la Iglesia reza en diversas ocasiones: « ¡Ven, oh Luz de las mentes! ». Para ilustrar esta verdad un predicador reciente ha usado el siguiente ejemplo: algunas grutas subterráneas son frecuentadas por turistas que admiran la belleza de las estalactitas y las estalagmitas. Hace cien años eran sólo cuevas oscuras y peligrosas. La introducción de la luz eléctrica ha creado estos lugares maravillosos. Algo parecido: sucede con la vida, pese a estar llena de tristeza, si los ojos del corazón son iluminado por la luz del Espíritu.

INSPIRADOR

¡Cuántos pensamientos pasan por la cabeza, especialmente cuando uno está sólo y sin ocupación! ¿De dónde vienen? Según Orígenes, un pensamiento puede tener cuatro causas: puede venir de nuestra mente, o sea un recuerdo o reflexión; puede ser sugerido por el espíritu maligno; puede ser sugerido por los ángeles y, finalmente, puede venir del Espíritu Santo. ¿Se pueden reconocer estos orígenes diversos? La regla fundamental es sencilla: los espíritus buenos sugieren buenas obras, los malignos malas. No es fácil, sin embargo, advertir inmediatamente, desde el principio, adónde nos llevará un pensamiento. Por eso el "discernimiento de los espíritus" ocupó un lugar especial en la vida de los santos y éstos establecieron algunas reglas para orientarse en este campo.

De entre estas reglas señalamos particularmente sólo una. Los autores aprendieron a distinguir los pensamientos que vienen de "fuera" de aquellos que vienen del "interior". Los que vienen de "fuera"; numerosísimos, tienen una causa externa: un objeto visto, un relato, un trozo de un libro leído; o también la influencia de alguien con quien hemos hablado, que nos ha "sugerido" una idea, una imagen. Estos pensamientos son distintos de aquellos que vienen de nuestro interior. Los Padres lo constatan. Su sublimidad convence a los Padres de que es el mismo Espíritu Santo el que, habitando en el corazón, hace escuchar su voz dentro del "castillo interior" de nuestro "yo", aparece como una iluminación llena de paz.

Los autores sirios hablan con frecuencia de esto y lo describen con una metáfora. El corazón, dicen, se parece a una fuente. Si es pura, el cielo se refleja en ella, como se reflejan los pensamientos divinos en el corazón puro. El que está acostumbrado a oírlos, no necesita de otras enseñanzas. A éstos se aplica la parábola de Jesús a Nicodemo sobre los que nacen del Espíritu: El viento sopla donde quiere y oyes su voz (Un 3,8). Es fácil comparar la acción del Espíritu con el soplar, con el viento.

Los momentos en que el Espíritu habla hombre pueden ser fuertes, hasta el punto de reducir al silencio las impresiones de los sentidos corporales y del intelecto, hasta el punto de hacerlo "estático". Estos momentos son raros, pero no son contrarios a la naturaleza

Es contrario a la naturaleza lo opuesto, cuando la parte inferior, los sentimientos carnales sofocan la voz del Espíritu. Por eso, con advertencia, al comenzar el oficio divino recitan las palabras del Salmo 94,8: Escuchad hoy su voz: ¡no endurezcáis vuestro corazón!

CONSOLADOR

En el discurso de Jesús durante la última cena leemos: Vuestros corazones se han llenado de tristeza. Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Consolador; pero si me voy, os lo enviaré.

A menudo estamos tristes. Este sentimiento nace de la convicción de que algunas cosas no deberían ser así, de que el mundo no va bien. Es, por tanto, una especie de odio a la realidad. El cristiano debe odiar el pecado. La tristeza saludable es el arrepentimiento. Si, por el contrario, nos asalta la tristeza por la vida como tal, por la compañía de los demás, entonces quizás nos falte fe en la Providencia, en la bondad de Dios que se manifiesta en su obra.

No es fácil superar el abatimiento. Cuando se trata de problemas pequeños, conseguirmos superarlos con las consolaciones naturales, con algunas distracciones. Pero si aparecen graves sufrimientos, adversidades, persecuciones, nos sentimos débiles, impotentes ante una cruz pesada. Jesús mismo, previendo su pasión en el huerto de los Olivos, dijo: Mi alma está triste hasta el punto de morir (Mt 26,38), tanto que se le apareció un ángel del cielo a consolarlo (Lc 22,43).

Es interesante notar que en los documentos cristianos más antiguos el Espíritu Santo es llamado "Ángel". Ángel es una palabra griega que significa mensajero. El Espíritu Santo es mandado por Cristo como mensajero suyo a los afligidos, porque sólo él puede revelar a los hombres el sentido positivo de la cruz y así consolarlos cuando todas las consolaciones naturales fallan.

El lector moderno se sorprende cuando lee en los escritos de los monjes antiguos severas condenas a las bromas, la risa y las payasadas. Estos juicios son, sin duda, exagerados e injustos. Pero podemos comprender por qué se predicaron estas cosas. Los ascetas comprendieron que la verdadera felicidad no se puede forzar "divirtiéndose" para olvidarse de uno mismo. La alegría imperturbable viene de nuestro interior y en nuestro interior nos consuela sólo el Espíritu Consolador.

Es edificante, bajo este aspecto, el relato en las Florecillas de san Francisco de Asís titulado Dónde está la verdadera alegría. El santo se lo explica a su hermano León. Volvían de un viaje, mojados por la lluvia, helados, y se encontraban ya cerca de su convento Francisco dijo: «Si no nos abren la puerta, si nos echan a patadas y nosotros no nos entristecemos por ello, ¡entonces tendremos la verdadera alegría! ». No entristecerse en situaciones así es imposible para las fuerzas humanas. Pero el santo creía que el Espíritu puede darnos esta capacidad.

FUEGO

Los pueblos antiguos consideraban al fuego como elemento divino. También en la Biblia hay revelaciones de Dios acompañadas de la visión del fuego: en la zarza ardiente (Ex 3,2ss); en la cima del monte Sinaí (19,18); el profeta Elías es transportado al cielo en un carro de fuego (2R 2,11); Jesús, según las palabras de san Juan Bautista, bautizará con Espíritu Santo y fuego (Mt 3,11). De hecho, cuando vino el Espíritu Santo, aparecieron sobre las cabezas de los apóstoles lenguas de fuego (Hch 2,3).

La imagen del fuego se presta a varias interpretaciones. Llevada a la vida espiritual, significa sobre todo un celo ardiente por el bien, por la gloria de Dios. En este sentido se dice del profeta Elías que su celo era similar al fuego y que su palabra quemaba como una llama (Si 48,1).

También en las actividades humanas observamos lo bueno que es cuando uno está entusiasmado por el estudio, por el arte, por su trabajo. Lo hace bien y con gran placer. El celo es contrario al defecto que se llama tibieza'. Ésta es la "sombra de la muerte", según san Bernardo; el tibio se parece a una viña no cultivada, a una casa sin puerta, sin cerraduras. La negligencia priva al hombre de la alegría. Aumenta, por tanto, la fatiga del día. Es un gusano en la raíz, devora desde dentro, aunque desde fuera nada parezca haber cambiado.

La tibieza para las cosas divinas fue llamada por los Padres griegos sklerokardía, corazón duro, "esclerótico"; y a un hombre así le aplicaban las palabras del Apocalipsis: Conozco tu conducta: no eres ni frío ni caliente. ¡Ojala fueras frío o caliente! Pero puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, voy a vomitarte de mi boca (3, 15-16). Evagrio llama a este vicio "demonio del mediodía" (cf. Sal 90,6). Cuando desaparece el entusiasmo de la juventud, en el "mediodía de la vida" muchos se sienten cansados y pierden ese interés en trabajar por el bien. El autor está convencido de que se trata de un "demonio peligrosísimo" Porque el disgustado y el perezoso no tienen ganas de resistir.

Por el contrario, el Espíritu Santo conserva en el corazón del cristiano el ardor juvenil, la disponibilidad alegre a hacer cualquier bien que se presente como posible. San Martín estando ya a punto de morir, al ver la tristeza de sus discípulos, rezó: «Señor, si puedo ser aún útil, no reniego del trabajo». Desde el punto de vista humano, el escritor Tolstoi da un testimonio bello de su tía, que sustituía en su casa a la madre difunta: estaba siempre al servicio de los demás, pero en su rostro se veía qué gran felicidad tiene uno cuando puede amar y realizar su amor. Así, en el servicio a Dios, aparecían los santos, en cuyos ojos brillaba el fuego del Espíritu.

PALOMA

La paloma se convirtió en la imagen más característica del Espíritu Santo, de acuerdo con la visión del Bautismo de Jesús (Mt 3,16). En la interpretación de la escena es fácil recordar el texto del Génesis sobre la primera creación que dice que el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas; el bautismo es la "segunda creación". Las palomas eran los únicos pájaros que se admitían para ser sacrificados en el templo. Son símbolo de la pureza, de la sencillez (Mt 10,16).

Puesto que las palomas llegan de lo alto y vuelan hacia el cielo, se han convertido en símbolo de la oración para los autores espirituales.

Al orar somos introducidos en el diálogo eterno entre las tres Personas divinas, cosa que sería imposible sin la asistencia del Espíritu Santo. Teófanos el Recluso interpreta la división tripartita del hombre, conocida por los Padres, en este sentido. Tenemos el cuerpo, el alma y el Espíritu Santo. El cuerpo se nutre, respira, se mueve. El alma piensa, quiere, siente. La actividad característica del Espíritu es la oración, que puede llamarse "respiración del Espíritu". Con la respiración corporal el oxígeno penetra en la sangre y es transportado por todo el cuerpo. Del mismo modo la oración absorbe el Espíritu y lo hace formar parte de todas nuestras actividades. El Espíritu es como el fuego que arde en el corazón. El fuego, para no apagarse, tiene necesidad de aire. La oración reaviva esta llama.

En la liturgia se usa, tras las palabras de consagración del pan y el vino, la llamada epiclesis, invocación explícita al Espíritu Santo para que descienda sobre los dones que están en el altar y sobre los hombres que están a su alrededor. Con esto se expresa la verdad fundamental de que ninguna oración - y por tanto tampoco la oración eucarística, sacramental- sería eficaz si, como dice Orígenes, no fuera el Espíritu Santo mismo quien se dirigiera al Padre a través de nuestras palabras, si no fuera él quien gritara en lo secreto Abbá, Padre (Ga 4,6). Él llama con más fuerza que nosotros; su voz, por decirlo así, supera nuestros débiles gritos. De esta manera Orígenes explica que en cada oración pedimos cosas mejores de las que nosotros mismos somos capaces de comprender. A toda oración, por tanto, corresponde una epiclesis, la petición, el deseo de que el Espíritu Santo ore con nosotros. En las funciones litúrgicas más importantes se canta el himno "¡Ven, Espíritu Santo!".

Toda oración, por breve que sea, tiene por tanto una perspectiva infinita. Con una pequeña palabra humana o con el sentimiento devoto del corazón, penetramos en la Santísima Trinidad, en el mundo divino, donde está toda la felicidad y donde se decide, junto con nuestra colaboración, el destino del cosmos.

LOS SIETE DONES DEL ESPÍRITU SANTO

LAS VIRTUDES Y LOS DONES

Como hemos dicho, el hombre y el Espíritu colaboran, de forma que toda acción del fiel es divino-humana. Esto sucede en grados diversos y en formas muy diferentes. Hay momentos en los que destaca más el esfuerzo humano mientras que en otras ocasiones se siente más la gratuidad de la ayuda divina.

Esto ha llevado a los teólogos escolásticos a diferenciar las "virtudes" de los "dones". Se puede explicar con un ejemplo sencillo. Todos pueden aprender a pintar bajo la guía de un maestro. Pero no todos producirán una obra de arte; para esto último es necesario el talento, el "don". El Espíritu Santo es la guía que enseña a todos a vivir según las exigencias del evangelio, a practicar las virtudes. A algunos

en cambio les da un don especial, esto se ve en su conducta. Como el talento para pintar, igualmente se ve en la vida de los santos un don especial para la piedad, a veces incluso desde que son pequeños. Cuando leemos que san Luis Gonzaga pronunció el voto de castidad delante de la Virgen con siete años, admiramos un "don" del Espíritu.

Si ya los talentos naturales son numerosos, muchos más variados lo son los dones sobrenaturales, de la piedad. Sin embargo, un texto de Isaías (11,1-3) llevó a los Padres de la Iglesia, y a continuación a los autores espirituales, a enumerar de forma especial lo "siete dones del Espíritu". En la traducción griega de la Biblia y en la Vulgata latina, se lee lo siguiente: Saldrá un vástago del tronco de Jesé, y un retoño de sus raíces brotará. Reposará sobre él el Espíritu de Yahvé: espíritu de sabiduría (1) e inteligencia (2), espíritu de consejo (3) y fortaleza (4), espíritu de ciencia (5) y de piedad (6). Y lo inspirará en el temor de Yahvé (7).

Los autores se sentían libres para interpretar estos términos de acuerdo con sus criterios. También nosotros podemos explicar su significado con un lenguaje más próximo a nuestra mentalidad. Los que quieren hacer de ello un sistema lógico caen en reflexiones artificiales.

EL DON DE SABIDURÍA

Los términos de la lengua tienen su historia. La palabra griega sofía se traduce como sabiduría y, en las lenguas modernas, tiene un matiz predominantemente intelectual. Sabio es para nosotros un hombre dotado de una mente clara y que conoce muchas cosas. Pero en el griego antiguo sabio era un obrero capaz, un maestro de obra. En Homero se busca un 'sabio' para arreglar las naves. Pero para los griegos intelectuales, con el pasar del tiempo, este término se hizo abstracto. 'Filósofo', traducido, significa 'amante de la sabiduría', el que pierde cada vez más el interés por la vida práctica y quiere conocer las verdades elevadas, eternas.

También en hebreo la sabiduría (kochma) es práctica. La introducían en seguida en el contexto de la vida. El sabio no sólo sabe hacer algo, sino que tiene éxito. Los libros de la "sabiduría" del Antiguo Testamento ponen en contraposición con frecuencia al sabio y al necio. Al primero se le puede dar cualquier encargo; el otro se equivoca, lo estropea todo y muere en la miseria.

Sin embargo, el éxito en la vida no es separable de la actitud religiosa. Los israelitas sabían bien que el conseguir o no algo no depende siempre de nosotros sino de Dios. Por eso confesaban que el inicio de la sabiduría es el temor de Dios (Sal 110,10). Comparando la sabiduría que enseñan las Sagradas Escrituras con la de los intelectuales griegos, se dieron cuenta de que no es una virtud que el hombre pueda alcanzar por sí solo, es un don de Dios.

San Pablo sabe bien que los griegos buscan la sabiduría (1 Co 1,22), pero no los elogia por ello. El cristianismo significa, en el gran imperio romano, la victoria de la gente sencilla, no sabia; sin embargo, su sano juicio, perfeccionado por el don del Espíritu Santo, es claramente preferible a la orgullosa sabiduría griega que Dios condenó a la perdición, porque fue superada por la sabiduría de la cruz. En la Vida de san Cirilo, apóstol de los eslavos, se lee el siguiente párrafo: «Cuando tenía siete años, el gobernador reunió a todas las chicas de la ciudad ante él y le ordenó elegir una. Él eligió la Sofía-Sabiduría». Fue un sueño, pero pronto fue también una experiencia mística. Casarse con la Sabiduría divina significó para el santo elegir para siempre la vida divina, encontrar la perla por la que, según parábola del evangelio, el hombre lo vende todo (Mt 13,46), o sea tener éxito en la vida en el sentido más noble de la palabra.

EL DON DE INTELIGENCIA

Es útil recordar cuánto se subrayó en la antigüedad griega la eminencia del intelecto, humano, luz del alma. Es capaz de comprender todo lo que cae bajo la mirada de los ojos. Además, nos eleva al mundo superior formando las ideas de la belleza y de la bondad. A través del intelecto el hombre alcanza el mundo divino, eleva la mente a Dios, luz suprema.

Por eso los Padres exhortaban a los cristianos a que trataran de elevar constantemente la mente a lo alto. Pero, por otra parte, sabía por la Escritura que Dios habita en la luz inaccesible (1 Tm 6,16) y que sus misterios superan toda inteligencia creada. Nadie puede subir al cielo a no ser aquel que ha descendido de él, dijo Jesús a Nicodemo, y lo dijo de sí mismo (cf. Jn 3,13). Pero a continuación nos envió su Espíritu. También éste desciende del cielo y al cielo eleva nuestro intelecto.

Platón decía que el intelecto humano es divino por naturaleza y por tanto puede conocer la belleza infinita. Los cristianos corrigen su opinión. No somos capaces de elevarnos por naturaleza, sino por la gracia, es decir, por la iluminación del Espíritu Santo. Platón entendió bien que el hombre, que vive en la tierra, especialmente cuando es joven, necesita ver ante sus ojos un ideal celestial para no perderse en el

fango de la impureza. ¡Cómo confirman esta verdad las tristes experiencias diarias! Tratad de tener un ideal, tenedlo ante vuestros ojos, advierten los educadores. Pero incluso sus advertencias serán vanas si falta la luz del Espíritu Santo.

EL DON DE CONSEJO

Se da un consejo a uno que duda o que debe decidir y elegir alguna cosa y está dudoso. Durante las enfermedades buscamos el consejo del médico; en los juicios los del abogado; en la vida doméstica los hijos siguen los consejos de los padres. En la vida espiritual se recomienda que cada uno tome sus decisiones siguiendo el consejo de un buen padre espiritual. Y se llama "espiritual" justo porque está asistido por el Espíritu Santo y así entrevé los "consejos de Dios", los proyectos, la vocación que el Creador tiene desde la eternidad para cada persona.

Pero no estamos en duda, en zozobra permanente respecto a lo que debemos hacer. Muchos mandamientos de Dios son claros: no matarás, no robarás, amarás a tu prójimo, Por eso los teólogos hacen una distinción entre "mandamientos" y "consejos". Los primeros son obligatorios para todos. Los segundos son "aconsejados" por Dios, como por ejemplo el celibato, el voto de pobreza y obediencia religiosa; a ellos se les aplica condición dada por Jesús al joven rico: Si quieres ser perfecto... (Mt 19,21). Quien no obedece a un mandamiento peca. Los consejos dicen los moralistas, no obligan bajo pena pecado.

Y, sin embargo, la distinción no es tan rígida como podría parecer, no se debe absolutizar. En la vida profana el que está "obligado" a hacer algo no es libre de elegir. Por el contrario, Dios respeta nuestra libertad en todo lo que nos dice. Parece paradójico pero, en cierta manera, él siempre nos "aconseja" que vivamos cristianamente y que seamos santo: No lo hace desde el exterior, sino desde el interior, desde nuestro corazón, desde nuestra conciencia.

El que aconseja no impone por la fuerza sino que hace ver que una cosa es mejor en un modo u otro. Este consejero es, para nosotros, el Espíritu Santo. San Pablo tuvo una experiencia viva de esto. Él procedía de ambiente farisaico en que se imponía la ley de Dios como una norma externa, y su ejecución se exigía a todos sin piedad. El Apóstol entendió que una observancia semejante de la ley no santifica, es una violencia. Por eso prefirió seguir la ley interna del Espíritu, que no sólo no destruye la libertad, sino que, además, hace ver el sentido del mandamiento. Bajo esta luz el mandamiento aparece menos como una obligación y más como el privilegio de poder imitar a Cristo y participar de su santidad. San Pablo explica a los Gálatas que la obediencia externa a la ley es necesaria mientras los hombres viven en un estado de esclavitud respecto a Dios. Pero los cristianos reciben en el corazón el Espíritu que grita Abbá, Padre; no son ya esclavos, sino hijos (Ga 4,6-7).

Cuando invocamos a la Virgen como "Madre del buen consejo", le pedimos que nos dé una clarividencia parecida a la que ella tuvo cuando obedeció a la voz del ángel. Su "sí" libre la ha hecho Madre Inmaculada del Salvador.

EL DON DE FORTALEZA

Los antiguos estoicos mencionan el miedo como una de las cuatro pasiones que alteran la paz del alma. El hombre no debe ser tímido, sino valiente, no debe temer la lucha por la justicia. «Vivir significa luchar», dice Séneca. También en el Antiguo Testamento se alaba a los guerreros valientes. Pero no debemos olvidar que su fortaleza está fundamentada en el temor de Dios. Los hombres no tenían miedo ya que creían en Dios y tenían mayor confianza en Él que en sus espadas, músculos o experiencias de guerra.

¿Cómo definen la fortaleza los autores cristianos? Se describe con estas palabras: «Es una virtud que lleva al hombre, que no se fía de las propias fuerzas, a esperar en Dios. Así vence todos los temores y dudas en las fatigas y cargas que lo amenazan en su vida espiritual». En esto difiere la fortaleza cristiana de la valentía natural de los guerreros. Las almas sutiles saben ser valientes de forma distinta a las peleas. Saben defender la verdad con humildad, pero con firmeza, con la confianza de vencer.

Esta fortaleza se da por supuesta en la vida cotidiana, que exige sacrificios por parte de las madres, los médicos, los sacerdotes, los obreros... Son frecuentes las dificultades que tenemos que soportar diariamente: críticas injustas, calumnias, sólo porque cumplimos con nuestro deber. Uno podría hacerse tímido. Pero la timidez, escribe san Juan Clímaco, «nace de la falta de fe, de confianza en Dios; el alma orgullosa cae en la esclavitud del miedo; visto que se fía sólo de sí misma, tiene miedo incluso cuando se mueve una hoja o una sombra». El autor reconoce también que la timidez puede ser debilidad física, corporal, de los nervios. Pero cree que puede ser curada con la ayuda de Dios, con la fuerza del Espíritu Santo.

EL DON DE CIENCIA

El don de ciencia se puede entender en el mismo sentido que el de sabiduría e inteligencia. Pero podemos acercarnos a este término con una perspectiva particular. Vivimos en un tiempo en el que las llamadas "ciencias" han alcanzado una perfección jamás vista anteriormente. Los "científicos" gozan de una gran estima y la opinión "científica" sobre cualquier cosa se acepta como infalible. Su objeto es sobre todo la naturaleza visible, el cosmos.

Pero hay también otras ciencias además de las "ciencias naturales". Se estudia la literatura, el arte, la historia del pensamiento filosófico, etc. Pero precisamente en estos campos nos damos cuenta de que la ciencia tiene sus límites. En literatura se pueden estudiar científicamente las vidas de los poetas, las ediciones de sus obras. Pero para entender la belleza de una poesía se requiere una capacidad especial, un don personal. Científicamente se puede y se debe hacer todo lo necesario para construir una iglesia, pero esto no nos garantiza que el edificio será una obra de arte.

Estos límites se notan más todavía cuando se estudia científicamente la religión. En los primeros siglos del cristianismo ya hubo quienes estudiaron la Sagrada Escritura con gran pericia. Desgraciadamente fueron precisamente ellos los que cayeron en las herejías. San Basilio explica la razón de estos errores de la siguiente manera. Para entender la agricultura es necesario un agricultor; la música la entiende un músico; un libro escrito lo interpreta de la forma adecuada sólo aquel que está, con la mente, cerca del autor que lo escribió. El autor de la Sagrada Escritura es según creemos, el Espíritu Santo. Por eso es sagrada. Por tanto, sólo puede comprender e interpretar verdaderamente la Escritura divina el que tiene el Espíritu de Dios del que viene la ciencia espiritual.

Esta constatación es válida, en primer lugar, para los textos sagrados, para la Sagrada Escritura. Pero Dios es también el autor del cosmos, de la naturaleza visible. Él ha creado el mundo con su Palabra. Le ha dado también un significado propio, porque es su obra de arte. ¿Quién lo puede entender? Nuevamente aquel que participa del espíritu del autor, Espíritu de Dios.

De Dios proviene todo lo que existe. Todo tiene, por tanto, un significado espiritual que se abre sólo ante aquellos que reciben el don del Espíritu Santo, que son puros de corazón que por eso ven a Dios (cf. Mt 5,8).

Con esto no se hace disminuir el valor de las ciencias humanas. Se aprecian todos sus resultados. Pero se profesa que las "ciencias humanas" se llevan a término a través de la ciencia espiritual que les da su verdadero significado.

EL DON DE PIEDAD

Cuando decimos que uno es "pío", decimos que cumple fielmente con sus deberes religiosos. En la antigüedad este término tenía un sentido más amplio: era, en primer lugar, la virtud que rige las relaciones entre los hombres. En la Biblia se considera pío al que es fiel a sus padres, parientes, amigos, socios. Los profetas exhortan al pueblo a la piedad hacia Dios, porque él es para el pueblo como un padre, un amigo, un socio. Él es, como dice el Apocalipsis (15,4), el solo pío, o sea, el único que permanece fiel en todas las circunstancias de la vida. Esto conlleva la observancia de su ley y ciertos oficios religiosos. Obviamente la verdadera piedad no puede limitarse sólo a actos externos, a ritos, sino que se nutre del amor que los vivifica, como decía el profeta Oseas (6,6).

¿Cómo debe ser nuestra piedad para con los hombres? El cristiano debe amar a todos. Pero, ¿puede permanecer fiel a todos, fiarse de todos? Los autores espirituales hacen una distinción: debemos hacer el bien a todos, amigos y enemigos, pero podemos fiarnos sólo de Dios; y, de entre los hombres, sólo de aquellos que se han ganado nuestra confianza, que los conocemos. Pero, ¿cómo conocer a un hombre? Cada uno es un misterio de la libertad y el amor. Precisamente porque es un misterio, el hombre no puede ser conocido con "criterios científicos". Dostoevskij relata una leyenda sobre un palacio de cristal. Es el hombre científico el que se construye una casa así. Admite sólo lo que está probado, lo que es claro y razonable. Lo misterioso es echado fuera como indigno de un científico. Va a vivir a esta casa suya, está orgulloso de ello, se vanagloria de la claridad que lo rodea. Pero pronto comienza a aburrirse porque no encuentra dos cosas que le alegren la vida: la libertad y el amor. Estas dos cosas nunca pueden ser "claras".

De esto el teólogo Pavel Florenskij concluye: finalmente es necesario creer que hay dos modos distintos de conocer: el modo de las cosas y el de las personas. Cuando descubrimos las cosas, procedemos según el método que nos ha aconsejado Descartes: primero se descubre lo que es evidente, claro, después se va a lo menos claro, razonando lógicamente. Al final están las puras suposiciones, de las que no nos fiamos mucho. En otras palabras, construimos un palacio de cristal. La situación es

totalmente distinta cuando nos encontramos con las personas. Éstas jamás son claras, su corazón, sus intenciones nunca son evidentes. No queda entonces más remedio que acercarse de otra manera, dándoles una confianza inicial. Sólo después, cuando vivimos con ellas en una relación de confianza, ellas se revelan, se dan a conocer, dándonos por su parte confianza a nosotros.

El principio de este proceso, por tanto, es tenebroso: se cree y no se comprende. ¿No es arriesgado? ¿No nace quizás la tragedia justo por esta confianza inicial no prudente?

Cuando uno acepta a una persona desconocida, quiere que otros la recomienden como fiel. Pero incluso en estos casos se cometen errores frecuentes. Y, sin embargo, los famosos "padres espirituales" no se equivocaban, tenían "cardiognosis", conocimiento de los corazones; leían, como se atestigua a menudo, las almas de los demás «como un libro abierto». Es ciertamente un don del Espíritu Santo. Es dado de alguna manera a todos los cristianos justos y devotos, y por eso pueden practicar tranquilamente la piedad no sólo con respecto a Dios sino también con los hombres según los conduce el Espíritu.

EL DON DE TEMOR DE DIOS

El simple recuerdo de términos como temor de Dios, muerte, infierno, asusta al hombre moderno que los considera como antiguos miedos medievales o el fruto de prédicas barrocas. Se quiere justificar esta aversión con la enseñanza del Nuevo Testamento sobre el amor que vence al temor a la condenación. Tampoco las razones psicológicas están a favor del temor. Tanto en la educación de los jóvenes como en la sociedad pública, se consigue poco progreso moral con amenazas.

Dicen que la "atmósfera de miedo" caracteriza a las religiones primitivas. Cuanto más evoluciona el concepto de servicio a Dios, menos se habla de castigos. Esto también es correcto. Pero de estas premisas podríamos deducir una conclusión sobre una doble religión: la de los sencillos y la de los que han progresado, como afirmó irónicamente Voltaire «Yo no creo en el diablo, pero estoy contento de que todavía crea en él mi sastre». Ya en los primeros siglos cristianos Marción quería aligerar la conciencia de sus seguidores. Decía que todas las amenazas de Dios y los castigos pertenecen al Antiguo Testamento, que por suerte ya ha sido superado, sustituido por el Nuevo.

¿Cuál es la enseñanza cristiana sobre el temor de Dios? Nosotros creemos en lo que dice la Escritura en una frase: El inicio de la sabiduría es el temor de Dios (Sal 110) ¡Cuántas veces se repite en el salterio "Bendito el hombre que teme al Señor"! Es interesante ver cómo este concepto aparece ligado a otro concepto típicamente bíblico: la gloria del Señor. Dios es glorioso, cuando manifiesta su majestad, su fuerza, sus milagros. Viendo estos grandes signos los hombres temen a Dios. El término hebreo para decir gloria es kabód que, literalmente, significa peso. Cuando aparece la gloria de Dios, el pueblo se da cuenta de que es necesario dar una gran importancia a la existencia de Dios, a sus palabras, a lo que exige.

Cuando uno adquiere esta firme convicción, vive en el temor de Dios. En español tenemos dos términos: temor y miedo. El temor de Dios no es debilidad de nervios suscitada por imaginaciones fantásticas. Es, por el contrario, una decisión tranquila: tomar en serio las cosas serias y no dar mucha importancia a lo que no tiene valor. Por eso el temor de Dios nos libera de temores inútiles, nos enseña a no temer a los hombres, los elementos, los animales y ni siquiera al diablo. San Juan Clímaco hace ver qué ridícula es la situación de aquellos que, queriendo robar, escapan porque hay perros, pero no temen a Dios que ve sus malas intenciones.

El mismo autor es severo también con los escrupulosos que temen el futuro porque no creen en la remisión de los pecados, en la misericordia divina para con los que se arrepienten. Justamente la Escritura dice que el temor es sólo el inicio de la sabiduría. Es el primer grado de la vida espiritual que lleva al amor de Dios. En la vida espiritual, como ejemplo de madurez, podemos citar a san Antonio Abad que hacia el final de su vida dijo: «Ya no temo a Dios». Había entendido que tomar a Dios en serio significa amarlo de todo corazón.

LA CONSCIENCIA DEL ESPÍRITU

EL SENTIMIENTO DE LA GRACIA

El Espíritu Santo es invisible. ¿Cómo se puede reconocer entonces si uno es "espiritual" o no, si posee en el corazón la gracia o carece de ella? La cuestión es siempre actual y ya en el siglo IV de nuestra era se convirtió en objeto de discusión. Los llamados mesalianos, procedentes de Siria, tomaron una posición radical: si tienes el Espíritu Santo, debes sentirlo. Si no sientes nada, no tienes la gracia divina. Y si, por el contrario, sientes tentaciones, si estás nervioso por malos pensamientos, entonces es que el pecado habita en tu corazón. Esta posición tenía consecuencias peligrosas: los sacramentos, como por ejemplo el bautismo, no cambian nuestros sentimientos, y por tanto no nos dan el Espíritu Santo.

Esta posición extrema fue condenada como herética. Diadoco de Fotice, autor espiritual griego, escribe contra los mesalianos: «La gracia es depositada secretamente en el fondo del corazón desde el momento del bautismo; no hace sentir su presencia al sentimiento». Más tarde, en tiempos de la Reforma, la Iglesia repetía que no es lo mismo "sentirse justificado" que "ser justificado" ante Dios. Incluso los grandes santos pasaban con frecuencia períodos de desolación espiritual y les parecía, como a santa Teresa de Lisieux hacia el final de su vida, como si el cielo estuviera cerrado.

Sin embargo, estos estados de "insensibilidad" para las cosas espirituales no deben ser el estado normal del cristiano. Son pruebas de fe y como tales son recompensadas por Dios con las consolaciones que vienen después. Diadoco, al que acabamos de citar, establece un cierto orden de acuerdo con el cual se desarrolla normalmente la pedagogía divina: 1) en el bautismo recibimos el Espíritu Santo, pero no somos conscientes de ello; 2) cuando uno se convierte a la vida espiritual, Dios lo anima con su gracia, de manera que encuentre satisfacción en la vida religiosa; 3) más adelante, en cambio, la gracia se esconde, se sienten desolaciones, es el período de las pruebas; 4) finalmente, cumplido el período de la purificación, Dios concede de nuevo las consolaciones, la alegría, la seguridad de la plenitud del Espíritu Santo. En este último estadio se puede decir que el hombre, que ha sido herido por el pecado en sus sentimientos, ha recuperado la salud espiritual del alma, la paz del corazón. No debemos esforzarnos por llegar a esta consolación, sino esperar con fe, recibirla cuando Dios nos la dé.

LOS SIGNOS DEL ESPÍRITU SANTO

Aunque invisible, a Dios se le conoce por signos. Se cuenta que un musulmán devoto acompañó a un científico ateo al desierto. Antes de acostarse rezó sus oraciones. El científico le dijo con ironía: « ¿Has visto a Alá? ¿Le has oído hablar? ¿Cómo sabes entonces que existe?». Cuando por la mañana salieron de la tienda, el científico dijo: «Durante la noche ha estado aquí un camello». El árabe le respondió: « ¿Has visto el camello? ¿Has oído su voz?» El europeo se enfadó: « ¿No ves que hay huellas, señales en la arena?» El beduino señaló el sol que se levantaba sobre el horizonte: « ¡He ahí las huellas, los signos de Alá!».

Si Dios se revela en la naturaleza, debe haber también señales de su presencia en el alma. Hay varias y se llaman sencillamente "carismas": San Pablo los enumera a menudo y en el famoso "cántico de la caridad", en la primera carta a los Corintios (13,1ss), recuerda aquellos que llaman la atención por su carácter extraordinario: la glosolalia, o sea el don de hablar las lenguas, la profecía, el sanar enfermos, etc. Pero la conclusión es: Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo caridad soy como bronce que suena o címbalo que retiñe. Aunque tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; aunque tuviera plenitud de fe como para trasladar montañas, si no tengo caridad nada soy (vv. 1-2). Los dones extraordinarios no pueden tenerlos todos, pero todo cristiano es llamado a realizar la perfección en la caridad. Ésta es, por tanto, la señal más segura de la presencia del Espíritu Santo en su corazón.

La enseñanza sobre este punto es clara en toda la tradición cristiana. Y, sin embargo, quedan algunas dudas. Parece que la pregunta se pospone: el Espíritu Santo se manifiesta en la caridad, pero ¿qué señales nos hacen reconocer a una persona como dotada de verdadera caridad?

Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos (Jn 15,13). Basándose en estas palabras, el martirio de Cristo fue considerado desde el principio como señal infalible de santidad. La lista de los santos venerados en la Iglesia comienza con los mártires. El hecho de que hayan soportado los

tormentos en la "debilidad de la carne" y hayan ofrecido sus vidas es un argumento convincente sobre la presencia del Espíritu que les da la fuerza. ¡Entre ellos los ha habido jovencísimos!

No se concede a todos confirmar con la sangre la unión propia con Dios. Por eso ya san Ireneo (que murió mártir) señaló que los fieles pueden testimoniar la caridad y la presencia del Espíritu de manera sencilla: 'A través de la fe y de una vida inmaculada'. Esto se corresponde con la tesis difundida por los teólogos hasta hoy: sin la gracia de Dios nadie puede observar plenamente sus mandamientos.

Por tanto, si uno vive en la fe y observa la ley de Dios, testimonia que Dios permanece con él. Quien acoge mis mandamientos y los sigue, ése me ama (Un 14,21). La señal del hombre espiritual es, por tanto, la fe pura y la vida moral, las virtudes, la auténtica vida cristiana.

LOS SIGNOS EXTRAORDINARIOS

¿Cómo debemos juzgar los signos extraordinarios de la gracia? En las biografías de los santos se cuentan muchos milagros. Es interesante comprobar que ellos mismos los escondían y no querían que se consideraran como pruebas de su santidad. El cumplimiento milagroso de una oración es señal de una gran fe en la oración y confianza en Dios. Indirectamente es verdad: una fe así es signo del valor personal de quien sabe rezar con esta disposición.

En cuanto a las visiones, éxtasis y fenómenos similares, la Iglesia normalmente es reticente durante largo tiempo antes de pronunciar un juicio sobre ellas. Se descubre un gran peligro de ilusiones y enfermedades. Por otra parte, san Juan Clímaco duda de la utilidad de ciertas visiones. Alguien le dijo: «Benditos los ojos que han visto un ángel». La respuesta fue inmediata: «Mucho más bendito es el que ha visto su propio pecado». Con esto, evidentemente, no se niega que haya visiones verdaderas. Éstas van ligadas normalmente a alguna misión. Pero no se puede concluir que las personas que las hayan tenido sean más santas que las otras.

Los Padres de la Iglesia escribían contra los gnósticos y contra los montanistas. Los gnósticos consideraban como perfecto a quien tenía un conocimiento de las cosas espirituales superior al de los demás. Los montanistas buscaban a los que tenían el don de la profecía y sabían revelar los misterios escondidos. Este tipo de criterios para evaluar la vida espiritual llevan fácilmente a exaltaciones y aberraciones. Pese a todo, sigue siendo cierto que el Espíritu Santo concede a los cristianos conocimientos especiales, penetrantes. Comienzan a tener un sentido agudo de lo que está bien y lo que está mal y poseen esta clarividencia moral incluso en el juicio sobre los demás; perciben si son buenos o si van por el mal camino. Los santos "leen en el corazón". Pero también los simples fieles manifiestan su progreso en la vida espiritual cuando su conciencia madura en la justicia, en la finura y en la sensibilidad para el bien, en la disponibilidad para todo bien.

No podemos ver a Dios, escribe san Gregorio Magno. Pero observamos sus obras. Lo mismo se puede decir de la presencia del Espíritu en el corazón humano. «Cuando vemos obras admirables, estamos seguros de que Dios habita en quienes las realizan».

LA EXPERIENCIA DE SIMEÓN EL NUEVO TEÓLOGO

Se trata de un santo bizantino (t1022). El sobrenombre de "Nuevo Teólogo" (o sea de "nuevo san Juan Evangelista-Teólogo") se le dio a causa de sus experiencias místicas. Pertenece a la tendencia que desea vivir la gracia del Espíritu conscientemente, aunque en el misterio. En los escritos de Simeón se encuentra el siguiente ejemplo. Una mujer embarazada no conoce aún el rostro de su hijo, pero está ya segura de que su vida está dentro de ella. Así, también el cristiano verá la gloria de su rostro espiritual en el siglo futuro, pero ahora ya sabe que el Espíritu habita dentro de él.

Evidentemente esta conciencia es fruto de un proceso espiritual, a veces largo, a veces corto. En la vida de Simeón se pueden ver las etapas siguientes. Su primera conversión tuvo lugar después de llegar a Constantinopla, cuando se dio cuenta de que querían abusar de su inocencia. Decidió dedicarse a la vida espiritual y tuvo una visión de luz: vio su habitación toda iluminada. Con términos más prosaicos se diría: comenzó a ver su ambiente de forma distinta, con otra luz.

Dado que esta primera conversión no fue duradera, tuvo lugar a continuación la segunda conversión. Simeón se hizo monje. Y le fue concedida una nueva visión. Fue de nuevo una luz. Pero esta vez entendió que no se trataba de una luz exterior, sino interior, en el corazón. El gran cambio no debe buscarse fuera de tomar actitudes distintas de las que se tenían antes, y entonces nacen nuevos sentimientos. Sin embargo, fue tentado por las dudas ¿me debo fiar de estos nuevos sentimientos? ¿debo dejarme guiar por estas luces? Un día llegó la seguridad: es Jesús, el Maestro, que me habla en el corazón. Debo, por tanto, obedecerle, ponerme en la escuela de su Espíritu. Esta obediencia al Espíritu le

lleva a la cuarta y última etapa de su evolución espiritual Simeón la expresa con pocas palabras «Pobre, pero amante de mis hermanos». Tiene un fuerte sentimiento de su miseria moral, de ser un pobre pecador. Pero, extrañamente, al mismo tiempo siente un fuerte deseo de amar a todos como hermanos, incluso a sus numerosos enemigos que lo perseguían, de ser "amante de los hermanos". Dicho sentimiento de caridad no puede provenir de un pobre. Es por tanto el amor divino el que, por medio del Espíritu, se ha adueñado de su corazón. Y entonces puede ser cierto que Dios se ha unido a él. No hay mejor seguridad de salvación que ésta: el corazón lleno de caridad divina, que es don del Espíritu Santo.

APÉNDICE: LA CREATIVIDAD ARTÍSTICA Y EL ESPÍRITU

TODO HOMBRE ES CREADOR ESPIRITUAL

Los Padres de la Iglesia se planteaban la siguiente pregunta: ¿en qué consiste la grandeza del hombre? Los antiguos griegos la encontraban en su capacidad de conocer. El empirismo moderno reduce el acto cognitivo a la recogida sistemática de aquello que efectivamente existe, especialmente de lo que vemos ante nuestros ojos. El pensador ruso S. L. Frank (1877-1950) reacciona contra esta concepción mecánica que reduce al hombre a una cámara fotográfica. El hombre no es un recogedor de datos, es esencialmente un creador. Imagen de Dios Creador, es llamado a transformar el cosmos. Cada uno, en su lugar, intenta producir algo nuevo, de enriquecer la realidad con su obra. Lo observamos en los artesanos y lo desean conscientemente, sobre todo, los artistas. Debemos por tanto preguntarnos cómo nace una obra de arte.

A menudo oímos esta frase: «El artista, en su obra, se muestra a sí mismo». Pero esta afirmación es discutida por los mismos artistas. Ellos, cuando crean, quieren expresar "algo" que viene como una inspiración. Los antiguos griegos hablaban de las Musas y veían en la inspiración una voz divina misteriosa. El artista se siente obligado a aceptarla, se identifica libremente con esa voz, quiere colaborar con ella. Le habla invisiblemente y él quiere darle una forma visible en la pintura, en la escultura, en la poesía, en la música... No es fácil. Sufre, le sobreviene la duda de si no sería mejor abandonar el proyecto... Pero no puede. Está como poseído por esta voz, obligado a obedecer.

Entonces se presenta un problema moral grave: ¿estar "poseído" por una idea, obligado a hacer algo que ha aparecido de repente, no constituye acaso una degradación del hombre, la pérdida de su libertad y de su dignidad? Lo que viene "de fuera" y obliga, esclaviza al hombre indudablemente. ¿Sería entonces la creación artística fundamentalmente inmoral?

Esta objeción se resuelve sólo con la respuesta a otra cuestión: ¿cuál es el origen de la inspiración, quién habla en su voz? Hay sólo un caso privilegiado: si la inspiración viene del Espíritu Santo, entonces no viene "de fuera"; porque el Espíritu Santo es el "alma de nuestra alma", pertenece a nuestro yo espiritual; y, además, el Espíritu de Dios es Espíritu de libertad, no hace al hombre esclavo sino libre.

De esto se deriva una conclusión inevitable: el único arte verdadero es religioso. Dostoevskij ha escrito: «Aquí el diablo lucha con Dios, y el campo de batalla es el corazón de los hombres». No se puede admitir la creatividad artística "más allá del bien y del mal". Lo que Dios crea lo santifica. Así debe ser también el arte humano. La creatividad no santificada degenera en un titanismo destructor, la inspiración divina cede el puesto a la posesión demoníaca.

El origen divino de la verdadera inspiración aparece en el hecho de que los artistas desean expresar una cosa inexpressablemente bella, la belleza infinita. Así es sólo Dios. Y Dios mismo se expresa de este modo en la creación y sobre todo en la encarnación del Verbo. El nacimiento del Hijo de Dios es la culminación de cualquier obra de arte. El Espíritu Santo vino a María y ella le dio a esta Inspiración por excelencia una forma humana, ofreciéndose por entero a este servicio.

El relato bíblico de la creación muestra al Espíritu de Dios sobre el abismo del que debe surgir el mundo (Gn 1,2). El Espíritu Santo descendió sobre la Virgen. María da a luz "al niño santo," dona la carne al Verbo de Dios, Palabra divina en su revelación plena. Por eso la persona de Jesús representa el colmo de la belleza, como él mismo afirma: Quien me ha visto a mí ha visto al Padre (Jn 14,9); en él vemos visiblemente la infinita belleza invisible.

Todo cristiano, según su vocación, como respuesta a la llamada del Espíritu, debe participar en la "grandiosa obra de arte" de la creación y en la santificación del mundo.

LA REPRESENTACIÓN DEL HOMBRE ESPIRITUAL EN LA ICONOGRAFÍA

El objeto principal de la iconografía son las personas de los santos en sus cuerpos gloriosos. Deben ser representados en su perfección de imagen de Dios. Esto une dos aspectos: el invisible y el visible, el alma y espíritu en el cuerpo que revela esta realidad del "hombre interior". Para determinar mejor este esfuerzo artístico y espiritual de los iconógrafos, Pavel Florenskij utiliza una noción triple: distingue el "rostro" del hombre del "retrato" y finalmente del "icono". El "rostro sería como una fotografía, la reproducción del aspecto externo. Del artista que pinta retrato" se exige más. Debe reflejar también carácter de la persona, la propiedad de su alma, su personalidad. Pero el iconógrafo es consciente de que el "carácter" no es toda la personalidad entera. Ésta incluye también al Espíritu Santo. Sólo así el hombre es imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,2 7).

Es interesante notar la comparación con el teatro antiguo. También aquí, sobre la escena, el hombre, es decir el actor, debía aparecer como una divinidad. El problema se resolvía poniendo una máscara sobre el rostro natural. La iconografía cristiana no conoce las "máscaras". Los santos deben presentar sus rostros naturales, sus cuerpos. Y este cuerpo, puesto que es ideal, debe ser bello. ¿Pero cuál es esta belleza? No es suficiente admirar las formas bellas, no es suficiente tampoco mostrar cómo el cuerpo, y especialmente el rostro, revelan el carácter y las mociones del alma. Aún más erróneo sería pintar cuerpos quiméricos, irreales, fantásticos. El cuerpo debe resplandecer del Espíritu.

Para alcanzar este objetivo, la iconografía ha adoptado algunos medios, un cierto simbolismo. Los cuerpos están en posiciones relajadas, sin señal de molestia alguna, aunque a veces están en movimiento. Este movimiento es rítmico y bastante lento. Si están inmóviles, son como una "epíclesis: espera de la venida de la gracia. La luz les penetra por entero, parece salirles de dentro, o son simplemente transparentes.

Estos aspectos se ven mejor sobre cuerpos desnudos. Pero en los iconos el desnudo glorioso está reservado a Cristo crucificado, a algunos "jurodivye", locos por Cristo, o a los mártires. Los santos están normalmente vestidos. A través del vestido el hombre es situado en su ambiente concreto en el lugar y en el tiempo, en su posición social, en su función y en el trabajo. Pero también estos vestidos deben participar en la espiritualización del cuerpo. Los vestidos de los profetas son volantes para mostrar la fuerte presencia de la inspiración divina. Cuando están inmóviles, se representa la presencia del Espíritu por medio de la iluminación.

Florenskij señala que la pintura de los iconos ve en la luz no sólo algo externo a los objetos, sino la identidad esencial e íntima de su sustancia. Para la pintura de los iconos, la luz sostiene y crea las cosas, es su causa objetiva. Por eso no puede ser considerada como exterior; es el principio creador trascendente de las cosas, que se manifiesta en ellas pero no se limita a ellas. Entonces todo lo que se manifiesta allí, todo el cuerpo es luz: todo lo que se ha manifestado es luz (Ef 5,13). También el cuerpo y el hombre entero es gracia de Dios.

NOSOTROS EN LA TRINIDAD

PRÓLOGO

Este libro no habla de Dios, habla en Dios. No discute el misterio, nos introduce en él. Con la sabiduría espiritual que sólo una larga vida de estudio y oración puede dar, nos lleva al corazón de la Custodia adorable en la que vivimos, nos movemos y existimos, llevándonos de la mano de la luz iluminadora de las Sagradas Escrituras, de los textos de los Padres y de los grandes misterios de la fe; pensamientos, humildes y ardientes a un tiempo, lanzados hacia el abismo, eco de experiencias vividas y compartidas en la caridad. Justamente así estas páginas reos enseñan a pensar desde Dios. quien piensa sobre Dios, corre el riesgo de convertirlo en un objeto de la razón, medido con los criterios demasiado pequeños que da el horizonte de lo que vemos o de lo que podemos alcanzar con nuestros razonamientos.

Quien piensa desde Dios deja arder en sí mismo la llama del amor divino, se convierte en dócil oyente del Verbo, y desea, no tanto comprender, cuanto ser comprendido por el Amado. La teología que se deriva de ahí no es el aristocrático "amor de la sabiduría", reservado a unos pocos, sino la "sabiduría del amor", un intento valiente y generoso de expresar con palabras la experiencia indecible de saberse amado por Dios, para llenar de amor el corazón de los humildes que se abrirán obedientemente a la Palabra de la revelación. Se cumple así el éxodo triple que, desde siempre, nutre y da belleza al más auténtico pensamiento de fe: el éxodo de Dios desde sí mismo a las palabras de Su Palabra única que nos abren a la profundidad insondable de Dios; el éxodo hacia Dios, que atraviesa la puerta ofrecida y se

adentra en los senderos del silencio, hacia el seno adorablemente trascendente de la Trinidad, Madre Santa de todo lo existente; el éxodo sin retorno hacia Dios, fuera de nosotros mismos, para llevar a los demás el don recibido, con la misma gratitud con que el Eterno lo ha ofrecido a nuestros corazones sedientos.

Estas páginas, sencillas y simples en apariencia, nos introducen en la aventura más alta: llevan a quien las escucha con docilidad a vivir en Dios, entrando en el juego eterno del Verbo que se mueve "en el seno del Padre" (Un 1,18) como un niño en el seno de su madre. Doy las gracias de corazón al autor -verdadero maestro espiritual que sabe respirar con los dos pulmones de la Iglesia, la luz del Oriente y la sabiduría argumentativa de Occidente-, por la sencilla generosidad con que nos hace partícipes de los altos vuelos divinos, con la ternura de una sonrisa y la pedagogía experta de un verdadero padre espiritual.

BRUNO FORTE

EL HOMBRE ANTE EL MISTERIO

PREFACIO DE LA FIESTA DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

Realmente es justo y necesario, es nuestro deber y salvación, darte gracias siempre y en todo lugar Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno: Que con tu único Hijo y con el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor; no una sola Persona, sino tres Personas en una sola sustancia. Y lo que creemos de tu gloria, porque tú lo revelaste, lo afirmamos también de tu Hijo y también del Espíritu Santo, sin diferencia ni distinción alguna.

De modo que, al proclamar nuestra fe en la verdadera y eterna divinidad, adoramos la Trinidad de las Personas, la unidad en la esencia y la igualdad en la Majestad. A quien alaban los Ángeles y los Arcángeles, los Querubines y los Serafines, y todos los coros celestiales, que no cesan de aclamarte con una sola voz:

Santo, santo, santo es el Señor Dios del Universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito él que viene en nombre del Señor. Hosanna en el cielo.

UNA DUDA PRELIMINAR

En un catecismo alemán se cuenta esta historia: un profesor hace la siguiente pregunta a una niña: «El Padre celestial es Dios, Jesús es Dios, el Espíritu Santo es Dios. ¿Cómo se puede explicar esto?» La niña piensa un momento y luego contesta: «Dios es el nombre de la familia». La clase se ríe, pero la profesora se queda pensativa... ¿Podemos realmente imaginar a Dios como una familia?

Los historiadores de las religiones afirmaban que el culto a los dioses en los pueblos primitivos había derivado del culto a los antepasados. Los dioses de la mitología serían realmente las familias humanas divinizadas. La Biblia hace el recorrido inverso: no va desde los hombres a la existencia de Dios, sino desde Dios creador a la existencia de los hombres. Si aceptamos el término simbólico de "familia" para el misterio de la Santísima Trinidad, llegamos a la conclusión contraria: las familias terrenas y toda la convivencia humana serán como la imagen humanizada de la vida divina en el cielo.

De hecho, algunos Padres de la Iglesia nos animan a seguir la reflexión en esta dirección. La Biblia dice que Dios creó al hombre a su imagen y semejanza (Gn 1, 26-27). San Gregorio de Nisa se pregunta qué queremos decir con el término "hombre". La mayor parte de los padres y de los autores espirituales concentran la atención, en esta ocasión, en el hombre individual, en su estructura y sus propiedades. Gregorio, en cambio, acepta el término "hombre", en este texto, de modo general: como pleroma humano, toda la humanidad en su unidad. Así, nuestra vida social y sus relaciones son un reflejo de la vida divina. En este sentido, también el misterio de la Santísima Trinidad, que a muchos cristianos parece alejado de la vida práctica, adquiere una actualidad sorprendente.

Sin embargo, conocemos las dificultades que impiden desarrollar el discurso religioso en esta dirección. La verdad primera y esencial de todas las religiones evolucionadas es la fe en un solo Dios. Por este motivo algunos polemistas musulmanes acusaban a los cristianos de que el dogma de la Santísima Trinidad significaría una recaída en el politeísmo, renegar de la tradición de Abraham, con el que comienza la historia sagrada. Los cristianos, por su parte, profesan que no hay contradicción entre la unidad absoluta de Dios y la trinidad de las Personas. Pero son conscientes de que se trata de un gran misterio que supera a nuestra inteligencia. El miedo a empañarlo con especulaciones no fundadas en la revelación lleva a muchos a un silencio humilde y devoto, que puede ir más allá de lo deseable. En

realidad, cuando se evita meditar sobre su significado, el primer misterio de nuestra fe pierde actualidad tanto para la vida cotidiana como para la profundidad de la devoción. Esto está en contradicción con la experiencia de los místicos, los grandes santos de nuestra tradición.

En las páginas siguientes intentaremos, por medio de sencillas reflexiones, devolver a la fe en la Trinidad el puesto que merece en la vida del cristiano, situándola también en el contexto de nuestra cultura europea.

LA REVELACIÓN DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD EN EL CONTEXTO DE LA CULTURA EUROPEA

La contemplación de la Santísima Trinidad, dijo un pensador alemán cristiano, está reservada al siglo futuro. Mirar este misterio indecible con la mentalidad científica europea es un sacrilegio. ¿Es esto necesariamente cierto? Se sabe que la filosofía europea parte de la idea de la unidad del cosmos. Ya los pueblos primitivos consideraban sabios (sophoi) a aquellos hombres que sabían muchas cosas y que además eran capaces de utilizar sus conocimientos en la vida práctica. Los antiguos griegos, con su exquisito sentido del orden, pusieron el acento en este otro aspecto: no importa tanto saber muchas cosas cuanto comprender la relación entre ellas, comprender su unidad fundamental. Buscar esta unidad es la obra de los filósofos, o sea, de los amantes de la sabiduría (sofia). En cambio los filósofos no coinciden a la hora de indicar concretamente cuál es el principio unificador de todas las cosas. Siguiendo la evolución histórica, podemos explicar esquemáticamente los pasos principales del desarrollo en este campo, anteriores al cristianismo.

El materialismo primitivo. Los primeros filósofos griegos se llaman "fisiólogos". Tales de Mileto estaba convencido de haber descubierto el principio unificador del cosmos en el agua de la que todo proviene. Los demás prefieren hablar del aire o de una materia indeterminada (el apeiron de Anaximandro). Demócrito creía que todo se explicaba a través de la composición de los "átomos". Estamos ante un materialismo ingenuo. Se supone que todo lo que existe es materia, en el fondo igual, y que las diferencias surgen de la mezcla fortuita de la materia primera. La dignidad del hombre y de Dios encuentran difícilmente lugar en esta filosofía, como vemos que sucede también en la vida de los materialistas prácticos de hoy. Y si además éstos consideran como materia primera el dinero, entonces llegan a creer que el dinero lo puede comprar todo.

El materialismo científico. La mezcla fortuita de elementos no puede crear el bello orden del cosmos, la belleza del universo que contemplamos con nuestros ojos. De hecho, en el mundo nada puede suceder por mero azar, todo debe seguir las leyes de la naturaleza. Pitágoras observó los círculos de las estrellas y descubrió que su movimiento se puede explicar con los números. Esta gran armonía celestial se refleja también en la vida en la tierra. También ésta, para guardar esta armonía, debe desarrollarse según las leyes inmutables de la naturaleza. Su suma se puede llamar Dios, ley suprema del cosmos, que imprime en el mundo la belleza del orden.

Conocer el mundo científicamente significa conocer las leyes que lo dirigen. Hacia el final de la antigüedad greco-romana estaba muy difundida la llamada "religión cósmica" que se basaba en un concepto de Dios como el explicado anteriormente. Los textos del emperador filósofo Marco Aurelio parecen llenos de un misticismo religioso dominado por la suprema "voluntad de Dios". Pero si este "Dios" no es más que la ley inmutable del cosmos, no es un Dios personal sino que se identifica con un destino inexorable, con el fatum. Ante esto, la única actitud posible del hombre en el mundo es el fatalismo. Lo profesan los astrólogos: dado que los círculos de las estrellas presentan un orden impecable éstos deben dirigir también el destino de la vida humana. Lo más perfecto dirige a lo que lo es menos, así razona un fatalista de la antigüedad con el que discutía san Gregorio de Nisa.

El idealismo. El orden del cosmos es bello, pero su belleza depende del hecho de que expresa una idea. Así lo entendieron Platón y sus seguidores idealistas. Buscar la unidad del mundo quiere decir buscar las ideas que lo dirigen. La realidad verdadera es la que hay que conocer y apreciar. Esto implica la superioridad del hombre sobre la materia puesto que el hombre es capaz de conocer. Recordemos aquí el dicho de Pascal: el mundo material nos puede destruir en cualquier momento, pero nosotros somos superiores porque el mundo no tiene conciencia de este hecho y nosotros sí.

Y, sin embargo, esta superioridad del hombre tiene sus límites. Las ideas nobles nos entusiasman por su grandeza. Pero éstas tienen también un orden, en este caso un orden lógico. Todo lo que contradice a la lógica no cabe en el mundo de las ideas. El hombre que piensa cree ser libre, pero lo es sólo en apariencia. En realidad, sus pensamientos y sus acciones deben moverse dentro de los límites marcados por el intelecto. El idealista quiere vivir según las ideas, y como consecuencia se encuentra, según la parábola de Dostoevskij, en un palacio de cristal, donde todo es claro y transparente pero donde no caben ni la libertad ni el amor, pues estas dos cosas nunca son claras, nunca son perfectamente

lógicas, no siguen siempre los argumentos de la razón y ni siquiera se pueden expresar, de manera suficiente, con las ideas.

La unidad en Dios. El racionalismo griego, al principio de nuestra era, sufrió una grave crisis. Las ideas propuestas por los filósofos eran muchas, muy distintas y se contradecían entre sí. Entonces, ¿cómo pueden ser verdaderas si se contradicen y no es posible conciliarlas en un sistema coherente? La mayor parte de los pensadores de aquel tiempo coincidía en que se debía buscar la unidad de las ideas en su fuente común, o sea, en Dios. La unidad del mundo es, por lo tanto, esencialmente religiosa. Sin un Dios único no encontraremos jamás el verdadero principio unificador del mundo, de todo lo que existe. Pero, ¿qué Dios? ¿Cómo concebirlo? Este es el problema que quedó abierto al final de la antigüedad greco-romana.

La unidad en Dios uno y trino. En este ambiente que hemos descrito se predica el mensaje del evangelio. Nos preguntamos, justamente, qué elementos nuevos nos aporta. La respuesta es clara: la revelación de que Dios es Padre, una persona viva, sumamente libre que vive en relación amorosa con su Hijo y con el Espíritu Santo, pero esta convivencia se desarrolla en la unidad de un solo Dios absoluto. En una unidad totalmente nueva, tan inesperada que el Pseudo-Dionisio Areopagita la llama "super-unidad". Une a las Personas libres, conserva su entera libertad y, por otra parte, es una unidad absoluta. En ella se armonizan el amor y las leyes, el ímpetu creativo y la necesidad de ideas inmutables, el valor de la persona viva y la comunión perfecta con los demás. ¿No es esto lo que esperaba ardientemente la humanidad como promesa mesiánica? En esta situación debemos plantearnos sólo una pregunta: ¿hasta qué punto estamos preparados y somos capaces de aceptar esta revelación y de sacar conclusiones para la vida?

Los racionalistas europeos temen que la revelación cristiana les obligue a dar un paso atrás, temerario, desde las nociones claras y seguras a la oscuridad del misterio. La verdadera teología trinitaria muestra lo contrario. Parte de que Dios es realmente un misterio inescrutable que se revela progresivamente. A través de esta revelación podemos iluminar el misterio del hombre y del cosmos que la naturaleza esconde celosamente. Quizás hoy, más que nunca, la cultura europea es consciente de que la enorme cantidad de conocimientos particulares adquiridos a través de los siglos, es un cúmulo de antinomias que no conseguimos conciliar. Por eso no es de extrañar que en estos tiempos estén apareciendo, aunque sea tímidamente, nuevos pensadores trinitarios que quieren devolver al primer fundamento de nuestra fe su verdadero valor.

Los escépticos siguen diciendo que "uno solo no puede ser tres" sin deshacerse, sin dividirse. Esto es indudablemente cierto para las cosas materiales. Pero las personas vivas creen que tres pueden convertirse en uno solo y con esto enriquecerse. Para explicarlo, un apóstol famoso de Hollywood proponía el ejemplo siguiente: yo tengo un dólar y tú tienes otro. Yo te doy el mío y tú me das el tuyo. Los dos nos quedamos igual, como al principio. Pero pensemos en otra situación. Yo tengo una idea y tú tienes otra. Yo te cuento mi idea y tú me explicas la tuya. Desde ese momento ambos tenemos dos ideas y además hemos encontrado lo que nos une. Si proyectamos esta donación mutua sobre la comunicación en la vida divina podremos tener al menos una vaga idea del mensaje de la fe cristiana en la Santísima Trinidad.

LA FE DE LA IGLESIA

EL SÍMBOLO ATRIBUIDO A SAN ATANASIO

«La fe católica es que veneramos a un solo Dios en la Trinidad en la unidad; sin confundir las personas ni separar las substancias. Porque una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo; pero el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo tienen una sola divinidad, gloria igual y coeterna majestad.

Cual el Padre, tal el Hijo, tal el Espíritu Santo; increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo; inmenso el Padre, inmenso el Hijo, inmenso el Espíritu Santo; eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y, sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno; como no son tres increados ni tres inmensos, sino un solo increado y un solo inmenso. Igualmente omnipotente es el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres omnipotentes sino un solo omnipotente.

Así es Dios el Padre, Dios el Hijo, Dios el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios. Así es Señor el Padre, Señor el Hijo, Señor el Espíritu Santo; y, sin embargo, no son tres Señores, sino un solo Señor: porque así como por la cristiana verdad somos compelidos a confesar como Dios y Señor a cada persona en particular, así la religión católica nos prohíbe decir tres dioses y señores.

El Padre, por nadie fue hecho ni creado ni engendrado; el Hijo es sólo del Padre, no hecho ni creado, sino engendrado; el Espíritu Santo, del Padre y del Hijo, no es hecho ni creado ni engendrado, sino que procede. Hay, consiguientemente, un solo Padre, no tres padres; un solo Hijo, no tres hijos; un solo Espíritu santo, no tres espíritus santos.

Y en esta Trinidad nada es antes ni después, nada mayor o menor, sino que las tres personas son entre sí coeternas y coiguales, de suerte que, como antes se ha dicho, en todo hay que venerar lo mismo la unidad en la Trinidad que la Trinidad en la unidad» (Traducción tomada de H. DEZINGER - P. HÜNERMANN, *El magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitorum et declarationum de rebus fidei et morum* (Barcelona, Herder, 1999) n.º 75.

LA EXPERIENCIA DE LOS MÍSTICOS

Lo que los místicos escriben de sus visiones de la Santísima Trinidad y de sus meditaciones sobre este misterio forma parte de las páginas más ricas de la espiritualidad cristiana. Nos conformaremos con algunos ejemplos, elegidos particularmente del medioevo.

Las obras de santa Ildegarda de Bingen se han hecho célebres en la literatura alemana del siglo XII. Habla a menudo en ellas de sus visiones de la Trinidad. Al no saber cómo describirlas con el lenguaje humano, utiliza la analogía de una llama en la que hay tres fuerzas: el resplandor, el rojo y el fuego. «Tú contemplas en el resplandor al Padre, que con amor paterno lo irradia a los creyentes. En el rojo púrpura que pertenece al interior de la llama y que muestra su fuerza, reconoces al Hijo, hecho hombre de una Virgen, en el cual se ha revelado milagrosamente la divinidad. En el fuego que prende, contemplas al Espíritu Santo, que ilumina el espíritu de los creyentes hasta lo más hondo. Del mismo modo que en una única llama se encuentran estas tres fuerzas, las tres personas están en la Unidad de la divinidad».

Para santa Gertrudis la vida espiritual, una vez que alcanza la unión mística con Cristo, evoluciona casi naturalmente, hacia la contemplación y alabanza de la Trinidad santa, «en cuyo seno resplandece la Divinidad viva, el amor y la sabiduría». Para el gran místico flamenco Ruysbroeck, contemplar la Trinidad significa beber de la fuente de la vida que es la unidad del amor: «Las relaciones de las Personas Divinas son un complacerse mutuamente e irradiar amor en un siempre nuevo abrazo en unidad. Y en esto no existe el tiempo, o sea, no hay ni pasado ni futuro, es un eterno presente, puesto que en el abrazo en unidad son consumadas todas las cosas. En la efusión del amor han sido hechas todas las cosas y en la fecunda naturaleza viva están contenidas todas las cosas como posibilidad». Así el alma pura se convierte en un espejo de Dios: «Penetrados por el resplandor, seremos transformados en la misma imagen de la Trinidad santa».

Es conocida la intimidad con que santa Catalina de Siena se comunicaba con Jesús. Pero fue justamente este amor de Cristo el que la empujaba a darse cuenta de cómo toda la vida divina de la Santísima Trinidad se reflejaba en su alma. «Este mar fecundo que Tú, Trinidad eterna, me das a conocer, es un espejo que mientras la mano del amor lo pone ante los ojos de mi alma, me representa en Ti, que soy una criatura Tuya. En la lámpara de este espejo te reflejas ante mí y yo Te conozco... ».

También santa Teresa de Jesús vivía una experiencia similar de una integración permanente de las Personas divinas en su vida: «El martes después de la Ascensión [en el año 1571 ... mi alma comenzó a encenderse, y claramente me pareció tener presente a toda la Santísima Trinidad en una visión intelectual, se me hizo ver bajo una cierta representación, como una imagen de la verdad, a fin de que la pequeñez de mi intelecto pudiera entender cómo Dios es trino y uno... Me pareció que se me presentaba como cuando una esponja absorbe y se impregna de agua: parecía que mi alma se hinchara de aquella divinidad y que de alguna manera gozase de las tres Personas que tenía en sí misma. Entendí también: no te afanes para encerrarme dentro de ti, sino más bien en encerrarte dentro de Mí. Me parecía desde dentro de mi alma -donde estaban y yo veía a estas tres Personas- que se comunicaban con todo lo creado pero sin dejar de estar en mí».

San Juan de la Cruz escribe que la persona predilecta de Dios «se da cuenta de que su inteligencia, iluminada pasivamente por una fuerza divina cada vez más envolvente, penetra oscuramente la profundidad de Dios». Ve entonces perfectamente realizada la promesa de Jesús al alma de que la Santísima Trinidad vendría a ella y pondría en ella su morada; «esto se verificaría con la iluminación divina de su intelecto en la sabiduría del Hijo, deleitando la voluntad el Espíritu Santo y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abrazo abismal de su dulzura. Es un preludio del cielo».

La devoción a la Santísima Trinidad era tradicional en España. San Ignacio de Loyola confesaba que «tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad, y no pasaba un día sin ofrecer una oración a cada una de las tres personas divinas». Las manifestaciones trinitarias se dan ya en Manresa y son tan elevadas y el santo es tan fervoroso que, iletrado, se propone escribir un libro sobre la Santísima Trinidad. En las 50

páginas que su Diario espiritual ocupa en la edición de *Monumenta historica Societatis Iesu*, se encuentran más de 170 citas que tienen relación con la Santísima Trinidad.

Uno de los especialistas del pensamiento ignaciano resume el desarrollo de su itinerario espiritual con estas palabras: «Se empieza con la visión de las Personas Divinas, se eleva a su mutua inhabitación y se llega a la unidad divina. De ésta se vuelve, si es posible explicarlo así, a las Personas Divinas y se desemboca en lo que se llamó mística del amor reverencial. En este itinerario se incluyen, como parte importante del mismo, visiones de Jesús mediador».

Las visiones trinitarias de Ignacio eran tan altas y profundas que él anota: aunque estudiara toda la vida no llegaría a conocer tanto. No intentaba por lo tanto explicarlas en términos especulativos. Pero de ellas derivaban para la vida práctica especialmente dos aplicaciones concretas: una para la devoción y otra para la fundación de la Compañía de Jesús.

Lo esencial de la vida espiritual es ser introducidos en la vida divina o, dicho de otra manera, quitar todos los obstáculos que puedan impedir que la vida de Dios se desarrolle dentro de nosotros. Se trata, sin embargo, de superar el abismo entre nuestra nulidad y la inmensa majestad divina. En las visiones trinitarias de Ignacio aparece, por lo tanto, Jesucristo como mediador de los hombres ante la Santísima Trinidad. Entonces, tanto la oración como la praxis cristianas deben ser cristológicas. También de esta característica es la visión de la Storta que clarificó definitivamente la llamada del santo: «Estando un día, unas millas antes de llegar a Roma, en una iglesia, y haciendo oración, ha sentido una gran mutación en su alma, y ha visto tan claramente a Dios Padre que lo ponía junto a Cristo, su Hijo querido, que no había duda, Dios Padre lo ponía junto a su Hijo amado».

La otra conclusión absolutamente práctica aparece en la fundación de la Compañía de Jesús. Ésta se inició como un grupo de amigos. Cuando decidieron seguir juntos surgió el problema de cómo crear y garantizar esta unidad. Debía ser según el ejemplo de la Santísima Trinidad: unidad en la voluntad y en el pensamiento. Pero ésta no se alcanza con ninguna medida, con ninguna regla externa, sólo con el vínculo de amor que lleva a personas distintas a pensar y a querer una misma cosa.

Terminemos esta serie de ejemplos con un testimonio de los tiempos modernos, de la beata Isabel de la Trinidad, monja carmelita de Dijon, en Francia (1880-1906). Si san Ignacio de Loyola quería trabajar por la gloria de la Trinidad en el mundo, para la monja contemplativa la vida dedicada a la gloria de Dios significa sobre todo que la Trinidad habite en su propia alma: «Dado que mi alma es el cielo donde vivo esperando la Jerusalén celeste, es necesario que yo cante la gloria del Eterno, nada más que la gloria del Eterno... Trinidad que adoro».

LAS IMÁGENES DE LA TRINIDAD

¿Cómo podríamos hacer visible una imagen de un Dios invisible? ¿No lo prohíbe acaso la misma Biblia (Ex 20, 4-5)? Ésta era la objeción principal de los iconoclastas en contra de las imágenes en la Iglesia. La respuesta de los defensores de los iconos sagrados era: en Jesucristo, el Dios invisible se ha hecho visible, ha retratado su imagen en la carne. Por eso la verdadera imagen de Dios resplandece en el rostro de Cristo. Él mismo lo confirma: «Quien me ha visto a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). Ver a Jesús con los ojos del espíritu significa verlo dentro de la vida divina de la Santísima Trinidad. Por este motivo una de las imágenes más antiguas y sugestivas de la Trinidad es el icono del Bautismo de Jesús. San Juan Bautista reconoció en la visión profética a Jesús Nazareno como "Cordero de Dios" y en aquel momento se abrieron los cielos para dejarnos escuchar la voz del Padre y ver al Espíritu Santo aparecerse en forma de paloma.

Reconocer a Jesús como "uno de la Trinidad divina" es, por lo tanto, un elemento esencial de la fe cristiana. Esto se expresa bien con la imagen llamada Trono de Gracia que se extendió mucho a partir de la época románica: aparece Dios Padre sentado en el trono con la cruz de Cristo en su seno, la paloma tiende sus alas de la boca del Padre a la del Hijo. El barroco, más tarde, dará una forma bastante más humana y dramática a esta escena: la cruz, a veces, es eliminada, el cuerpo muerto del Hijo se abandona a los brazos del Padre y la paloma no está ya entre las dos figuras sino que vuela libremente sobre ellas. Llevada a las esculturas de madera de los valles alpinos, esta representación recibe el nombre de *Piedad de Nuestro Señor*. La variante rusa llamada *Paternidad* es todo lo contrario: no se representa a Jesús como Dios-Hombre crucificado, sino como Hijo eterno en el seno del Padre, de igual divinidad, y el Espíritu Santo en forma de paloma se coloca debajo de él. Con esto se ilustra la fe de que todo el bien descende del Padre a través del Hijo en el Espíritu Santo.

Son menos frecuentes las representaciones de la Trinidad a las que se añade la figura de la Virgen. Esta imagen aparece por primera vez en los mosaicos, ahora destruidos, del ábside de la iglesia de la Dormición en Nicea. La Virgen tiene entre sus brazos al Hijo y sobre su cabeza aparecen la mano de

Dios Padre y la paloma. El significado teológico está claro: Jesús, nacido de María, es la misma Persona que desde la eternidad es engendrada por el Padre y vive y reina con el Espíritu Santo.

Los iconógrafos orientales se acordaron también de las prefiguraciones de la Trinidad en el Antiguo Testamento. Así, se encuentra, aunque no con frecuencia, la imagen de Abraham a punto de sacrificar a su propio hijo, como símbolo de Dios Padre. La que se ha hecho famosa es la llamada *xenodochia*, la hospitalidad de Abraham. Según la narración del Génesis (18,1-15), se aparecieron tres ángeles a Abraham en el valle de Mambré, para anunciarle el nacimiento de su hijo. Eran tres y hablaban en perfecta sintonía, como si se tratara de un solo hombre. Los Padres ya vieron en esta escena insinuado el gran misterio cristiano. Esta representación se hizo famosa a través del icono ruso de Andrej Rublév, en el cual el simbolismo trinitario está desarrollado con extraordinario detalle. Los tres ángeles están sentados en un solo trono delante de un solo cáliz, representando así cómo los tres tienen una única fuerza, voluntad y sabiduría.

Parece que después del año 1000 aparecieron ilustraciones en los códices en las que se ven tres Personas casi iguales, sentadas una al lado de las otras, explícitamente señaladas como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Una de estas imágenes se venera en Italia en un santuario en Subiaco.

Sin embargo, por temor a hacer demasiado humano este gran misterio, a menudo se ha preferido permanecer en un vago simbolismo geométrico. Es muy antigua la representación en tres círculos concéntricos; de uno irradia otro, y de éste el tercero. Esto se interpreta justamente como una ilustración de las palabras del Credo: irradia «luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero». Más conocido es el triángulo sagrado: el enlace íntimo entre los tres puntos forma una sola superficie sagrada, del mismo modo que las tres Personas divinas constituyen una sola Divinidad.

LAS SAGRADAS ESCRITURAS Y LA TRADICIÓN

EL ANTIGUO TESTAMENTO

Recuerdo mi peregrinación a la tumba de Abraham, en Hebrón, hace bastantes años. Fue durante un período de guerra en esos territorios. Pero el imán musulmán, guardia del santuario, fue amable y me enseñó todas las cosas. Aunque no dejó de señalar la objeción histórica de los musulmanes contra los cristianos: no habéis conservado la pureza del gran mensaje de Abraham, padre de la fe, en un Dios solo y único. La Illahi Illalá, no hay más Dios que Dios, canta el muecín todos los días desde el minarete.

También los cristianos simplifican a menudo la discusión, afirmando que en el Antiguo Testamento se revela el Dios único, mientras que en el Nuevo se añade la revelación de la Santísima Trinidad, la pluralidad en la única naturaleza divina. Olvidan, sin embargo, que los misterios del Nuevo Testamento normalmente han sido ya insinuados y dados a conocer anticipadamente de alguna manera en el Antiguo. Así lo advertían los Padres de la Iglesia que, por esta razón, buscaban algunas prefiguraciones de la Trinidad divina en los textos antiguos.

Los iconógrafos encuentran sobre todo dos anticipaciones de la Trinidad en el Antiguo Testamento: Abraham que sacrifica a su propio hijo (Gn 22) y la *xenodochia*, la hospitalidad de Abraham (Gn 18), como ya hemos señalado anteriormente. Los predicadores desarrollan también la analogía de José (Gn 39ss), amado por el padre + pero vendido en Egipto por sus hermanos, acto que se convirtió en providencial para la salvación de todos. José es entonces imagen del Hijo divino enviado al mundo para nuestra salvación. Los Padres se entretienen también a veces en el texto de la creación del hombre, donde se usa el plural: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza» (Gen 1,26). Algunos creen que JHWH se dirige aquí a los ángeles; otros ven un diálogo íntimo entre las Personas divinas.

Para nosotros es más útil no fijar la atención en los textos individuales, sino en el concepto mismo de un único Dios, como se revela en el Antiguo Testamento. No nos damos cuenta pero hay algunas contradicciones difíciles de explicar. Por una parte Dios aparece como absolutamente único, trascendente, elevado sobre todo el resto. Y se acentúa mucho esta absoluta trascendencia divina. Por otra parte, este Dios tan elevado muestra una relación particular con su pueblo, como si fuera su padre: compadece su suerte y considera a Israel como un hijo suyo.

¿Cómo se puede conciliar esta antinomia? Es inútil pensar que el hombre pueda subir desde la tierra a las alturas del Dios celestial. La verdad fundamental del Antiguo Testamento es lo contrario: nos revela que el Dios de los cielos baja al pueblo de Israel y con su amor supera el abismo entre Él y los hombres mortales. Tres términos característicos explican cómo lo hace: la palabra de Dios, la revelación de su Sabiduría, el envío de su Espíritu.

La palabra de Dios. A través de ella, Dios se comunica con los hombres y con el mundo en general, es una expresión típica de la Biblia: con ella todo es llamado a la existencia, la palabra de Dios revela lo que Dios piensa y desea. Sale de su boca, viene de su corazón. Una vez pronunciada parece adquirir existencia propia, casi personificada. Así leemos, por ejemplo en Isaías (9,7-8): «El Señor ha lanzado una orden contra Jacob y va a caer sobre Israel. El pueblo entero lo sabrá». O en el Salmo 107,19-20: los israelitas «en su angustia gritaron al Señor y él los liberó de sus angustias. Envío su palabra y los curó». Esta evolución hacia la personificación culmina más tarde en el Prólogo de san Juan Evangelista, "Teólogo" según la tradición oriental, aquel que da el testimonio por excelencia de la relación entre Theos y Logos, Dios y su Verbo, su Palabra por excelencia.

Podemos ver una analogía de este proceso en las palabras humanas. También éstas salen del corazón, revelan el pensamiento escondido. Pero son tan fuertes que actúan en el mundo más allá del lugar y del tiempo y su eficacia perdura incluso después de la muerte de quien las ha pronunciado. Así son las palabras de los poetas y filósofos, pero también las de los padres a sus hijos.

Las palabras tienen dos aspectos principales: contenido y fuerza. Esto es válido sobre todo para las palabras de Dios. En la teología bíblica se habla del aspecto dianoético y del aspecto dinámico. La Biblia dice lo mismo de modo más sencillo: las palabras divinas son sabiduría y espíritu.

La Sabiduría. Al igual que la "palabra", también la "sabiduría divina" aparece personificada en el Antiguo Testamento: viene de Dios y hace de mediadora entre Él y sus criaturas. En los Proverbios se lee la famosa alocución (8,22ss): «El Señor me creó en el comienzo de sus obras, antes que comenzara a crearlo todo. Desde la eternidad fui constituida; desde el comienzo, antes del origen de la tierra...». Se extiende sobre todas las criaturas (Si 24, 1-10): «Yo salí de la boca del Altísimo y cubrí la tierra como una niebla...». Habita en Jerusalén (ibid. 11-12) y «en la ley que nos ha dado (Moisés)» (v. 22). Leemos también expresiones claras en el libro de la Sabiduría (8,3), donde ésta «manifiesta su nobleza, en comunión de vida con Dios, porque el Señor del Universo la ha amado». No nos sorprende que en las discusiones trinitarias estos textos se hayan aplicado directamente a Cristo.

También encontramos una lejana analogía de este misterio en la vida humana. Los hombres sabios transmiten su sabiduría a los demás, y ésta se convierte en un tesoro común.

El Espíritu. La palabra "espíritu" recibe en las lenguas clásicas y también en la Biblia significados distintos. Pero en el fondo todos los matices tienden a expresar un elemento vivificante. El hebreo ruah indica originariamente al viento. Pero hay un misterio en su sopro, una fuerza irresistible que rompe los cedros y destruye las naves en el mar (Ez 13,13; 27,26), pero que además trae consigo el agua que genera la vida (1 R 18,45). El hombre ha sido creado directamente con el sopro venido de Dios (Gn 2,7). Y el Creador envía su espíritu a todas las criaturas para darles vida. Así dice el salmo (104,29-30): «Si escondes tu rostro se acobardan; si retiras tu sopro, expiran y retornan al polvo; si envías tu sopro son creados, y renuevas la faz de la tierra». Por tanto, el espíritu se presenta como el "aliento" de Dios que se convierte en el aliento de todos los seres vivos.

Podemos, por tanto, concluir constatando que, para estos textos, vale lo que leemos en la Carta a los Hebreos (10,1): son «sombra de bienes futuros». La revelación trinitaria del Nuevo Testamento muestra el sentido verdadero de estas intuiciones. El Verbo y el Espíritu se revelan como Personas

EL NUEVO TESTAMENTO

La revelación de la Santísima Trinidad es el contenido esencial del Nuevo Testamento. Pero también en la predicación de Jesús el misterio se desvela progresivamente. Más que los sinópticos, en este aspecto es explícito el evangelio de Juan. De hecho relata a menudo discusiones con los judíos, que se escandalizaban cuando Jesús hablaba de su relación con el Padre. La afirmación «yo soy» ya provocaba dudas (Jn 8,14; 13,19). Estas palabras en el Antiguo Testamento las pronuncia Dios (Ex 13,14). No disminuyen las dudas con la confesión «el Padre es más grande que yo» (14,18), que quiere decir no "distinto". Sus acciones son comunes (10,13); Cristo ha descendido del cielo (3,13) y, quien lo ve, ve a Dios (14,9). De aquí la severa condena de los judíos: «Eres un hombre y te haces Dios» (10,33). Volvamos ahora a los tres términos veterotestamentarios: palabra, sabiduría, espíritu.

El término Logos-Palabra. El Prólogo del evangelio de Juan, evidentemente, está lleno de significado. Presenta a Jesús como Verbo (Logos) de Dios hecho carne (1,1-18). En las interpretaciones que dan de ello, los exégetas presentan dos posibilidades: o se parte del Logos que se ha hecho carne, Jesús Nazareno, o se parte de Jesús Nazareno y se le identifica con el Logos eterno del Padre. Se da por hecho que ambos aspectos se deben entender como complementarios.

Comparando los textos de Juan con el Antiguo Testamento podemos decir lo siguiente: a los antiguos les fue revelado que Dios pronuncia a menudo su Palabra y la envía al mundo, pero no tenían ni idea de

que esta palabra pudiera ser persona. Aquellos que en el Nuevo Testamento se encontraban con Jesús no dudaban de que fuese persona. Pero les fue revelado paulatinamente que Él es una persona divina en relación con el Padre, como su único Hijo.

Sabiduría. En su predicación, Jesús utiliza la forma de hablar de los sabios del Antiguo Testamento, habla de modo proverbial, en parábolas. Pero sus oyentes descubren enseguida que Él es superior a sus predecesores, sobre todo porque sus enseñanzas van acompañadas de la fuerza operante de los milagros (Mc 6,2). Su sabiduría se aprecia desde su infancia (Lc 2,40.52) y él mismo confirma que supera a Salomón: la reina del sur ha venido a escuchar al rey sabio, pero aquí hay uno que es más grande que Salomón (Mt 12,42).

Por eso Jesús se aplica a sí mismo lo que se había dicho sobre la Sabiduría divina en el Antiguo Testamento: «Venid a mí...» (Mt 11,28ss; cf. Si 24,19); «Quien venga a mí no tendrá más sed» (Jn 6,35; 4,14; 7,37; Is 55,1ss; Pr 9,1-6; Si 24,19-22). Los primeros apóstoles comprendieron que Jesús es llamado "Sabiduría de Dios" (1Co 1,24.30) no sólo por el hecho de que Él la comunica a los hombres, sino porque Él en sí mismo es la Sabiduría eterna.

El término "espíritu". En cuanto al Espíritu Santo, no se puso nunca en duda su procedencia de Dios, pero pareció inaudito que pudiera ser enviado por Jesús y que casi ocupara su puesto (Lc 24,40; Hc.h 1,4.8). Para san Pablo la vida en Cristo se identifica con la vida en el Espíritu (Rm 15,18.19). Jesús, por tanto, está unido al Espíritu de Dios de un modo único, mucho más perfecto de cuanto lo hayan estado los profetas y otros hombres inspirados del Antiguo Testamento, pero aún permaneciendo unidos, aparecen diferentes.

Podemos entonces concluir que el Nuevo Testamento contiene la revelación de la Trinidad divina como la fundamental enseñanza cristiana. A la luz de esta revelación, los fieles se pueden considerar también hijos del Padre celestial junto con Cristo en el Espíritu Santo. Los Hechos de los Apóstoles han sido llamados "evangelio del Espíritu Santo". Narran su descenso a la Iglesia y los carismas extraordinarios que produce (2,1-4,10,44-46; 11,15-17.28): enviado por Cristo, une a los fieles a Cristo y al Padre. San Pablo profundiza más aún en este tema: «Pero cuando se cumplió el tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la condición de hijos adoptivos. Y como prueba de que sois hijos, Dios ha enviado a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abba, Padre!» (Ga 4,4-6).

A partir de entonces los cristianos comenzaron a usar las fórmulas trinitarias, conscientes de que cada bien que reciben es un don de las tres Personas divinas: «Hay diversidad de dones espirituales, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de funciones, pero el mismo Señor; diversidad de actividades, pero el mismo Dios que lo hace todo en todos» (1 Co 12,4-6). Así la primera carta de san Pedro va dirigida a los «elegidos por designio de Dios Padre para ser santificados por el Espíritu, para obedecer a Jesucristo y ser purificados con su sangre» (1,2).

LOS PROBLEMAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

Creemos según nuestro bautismo, decían san Basilio y algunos otros. El bautismo es en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Los primeros cristianos vivían esta revelación de la Santísima Trinidad en la vida cotidiana, sin hacer discusiones especulativas. Pero es difícil impedir a hombres de una cierta cultura que comparen su fe con las convicciones de los demás y del ambiente en el que viven. En los siglos II y III se convirtieron al cristianismo bastantes representantes de la cultura griega. Éstos notaron con satisfacción varias coincidencias entre el evangelio y el lenguaje filosófico común, y procuraban hacerlas resaltar. Esta concordancia podía seducir fácilmente con su superficialidad.

El Prólogo místico del evangelio de san Juan describe como la Palabra-Logos de Dios entra en el mundo. Los pensadores paganos parecían decir lo mismo. También ellos afirmaban que el Logos viene de Dios para obrar en el mundo. Pero el motivo de su discurso era distinto. El Dios de los filósofos es considerado un Ser tan sublime que no puede tener contacto con el mundo, que no puede contaminarse con la materia. Por tanto, si interviene en el mundo, lo hace a través de algún "mediador" inferior a él, llamado Logos. De esta teoría, pasada al ambiente cristiano, nació la herejía del "subordinacionismo" que considera a Cristo como un "segundo Dios", inferior al Padre, subordinado a él. ¿No ha dicho acaso san Pablo que Cristo es la «imagen de Dios invisible» (Col 1,15)? La imagen parece ser, por naturaleza propia, inferior a aquello que reproduce. Está por lo tanto "en medio" entre Dios y los hombres, no es verdadero Dios. Así pensaban que salvaban la fe en un solo Dios: existe, decían, un solo Dios verdadero, el segundo (Logos, Cristo) es un dios secundario.

Hubo también quienes quisieron resolver el problema de las tres Personas divinas de modo más ingenuo. Paralelamente al error del subordinacionismo surgió otra herejía: el "modalismo". Sus

seguidores simplificaron la discusión afirmando que el Padre, el Hijo y el Espíritu son sólo nombres distintos de un mismo Dios único. En realidad no habría diferencia entre el Padre y el Hijo. Serían distintos "modos" que expresan la intervención divina para nuestra salvación (así enseñaba Sabelio, sus seguidores se llamaban sabelianos). Decimos que el Hijo de Dios ha muerto en la cruz, pero se podría decir lo mismo también del Padre. Por esto se llamó a esta tendencia también "patripasianismo", predicada por un tal Praxeas.

Son errores antiguos, pero no pensemos que han desaparecido por completo. En tiempos modernos, bajo formulaciones superficiales, se mezclan ambos. Hay muchos que creen que la diferencia entre las distintas religiones y las distintas profesiones de fe está sólo en las palabras, en el modo de hablar. Y en cuanto a Cristo, lo quieren comparar con los fundadores de otras religiones como uno de tantos mediadores entre Dios y los hombres, pero no como Dios verdadero de Dios verdadero. Por lo tanto también hoy los cristianos deben defender su fe en la verdadera divinidad de Cristo. Esto no es siempre fácil. En la Iglesia primitiva estas discusiones ocupaban el pensamiento, sobre todo en el siglo IV.

LOS PRIMEROS GRANDES CONCILIOS

Es comprensible que al principio no fuera fácil dar respuestas convincentes a las objeciones de los adversarios. Lo vemos también en uno de los grandes teólogos entre los primeros Padres, Orígenes. Encontramos en él bellos testimonios a favor de lo ortodoxo, de la divinidad de Cristo como Logos y como hombre, pero hay también textos que lo consideran "inferior" al Padre.

Orígenes enseñaba en Alejandría de Egipto. Fue aquí donde más adelante el sacerdote Arrio le dio la impronta decisiva a la herejía del subordinacionismo. La argumentaba sobre todo a partir del texto de los Proverbios sobre la sabiduría divina 1 (8,22): «El Señor me creó en el comienzo de sus obras, antes que comenzara a crearlo todo». Cristo es la Sabiduría de Dios y, por lo tanto, es creado, es la primera de las criaturas, mediador entre Dios y los demás, pero no es eterno ni siquiera como Verbo, Logos. «Ha habido un tiempo en que aún no existía». Además, el Verbo se ha encarnado. Arrio considera imposible que Dios pueda identificarse con la materia que es el principio de la decadencia de la realidad espiritual. Como consecuencia, Cristo encarnado no es verdadero Dios.

La enseñanza de Arrio tuvo un éxito inaudito. Los cristianos, en cuanto salieron de las catacumbas con la paz de Constantino el Grande, se dividieron y esto tuvo también graves consecuencias a nivel político. Por este motivo el emperador convocó en el año 325 un concilio en Nicea que marcó una gran victoria para la ortodoxia. Arrio fue condenado y se formuló la profesión de la plena divinidad de Cristo. Era necesario elegir palabras que no dieran lugar a la duda y que convencieran también a los que pensaban a la manera griega. Entonces se estableció lo que hasta hoy recitamos en nuestro Credo: Cristo es "de la misma sustancia del Padre", en griego *homoousios*. No es un término bíblico, proviene de la filosofía estoica, donde probablemente significaba unidad material, pero en el cristianismo adquirió su significado típico: la plenitud de la divinidad que está en el Padre está también en Cristo, Dios verdadero de Dios verdadero.

Con esta declaración, el concilio de Nicea supuso un gran avance en la formulación del dogma cristiano. Recordemos, en esta ocasión, que en tiempos modernos, cuando se intentaba convocar la primera convención ecuménica de Iglesias cristianas en Amsterdam, se puso como condición para considerar a una Iglesia como cristiana que admitiera la divinidad de Cristo. Es, por lo tanto, una fe común que ha perdurado durante siglos a pesar de las divisiones.

Pero la situación no se tranquilizó en el imperio Romano inmediatamente después del concilio niceno. Los arrianos eran fuertes en el terreno político y se apoderaron de las sedes episcopales. Algunos Prelados conciliadores procuraban llegar a un compromiso verbal: en vez de decir *homoousios*, decían *homoiousios*. La diferencia es sólo una "i", pero contiene una falaz negación de fe: el Hijo de Dios no sería ya igual al Padre, sólo "similar".

Al final las mismas dificultades que surgieron en torno a la divinidad de Cristo aparecieron también en relación con el Espíritu Santo. Los pneumatómacos negaron su divinidad, considerándolo como un ser creado y disperso por el mundo.

Las discusiones se encarnizaron sobre todo en la parte oriental del imperio, donde incluso los emperadores dudaron entre ambas posiciones. Esto traía como consecuencia política la frecuente deposición de los obispos y su exilio. Recordemos que san Atanasio de Alejandría, el gran defensor de la divinidad de Cristo, estuvo en el exilio cinco veces. Finalmente Juliano el Apóstata, con su indulto a los exiliados, llamó a las sedes episcopales a personajes de tendencias diversas, con la mala intención de que los cristianos se destruyeran solos entre sí con discusiones inútiles.

Un gran mérito para la ortodoxia en este periodo corresponde a los llamados Padres Capadocios, o sea procedentes de la provincia de Capadocia, en Asia Menor: san Basilio Magno, su hermano san Gregorio de Nisa y su mejor amigo desde su época de estudiante, san Gregorio Nacienceno, también llamado Gregorio el Teólogo. Se dieron cuenta de que era necesario perfeccionar todavía el vocabulario dogmático. La palabra "sustancia" (ousia) refleja bien la unión de los tres. Se necesitaba adoptar otro término, hypostasis, para reflejar las tres distintas Personas divinas. Y así el vocabulario cristiano se simplifica con esta profesión de fe: creemos en un único Dios, una sola "sustancia" divina, que sin embargo existe en tres "Personas" distintas. También esta fórmula se convirtió en una profesión cristiana común a través de los siglos.

Los Padres Capadocios, junto con san Atanasio de Alejandría, tuvieron que alzar sus voces para defender también la divinidad del Espíritu. En su famoso tratado "Sobre el Espíritu Santo", Basilio utiliza como principal argumento la profesión de fe usada en la Iglesia para el rito del bautismo, donde las tres Personas divinas se nombran juntas: «en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», y así se da «gloria al Padre por medio del Hijo con el Espíritu Santo». Gregorio Nacienceno, para confirmar la divinidad del Espíritu, utiliza el mismo término que se adopta para Cristo, o sea que es «de la misma sustancia» (homoousios).

El resultado de esta lucha por la ortodoxia fue confirmado de nuevo en un concilio que tuvo lugar en Constantinopla en el año 381. Al principio tuvo el carácter de un sínodo de la sola Iglesia de Oriente, pero luego fue reconocido por la Iglesia universal como concilio ecuménico. Se confirmó la fe de Nicea en la divinidad de Cristo y se añadió la profesión de fe en la divinidad del Espíritu Santo, que se tomó de nuevo en el concilio de Calcedonia (451): «Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria y que habló por los profetas».

En esta ocasión no se utilizaron términos filosóficos sino términos meramente bíblicos: el Espíritu Santo es llamado Señor, Kyrios, el título usado en la Biblia griega para traducir JHWH, Dios, dador de vida; como consecuencia, el Espíritu Santo es adorado y glorificado con el Padre y el Hijo, se le atribuyen en la Iglesia honores divinos. Los fieles católicos se preguntan por qué no es esto lo que recitamos hoy: «que procede del Padre y del Hijo». Se trata del famoso Filioque que se añadió más tarde y que fue objeto de acaloradas discusiones con los ortodoxos. El primer texto se inspira, sin ninguna duda, en el evangelio de san Juan (15,26): «Cuando venga el defensor, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí». Con la profesión del Credo de Constantinopla se quería insistir sobre todo en la divinidad del Espíritu. Por eso se dice que su origen es "del Padre". Nombrar aquí al Hijo habría podido hacer surgir la duda de que el Espíritu fuera criatura, dado que todo lo creado ha sido creado a través del Hijo. Los Padres no se preocupaban de las cuestiones relacionadas con las procesiones divinas internas, estas discusiones surgieron mucho más tarde.

Cuando leemos hoy los documentos de aquellos tiempos, que son testimonio de acaloradas discusiones por las palabras, por los términos abstractos, nos parecen cosas lejanas de la realidad de cada día y de poco valor para la vida espiritual. Pero ¿es esto realmente así? ¡Al contrario! Detrás de ese peso lingüístico, al que no estamos habituados, se esconde el problema esencial de la fe. El cristianismo no es una religión que cree solamente en Dios, sino que es la fe en Dios hecho hombre y que santifica al hombre. Por eso, cualquier intento de disminuir la divinidad de Jesucristo y la personalidad divina del Espíritu santificador destruye o empequeñece los primeros fundamentos de nuestra vida espiritual. De ahí que los Padres de la Iglesia combatieran con vehemencia las herejías de este tipo. Y también nosotros debemos estar atentos para evitar que renazcan.

LAS REFLEXIONES DE SAN AGUSTÍN

En las discusiones sobre la Santísima Trinidad, los Padres se daban perfectamente cuenta de que se trata de un misterio profundo, inescrutable. Se ha hecho famosa una anécdota de san Agustín según la cual el santo, mientras caminaba absorto en especulaciones trinitarias, vio un ángel en forma de un niño que intentaba ingenuamente meter el mar en un pequeño agujero. Por boca de este niño, san Agustín supo que es aún más ingenuo querer entender la inmensidad divina con la limitada inteligencia humana.

Por otra parte, es el mismo san Agustín el que da los primeros pasos en las reflexiones que se desarrollarían después durante el medioevo latino. Hacia el año 422 san Agustín terminó su escrito "Sobre la Trinidad" que a veces es criticado por ser demasiado especulativo, pero éste era precisamente su objetivo. De hecho, la primera parte se dedica a los fundamentos del misterio en las Escrituras, a esto le sigue la sección que expone las enseñanzas oficiales de la Iglesia y en la que se combaten las herejías. Sólo en la segunda parte de la obra Agustín deja que sus reflexiones sigan su curso libremente.

Los Padres decían: «Sabemos que Dios existe, pero no sabemos qué es». Con esta fórmula san Basilio combatía las especulaciones racionalistas de los arrianos. Pero esta fórmula se puede interpretar equívocamente. Para poder decir que Dios existe debemos saber, de alguna manera, qué es. Si no vemos su persona directamente, nos conformaremos con conocerlo a través de su imagen.

Una imagen de Dios hecha por Él mismo está cerca de nosotros: se descubre en cada hombre, creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26-27). Es un tema sobre el que los Padres pensaron a menudo y llegaron a la siguiente conclusión: en la imagen se refleja el prototipo de Dios, desde el hombre se conoce a Dios. En este sentido exclama san Basilio: « ¡qué maravilloso es el conocimiento de ti (oh Dios) que adquiero mirándome!»). Como Dios, insiste Basilio, nuestra mente es capaz de conocer todas las cosas y de acoger conscientemente las palabras divinas. Como Dios, decían los Padres de la tendencia antioquena, somos llamados a dominar el universo. San Agustín da un paso más: Dios es la Santísima Trinidad; en nuestro interior debe de haber, por tanto, algún reflejo de este misterio, alguna huella (*vestigia*) de la Trinidad. Agustín encontró estas huellas en las tres principales facultades humanas. Tenemos memoria, intelecto y voluntad. Son tres facultades distintas, pero juntas constituyen la unidad de nuestra alma.

Cuando Agustín habla de la memoria, no se refiere a los simples recuerdos de cosas pasadas, sino a aquello que da la identidad a nuestra vida, a lo que se llamaría, en términos actuales, la presencia del hombre ante sí mismo, la conciencia. Se sabe que la esclerosis de la memoria destruye la conciencia del hombre, le hace perder su personalidad. La memoria fundamental se puede considerar imagen de Dios Padre. De ella surgen los pensamientos que son como palabras interiores con la que nos hablamos a nosotros mismos, de modo análogo a como nace el Hijo del Padre. Y aquí interviene un nuevo acto del alma. El hombre que engendra sus pensamientos los ama, no quiere separarse de ellos. El acto de amar lo que pensamos y la decisión de realizarlo es la voluntad, la tercera facultad fundamental del alma, que puede considerarse imagen del Espíritu Santo, Espíritu de amor. Nuestra vida interior se desarrolla, por tanto, en una comunicación continua entre nuestra conciencia de ser, de conocer y de amar. Esta dinámica, según Agustín, es una huella del Dios trino.

Casi como para pedir perdón por sus reflexiones, para relativizarlas, Agustín finaliza con una oración: «*Cuando lleguemos a ti, cesarán todas estas palabras que multiplicamos sin alcanzarte. Tú sólo serás todo en todos; nosotros diremos una sola palabra eternamente, alabándote en un solo movimiento, convertidos también nosotros en una sola cosa en ti. Oh Señor Dios uno, Dios Trinidad, que todo lo que he dicho de ti y viene de ti, lo reconozcan los tuyos. Si alguna cosa viene de mí, tú y los tuyos, perdonádmelo. Amén*».

LOS AUTORES MEDIEVALES

Las consideraciones de Agustín fueron retomadas por santo Tomás de Aquino. Sin embargo, no parte del hombre, sino directamente de Dios. cuenta que de joven santo Tomás se pregunta: "¿Quién es Dios?". Más tarde, aprendió de la filosofía aristotélica que Dios es Actus purus, acto puro. En el mundo que tenemos ante los ojos, observamos que los seres son activos, pero antes sufren el impulso de algo: lo que se mueve es movido antes por otra cosa. Al principio, por tanto, debe haber alguien que no es movido, que no es pasivo, que mueve a los demás, una acción pura.

Este argumento Tomás lo tomó de Aristóteles, pero a continuación añadió una reflexión suya. El término "acción pura" no es para él una noción abstracta, usada sólo en las discusiones escolásticas. Tomás intentaba imaginarse en qué existe esta suma actividad de Dios. No está toda en la creación y conservación del mundo. Dios existía ya antes y por tanto está lleno del dinamismo activo de su misma vida interior. Pero, ¿cómo imaginarse esta vida interior de Dios? No nos queda más medio que considerarla de forma análoga a la vida interior del alma humana. Dentro de nosotros aparece también un dinamismo interior, somos conscientes de que existimos, de que pensamos, de que queremos muchas cosas, y así respondemos a nuestro deseo de realizarnos plenamente. Supongamos entonces, análogamente, que también Dios desde la eternidad piense y quiera para realizarse a sí mismo.

Pero santo Tomás se dio cuenta de que esta reflexión tiene un punto débil. El intelecto y la voluntad son facultades humanas. Pero, ¿se puede hablar de distintas "facultades" en Dios? En los primeros capítulos de la Suma Teológica, Tomás se expresaba así. Pero más adelante comienza a hablar no ya de las facultades en Dios, sino de las Personas en Dios. ¿Por qué esto? Dios es ser simplicísimo, los atributos divinos se identifican con su naturaleza única. No podemos por tanto explicar el dinamismo de la vida divina con las distintas "facultades". Entonces, ¿cómo explicarlo? La fe nos enseña que hay un dinamismo superior: el diálogo entre las tres Personas.

La contribución original de santo Tomás es justamente el hecho de partir de este diálogo para poder definir qué es la persona: la persona nace de la relación con otra persona. Uno se llama padre si tiene

hijos, llamamos maestro a quien tiene discípulos, se considera un gran "personaje" a quien tiene muchas relaciones importantes. Entonces, también Dios puede ser llamado Padre porque tiene un Hijo, y ambos están en relación con el Espíritu Santo. Es importante recalcar esta última afirmación: el Padre y el Hijo tienen una relación común con el Espíritu Santo, si no, o sea, si el Padre y el Hijo tuvieran relaciones diferentes con el Espíritu habría en Dios cuatro relaciones y, en consecuencia, cuatro personas.

Finalmente, se pregunta Tomás, ¿cómo nos atrevemos a hacer estas consideraciones sobre los misterios sublimes de la vida interior de Dios? Dios mismo nos conduce a través de su revelación. Las Personas divinas asumen "misiones" en el mundo. El Verbo y el Espíritu son enviados para la salvación humana, para que el hombre conozca y ame a Dios con sus facultades humanas de la inteligencia y la voluntad. Y en este sentido podemos decir que llevamos las huellas de la Santísima Trinidad dentro de nosotros, en nuestras facultades, y que éstas asumen la misión de colaborar con Dios para la santificación de nosotros mismos y del mundo.

El gran místico trinitario Ricardo de san Víctor no se aleja de las reflexiones de Tomás. También él toma como punto de partida a Dios, su vida, donde está la plenitud de la actividad. Pero no la toma en el sentido aristotélico, sino directamente de las enseñanzas del evangelio. La actividad de Dios se expresa con una sola palabra: «Dios es amor» (Un 4,8.16). Esta es la única verdadera "acción de Dios". Pero precisamente la caridad no es posible sin la relación entre las personas. Ya san Agustín señaló que la caridad presupone uno que ama, otro que es amado y la realidad del amor que los une. Pero Agustín no desarrolla este pensamiento. Lo hace Ricardo con un gran impulso místico.

El amor hace que el Hijo sea engendrado del Padre. ¿Pero por qué presupone también la tercera Persona divina? Ricardo dice que el amor es estático por naturaleza. Si dos personas se aman, buscan un tercero con quien poder compartir este amor (un condilectus). En el matrimonio, el amor entre marido y mujer es fecundo en los hijos, que son la expresión concreta de su relación. Análogamente, el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, es expresión personal de su relación divina. El mismo Ricardo no desarrolla esto muy expresamente, pero lo hacen con gusto bastantes de sus intérpretes modernos, como por ejemplo H. Urs von Balthasar.

En la línea de Ricardo se encuentra también el pensamiento de san Buenaventura. Dios Padre es amor que quiere expresarse por completo, plenamente, y por eso se da enteramente al Hijo. Y en ese momento es como si descubriera que su amor puede ir aún más adelante junto al Hijo, por medio del Hijo. Esta "prolongación" del amor entre el Padre y el Hijo es el Espíritu Santo, y a través suyo el amor divino se comunica al mundo creado. En este sentido, en tiempos recientes Adrienne von Speyr ha dicho que el amor del Padre es tan inmenso que se puede extender a todo el universo sin disminuir.

Para finalizar estas consideraciones, añadamos, por nuestra parte, su resumen. En el pensamiento humano común, Dios se presenta como Ser perfectísimo, lleno de la verdad y del bien. Los cristianos creen que es Padre misericordioso. De esto se sigue que es personal y que es misterio de amor. Las reflexiones humanas para comprenderlo serán siempre, evidentemente, muy imperfectas. Sin embargo, se llega a una conclusión: sólo la revelación de la Santísima Trinidad hace posible que este amor se pueda verificar. Y es por medio del amor de Dios como se puede entender el mundo.

PARTIR DE LA VIDA DIVINA PARA COMPRENDER LO CREADO

EL CAMINO INDICADO POR KARL RAHNER

Rahner se pregunta cómo es posible que el primer misterio de nuestra fe pueda ser puesto de algún modo en segundo plano. De hecho la fe de muchos cristianos corre el riesgo de convertirse en un monoteísmo puro. Rahner ve la siguiente razón. Los cristianos estaban siempre dispuestos a recibir la revelación de la Trinidad como un mensaje importante. Y trataban de entenderlo. Pero no siempre han elegido un buen punto de partida. Trataban de comprender la vida interior de Dios a partir de sus imágenes en el mundo creado, por ejemplo de las tres facultades que constituyen la vida interior del hombre (la memoria, el intelecto, la voluntad), de comprender la unidad de las tres Personas en un solo Dios. Este método, como acabamos de explicar, puede servir hasta un cierto punto, pero a partir de ese momento cae en reflexiones complicadas que no nos acercan al misterio, sino que, contrariamente, oscurecen su actualidad, piensa Rahner.

Es útil, sin duda, tratar de entender a Dios partiendo del mundo. El método cognoscitivo justo parte de lo más claro para llegar a lo menos claro. Pero ¿hasta qué punto se puede aplicar este método en nuestro caso? Estamos convencidos de conocer el mundo y el hombre, pero creer que este conocimiento pueda ser perfecto es una ilusión. Olvidamos que tanto la existencia del mundo como el sentido del

hombre son un misterio. Para desvelarlo, necesitamos el conocimiento de Dios que nos da la revelación cristiana. Así se descubre que la clave para entender la realidad creada: es la Trinidad que desciende para dar existencia y sentido a todo lo que es objeto de nuestra observación en el universo. Rahner ha inventado incluso dos términos para explicarlo: la "Trinidad inmanente", que se refiere a la vida interior de Dios, y la "Trinidad económica", que se refiere a la economía de la salvación, obra de Dios uno y trino en la creación. Es verdad que por la obra se conoce al autor, pero es más perfecta la comprensión que interpreta la obra de arte partiendo de la vida interior del artista.

Se da por hecho que entre las obras de Dios situamos en primer lugar la historia de la salvación humana. ¿Cómo se podría entender si se perdiera de vista el amor del Padre que envía a su Hijo al mundo y el amor del Hijo que nos hace partícipes de su Espíritu? Lo que llamamos historia de la salvación, en sentido estricto, forma parte de la historia de todo el mundo en sus distintas fases multiformes, desde la creación hasta los acontecimientos apocalípticos. El aspecto trinitario se nos hace presente en todo, aunque no es fácil descubrirlo, porque su visión depende de la profundidad de la vida espiritual de cada uno. Intentaremos acercarnos a él, al menos de modo general.

LA TRINIDAD INMANENTE: COMUNICACIÓN PERSONAL

No nos atormentemos con las reflexiones demasiado atrevidas, ¡son artificiosas!, dicen muchos autores recientes. La Trinidad divina es un misterio inescrutable. Pero algunos encuentran un estímulo precisamente en la palabra "misterio". La palabra no debe desanimarnos. En el sentido profano, el misterio es aquello que debe permanecer escondido. En cambio, Dios quiere revelar sus misterios en diversos grados a sus fieles. Los revela sobre todo en el diálogo personal, en la oración. No nos sorprende por tanto que Evagrio señale como grado supremo de la oración la «teología que es la contemplación de la Santísima Trinidad».

Esto confirma la experiencia de los místicos que, meditando este misterio sublime, han dado un testimonio importante de la posibilidad de entrever los misterios de la vida eterna ya en el tiempo presente. Por el contrario, el agnosticismo exagerado respecto a los misterios divinos lleva a la tendencia errónea de separar a Dios del mundo, y esta tendencia es anticristiana. Muchos teólogos modernos insisten para que se le dé a la contemplación de la Santísima Trinidad el primer puesto en nuestras devociones y en las consideraciones teológicas: junto a K. Rahner, ya señalado, debemos resaltar a W. Kasper, J. Moltmann, Urs-von Balthasar, y en Oriente sobre todo P. Florenskij.

Uno de los principales motivos de esta renovación trinitaria es la insistencia en la necesidad de tener una experiencia más viva del Dios personal que se conoce en el contacto personal, en la oración. La gran contribución de la filosofía moderna es el personalismo, o sea, la convicción de que, sobre todos los demás valores, el más precioso es la persona viva. De esto se sigue que hoy tenemos menos interés en un Dios causa del orden del mundo o unificador de todas las ideas nobles. Nuestra atención se dirige, ante todo, hacia Dios como ser personal en el mejor sentido de la palabra.

¿Qué es la persona? Como acabamos de explicar con santo Tomás de Aquino, la persona nace de su relación con otra persona, hasta el punto de poder considerar a esa otra persona como condición de la propia existencia. El pensador y poeta ruso V. Ivanov lo expresa en forma de aforismo: Tu es ergo sum, tú eres, por eso yo soy. En este contexto, ni siquiera podemos imaginar un Dios personal si no es en relación con otra u otras personas.

Pero hagamos una objeción: ¿no sería suficiente, para satisfacer tal reflexión lógica, decir que Dios es Creador y que por tanto tiene una relación personal con los hombres creados por Él? No, no es suficiente, de esto se derivarían conclusiones absurdas. En este caso, de hecho, Dios no sería persona antes de haber creado el mundo. ¿Cómo podría entonces crear libremente el mundo no siendo una persona? Más aún, la dignidad de la persona depende de sus relaciones. Uno es artista si tiene relaciones con hombres de arte, y las relaciones con los estudiosos de la ciencia hacen del hombre un científico. De ahí concluimos que la relación de Dios únicamente con los hombres pondría a Dios al nivel de una persona humana. De hecho los dioses mitológicos son así: se representan como un cierto tipo de "superhombres". De esto se sigue que para ser persona divina, Dios debe tener relación con personas igualmente divinas.

Es mérito del reciente personalismo ruso enumerar las condiciones para que las relaciones se puedan considerar personales: deben ser libres y conscientes. Ser esclavo de otro o sufrir la influencia de otro, aunque sea inconscientemente, no eleva al hombre a la dignidad personal. Llevando este principio a Dios, debemos suponer en su vida al menos dos Personas distintas que se comunican en plenitud de libertad y de consciencia. La revelación cristiana lo expresa con términos análogos, o sea, tomados de la vida humana y llevados simbólicamente a la vida divina, que nos hacen intuir la verdad del misterio: "Padre" e "Hijo".

El Padre engendra al Hijo desde la eternidad, es decir, le comunica libremente su naturaleza divina. Puesto que ésta es indivisible, Dios se da a sí mismo íntegramente, sin reservas. Por otra parte, el Hijo acepta esta naturaleza divina del Padre libremente y sin reservas, íntegramente, como don. Así se verifica una maravillosa contradicción que es característica de los misterios divinos: el Hijo recibe toda su existencia del Padre, pero al recibirla en plenitud de libertad Él es a su vez principio de su propia personalidad y también de la personalidad del Padre, porque el Padre se puede llamar Padre justamente porque tiene un Hijo que lo ama y recibe todo libremente de él.

LAS PERSONAS EN EL DIÁLOGO

Las relaciones personales son tanto más vivas cuanto más intenso es el diálogo. En nuestra vida humana, el diálogo se expresa sobre todo a través de las palabras. ¿En qué sentido podemos entender esto en la vida divina?

En el Prólogo del evangelio de Juan, el Hijo se llama Logos, Verbo, Palabra. Este término tiene una larga historia, tanto bíblica como filosófica. En el lenguaje helenístico el logos tiene sobre todo tres significados: 1) expresa el núcleo, la substancia de las cosas, 2) la idea, 3) la palabra de la comunicación. Los Padres griegos se dieron cuenta de que los tres significados sirven para explicar la relación entre el Padre y el Hijo en la vida trinitaria. Si el logos expresa la substancia de las cosas, el Hijo, que es Logos del Padre, le es consustancial. Si con logos nos referimos a la idea, el Hijo aparece como la verdad del Padre, o sea, él conoce todo lo que conoce el Padre. Por último, si el logos se entiende como palabra, el Hijo revela al Padre tanto interiormente como al mundo. Hay que añadir que, según la tradición bíblica, la palabra de Dios no es una pura noción, sino que tiene la fuerza de hacer aquello que dice: el Hijo es también la fuerza operante del Padre.

Queriendo expresar que el Hijo es la "verdad del Padre", los escolásticos explican su generación del mismo modo que la idea nace en nuestra mente mediante la actividad intelectual (per operationem intellectus). Sin embargo notemos que, en este contexto, Orígenes se expresa mejor, más teológicamente, al afirmar que el Hijo nace "contemplando al Padre". La contemplación cristiana no es únicamente un ejercicio del intelecto, sino que es conocimiento espiritual, inseparable del amor y de la libre aceptación, y expresa, por tanto, mejor la comunicación mutua. Es verdad que las personas se conocen mejor cuanto más se aman recíprocamente.

Si estas reflexiones nos han ayudado a establecer la dualidad de las Personas divinas, nos preguntamos cómo proseguir para llegar a la unión inseparable de las tres. Recurrimos en esta ocasión al pensamiento de Pavel Florenskij. Es mérito suyo haber establecido el principio del conocimiento personal en general. Las "cosas" se conocen, según el nivel en que su existencia se ve o se prueba, junto a su cualidad. Éste es el principio cartesiano de la "idea clara y distinta" que debe ser el principio de todo conocimiento científico. Esto, en cambio, no es aplicable al conocimiento de las personas porque cada persona es un misterio. Penetra en su secreto sólo la confianza y el amor mutuo. Si esto es válido para las personas humanas, debemos aplicarlo aún más a las relaciones entre el Padre y el Hijo en la vida divina: entre ellos existe la comunicación en el amor perfecto.

¿Cómo concebir el amor de Dios? Es realidad, la suma realidad. Lo propio de la verdadera realidad es ser conocida, contemplada y admirada. El que contempla y admira el amor mutuo del Padre y del Hijo es el Espíritu Santo. Al contemplar, se constituye a sí mismo como tercera Persona divina, se convierte en lo que ve, personifica el amor mutuo entre las Personas divinas. El Espíritu se llama con razón "Espíritu de amor".

Sólo con estas pocas reflexiones notamos ya que la vida interior de Dios, la Trinidad inmanente, resplandece como ideal sublime de la convivencia personal entre los hombres. Pero antes, debemos detenernos en el problema de cómo pasar de la vida del Dios trascendente al mundo visible. La Biblia nos enseña que Dios mismo ha dado este paso con la creación y la salvación del mundo.

LA CREACIÓN DEL MUNDO

Cuando nos presentan a una persona preguntamos de dónde viene, quiénes son sus padres, en la oficina piden la partida de nacimiento. ¿Por qué no hacemos lo mismo cuando se presenta ante nuestros ojos el gran universo? De hecho, del mundo conocemos muchas cosas, pero su procedencia es ignorada por muchos. Nosotros, cristianos, respondemos: ha sido creado por Dios. Lo dice la Biblia. ¿Pueden también los filósofos llegar a la misma conclusión?

La filosofía prueba la existencia de Dios por el orden y la belleza del mundo. Consigue por tanto, con el pensamiento, dar un paso desde el mundo hacia Dios. Pero no es tan sencillo pasar de Dios al mundo. Dios, según los grandes filósofos Platón y Aristóteles, es como el sol que brilla en el cielo. Es fácil

imaginar que nosotros amemos al sol. Pero, ¿ama el sol a los hombres que hay sobre la tierra? Se ama aquello que se desea y se desea aquello que se necesita. Dios, ser perfectísimo, no tiene necesidad de nada ni de nadie. Así, los filósofos llegaban a la conclusión: Dios no ama al mundo, no entra en relación con los hombres. Entonces, ¿de dónde viene el universo? ¿Es acaso eterno? ¿Es una realidad externa a Dios? En este caso, ¿qué sentido tiene?

San Basilio, al escribir sus Homilias sobre el Hexamerón, sobre la obra de Dios en los seis días de la creación, intenta recoger las teorías de los filósofos de su tiempo sobre el origen del mundo para llegar a la conclusión de que todas son un juego de la fantasía, que ni prueban ni explican nada. La única explicación se encuentra en la Biblia en las palabras: «Al principio Dios creó...» (Gn 1,1).

Dios, tal y como lo conocemos por las Sagradas Escrituras, es bastante distinto del Dios de los filósofos. Está, como también ellos dicen, por encima de todas las cosas, «habita en el cielo de los cielos» (Sal 122,1), es inaccesible a todos. Y, a pesar de esto, no permanece encerrado en sí mismo. Ama a los hombres y entra en el mundo mediante su palabra que es una fuerza creadora: «Dios dijo y se hizo...» (Gn 1,3ss).

Pero si con este acto creativo debiera salir de sí mismo, ¿cómo conservaría su perfección?, objetan los filósofos. San Basilio insiste en que la palabra de Dios es parecida a las palabras humanas, pero es al mismo tiempo diferente. Nuestras palabras son débiles. Además, una vez pronunciadas, escapan a nuestro control. Decimos una palabra, pero luego no podemos retirarla. Dice el proverbio: «La palabra vuela de la boca con la facilidad de un pájaro, pero ni siquiera con dos caballos conseguirás hacerla volver». Por eso nuestras palabras se vuelven, con sus consecuencias, contra nosotros mismos. La Biblia presenta la palabra divina de manera totalmente distinta. La palabra de Dios es fuerte. Es espíritu vivificante. Como dice el salmo (103,29-30): «Envías tu espíritu y (los seres) son creados, si lo retiras mueren y vuelven al polvo». La palabra que Dios pronuncia y el espíritu que envía, crean el mundo, pero permanecen unidos inseparablemente al Creador, salen, por así decirlo, fuera de Dios y al mismo tiempo permanecen dentro de él.

Ahora bien, por el Nuevo Testamento sabemos que la Palabra por excelencia es el Hijo unigénito y que el espíritu vivificante es el Espíritu Santo. Y así llegamos a la conclusión de que Dios Padre crea, gobierna y santifica el mundo por medio del Hijo y del Espíritu Santo. Los Padres de la Iglesia decían justamente, por tanto, que el Hijo y el Espíritu Santo son como las dos manos de Dios Padre con las que Él obra en la creación. De aquí que los teólogos establecieron el principio siguiente: «Todo bien proviene del Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo», como, en sentido contrario, todo debe volver «en el Espíritu Santo por medio del Hijo al Padre». Este es "el camino de oro" de la creación y de la santificación del mundo.

EL MUNDO, REFLEJO DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU

Toda obra es imagen de quien la ha hecho, muestra la capacidad de su autor. Mucho más las obras de arte. Un buen cuadro revela el alma del pintor. El universo que está ante nuestros ojos es una inmensa obra de arte. Su autor es Dios trino. Debemos descubrir, por tanto, en el mundo el reflejo de su rostro.

La naturaleza nos ofrece muchas cosas buenas. Es fácil, pues, ver en ella la bondad del Padre celestial. Pero, ¿cómo se manifiesta el Hijo en ella? Las cosas son creadas por medio del Hijo. También Él, como artista, se expresa a sí mismo en su obra. El Hijo es engendrado por el Padre, distinto del Padre y, sin embargo, permanece inseparablemente unido a él. Así son también, en un cierto sentido, las criaturas del mundo. Separarse de Dios significa para ellas su destrucción. En el Hijo, el Padre revela su verdad. También el mundo es revelación: «Los cielos narran la gloria de Dios» (Sal 18,1). El Hijo es la fuerza del Padre y también en el mundo estamos sometidos a sus fuerzas, vivimos «según los elementos del mundo» (Col 2,8), y, con todo, los creyentes están convencidos de que todas las fuerzas del universo están en manos de la Providencia del Padre.

Esta analogía es aún más elocuente cuando se trata de la creación del hombre. Éste debe recibir libremente el don de su existencia del Padre celestial, aceptando su voluntad. Y, por eso, se convierte también él en revelación de Dios, en imagen de Dios, hecha según la imagen primera, o sea, según Cristo. Llamado a colaborar para la perfección del mundo, la fuerza de Dios Padre, junto a la fuerza de Cristo, se realiza también a través del hombre.

Así se evitan las teorías de los filósofos sobre la relación entre Dios y el mundo. Si Platón decía que Dios no puede amar nada, fuera de sí mismo, decía, pues, que no puede amar al mundo. Esta objeción no vale para el Dios cristiano porque, en Cristo encarnado, el Padre se ama a sí mismo en Jesucristo, y

todo el universo es como una prolongación del misterio de Cristo, mediante el cual todo ha sido creado (cf. Jn 1,3) y es al mismo tiempo «el primogénito de toda criatura».

Y el universo es también, atreviéndonos a hablar así, una prolongación del Espíritu Santo. Recordemos en este contexto el significado inicial del término "santo" (en hebreo *qados*, en griego *hagios*): en la actualidad veneramos a muchos "hombres santos", pero al principio el vocablo "santo" designaba una propiedad típicamente divina: Dios es el santo y el único Señor. El Espíritu es divino sólo por el hecho de ser llamado santo. Pero pasó plenamente a la humanidad de Cristo y, a través de Él, es enviado a sus discípulos para "santificarlos", algo que los Padres griegos interpretan como "divinización", o sea hacer a los hombres hijos adoptivos del Padre y a través de ellos santificar el mundo, hacerlo "cristiforme".

CRISTO - PRIMOGÉNITO DE TODA CRIATURA

Todo lo que hemos dicho está claro si consideramos que el «primogénito de toda criatura» es Cristo (Col 1,15). «Él existe antes que todas las cosas y todas subsisten en él. Él es también la cabeza del cuerpo, de la Iglesia, siendo el principio, el primogénito entre los muertos, para ser el primero en todo» (Col 1,17-18). En Dios-Hombre habita la plenitud de la vida divina, o sea toda la Trinidad.

Nos gusta recordar en este contexto la frase de Leibniz que afirmaba que este mundo creado es el mejor de los mundos posibles. Si no fuera así querría decir que Dios no habría sabido hacer uno mejor o que, sabiendo, no habría querido. Ambos presupuestos van contra la omnisciencia divina y contra su suma bondad. El argumento de Leibniz fue refutado recurriendo a la plena libertad divina de hacer las cosas mejor o peor, pero sobre todo por la experiencia de los desastres que encontramos en el universo. En cambio, si tenemos presente que el primogénito de toda criatura es Cristo y que la evolución del mundo terminará cuando Dios sea todo en todos (1 Co 15,28), la opinión de Leibniz no parece tan equivocada, especialmente si se mira dinámicamente como propone Vladimir Soloviev.

El pensador ruso intenta establecer las fases fundamentales de esta evolución:

- 1) desde la materia primera hasta la primera célula viva sobre la tierra;
- 2) desde la primera vida hasta el hombre (*homo sapiens*);
- 3) desde el primer hombre hasta el Hombre-Dios;
- 4) desde el Cristo histórico hasta el Cristo universal, hasta la plenitud de la vida divina encarnada en todo lo creado.

Soloviev añade que, además de convertir al mundo en cristiforme, debemos también "vivificar" el universo. Lo sentimos en el subconsciente. Por eso los niños personifican las cosas, hablan con ellas; los ascetas se abstienen de comer carne: no parece natural matar seres vivos para vivir. El verdadero dador de vida es el Espíritu "vivificante", que nos hará a todos espirituales y eternamente vivos.

De esto se deduce que, en la obra de la creación y de la santificación del mundo, encontramos la acción de la Santísima Trinidad. Los teólogos formularon el principio de que las obras fuera de la vida divina son "comunes a las tres Personas divinas". "Comunes", en este caso, no significa sin distinción, como si Dios obrase en el mundo sólo como "Dios uno" y no como Trinidad. La acción común, en este contexto, se explica mejor diciendo: las tres Personas actúan siempre "juntas", cada una según su modo propio.

Contemplando el universo nos encontramos con la Trinidad. Los ateos dicen que es nocivo pensar en Dios porque nos impediría concentrar nuestro interés en el mundo. Por el contrario, san Atanasio dice que sólo el creyente puede gozar de verdad de la belleza del universo. Lo considera como una lira sobre la que el Verbo de Dios canta y hace resonar todas las cuerdas del mundo en armonía. Por medio del pensamiento en Dios el mundo adquiere valor para el hombre. Un ramo de flores puede ser bello en sí mismo, pero su valor es incomparablemente superior cuando se recibe como regalo de una persona amada. Sabiendo que Dios ha creado el mundo como un jardín donde colocar al hombre como hijo adoptivo, se nos revela la belleza del universo como don del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

LA TRINIDAD Y EL MISTERIO DE LA CRUZ

Un hombre que después de la guerra acababa de volver del campo de concentración de Dachau participó en unos ejercicios espirituales. La primera meditación fue sobre la belleza y bondad del mundo creado. El ex-prisionero suspiró: ¿vale esto también para nosotros que hemos visto los horrores de los lager? ¿Qué podemos responder?

La creación es una gran obra de Dios, de su amor que se transmite, pero también es la historia de la salvación. Como tal, está íntimamente ligada al misterio de la cruz. De hecho, los teólogos no dudan de que la redención constituye el perfeccionamiento de la creación. Admiten también fácilmente que la creación es obra común de la Trinidad. Pero cuando se habla de la redención y, sobre todo, del misterio de la cruz, este acto culminante del amor divino es atribuido prácticamente sólo al Hijo, al menos por los teólogos especulativos. Constituyen una excepción las consideraciones de los místicos y, entre los teólogos, las reflexiones recientes de algunos como Moltmann y von Balthasar.

Moltmann parte del problema actual del ateísmo moderno. Considera su motivo principal el escándalo de la cruz, del mismo modo que lo consideraron los judíos en tiempos de Cristo. La trágica realidad de los campos de concentración y el genocidio de pueblos enteros parecen llevar a la conclusión de que Dios no existe. ¿De qué sirve, en esta situación, el concepto de Dios de los "teístas" que no se ocupa del mundo y que permanece alejado del destino de los hombres? Tampoco es muy convincente la explicación de las religiones, tal y como se entienden normalmente. En general prometen una recompensa en el otro mundo. Una recompensa valiosa pero que hace saltar una duda: ¿es realmente necesario sufrir tanto para entrar en el cielo prometido? Recordemos que Ivan en Los hermanos Karamazov de Dostoevskij no quiere aceptar el billete de entrada en el Paraíso si éste debe costar aunque sea una sola lágrima de un niño inocente. Para responder a esta objeción, dice Moltmann, tenemos necesidad de un mejor conocimiento del mundo, de Dios y de la relación entre ambos.

¿Qué es el mundo en que vivimos, cómo debemos apreciarlo? La respuesta de los ateos es sencilla: todo depende de nosotros, de cómo seamos capaces de organizarnos para poder pasar felizmente los pocos años de nuestra vida terrena. Las religiones no cristianas son más pesimistas. En esta vida no se pueden esperar ni la justicia ni la felicidad verdaderas. Todo el consuelo se basa en la esperanza de otra vida después de la muerte. El mensaje cristiano no puede, como no sea parcialmente, identificarse ni con una ni con otra opinión. Al principio del universo creado está Cristo, "primogénito" de todo lo creado (Col 1,15), todas las cosas «subsisten en él» (v. 17). Quiso Dios también por medio de él «reconciliar consigo todas las cosas, tanto las de la tierra como las del cielo, pacificándolas por la sangre de su cruz» (v.20) y, así, el curso de la historia terminará «cuando todo le esté sometido, entonces también el Hijo se someterá al Padre, que le sometió todo a él para que Dios sea todo en todas las cosas» (1Co 15,28). Desde este punto de vista, ¿cómo podría considerarse el mundo de otra forma que no fuera esencialmente bueno?

y, ¿cuál es el Dios en que creemos? Para los "teístas" Dios es indiferente al mundo. Para las religiones no cristianas tiene la función de recompensar a los justos en el cielo. Por el contrario, el Dios cristiano entra en el mundo y como Dios hombre tiene una relación personal con los hombres y con el universo. Por eso, todo lo que nos ocurre debe tener un significado más grande, incluido el sufrimiento.

EL HIJO DE DIOS ENTRA EN EL SUFRIMIENTO HUMANO

Todo lo que forma parte de la vida humana en la tierra es asumido por Cristo y lo que no es asumido no es salvado, como dice un conocido principio cristológico. El Salvador nació, creció en edad y sabiduría, trabajó y finalmente murió y resucitó. Su vida terrena es una sucesión de momentos sucesivos en el tiempo, pero a los ojos de Dios todo está unido en una sola mirada eterna y, por eso, es inseparable de su vida interior en la santísima Trinidad como Hijo eterno del Padre eterno. ¿También en la pasión? Ciertamente, ¡justo ahí!

Pero si la vida divina entra en el sufrimiento humano, entonces fijar la atención sólo en el hecho de sufrir corre el riesgo de ser parcial y falso. Por este motivo, las imágenes antiguas representan la cruz gloriosa y evitan el realismo unilateral de la pasión de Cristo. El teólogo ruso Sergej Bulgakov ha desarrollado este aspecto interpretando el famoso texto de san Pablo sobre la kénosis, la humillación extrema de Cristo, el cual «se despojó de todo, asumiendo la condición de esclavo... haciéndose obediente hasta la muerte» (Flp 2,7s). Según la opinión generalizada, Cristo soportó este sufrimiento en su humanidad, pues su divinidad no podía sufrir. Esto es, sin duda, cierto, pero la distinción entre humanidad y divinidad en el Salvador no debe significar que se separan entre sí. Por este motivo Bulgakov descubre el fundamento de la kénosis en la vida interna de la Santísima Trinidad. No quiere negar que la divinidad es impassible. Sin embargo piensa que no se debe creer que exista incoherencia entre la postura humana y la divina. La actitud del Hijo es la misma que la de las otras Personas de la santísima Trinidad. El Padre y el Espíritu, de forma misteriosa, toman parte en la pasión del Señor. Para entender el sufrimiento del hombre se debe partir de Dios, porque todas las acciones de Cristo Son divino-humanas; no se pueden considerar como dos actitudes diferentes.

¿Cómo podemos imaginar que la santísima Trinidad sea partícipe de los sufrimientos? Justamente consideramos opuestos la suprema beatitud, la felicidad en el cielo, y el sufrimiento en la tierra. Distingamos las dos cosas. Y no olvidemos que el Dios trino es capaz de unir los opuestos. Veamos

primero cuál es la causa del sufrimiento en la tierra. Se puede expresar con las palabras "humillación" y "sumisión" a todos y a todo. El hombre humillado pierde su personalidad, su libertad, la relación de amor con los demás. ¿Cuál es la situación en el cielo? La perfecta sumisión del Hijo al Padre es un acto de plena libertad, en éste la persona no se destruye, sino que se constituye; es un acto de amor y por tanto es felicidad.

Entonces nos preguntamos: ¿cómo puede la misma actitud significar en un caso gozo y vida, y en otro sufrimiento y muerte? La respuesta está en la Biblia: la muerte, el dolor, la sumisión violenta son causadas por el pecado. Pero sucede algo estupendo: Cristo, Hijo de Dios, trajo el gozo de la libre sumisión celestial al mundo pecaminoso para destruir el pecado, para quemarlo, como dice Bulgakov, para transformar desde dentro el sufrimiento en bienaventuranza.

Usando las mismas palabras que su autor, expresamos este pensamiento así: en la Trinidad, la vida divina consiste en la correlación de las Personas, una correlación definida por el amor y que lleva consigo abnegación, a través de la humildad eterna y la kénosis (evidentemente sin "sufrir"). Considerando su origen en la vida intratrinitaria, la kénosis divina se da inmediatamente después de la creación, pues con ella comienza el descenso de Dios a una realidad que no es Él, pero que al mismo tiempo no puede ser totalmente "otra"; el descenso la diviniza.

En la Encarnación del Verbo, el Dios eterno se hace Dios-Hombre. Este hecho, en sí mismo, podría no comportar sufrimiento. Pero tras la caída del hombre, el abismo entre la naturaleza divina y la naturaleza humana se hace tan profundo que la encarnación del Logos es «una cruz que él toma sobre sí»; la kénosis se convierte en "sufrimiento". Él toma sobre sí el pecado que debe ser "sufrido" hasta el final. Así podemos decir que Dios-Hombre ha sufrido el equivalente al castigo del pecado universal (pero de forma distinta sin embargo, al infierno) para quemar la iniquidad con su fuego.

Se puede decir también que el Hijo de Dios ha traído la felicidad eterna de la vida divina al sufrimiento humano. Desde ahora los que sufren son bienaventurados (Mt 5,3ss). La Cruz de Cristo es, por tanto, la "obra magistral" de la providencia divina. Dado que es obra de la Providencia divina, colaboran las tres Personas divinas. Es Cristo quien nos ha amado y se ha entregado por nosotros (Ga 2,20). Pero al mismo tiempo el Padre «no ahorró a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por nosotros» (Rm 8,32). En el momento en que el Hijo pronuncia la exclamación que parece desesperada: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15,34), siente que el Padre «no se ha reservado a su propio Hijo». Pero al hacer esto, por decirlo de algún modo, no se ha reservado ni siquiera a sí mismo, renunciando a su propia personalidad, a ser Padre, a proteger al Hijo predilecto como a las niñas de su ojos; y ésta es la kénosis del Padre.

¿Y en lo que se refiere al Espíritu Santo? La exclamación de Jesús en la Cruz dice en latín: *inclinato capite emisit spiritum* (Jn 19,30). Las traducciones modernas la interpretan de forma sencilla: «inclinando la cabeza, expiró». Pero los Padres no temen hacer una interpretación más profunda: el Espíritu Santo se separa momentáneamente de Cristo, para ser después enviado por el mismo Cristo a los Apóstoles. Separarse del Hijo significaría para el Espíritu renunciar a su propia existencia que es ser vínculo de unión entre el Padre y el Hijo. ¿Una reflexión demasiado audaz? No se debe especificar mucho porque estamos frente a un misterio demasiado profundo. Por otra parte, no olvidemos que Jesús ha sido concebido por el Espíritu Santo "vivificante". En la muerte de Cristo, el Espíritu, en cierto modo, debió renunciar a esta función esencial para él. Siendo "luz", en el momento culminante del calvario, simbólicamente, «se oscureció toda la tierra» (Mt 27,45).

Sabemos que a muchos no le gustan estas meditaciones místicas que consideran arriesgadas. Pero su fundamento es indiscutible: con la Encarnación, la plenitud de la vida divina, que es trinitaria, participa en la vida humana y en su destino desde el nacimiento hasta la muerte. Y cuando el gran teórico de la oración, Evagrio Póntico, dice que la culminación del diálogo con Dios es «la contemplación de la santísima Trinidad», no está pensando en la visión beatífica después de la muerte, sino sencillamente en la presencia de la vida divina en el universo. Los místicos barruntan su aspecto trinitario.

Concluye J. Moltmann (citando a otro autor): «El fundamento escriturístico de la fe cristiana en Dios trino no se debe buscar en fórmulas extrañas del Nuevo Testamento, sino en el testimonio profundo y sintético de la cruz; y la expresión más directa de la Trinidad es esta acción divina de la cruz donde el Padre permite a su Hijo sacrificarse en el Espíritu». Esta reflexión trinitaria de la cruz, según la cual las tres Personas divinas son partícipes de la situación desesperada de la humanidad hoy, es, para Moltmann, el mejor remedio contra el ateísmo moderno.

EL REFLEJO DE LA TRINIDAD EN LA VIDA DE LA IGLESIA

LA IGLESIA

Es un tema bien conocido por los Padres y puesto de relieve expresamente en el concilio Vaticano II: la Iglesia como reflejo de la Santísima Trinidad, como obra común de las tres Personas. Es el instrumento principal de la obra de la salvación que, según la regla habitual, viene del Padre por medio del Hijo en el Espíritu santo.

En primer lugar, como en otros casos, observamos su aspecto cristológico. La Iglesia es como la prolongación de Cristo a través de los siglos. San Agustín señaló que la Cabeza -Cristo- y sus miembros creyentes forman una sola realidad: el Cristo total (totus Christus). El Vaticano II (Lumen gentium 8) indica el vínculo de esta unidad en la Eucaristía, el cuerpo sacramental de Cristo. H. De Lubac lo expresa con un aforismo: la Iglesia celebra la Eucaristía y la eucaristía hace Iglesia.

El aspecto cristológico no debe hacernos olvidar el pneumatológico. El cuerpo de Cristo está vivo, vivificado por el Espíritu. Lo destaca también la Lumen gentium (7): el mismo Espíritu vivifica la Cabeza y los miembros, los reúne, y, así, la Iglesia se convierte en un solo cuerpo, del que el Espíritu santo es el alma común. Un teólogo (Heribert Mühlen) define al Espíritu como persona en la multitud de las personas: su función es unificar la pluralidad, permite la comunión entre muchos.

La función del Padre se ha expresado en la primera teología "judeo-cristiana" con la metáfora bíblica: la Iglesia es la viña plantada y cultivada por el Padre.

Al ser "reflejo" de las tres Personas divinas, la Iglesia es también la revelación de las mismas. En el contexto bíblico el "cuerpo" significa precisamente el hecho de que la realidad invisible se hace visible. En nuestro caso, la unidad invisible de las Personas divinas se hace observable en la unidad de la Iglesia, formada por hombres diferentes. Este hecho ha sido sorprendente desde el principio, tanto es así que el autor de la Primera Carta de san Juan (1,3) utiliza sencillamente el término "nosotros": «Lo que hemos visto y oído, nosotros os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros; nuestra comunión es con el Padre y su hijo Jesucristo».

Después de san Basilio, que fue obligado a aceptar el episcopado en un tiempo de acaloradas controversias dogmáticas y administrativas, la unidad de la Iglesia aparecía como un verdadero milagro del Espíritu, de Pentecostés a través de los siglos. Él cita el texto de los Hechos (4,32) sobre la Iglesia naciente en Jerusalén: «La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma». Y lo interpreta: «Es, pues, evidente que en este grupo no había divisiones, nadie vivía separado de sus hermanos hasta el punto de ser totalmente independiente de ellos». Eran cinco mil personas y de orígenes tales «que desde el punto de vista humano estaban predispuestas, por nacimiento, a obstaculizar semejante unión de corazones».

Así podemos interpretar también el famoso icono de Rublén, pintado para el monasterio de la Santísima Trinidad, como ejemplo sublime para la convivencia mutua de los religiosos. Los tres ángeles sentados en un solo trono delante de un solo cáliz son símbolo de las tres Personas divinas unidas en una sola voluntad y en una sola sabiduría.

En la enseñanza del Vaticano II observamos una preferencia por el término "pueblo de Dios" en lugar del bíblico y tradicional "cuerpo de Cristo". Evidentemente, no se ha hecho así para disminuir el valor del segundo, con el cual se resalta la unidad de la Iglesia. Pero el acuerdo sobre la preferencia por "pueblo de Dios" quiere expresar que esta unidad no se constituye sólo de "miembros", sino de personas vivas y libres que, sin embargo, forman una unión que no es un concepto sociológico, sino verdaderamente teológico, una comunión que se remonta a la Trinidad divina (Lumen gentium n. 3).

De eso viene otro término que surgió durante el concilio: la colegialidad. No es un concepto jurídico, sino que expresa el deseo de que aumenten las relaciones personales más allá de las estructuras jurídicas. Así se resalta también la importancia de las Iglesias locales en el ámbito de la Iglesia universal, porque en éstas es más fácil intensificar estas relaciones personales, y, por llamarlas de alguna manera, familiares. Así lo sentía ya san Basilio, que consideraba a las comunidades monásticas como la realización ejemplar, en forma restringida, del ideal que debe inspirar la Iglesia.

¿Y el ecumenismo? Es una aplicación nueva sobre un fundamento antiguo, o sea, que la Iglesia es, en primer lugar, unión en el Espíritu Santo el cual, en casos concretos, supera la estrechez de las estructuras jurídicas del mismo modo en que la acción del alma va más allá del cuerpo a pesar de pertenecer a él y residir en él. Es también la convicción de que las relaciones personales son primordiales

y de que, partiendo de ellas, se puede llegar también a una unión estructural y jurídica. En el plan de la salvación toda la sociedad debe progresar hacia la perfección de la Iglesia única reflejo del misterio trinitario en el mundo entero.

Pavel Florenskij lo expresa con un término dogmático, establecido en las discusiones cristológicas: El Hijo de Dios es de la misma sustancia que el Padre, homoousios, "uno con el Padre", y no homoiouios, que sería sólo "similar al Padre". Análogamente, también los hombres deben sentirse entre sí como "un sola cosa", igual que el Padre y al Hijo y no conformarse con la constatación de que somos todos "similares" y que como consecuencia, tenemos derechos humanos similares. Las imperfecciones y dificultades que encontramos en el esfuerzo de proclamar los "derechos humanos" en la sociedad tienen su raíz en la imperfecta conciencia que tenemos del misterio trinitario.

En este contexto se comprende también la famosa frase de Aleksej Chomjakov: «Al infierno cada uno accede solo, al Paraíso se entra solamente con todos los demás». La salvación sólo está en Dios y Dios es uno en tres Personas.

LOS SACRAMENTOS

El principal medio de la Iglesia para santificar el mundo son los sacramentos. En ellos la Iglesia actúa en nombre de Cristo con la fuerza del Espíritu. Y también en ellos se manifiesta, por lo tanto, el carácter trinitario. Como acciones simbólicas, los sacramentos también forman parte del mundo material santificado, que ha alcanzado ya la perfección, primicia del estado escatológico en que Dios estará en todos y en todo (cf. 1 Co 15,28). Justamente porque en los sacramentos la Iglesia actúa en nombre de Cristo («Yo te bautizo...», «yo te absuelvo...», «este es mi cuerpo...») y con la fuerza del Espíritu Santo, las oraciones sacramentales son una oración que llega infaliblemente al Padre.

En el bautismo, la fórmula misma es trinitaria: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». El prototipo del rito cristiano es el bautismo del mismo Jesús. Los pintores de iconos, como hemos visto, lo representan como la primera revelación explícita de la Trinidad. El Padre del cielo reconoce a Jesús como su Hijo predilecto y el Espíritu Santo se aparece en forma de paloma. En el bautismo también los cristianos se convierten en hijos adoptivos del Padre celestial, reciben una nueva vida en el Espíritu Santo, se identifican con Cristo. Según san Pablo, esto se realiza a través de la muerte simbólica en el rito de inmersión en agua: «¿No sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? A través del bautismo hemos sido sepultados con él en la muerte, para que así como Jesús fue resucitado de entre los muertos para gloria del Padre, también así nosotros podamos caminar en una vida nueva» (Rm 6,3-4).

Si el aspecto cristológico del bautismo se expresa a través de la inmersión en el agua, el aspecto pneumatológico se manifiesta en las unciones. Éstas, en la tradición de la Iglesia antigua, no eran consideradas un rito suplementario cualquiera, sino que eran señal de la participación en el Espíritu Santo. Escribe san Cirilo de Jerusalén: «Estáte atento a no imaginar que se trata de un simple perfume... [Cuando el Espíritu Santo ha sido invocado sobre el santo crisma no es ya un perfume ordinario; es el don de Cristo que, por la presencia del Espíritu Santo, nos hace partícipes de su divinidad. Con este perfume se ungen simbólicamente la frente y otros sentido Este perfume visible unge el cuerpo y el alma es santificada invisiblemente por el Espíritu santo».

Y si se considera el rito bautismal bajo el punto de vista de la purificación, en el sentido espiritual la verdadera purificación viene del Espíritu Santo como prometió Juan Bautista: «Yo os bautizo con agua, pero viene uno más grande que yo..., os bautizará con Espíritu santo y fuego» (Lc 3,16). El fuego es usado con frecuencia en la Biblia como símbolo de purificación.

También en la eucaristía se vive de manera especial la presencia de Cristo, de su cuerpo, de su sacrificio en la cruz conmemorado en la liturgia de la misa. Por eso el efecto más característico de la comunión eucarística es la unión íntima con Jesús y por esto nos atrevemos a prepararnos a ella con la oración del Padre nuestro. En el "discurso eucarístico" del mismo Jesús sobre el Pan de vida, referido por san Juan (Jn 6,26ss), él se identifica con este Pan: «Yo soy el Pan de vida.. Soy el Pan vivo que ha bajado del cielo...» (Jr 6,48ss). Y a través de este Pan se identifica con los fieles: «Quien come mi cuerpo, vivirá conmigo» (v. 57).

Se pone de relieve también el papel del Padre «El Padre os da el verdadero Pan del cielo» Entonces, el Pan de vida que es Cristo viene de las manos del Padre. Y se añade una palabra misteriosa: «Es el Espíritu el que vivifica; la carne no sirve para nada» Un 6,63). Lo cual, en este contexto, debe entenderse en este sentido: el Espíritu Santo que llena la humanidad gloriosa de Cristo, hace su carne "espiritual" capaz de transmitir la vida divina.

Por este motivo uno de los puntos característicos de la liturgia oriental es la epiclesis, la invocación del Espíritu Santo para que obre la transformación de los dones eucarísticos. Se invoca directamente al Espíritu Santo para que descienda "sobre estos dones" (y también "sobre nosotros") o se pide al Padre que envíe al Espíritu para santificar el pan y el vino. Así, leemos ya en una catequesis de san Cirilo de Jerusalén: «Te suplicamos, Dios de misericordia, que envíes el Espíritu santo sobre estos dones que están en tu presencia, para que Él transforme el pan en el Cuerpo de Cristo y el vino en la Sangre de Cristo. De hecho todo aquello que es tocado por el Espíritu queda totalmente santificado y transformado».

Este aspecto, muy conocido en la tradición patristica, se retoma en los textos del concilio Vaticano II. La Instrucción *El misterio eucarístico* dice: «Por la participación en el Cuerpo y la Sangre del Señor, desciende abundantemente sobre cada uno de los fieles el don del Espíritu Santo como agua viva (cf. Jn 7,37-39), con la condición de que se reciba sacramentalmente y con la participación del alma, o sea, con fe viva que obra por amor» (n. 38).

El pan y el vino eucarísticos son "frutos de la tierra y del trabajo del hombre". Por tanto, por medio de ellos, la naturaleza del cosmos participa también en la vida divina. En una capilla bizantina hay una bella copia de la Trinidad de Rublév sobre el altar. Se sabe que en este icono la perspectiva está invertida. Las líneas no se encuentran en el horizonte, detrás del cuadro, sino que descienden hacia delante. El punto de su encuentro imaginario está en el centro del altar, donde se celebra la liturgia eucarística. El significado es elocuente: la vida divina de la Santísima Trinidad desciende sacramentalmente entre nosotros por medio de los dones consagrados del pan y del vino.

No nos sorprenda, pues, que la liturgia eucarística recoja en todos los ritos de sus oraciones, datos bíblicos y desarrollos teológicos y que desvele así el misterio eucarístico a la luz de la Trinidad. En el rito latino se finaliza la oración del ofertorio glorificando a Dios: «Por Cristo, con Él y en Él a ti, Dios Padre omnipotente en la unidad del Espíritu Santo».

LA TRINIDAD Y LA FAMILIA

EL MATRIMONIO

Una capilla bávara está dedicada a la Sagrada Familia. Sobre la puerta están pintados Jesús, María, José y una inscripción: "la Trinidad en la tierra". Uno que la leyó dijo escéptico: « ¿No es acaso demasiado? ¿Una exageración devota?» No estamos de acuerdo con él.

El matrimonio cristiano se considera como pequeña Iglesia. Se debe, pues, descubrir también en él el reflejo de la vida divina trinitaria. La primera alusión a este aspecto se lee en el Génesis a propósito de la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,26-27). Los Padres escribieron muchos comentarios sobre este texto, con importantes consecuencias para la antropología cristiana. Sin embargo, su interpretación no se detenía en el contexto en que está colocado el texto, que es doble. En el versículo 26 se dice: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, para que domine a los peces del mar y a los pájaros del cielo, al ganado...». Con otras palabras, el hombre recibe el dominio del mundo porque es imagen del Creador. Pero en los versículos siguientes continúa el discurso con estas palabras: «Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, hombre y mujer los creó. Dios los bendijo y les dijo: Sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra». El hombre aparece entonces como imagen de Dios en su convivencia en la familia, que es el núcleo de la sociedad.

Es comprensible que los Padres de la iglesia, predominantemente monjes que vivían el celibato, no tuvieran interés en hablar del matrimonio. Pero hay algunas excepciones, y entre ellas merecen atención las reflexiones de san Juan Crisóstomo. Se pueden resumir brevemente del modo siguiente. Todos procedemos de la creación del primer hombre. Por tanto, cabría suponer que todos fuéramos iguales, en cambio se observan en el mundo muchas diferencias. ¿De dónde vienen? La división entre pobres y ricos tiene su origen en el pecado, en el egoísmo. Debemos tratar de superarlo. Muy distinta es la división entre los dos sexos, en hombres y mujeres. Proviene de Dios mismo. Crisóstomo se pregunta: ¿por qué Dios dividió así el único género humano? La respuesta que da es de carácter espiritual. Inmediatamente después de la división, Dios unió de nuevo a los hombres en el matrimonio, o sea en una unión superior, porque es la unión en el amor la que es llamada a ser reflejo del amor divino. El autor no saca conclusiones ulteriores, pero podemos deducirlas fácilmente: el amor divino es amor entre las Personas, como el amor del matrimonio.

Esta conclusión puede confirmarse con el análisis psicológico religioso de Vladimir Solov'ev. Él se pregunta en qué momento de la vida nuestro prójimo es reconocido como persona en el verdadero sentido de la palabra. Está convencido de que este hecho se produce en el enamoramiento. El chico vivía con los demás como lo hace un enjambre de abejas o un grupo espontáneo de animales. Se beneficiaba

de ellos, pero no estaban demasiado presentes en sus pensamientos. En un cierto momento descubre a una chica y quiere tener una relación estrecha con ella. La considera la persona más bella de todas, la más preciosa, está dispuesto a sacrificarse por ella. Le promete amor hasta la muerte y amenaza con suicidarse si lo rechazara. Sus proyectos son considerados por los adultos como ilusiones de la primera juventud. Soloviév, en cambio, ve en ellos el símbolo de lo que, en un plano más consciente y libre, debe ser la realidad del matrimonio verdadero: considerar a la otra persona digna de la más alta estima con la conciencia de que el desarrollo de la propia vida depende de la fiel e íntima relación con ella, en unión indeleble.

De ahí se sigue que el objetivo principal del matrimonio debe ser el desarrollo de la propia persona en unión amorosa con la otra. El amor matrimonial, dice el concilio Vaticano II, es un sentimiento "eminentemente humano", no se limita sólo al instinto erótico. Uno ama al otro no sólo por lo que le puede dar, sino por lo que es, por su valor personal. Se trata por tanto de la comunicación que concierne a la existencia misma, implica al hombre entero, y, por tanto, también a las relaciones corporales.

Los hombres de hoy no entienden el texto de san Pablo que dice que el marido es «cabeza de su mujer» y que la mujer debe estar sometida al marido como si fuera el Señor (Ef 5,22). El malentendido nace cuando se entiende el término "cabeza" en un sentido puramente humano, en el sentido de dominio. El libro del Génesis señala tal dominación del hombre sobre la mujer como un efecto del pecado. Dios dijo a la mujer: «Multiplicaré tus dolores y tus embarazos, con dolor parirás a tus hijos, tu instinto se inclinará hacia tu marido, pero él te dominará» (Gn 3,16). Esta situación de pecado efectivamente no refleja la vida trinitaria de Dios. En ella el Padre es "cabeza", toma la iniciativa, dándose a sí mismo por entero al Hijo. El Hijo acepta sin reservas la voluntad del Padre, pero con ello no pierde su iniciativa, porque el Padre lo escucha siempre (Jn 11,42). Se trata entonces de una comunicación mutua, de un "reflejarse el uno en el otro". Es evidente que esta unión es indisoluble. ¿Indisolubilidad del matrimonio no es una imposición de una ley externa, es expresión de la esencia misma del vínculo matrimonial. Quien se ha dado sí mismo ya no tiene nada que pueda pedir como restitución.

En la Santísima Trinidad, de la relación entre dos de las Personas procede la tercera. Por eso los teólogos ven la imagen de la Trinidad sobre todo en un matrimonio fecundo. En este sentido escribe un autor reciente: «El hombre y la mujer deben seguir el plan del Creador, unirse íntimamente el uno con el otro, formar un solo cuerpo, una sola vida. Pero ocurre una cosa sorprendente: los dos, queriendo ser uno, se encuentran con que son tres»

Desde esta consideración se puede ver la siguiente imagen: el padre de familia es imagen de Dios Padre, la mujer imagen del Hijo y los hijos imagen del Espíritu Santo. Éstos nacen del amor entre el padre y la madre y observando su amor mutuo, crecen espiritualmente.

Entiéndase que estas consideraciones son simbólicas, y por tanto personales. No contradicen las reflexiones del otro punto de partida. También se puede decir que el padre es imagen de Dios Padre, los hijos son imagen del Hijo, y la madre, que une la familia, es imagen del Espíritu Santo. Esto lo refuerza el hecho de que en hebreo la palabra "espíritu" tiene género femenino y que se encuentra, por tanto, en la literatura cristiana siria, semítica, la expresión "Madre Espíritu Santo".

El conocido teólogo oriental Pavel Evdokimov encuentra un simbolismo más: la imagen de Dios Padre, dice, es la madre. Es ella la que engendra los hijos en la tierra como el Padre engendra al Hijo en los cielos.

EL MATRIMONIO Y LA IGLESIA

En el periodo que siguió al concilio Vaticano II, cuando se hicieron distintos experimentos para actualizar la liturgia, un párroco francés tuvo esta idea: no celebrar el rito matrimonial en la iglesia, sino en la habitación de los esposos. Lo justificaba así: la gente debe convencerse de que la vida matrimonial es sagrada. El motivo es cierto, su aplicación en cambio no es adecuada. Se celebra el matrimonio en la iglesia justamente para convencer a los esposos de que su unión es sagrada.

Dado que el matrimonio es una unión de personas, no puede ser considerado como "algo privado". Forma parte de las estructuras de la sociedad en todos los grados de la civilización y los gobiernos lo regulan con vínculos establecidos. Sin embargo, en cierto sentido, la familia es opuesta a la sociedad pública. Esta última se considera más perfecta cuando está organizada con estructuras legales, mientras que el matrimonio exige relaciones libres, espontáneas. ..

Ya san Juan Crisóstomo utilizó la expresión "pequeña Iglesia" y el concilio Vaticano II habla de la "Iglesia doméstica", del "sagrario doméstico de la Iglesia". Aquí se vive la unión deseada por Cristo entre un número reducido de personas pero, por ello, más intensamente. La convivencia familiar no es sólo

imagen de la Iglesia, sino una parte verdadera de la vida eclesial, una especie de Iglesia particular, localizada en ciertas circunstancias.

Por este motivo el matrimonio cristiano posee carácter sacramental. Con la promesa, con el consentimiento de vivir la vida juntos, se crea un nuevo estado de vida que exige ser vivido en unión con Cristo y con los demás fieles. Cuanto más íntima es esta unión con Cristo, más participan los miembros de la familia en la vida divina recibida e el bautismo.

Se debe, por lo tanto, hablar también de la "vocación" al matrimonio, a la unión de vida ente ciertas personas concretas. Este término se utilizaba antes casi exclusivamente cuando se hablaba de las vocaciones sacerdotales y religiosas. El concilio Vaticano II lo usa también para el matrimonio. En la encíclica *Humanae vitae* de Pablo VI se habla, de «los llamados por Dios para servirse recíprocamente». Se da por hecho que la vocación viene de Dios, es un carisma, exige la respuesta libre por parte del hombre. Visto así, el matrimonio es un medio de santificación: al intensificarse las relaciones, la persona humana crece, y las relaciones humanas son inseparables de la relación con Dios.

La perfección cristiana consiste esencialmente en la caridad. Por eso también en la convivencia matrimonial la virtud principal es el amor. De acuerdo con las palabras del Vaticano II, se exige de los cónyuges «firmeza en el amor, grandeza de alma, espíritu de sacrificio». El amor matrimonial es humano, comienza con el deseo (eros) y se debe unir al amor divino (agape), que está dispuesto a darse y sacrificarse. El deseo, que es lícito, es purificado, liberado de egoísmo.

EL MATRIMONIO COMO IMAGEN DE UNA REALIDAD SUPERIOR

La vida matrimonial es sacramental, santifica. Y, precisamente por esto, debe estar abierta a los grados superiores de la santidad. Un cierto carácter sagrado del matrimonio se encuentra también en las religiones paganas. En la mitología, los dioses son de sexo masculino y femenino, por lo que son dioses de la fecundidad. Todo el cosmos se presenta a la luz de una visión pansexual. En este contexto el matrimonio aparece como la perfección definitiva del hombre. La virginidad es apreciada como preparación al matrimonio, no como un estado superior.

También en la Biblia la unión familiar aparece desde el principio como sagrada, pero su fecundidad se ve bajo un punto de vista especial: no como fin último, sino como medio para realizar el designio salvador de Dios. Con la creación del hombre, el autor del Génesis cierra la historia de la evolución de la tierra e inaugura la historia del hombre. Éste fue creado como hombre y mujer. ¿Qué intención divina revela esta duplicidad? Los exegetas distinguen en la historia del texto del Génesis una doble tradición: yavista y sacerdotal. La primera se remonta a los siglos X o IX a. C. En ella se explica la atracción entre ambos sexos por el hecho de que deben ser complementarios. Dios toma a la mujer del hombre y la lleva al hombre para volver así a la unidad originaria. La tradición sacerdotal (siglos VI o V a. C.) añade un elemento nuevo: la fecundidad de esta nueva unión: « ¡Multiplicaos! » (Gn 1,28). Vemos que aquí se insinúan ya dos propiedades esenciales del matrimonio: el amor mutuo y la conservación del género humano. Pero precisamente esta conservación debe tener un fin al que servir. No aparece inmediatamente. Al contrario, los autores que han redactado estas tradiciones antiguas son conscientes de que la imagen paradisiaca del matrimonio fue oscurecida muy pronto por la pasión y el egoísmo: el hombre, después de perder el dominio sobre la tierra, debe obtener la comida de ella con dolor y con el sudor de su frente. Comienza a dominar a la mujer que parirá con dolor (Gn 3,16-19). Se encuentran por tanto en estado vulnerado tanto el amor mutuo como la fecundidad.

En dicha situación concreta, también en Antiguo Testamento los hombres llamados por Dios a una misión y vocación superiores consideraban la unión sexual como un obstáculo para oír voz de Dios en su pureza. En esta línea, también san Pablo presenta la unión carnal del matrimonio como un obstáculo para la oración intensa (I C 7,1ss). No es un estado normal, dada la santidad el carácter sacramental del matrimonio, que las relaciones carnales oscurezcan el recuerdo de Dios. Pero para sanar esta inclinación exagerada a la carne, para volver al estado de naturaleza inocente, los medios son los mismos que en otros casos similares: el ayuno y la oración.

En este contexto, la abstinencia de las relaciones carnales no va contra el sentido del matrimonio. A través de ella, la unión entre hombre y mujer se hace pura y lo carnal se entiende no como satisfacción de las tendencias inferiores, sino como símbolo de una realidad superior, espiritual. Esto se observa ya en el Antiguo Testamento en varios ejemplos concretos y, después, en las reflexiones explícitas de los profetas.

Parece que fue Oseas (1-3) el primero en contemplar en la unión de marido y mujer la imagen de la alianza entre Dios y su pueblo. Éste es como una esposa que JHWH ha elegido y ama. El tema lo retoman Jeremías (2,2; 3,1-13), Isaías (54,4-8 62,3-5) y Ezequiel (16 y 23).

En cuanto al Cantar de los Cantares, los exegetas discuten sobre cuál es el contenido primario de esta poesía. Algunos piensan que originariamente se escribió sólo para describir la belleza de matrimonio y de sus relaciones y que el sentido alegórico, simbólico, se añadió más tarde. Con la consideración de esta poesía como libro inspirado se destaca en primer lugar su sentido espiritual, simbólico, que por otra parte debe verse en todo lo creado.

Como es de esperar, el matrimonio como símbolo de la verdad religiosa es un tema frecuente en el Nuevo Testamento. El Reino de Dios se compara con una cena nupcial (Mt 22,1-14; 25,1-13; Lc 14,8-11). El título "esposo" se le da a Cristo (Mt 9,15; Jn 2,29). En este contexto se entiende quizás mejor porque el primer milagro de Jesús fue en la boda de Caná (Jn 2,1-11), y la transfiguración del agua en vino se puede entender como señal de la nueva alianza espiritual.

El simbolismo espiritual del matrimonio es desarrollado explícitamente por san Pablo. Para él la relación entre Dios y su pueblo en el Antiguo Testamento era símbolo de lo que se vive hoy, la relación entre Cristo y la Iglesia (cf Ef 5,22-23). Por último, el Apocalipsis que describe el último estadio de la evolución de la humanidad, ve el matrimonio ya en sentido sólo espiritual. Se pintan con colores vivos las "bodas del Cordero" (19,6-8), Jerusalén como esposa preparada para su esposo (21,2) y la Iglesia-esposa llama: "¡Ven!" (22,17). La imagen natural del matrimonio es en este momento plenamente sacralizada.

Estas conclusiones se derivan también del hecho de que el matrimonio es un sacramento. Todos los sacramentos son símbolos de una realidad superior: el agua del bautismo visiblemente lava el cuerpo, pero sacramentalmente purifica el alma; el pan eucarístico alimenta la vida espiritual. Del mismo modo sucede también en el matrimonio: la unión carnal terrestre, vivida con Cristo, conduce a la unión espiritual y celestial.

EL MATRIMONIO Y LA VIRGINIDAD

Un esposo asistió a la ceremonia de los votos religiosos en un monasterio femenino. Le conmovió, pero al mismo tiempo le creó una duda «Cuando nos casamos, nos dijeron que nuestro matrimonio es sagrado. Aquí se dice lo mismo de la virginidad. ¿No es una contradicción?»

Para resolver este problema, debemos reflexionar de nuevo sobre el carácter dinámico de la vida sacramental, en este caso del matrimonio. Como en todo, también en la vida matrimonial, la evolución de lo carnal a lo espiritual es normalmente lento y no todos se sienten capaces de alcanzar la meta más alta. A pesar de ello hay quienes, a veces ya en edad joven, reciben el privilegio de comprender el "carisma del siglo futuro", la virginidad, el celibato. Muchos Padres de la Iglesia han escrito tratados sobre la virginidad, sobre todo en el siglo IV, cuando se multiplicaron las vocaciones monacales. Pero los autores de estos libros son, en la mayoría de los casos, los mismos monjes que buscaban demostrar la belleza de su estado de vida haciendo parecer el matrimonio y la virginidad como dos modos opuestos de vivir y no coherentes. Sin embargo, algunos afrontan el problema con más profundidad. Detengámonos en dos de ellos: Orígenes y san Juan Crisóstomo.

Orígenes era un lector asiduo de la Biblia. En ella aprendió a ver el matrimonio como símbolo de la relación entre el pueblo elegido y Dios. Además, era perfectamente consciente de que el pueblo de Dios en el Nuevo Testamento no es una nación, sino la Iglesia universal. La relación entre hombre y mujer en el matrimonio es, por tanto, símbolo de la relación entre Cristo y la Iglesia. Existen muchas analogías. ¿Pero por dónde debemos empezar para comprenderlo mejor? Puesto que la realidad espiritual es superior a la carnal, debemos partir de la relación entre Cristo y la Iglesia, para entender mejor el matrimonio humano que es reflejo visible de esta relación. Amando a la Iglesia, Cristo hizo partícipes a los hombres de la vida divina, de la vida de la Santísima Trinidad en el símbolo de la vida matrimonial.

Podemos entonces considerar la línea descendente: la vida de la Santísima Trinidad que se refleja en la vida de la Iglesia y la vida de la Iglesia que se refleja en el matrimonio. En la economía de la salvación, al descenso de la gracia sigue la ascensión del hombre. En este caso concreto: desde el matrimonio por medio de la Iglesia hasta la participación en la vida divina trinitaria. En ésta las relaciones entre las Personas son puramente espirituales. Por lo tanto, aquellos que cultivan en la tierra la virginidad tienen el privilegio de imitar directamente el grado supremo de la evolución espiritual, con la que acabará la historia del mundo después de la resurrección de los muertos.

Ya hemos expuesto la opinión de Juan Crisóstomo: Dios mismo es autor del matrimonio para que sea el sacramento del amor. Ahora añadamos una pregunta más que el mismo Crisóstomo se hace: ¿por qué se debería considerar la virginidad como un estado superior? La respuesta es sencilla y verdadera: el amor debe crecer desde lo carnal a lo espiritual, del amor limitado al amor universal. Este proceso lleva a la virginidad. Ésta tiene su origen en el matrimonio, pero lo supera como su perfección.

Basándose en estas consideraciones, la tradición mística llama a la virginidad "matrimonio espiritual". Éste se anuncia en el bautismo, se concluye en la eucaristía, se consuma en la oración. Son numerosos los ejemplos que se pueden extraer de biografías de santos que describen las fases de esta experiencia espiritual, como por ejemplo santa Catalina de Siena que en sus visiones cambia su corazón con el Corazón de Cristo, santa Magdalena de Pazzi que recibe de Jesús el anillo nupcial, santa Teresa de Ávila, san Juan de la Cruz y otros.

En este contexto, hemos hecho alusión también a las observaciones psicológicas de Vladimir Solovióv, que analiza el fenómeno del enamoramiento. ¿Qué sucede en este momento, que normalmente se da en la juventud? Tiene lugar el descubrimiento de otra persona, la superación del egoísmo infantil. Esta otra persona se ve más bella y preciosa que cualquier otra cosa. La vida sin ella parece ahora imposible y se le promete fidelidad eterna. ¿Son ilusiones de la juventud? Así las llama la gente prudente y desencantada. Pero Solovióv las considera importantes. De hecho así deberían de ser nuestras relaciones cristianas con los demás hombres. En el matrimonio se realizan sólo parcialmente, temporalmente. La virginidad que quiere vivir las relaciones humanas espiritualmente es anuncio del siglo futuro.

Podemos aún añadir una reflexión que parte de las enseñanzas de santo Tomás de Aquino. En todo sacramento, dice, se unen tres fases: el pasado, el presente y el futuro, o sea la memoria, la presencia y la profecía. En la eucaristía se canta en el himno: 1) *recolitur memoria passionis eius*, recordamos la pasión de Cristo; 2) *mens impletur gratia*, recibimos la gracia interior; 3) *et futurae gloriae nobis pignus datur*, se nos dan las primicias del estado futuro de la gloria.

Aplicada al matrimonio, esta división se puede expresar así:

- 1) se vive el recuerdo de la creación del hombre y la mujer;
- 2) se recibe la gracia para vivir de forma cristiana la unión matrimonial;

3) se verifica el presentimiento del estado futuro, de la vida eterna similar a los ángeles, la virginidad. No es una casualidad que las buenas madres cristianas a menudo desean que uno de sus hijos sea sacerdote, se consagre a Dios. Según la explicación de Solovióv es como si quisieran decir: mi marido y yo no hemos alcanzado todavía la cima de la evolución espiritual, pero quizás la alcance uno de nuestros hijos.

LA AMISTAD

Junto a la vida familiar, un vínculo típico de unión entre los hombres es la amistad. Se dice que suele nacer entre aquellos que tienen muchos intereses comunes, aún siendo diferentes. Sienten la necesidad de complementarse mutuamente. Fijándose en esta diversidad, uno descubre que el otro tiene una personalidad independiente. Pero la amistad mutua supera esta diferencia a través de la comunicación frecuente, de la acción común, de la actitud común frente a los demás.

Igual que el matrimonio, la amistad exige la fidelidad, la inseparabilidad. Esto trae a menudo consigo sacrificios, pero se hacen con gusto, porque así crece y se confirma la conciencia de unidad. Se sufre por el dolor de un amigo y se goza por su éxito. El proverbio -dice que el dolor comunicado se divide en dos y, por el contrario, la alegría comunicada se redobra.

De la historia bíblica se ha hecho famoso el ejemplo de amistad fiel entre David y Jonatán, en la que se lee que «el alma de Jonatán estaba tan unida a la de David que lo amó como a sí mismo» (1S 18,1). Por el contrario, el ejemplo de una aterradora amistad infiel es Judas. El hecho de que Judas acabara suicidándose prueba que, con la traición de la amistad, se pierde la identidad de la propia personalidad.

Se han escrito varios tratados sobre la amistad ya en la antigüedad precristiana. Aristóteles distingue tres tipos de amigos, dependiendo del motivo que los une: el beneficio mutuo, la diversión mutua, la virtud mutua. Claramente sólo es duradera y estable la amistad cuyo motivo es la virtud. El beneficio y la diversión cambian con las circunstancias, y entonces se destruyen también los lazos de amistad.

Los autores cristianos que escribieron sobre la amistad - por ejemplo san Ambrosio - retomaron esta idea y la profundizaron. La verdadera virtud sólo es posible con la ayuda del Espíritu Santo y el verdadero amor es signo de su presencia. Los amigos que buscan juntos la perfección están unidos en el mismo grado en que participan de la vida divina. Por eso Jesús llama a sus discípulos "amigos" y no "siervos" (Un 15,14-15). Precisamente porque los considera verdaderos amigos les revela los misterios divinos escondidos para el mundo, les manda su Espíritu para que permanezca con ellos mientras él les prepara una estancia en la casa del Padre celestial. No cabe la menor duda, por tanto, de que la verdadera amistad entre cristianos es reflejo de la vida trinitaria en el cielo y que debe ser "espiritual".

En la amistad apreciamos el amor mutuo que es correspondido por ambas partes. Pero ¿y si una parte es infiel? El amor cristiano nos enseña a amar también a los enemigos, es decir, a los que corresponden al amor que se les da. ¿Se pierde entonces la imagen de la vida trinitaria? No todo. Quien ama a sus enemigos es imagen Padre celestial que da sus bienes a justos y pecadores (cf. Mt 5,45) con la intención de llegar, en la medida de lo posible, a la amistad universal de todos los hombres.

SED PERFECTOS COMO VUESTRO PADRE CELESTIAL ES PERFECTO (MT 5,48)

LA PERFECCIÓN PERSONAL: LA VOCACIÓN

San Pablo proclama la necesidad del crecimiento espiritual, la obligación de perfeccionarse continuamente: «Crecemos en todos los aspectos en aquel que es la cabeza, Cristo» (Ef 4,15), «... hasta que Cristo se forme en vosotros» (Ga 4,19). Pablo propone como ejemplo de perfección a Cristo y Cristo mismo muestra al Padre. Añadamos que la vida espiritual, en sentido cristiano, es la vida en el Espíritu Santo que forma a Cristo en nosotros, nos identifica con Cristo. Entonces podemos decir realmente: «Padre nuestro que estás en el cielo». No cabe entonces la menor duda de que la finalidad del progreso espiritual es alcanzar una participación cada vez más perfecta en la vida trinitaria.

El camino espiritual comienza con nuestra vocación, que viene de Dios Padre. Lo ilustra la visión de san Ignacio de Loyola en La Storta, poco antes de llegar a Roma. Ignacio vio a Dios Padre que le ponía con Cristo, diciendo al Hijo: «Quiero que cojas a éste como siervo tuyo». Y Jesús lo tomaba y le decía: «Quiero que nos sirvas».

La vocación es primordial por esto: en el contexto profano, el hombre existe y madura primero y después elige su vocación, pero en la perspectiva divina el punto de partida es el contrario. Dios primero al hombre su vocación específica en la historia de la salvación y, en función de esta vocación crea su existencia. Lo crea «a su imagen y semejanza» (Gn 1,26-27), que es interpretado por Padres como "según Cristo", que es el prototipo de toda imagen divina. Además, los Padres griegos diferencian el significado de estos dos términos imagen y semejanza. La imagen nos la da Dios desde el principio, los autores de la semejanza somos, en cambio, nosotros mismos con nuestros esfuerzos. La vida espiritual es, por tanto, un progreso dinámico "desde la imagen hasta la semejanza", o sea, la respuesta activa a la vocación Padre.

Si ahora nos preguntamos en qué consiste concretamente la semejanza con Cristo, Orígenes responde con su explicación de las virtudes. Efectivamente, cada virtud es una participación Cristo. De un hombre decimos que posee la verdad, la justicia, la bondad, etc. Cristo en cambio la verdad, la justicia, la bondad. Pero si el hombre tiene estas virtudes, posee a Cristo, se identifica con él. En este contexto tiene un significado profundo el programa de la "imitación de Cristo". No es la imitación de cualquier ejemplo externo a nosotros, sino que, más bien, presupone la existencia de Cristo en nosotros y con la imitación moral su presencia se hace más intensa. Nos convertimos en "hermanos de Jesús" porque hacemos, como Él, la voluntad del Padre (cf. Lc 11,28).

Orígenes dice también que toda alma que practica las virtudes es como una "madre de Jesús", hace presente en el mundo. Esto está, evidentemente, unido a la acción del Espíritu Santo. Es quien nos da la fuerza para vivir una vida virtuosa y le da su verdadero valor. Es el Espíritu quien nos une a las demás almas cristianas, como sucedió con María.

LA VOCACIÓN TRINITARIA EN EL ACTUAR HUMANO

Una de las objeciones más serias jamás propuestas contra la fe trinitaria ha sido formulada por Kant: «La doctrina sobre la Trinidad, tomada literalmente, no puede servir en absoluto para la vida práctica, ni siquiera para quien cree poderla entender, y menos todavía para quien es consciente de que supera todos nuestros conceptos».

Kant era un filósofo inteligente y tomaba su objeción en serio. Sin embargo, no es difícil responderle en el contexto de la verdad cristiana, que no considera la actividad humana como independiente, sino como cooperación, synergeia, con la actividad divina. El hombre espiritual actúa espiritualmente, con la ayuda del Espíritu Santo. Este hecho, en sí mismo, contiene un misterio. Es activa la persona humana y, al mismo tiempo, lo es la Persona divina. El Espíritu actúa porque es enviado por Cristo, y Cristo cumple la voluntad del Padre. En toda obra humana "espiritual" actúa el Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo.

¿Cómo debemos entender la acción del Padre? Él es creador. Todo lo que existe tiene su origen en él. Sin embargo, él ha creado al hombre como colaborador suyo, "cocreador", lo ha llamado para que lleve a la perfección a la creación inicial, cumpliendo, como Cristo, la voluntad del Padre celestial en la tierra. Decimos "como Cristo", pero no se trata de la imitación de un ejemplo externo. En efecto, somos capaces de actuar "según Cristo" sólo porque estamos "en Cristo", porque él está unido nosotros. Lo atestigua san Pablo al decir: «para nosotros vivir es Cristo» (Flp 1,21). Y si Jesús fue concebido y actuaba en virtud del Espíritu Santo, también el cristiano actúa con su gracia.

Las obras humanas presentan una gran diversidad, pero todas se unen a la gran obra divina de la salvación del mundo. Entonces uno se pregunta: ¿por qué nuestras acciones aparecen tan débiles y a menudo acompañadas del fracaso? La respuesta es doble. Por una parte, nuestra participación en el Espíritu Santo es imperfecta, no hacemos milagros como los que se cuentan en las vidas de los santos. Pero ésta no es una respuesta definitiva. La debilidad y el fracaso se ven también en la vida de los mismos santos. La principal obra de Dios es la salvación del mundo en Cristo y ésta se realiza por medio de la cruz. Este aspecto lo han desarrollado recientemente, por ejemplo, dos teólogos: J. B. Metz y J. Moltmann.

Metz presenta el cristianismo como una gran revolución de la historia. Las revoluciones surgen con el propósito de instaurar la justicia, la elevación de los pobres y de los oprimidos. La Biblia describe cómo Dios toma siempre su destino en sus manos y esto hasta el punto de que el Hijo de Dios se identifica totalmente con ellos. Fue esta identificación la que provocó enemistades contra él y, al final, la muerte en cruz. Nosotros vivimos del recuerdo de esta obra divino-humana. Pero, añade el autor, es un "recuerdo peligroso", porque es "revolucionario", quiere transformar el mundo injusto en un mundo justo. Pero esto se puede hacer siguiendo el método del Salvador, por medio de la cruz. En ella la cooperación divino-humana se manifiesta en la plenitud de su fuerza.

Moltmann añade este pensamiento. El cristiano vive en el Espíritu Santo, y el Espíritu le lleva a unirse a aquellos a los que se une Dios. ¿Dónde debo estar yo? Allí donde está Cristo. La actividad cristiana es, por tanto, la participación en la obra de Dios Padre en el mundo por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Escribe el autor: «La gloria de Dios trino se revela, no en las coronas de los reyes ni en las procesiones triunfales, sino en el rostro de Jesús crucificado y en los rostros de los oprimidos de los que él se ha hecho hermano».

Se puede decir entonces que vivimos una experiencia paradójica en nuestra vida espiritual. Cuando nuestras obras tienen un éxito con frecuencia inesperado, entonces admitimos que "Dios está con nosotros". Cuando, por el contrario, falta el éxito, tenemos la tentación de pensar que Dios nos ha abandonado. Sin embargo, la fe viva nos debe convencer de que en los fracasos humanos se desvela la cruz salvadora. Llevamos la cruz junto con Cristo y también con la participación del Padre y del Espíritu.

EL REFLEJO DE LA TRINIDAD EN LA VIDA INTERIOR DEL HOMBRE

Dos personas se encontraron para ponerse de acuerdo. No lo consiguieron. « ¡Yo pienso a mi manera!», dijo el primero. «Yo también», respondió el segundo, «¡Adiós!». Con frecuencia los hombres quieren pensar "a su manera". Pero, ¿es posible? Nuestra mente no es una cámara de fotos que recibe pasivamente imágenes inertes. A nuestro alrededor está la vida, las personas vivas, y a éstas no se las conoce si no es a través del diálogo. Y, más allá de todo lo visible, están las tres Personas divinas, primer fundamento de toda realidad. Es necesario, por tanto, entrar en diálogo con ellas en cada conocimiento, en cada actividad interior del alma.

Cuando hablamos de la actividad humana, bajo la influencia de la mentalidad consumista de hoy pensamos, sobre todo, en las obras visibles, externas. Olvidamos la importancia de la actividad interior. El hombre es también "activo" en su alma especialmente en las tres dimensiones de intelecto, voluntad y memoria. Intentemos, por tan observar cómo se refleja la Trinidad en la actividad de cada una de estas facultades. Detengámonos en las principales: intelecto, voluntad, corazón.

Para el intelecto, el problema esencial es conocer la realidad y qué postura tomar frente a ella. Al principio estamos convencidos de que verdadero es lo que observamos en el mundo. Pero la postura frente a lo que está fuera de nosotros cambia. La gramática da testimonio de ello. Las lenguas distinguen tres formas personal(yo, tú, él (ello, ella). Fijándonos en la evolución psicológica, sería mejor modificar su orden: yo, él, tú. La atención del niño, al principio, se concentra en su propio yo. De las cosas externas solamente intenta apropiarse de las que quiere considerar suyas: «¡Es mío!». Pero cuando su inteligencia comienza a despertar toma una postura objetiva frente a lo externo y pregunta: «¿Qué es esto?». siente inconscientemente que así nace una separación entre su "yo" y "eso" y trata de superarla. Es muy interesante cómo lo hace. No quiere sencillamente apropiarse de "eso", sino que lo personifica y habla

con el objeto que él conoce, lo llama tú. No causa sorpresa que los niños intenten hablar con los animales, con las flores, con las cosas...

Cuando el juicio madura, el hombre se da cuenta de que exagera. No se puede hablar con las cosas, son mudas, no nos responden, son "esas". El "tú" es sólo con las personas humanas. Desgraciadamente, también con éstas disminuye el diálogo Comenzamos a hablar más de ellas que a ellas, las "objetivamos", se convierten en un número en las estadísticas, una "voz" en el ordenador que ha perdido la voz, la capacidad de hablar. Así, el mundo se nos hace extraño, frío, objeto de la ciencia empírica. La ciencia de hecho presupone que lo verdadero es aquello que está fuera de nosotros, aquello que juzgamos desde la distancia, aquello con lo que no nos identificamos.

Cuando esta mentalidad se hizo predominante en la cultura europea, no es extraño que apareciera en la filosofía una postura radicalmente opuesta, de la que son representantes famosos los idealistas alemanes: lo verdadero es aquello que pensamos, las ideas que existen en nuestra mente; lo que está fuera de nosotros es un terreno desconocido.

En ambos casos hay un presupuesto común: observamos o el "yo" o el "eso", ha desaparecido el "tú". Sin embargo, los poetas han sentido siempre la necesidad de superar el abismo que se ha creado entre nosotros y el mundo. Es muy característica, bajo este punto de vista, la poesía del poeta checo J. Wolker. Deseaba ver el mar, sobre el cual se había hecho tantas ideas. Finalmente, consiguió llegar a la costa del Adriático. Le desilusionó. El agua azul que observó no era el mar de sus sueños. ¿Dónde buscarlo? Lo encontró en el ojo de los marineros que viven en contacto continuo con el mar. La poesía de Wolker es profunda. Corresponde al pensamiento bíblico. Aquí "conocer" significa tener experiencia: conocer la guerra, la paz, la mujer, y finalmente conocer también a Dios. ¿Qué tipo de experiencia es ésta? Hacia el final de la antigüedad, las escuelas filosóficas se centraban en la experiencia mental: darnos cuenta de que somos capaces de pensar; el hombre es considerado perfecto, sobre todo, si es intelectual. Como reacción se difundió al mismo tiempo en el imperio romano el culto a los "misterios", especialmente los del dios persa Mitra. La difusión de éstos muestra cierto cansancio y desilusión de la religión filosófica que quiere elevar la mente a Dios e imitarlo. El hombre deja de creer que pueda imitar un ideal sublime, que pueda elevarse solo hacia Dios: Intenta entonces aproximar la divinidad a él en cultos misteriosos.

Quizás notemos una cierta analogía con los tiempos recientes. Por una parte las ideologías estimulan al hombre a realizar sus ideales con sus propias fuerzas, a cambiar el mundo. Por otra parte, están aquellos que, a través de cualquier "meditación trascendental", intentan confundirse con el universo.

LA EXPERIENCIA TÍPICAMENTE CRISTIANA

No es el momento de entrar en discusiones llenas de equívocos, fijemos de inmediato la atención en quien es el prototipo de la perfección cristiana o sea, en Jesús mismo, la realidad primera y fundamental. Su vida se revela en primer lugar como un descenso del cielo a la tierra, en todos los aspectos de la vida humana, desde el nacimiento hasta la muerte, o sea, un descenso a los infiernos Pero a este descenso corresponde la ascensión desde la tumba hasta la diestra del Padre. La llamada teología judeo-cristiana proponía ver el misterio de Cristo como unión de estos dos momentos de descenso y ascensión. Este doble ritmo se refleja en toda la creación y corresponde al pensamiento bíblico de la historia del mundo. En ella Cristo aparece progresivamente descendiendo y, al mismo tiempo, como el que atrae al mundo hacia lo alto haciéndolo subir a donde él se sienta a la derecha del Padre.

La obra divina comienza con la creación. Ésta se realiza con la palabra de Dios: «Dios dijo...» y así fue llamado el mundo a la existencia. Si reflexionamos sobre el sentido de "palabra" (en hebreo *dabar*, en griego *logos*) en las distintas lenguas y con distintos puntos de vista, encontramos muchos matices distintos. Sin embargo, el sentido más natural y fundamental es evidente: la palabra es medio de comunicación entre dos, instrumento de diálogo; uno habla, otro escucha y responde; si no respondiera, la palabra perdería su valor. En la creación, Dios dijo y las criaturas respondieron con el hecho, realizaron aquello que Dios había dicho. Fueron, así, llamadas de la nada a la propia existencia.

Es evidente que este diálogo creador tiene lugar a innumerables niveles. Sin embargo conocemos su cima. En la plenitud de los tiempos, Dios dijo su palabra en plenitud y ésta recibió la respuesta del hombre sin reservas—« El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros y nosotros vemos su gloria, gloria como unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14). La obra creadora de Dios alcanza en este momento su perfección última. No podemos imaginar más. El hecho tuvo lugar en un determinado momento histórico. Pero, dado que a los ojos de Dios todo es presente desde la eternidad, Cristo, Verbo hecho carne, es también inicio y fin de toda la creación, el Alfa y el Omega, el Principio y el Fin (Ap 21,6), sentido primero de todo lo creado.

Nosotros, hombres, escuchando la Palabra, Cristo, podemos verdaderamente comprender todo el mundo y las palabras de sabiduría que están escondidas. Por eso los Padres llegaron a la conclusión de que el verdadero conocimiento del mundo no puede ser ni sólo empírico, ni sólo racional, sino esencialmente cristológico y dialogante. Conocemos el universo, se nos revela su sentir escondido, si a través de Cristo hablamos con Dios Padre. Esto, evidentemente, no es posible sin iluminación del Espíritu Santo. Él nos hace comprender el sentido espiritual de las criaturas. Es sentido está inserto, sin duda, en la obra de la salvación del mundo, obra de Cristo que conduce toda la historia del mundo para entregarla en las manos del Padre.

¿Conclusión? El misterio de la Santísima Trinidad es la clave para comprender la realidad del mundo. Es un diálogo con el autor de las cosas, diálogo personal, que no es una ilusión de niños una licencia poética, ni tampoco un conocimiento abstracto, impersonal. Es la experiencia del amor mutuo. «"El amor que mueve al Sol y a las demás estrellas" (Dante)... ¡Amor! El sonido de esta palabra mantiene el magnetismo de la vida del universo y todas las moléculas se comportan de modo magnético. En él existen el Sol y las estrellas, la armonía de las esferas, movidas por potencia del Motor Divino. Él canta, en armonía con el cosmos, su propio cántico de Amor» (Ivanov).

Y otra conclusión práctica: es justo que abramos los ojos y observemos el gran espectáculo de mundo científicamente, con criterios empíricos; e igualmente justo que descubramos la fuerza de intelecto humano para reflexionar y formar ideas ejercitándonos en una filosofía sana. Pero la verdadera ciencia llega en el momento en que el hombre cae de rodillas y reza al Padre que le habla a través del Hijo e ilumina su mente con la luz del Espíritu Si los antiguos filósofos platónicos decían que el hombre es esencialmente pensante, inteligente, Evragio modificó esta definición añadiendo que el hombre es esencialmente orante, y sólo así llega a ser verdaderamente pensante, inteligente.

LA SANTÍSIMA TRINIDAD, CLAVE PARA LLEGAR A LA VERDAD ÍNTEGRA

Desde el principio hemos intentado encuadrar el misterio de Dios uno y trino en la problemática de los orígenes del pensamiento europeo.

Tratemos ahora de ver cómo integrar esto en la situación actual.

Hoy el gran problema sigue siendo la unificación del saber humano. V. Soloviév señaló que la cultura europea ha desarrollado a través de los siglos tres grandes sectores de conocimiento: empírico, metafísico y místico. Lamentablemente, no existe comunicación entre estas tres esferas de la cultura. Viven aisladas, cada una en su campo. El hombre moderno prefiere reunir lo que se puede conocer sólo de forma enciclopédica, o sea, por medio de una coordinación primitiva que ponga los conocimientos uno al lado de los otros. El sueño de la vida de Soloviév fue elaborar una nueva síntesis armoniosa. Aunque no tuvo éxito en esta empresa ideal, al menos ha esbozado el método para conseguirlo: intentar ver las cosas, no una al lado de la otra, si no una dentro de la otra.

La cuestión fue retomada por Pavel Florenskij (t 1937), al principio ateo, especialista en matemáticas, que, sin embargo, terminó su evolución espiritual convirtiéndose en uno de los grandes teólogos trinitarios rusos. También él señala que hay tres formas de acercarse a la verdad: a través del conocimiento empírico, a través del conocimiento metafísico, a través del conocimiento místico. ¿Cuál es el valor de cada una de estas formas de conocimiento?

El empirismo considera verdadero aquello que observamos fuera de nosotros, o sea, los objetos que vemos. Los metafísicos toman como verdad aquello que pensamos, las ideas que el hombre produce en su cabeza. La mística (aquí Florenskij se refiere a la mística no cristiana) intenta superar el abismo entre lo que yo soy, lo que pienso, y el mundo externo que observo. Nos propone una solución para alcanzar esto: olvidar el propio yo y confundirse con todo lo que existe, para que así desaparezca la división entre "yo" y "tú", entre "yo" y "ello". Este esfuerzo por identificarse con el espíritu universal puede parecer digno de alabanza, pero el resultado es desastroso: se nos dirige hacia la destrucción de la individualidad y la persona se pierde en un nirvana impersonal.

Debemos entonces buscar otro principio de unión, que no destruya aquello que une. El amor es la única fuerza, la única realidad que une lo que está separado conservando en cada uno su propio ser, dándole valor a aquello que conozco y uniéndolo a mí. El amor supera, pues, el abismo entre el sujeto conocedor y el objeto conocido, entre lo que pensamos y lo que observamos en el exterior. El amor es entonces el primer principio del conocimiento integral.

El amor existe sólo entre personas libres. Pero las personas humanas son efímeras, pasan, cambian sus relaciones, sus elecciones. Si el primer principio de la verdad íntegra permanece fundado sólo sobre las relaciones humanas, la verdad no será nunca absoluta, sino relativa, cambiante. Entonces, si la verdad debe ser absoluta - y este es el caso de la verdad que buscamos - debemos remontarnos a la

relación de amor eterno entre las Personas divinas, o sea, a la Santísima Trinidad. Sólo este misterio nos asegura que la verdad puede ser integral, contenerlo todo y ser absoluta. L. P. Karsavin, coetáneo de Florenskij, resume esta reflexión en un aforismo: «La verdad es la Santísima Trinidad, y la Santísima Trinidad es la verdad».

Florenskij, por su parte, concluye: vivimos en un mundo que nos ofrece millones de conocimientos particulares. «En todo encontramos contradicciones que no se pueden resolver si no es a través de componendas y que, por el contrario, se unen y armonizan en Dios uno y trino. Por tanto no tenemos otra solución para nuestros problemas: la elección que nos ofrece la Trinidad o la muerte en la locura».

EL REENCUENTRO DE LA PLENA LIBERTAD PARA LA VOLUNTAD HUMANA

El conocimiento espiritual está unido al amor. Es, por tanto, inseparable del querer. ¿Qué es amar si no "querer mucho" a alguien? Esto se debe hacer libremente. ¡Qué no haría el hombre para ser libre! Está dispuesto a todo sacrificio para conseguirlo. Sin embargo, en todo momento combate con las necesidades que limitan el vuelo libre hacia lo ideal. No se evita la violencia en este mundo. Para limitarla se crea una sociedad ordenada por leyes, pero entonces las mismas leyes, nacidas para garantizar la libertad, se transforman en limitaciones. Si son prudentes, expresan la necesidad de principios sanos, y tienen, por tanto, carácter inmutable, de gobierno absoluto por encima de las voluntades individuales.

Siempre se ha creído en la necesidad de principios válidos que dirijan el orden del cosmos, la sociedad humana y también la vida interior, moral. Pero, a este propósito, bastantes modernos han levantado sus dudas. Ilustrémoslo con un hecho reciente. Hubo una discusión sobre la licitud del aborto y del divorcio, en la cual participaron un sacerdote católico, un pastor evangélico y de "librepensadores". Los dos eclesiásticos, como es natural, defendieron el valor absoluto de los principios morales. Los "librepensadores" expresaron su objeción así: los llamados principios inmutables expresan lo que vosotros llamáis la "verdad objetiva". Pero ésta no crea el "valor". Éste nace sólo en la relación entre personas. Las flores, en sí mismas, tienen poco significado. Adquieren significado si son un regalo de la persona que con ellas quiere demostrarnos su amor. Análogamente, mujer que no es amada no puede tener el valor de esposa, el niño no deseado por su madre no puede nacer como persona, como hijo.

Obviamente, los dos eclesiásticos se opusieron a este razonamiento, insistiendo de nuevo sobre la necesidad del orden cósmico y divino haciendo ver los efectos desastrosos que se derivan de despreciar los sanos principios. Sin embargo, no fueron capaces de responder a las objeciones hechas en el cuadro de sus pensamientos. ¿Es esto posible? En un sentido sí. Admitamos como verdadera la afirmación de los librepensadores de que el valor nace de la relación con las personas. ¿Cae también con esta admisión la necesidad de principios? En el cuadro de la lógica puramente humana parece que estas dos cosas son irreconciliables: las relaciones libres no se pueden encuadrar en el marco de la necesidad e inmutabilidad del orden.

Veamos cómo queda este problema si lo transferimos a la vida divina de la Santísima Trinidad. Aquí, la plena libertad se concilia, en la relación entre las Personas, con la absoluta necesidad de un solo Dios. Sin embargo, no debemos llevar nuestro pensamiento de la necesidad a la libertad sino al contrario; es decir, en la Trinidad, no de la naturaleza divina a las tres Personas, sino al contrario, de las Personas a la naturaleza. El Padre se comunica libremente al Hijo, el Hijo acepta libremente todo del Padre y así nace el valor eterno del amor, personificado en el Espíritu Santo. Es un valor de tal inmensidad que se impone como absoluto, como necesidad incondicional de la unidad divina, absolutamente válida.

Análogamente deben funcionar las decisiones de nuestra voluntad; desde la libertad hasta la necesidad. Lo observamos, por ejemplo, en el matrimonio. Los dos se unen porque se aman. Su amor adquiere el valor de una unión fiel, estable, indisoluble. De esto se sigue la necesidad de la indisolubilidad del matrimonio. Del mismo modo un religioso profesa libremente el voto de castidad por amor a Dios. Se sigue la necesidad de observar este voto fielmente. Al final el motivo de respetar todos los mandamientos viene del amor. Se aceptan como palabra de Dios, como valores para nosotros mismos. Y de esto viene la necesidad de respetarlos. Hay una analogía en la experiencia con los hombres: si nosotros hablamos libremente a un amigo suponemos que él, por amor, se sentirá obligado a tomarlo en serio, como un deber.

Se deriva de esto una conclusión consoladora: la voluntad es verdaderamente libre sólo si ama. Para amar necesita de otra persona. Si esta otra persona es humana, nace un orden humano. Si esta otra persona es Dios mismo, nuestras decisiones libres adquieren un valor divino-humano, absoluto. Nos convertimos así en colaboradores del orden del universo, co-creadores de la creación divina. Se exige, sin embargo, que las decisiones de nuestra voluntad se realicen con esta condición: que su valor nazca de la relación con el Padre celestial por medio del Hijo en el Espíritu Santo.

¿Cómo respondemos entonces a la dificultad expresada en la discusión sobre la indisolubilidad del matrimonio o sobre el aborto? Admitamos que la necesidad de un principio depende del valor que le atribuyamos y que este valor nace de la relación entre personas. Si estas relaciones son sólo entre hombres, les seguirá un valor relativo. Pero si cada una de nuestras decisiones vivimos también la relación con Dios, los principios morales que derivan tendrán valor absoluto e igualmente necesidad. Por tanto Dostoevskij no se equivoca: al decir que, si Dios no existe, todo está permitido. Los principios de una moral abstracta solos no convencen a los hombres para seguirlos fielmente. Es distinto si son reflejo de la vida divina, del amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, con rayos que penetran desde el cielo en nuestra vida humana. San Pablo estaba plenamente convencido de que identificarse con Cristo es la única mane de liberarse de la esclavitud de la ley, participando así en la relación del Hijo con el Padre.

EL TESORO DE LA MEMORIA

El pensamiento libre y la libre voluntad constituyen la dignidad del hombre. Pero aquí hay un peligro más. Nuestros pensamientos cambian y, a menudo, también nuestras decisiones. ¿Quién soy yo, entonces? ¿Lo que pienso y quiero hoy, o lo que pensaba y quería hace diez años? Puede ser que mis actitudes en ese tiempo fueran contrarias a las de hoy, e ignoro cuáles serán mañana. Sin embargo vivimos una extraña experiencia: a pesar de tantos cambios, tenemos la firme convicción de que hay dentro de nosotros una fuerza unificadora que nos asegura que somos siempre nosotros mismos, porque lo recordamos todo. Se trata de la memoria, que coagula los eventos singulares, sintetiza las diversas experiencias. Une aquello que hemos vivido, incluso en breves momentos. La pérdida de la memoria, la esclerosis, destruye la identidad psicológica del hombre, que deja de ser consciente de su pasado y de sus relaciones.

La importancia de la memoria fue ya puesta de relieve por los antiguos estoicos. También los pueblos primitivos consideraban sabio al que tenía buena memoria y era capaz de recordar muchas noticias. Los psicólogos modernos nos muestran cómo influye la memoria en el subconsciente y condiciona así la "mentalidad", las actitudes fundamentales de un hombre, los sentimientos del corazón.

Gracias a la memoria volvemos a nosotros mismos, experimentamos el amor a nosotros mismos. Recordamos con gusto lo que nos hizo bien, los momentos de felicidad, de placer, mientras que el recuerdo de las contrariedades nos hace sufrir. La memoria aparece así como instinto de conservación de la propia vida, expresión del eros vital.

Pero no sólo del eros. Están también fuertemente anclados en la memoria los recuerdos de las relaciones con los demás. Si éstas han sido inspiradas por la caridad, por el ágape, somos conscientes de que nuestra personalidad se ha enriquecido. Deseamos que estas relaciones de amor mutuo no se pierdan y sean eternas. Por eso la liturgia bizantina canta en los ritos mortuorios el deseo de "eterna memoria" (vecnaja pamjat').

Es el estado de gozo en el que nuestra memoria se une a la memoria de Dios. Aquello que Dios "recuerda" es presente y real, del mismo modo que en la liturgia eucarística el pasado está presente a través del recuerdo, de la anámnesis sacramental. En la terminología bíblica, el órgano de la memoria es el corazón. El corazón humano, dicen los místicos, es un órgano pequeño, pero en él se conservan todos los tesoros de nuestra vida, todos nuestros encuentros con los hombres y con Dios.

No por casualidad san Agustín ve en la memoria imagen de Dios Padre, que es eterno precisamente porque es eterna e indeleble relación de amor consciente hacia el Hijo en el Espíritu Santo.

De aquí surgen consecuencias para el ejercicio de la vida espiritual. Es una tarea importante entonces mantener la memoria pura: no cargarla de imágenes que turban la vida interior, perdonar a todos para que el recuerdo de las injurias sufridas no llene el alma de amargura. Como María, que conservaba los grandes acontecimientos de la salvación en su corazón (cf. Lc 2,51), también nosotros debemos esforzarnos por recordar los beneficios divinos y el amor vivido en relación con los demás: De esto nace la fidelidad y la gratitud hacia Dios y hacia el prójimo y el corazón se transforma en alabanza continua a la gloria divina del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

EL CORAZÓN, UNIDAD DE LA PERSONA, UNIDAD DEL AMOR

Hemos unido la memoria al corazón. Los de realizan una función unificadora. Pero el corazón expresa algo más: nuestro "yo" escondido bajo apariencias externas y bajo actos aislados, bajo pensamientos y deseos.

¿Cómo se revela de modo concreto nuestro "yo"? Con el amor a sí mismo, el eros fundamental. El "yo" humano ama su vida, sus pensamientos, sus deseos, sus sentimientos. El amor a mismo usa todas

las facultades para vivir y hacerse valer. Sin embargo, descubrimos que también esta tendencia vital fundamental crea conflicto cuando degenera en lo que llamamos egoísmo. Amándome a mí mismo, con frecuencia, me opongo a los demás y esto crea molestias externas que repercuten también dentro de mí como insatisfacción con la propia vida. Entonces nos damos cuenta de que el amor a uno mismo no es el último fundamento de nuestro "yo". El hombre es persona, y la persona nace y se desarrolla en la relación amorosa con otras personas. «Yo soy porque los demás son» (V. Ivanov). Sin los demás yo no soy. El elemento constituyente de la persona, junto al eros, es el ágape, el amor a los demás.

A primera vista parece que el amor a uno mismo y el amor al otro se contradicen: para que el otro crezca, yo debo disminuir. La plenitud de la caridad significaría la total aniquilación de uno mismo. Sin embargo, en la Santísima Trinidad, como siempre, observamos la unidad de las contradicciones. Las Personas divinas "se aniquilan" recíprocamente y, precisamente así, se convierten en lo que son: Padre, Hijo y Espíritu Santo en una sola naturaleza divina.

¿Cómo imitar este sublime ejemplo divino en la vida humana? La caridad cristiana se sacrifica por los demás y, al mismo tiempo, nos une a ellos. Esta unión con los otros repercute también en nuestra vida interior. Quien decide vivir para otro, en paz con el prójimo, de hecho se unifica a sí mismo, sus pensamientos, deseos, sentimientos. Lo comprueban los enamorados, las madres en la relación con sus hijos, las personas dedicadas a las obras de caridad. De sus vidas casi desaparecen las incoherencias, las distracciones...

Evidentemente esta caridad tiene distintos grados. Sin embargo, en concreto, en la multitud de los otros, estamos obligados a tomar decisiones de preferencia por algunos, por la familia, por los amigos, por un grupo de personas... Y así nacen de nuevo las divisiones. ¿Cómo superarlas? La naturaleza humana es limitada y no puede. Para realmente amar a todos es necesario pasar a la vida divina. Y esto sólo es posible en Cristo.

Amando a su prójimo, el cristiano ama a Cristo. Cristo místico es una realidad universal, en él todos están unidos. Amando a Jesús, queremos a toda la humanidad y por medio de Cristo este amor se eleva al amor de Dios Padre en el Espíritu Santo que habita en nuestro corazón. No nos sorprenderá, por tanto, una expresión que en principio puede parecer insólita: la participación en la vida de la Santísima Trinidad es lo que forma y unifica nuestro corazón, que es elemento constituyente de nuestra personalidad universal, o sea perfecta. El mejor ejemplo lo vemos en la vida de la Madre de Dios. Aceptando ser madre de Cristo, se convirtió en madre de todos los hombres, amándolos con el corazón lleno de gracia toda la eternidad.

LAS VIRTUDES DIVINAS Y LA ORACIÓN

LA FE, LA ESPERANZA, LA CARIDAD

En estos tiempos son numerosas las canonizaciones y las beatificaciones. Y entonces se oye a menudo la pregunta: ¿quién es santo? En sentido dogmático, la respuesta es amplísima: todo el que posee el Espíritu Santo. Son canonizados aquellos santos en los que la acción del Espíritu se manifiesta de modo ejemplar en sus virtudes, en su familiaridad con Dios. Entre las virtudes, las tres principales son llamadas "divinas" porque en ellas la participación en la vida de Dios se manifiesta de modo especial. Aparece así su carácter trinitario. Lo mismo ocurre en la oración. Con ella participamos en el diálogo interno entre las tres Personas divinas.

La fe no es un conocimiento abstracto. Es, en primer lugar, una confianza dada a Dios. Esto implica que Dios se nos regale, nos comunique sus proyectos, y que el hombre reciba este don. Ésta fue la fe de Abraham. Una fe así es reflejo de la confianza que el Padre muestra a su Hijo comunicándole toda su sabiduría que es aceptada por parte del Hijo con la misma confianza. Como consecuencia, quien cree participa en la vida de Cristo, el cual, por medio de la fe, vive dentro de nosotros con su sabiduría y también con su fuerza. Todo es entonces posible para los que creen (cf. Mc 9,23).

Nosotros aceptamos esta fe porque nos ilumina el Espíritu Santo. Cristo es también prototipo de nuestra esperanza. Toda su actitud y todas sus enseñanzas tienen un objetivo único: la realización del Reino de Dios y su entrega en las manos del Padre. Hacia este fin se orienta la vida del cristiano: tener parte en el Reino prometido, junto con Cristo. Para que nuestra actitud no parezca ilusoria, el Espíritu - Santo nos ofrece ciertas "primicias": «... gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Porque en la esperanza fuimos salvados» (Rm 8,23-24) Sin estas "seguridades" del Espíritu, la vida parecería una utopía, o, como dice Ernst Bloch, Dios sería un puro nombre que indica el espacio vacío.

La caridad es la definición misma de Dios (1Jr 4,8.16). Los hombres son llamados a practicar esta virtud pero no pueden entenderla si no es como participación en la vida íntima de Dios uno y trino, en la caridad divina que se manifiesta en la salvación de los hombres. El Padre "ha entregado" a su Hijo por nosotros, el Hijo "se entrega", y este amor se nos comunica por medio del Espíritu, Santo. «El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,5). Este don del amor divino nos lleva a amar al prójimo, en el que encontramos a Cristo, y esto nos lleva de nuevo al Padre. Así se realiza en nosotros la "circulación del amor" que constituye la vida de la Santísima Trinidad.

LA HUMILDAD

San Agustín es considerado el gran maestro de la humildad. Vuelve a menudo al versículo de Mateo (11,29): «Aprended de mí que soy manso y humilde». Se trata de una virtud típicamente cristiana, desconocida para los paganos, próxima a las tres virtudes divinas. No logramos explicarla con razonamientos humanos, porque contiene a un tiempo la grandeza y la debilidad del hombre. Se parece a un árbol: cuanto más alto deba crecer, más profundas deberán ser sus raíces. En el seguimiento de Cristo el cristiano elige "el último puesto" y es consciente de que será exaltado. ¿Cómo reconciliar estas dos actitudes?

Jesús nos invita efectivamente a escoger el último lugar en la mesa de este mundo (Lc 14,711). Obviamente este texto se presta a distintas interpretaciones según el punto de vista que se escoja. Nos limitaremos a considerar tres interpretaciones distintas: educativa, ascética y dogmática. Desde el punto de vista educativo, el texto podría ser una regla de urbanidad, indicando las normas de buena conducta en la sociedad: dejar pasar por la puerta a los demás antes que uno, ceder el asiento en el autobús a los ancianos, etc. Las aplicaciones son muy numerosas. En estas ocasiones se reconoce a las personas bien educadas. Sabemos cuántas quejas se oyen contra la juventud de hoy que a menudo olvida este aspecto. Pero hay un psicólogo que los defiende. Analiza el cambio en la sociedad misma. En los tranquilos ambientes burgueses era fácil y natural, durante los paseos en el parque, dar la preferencia a otro. Uno que conduce el coche por el tráfico denso de la ciudad debe usar la preferencia dada por el código de circulación. En caso contrario, podría causar un accidente. En juegos de equipo, como el fútbol, no se puede practicar la elección del último lugar. Toda la vida moderna está basada en la continua competición, en el esfuerzo por llegar primero al primer puesto. ¿Quiere esto decir que debemos de considerar las reglas de buena conducta como ya superadas? Evidentemente no, pero debemos darnos cuenta de que su aplicación es relativa. El arte es saber elegir la medida justa entre la arrogancia y la condescendencia exagerada hacia los otros que podría dar ocasión a los demás a ser arrogantes. Es lo que los antiguos llamaban *metriotes*, sentido de la medida, que no es aún la verdadera humildad.

El evangelio no es un manual de urbanidad. La parábola sobre el último lugar debe de tener un significado más profundo, espiritual, ascético. La podemos interpretar con las palabras siguientes.

La vida que vivimos es, de hecho, una lucha continua por los mejores puestos. Algunos consiguen alcanzarlos, otros no tanto y hay también algunos que son empujados hasta los últimos puestos, marginados del bienestar y de la estima comunes. ¿Cómo reaccionan? Algunos piensan en la revolución, en la venganza, otros se desesperan. Pero la respuesta tradicional de Dios es estable: no os desaniméis, hay Alguien que piensa en vosotros y os exaltará e invitará a los puestos mejores, que «derriba a los poderosos y enaltece a los humildes» (cf. Lc 1,52). El fundador del reino de Israel no fue el gran Saúl, sino que la dinastía real comienza con David, el último hijo de la última familia de israelitas (1 R 16,1ss). Estos son, de hecho, los elegidos de Dios en la Biblia y en la historia de la Iglesia. Así se confiesa María y así fue el mismo Jesús en la tierra, «humillándose hasta la muerte» y por eso exaltado a la gloria eterna (Flp 2,6ss).

Pero este modo de actuar debe tener una profunda razón dogmática. La vida de Cristo en la tierra tiene sus raíces en la vida íntima de Dios. Es así como entendemos quién es el último y quién el primero. Sabemos que, por sentido común, los primeros son aquellos que imponen su voluntad, que mandan; se consideran últimos los que no deben tomar la iniciativa, sino sólo hacer la voluntad de los otros. En la vida en la tierra este último estado conlleva una dolorosa humillación. Pero en la vida de Dios es distinto. En ella, el primer lugar corresponde absolutamente al Padre. El Hijo no puede hacer otra cosa que aceptar su voluntad. Pero esta aceptación de la voluntad del Padre que es, por así decirlo, la suma humildad, es también la más grande exaltación, porque con esta aceptación el Padre comunica al Hijo su naturaleza divina, su sabiduría y su fuerza. El Hijo, que ha elegido el último lugar, se hace partícipe del primer puesto. En este contexto aparece gracioso y edificante lo que a Charles de Foucauld le encantaba repetir: «El último lugar ya lo ha cogido Jesús, yo querría escoger para mí el penúltimo».

El sublime misterio trinitario da significado a la humildad en sentido cristiano. El hombre es llamado a elegir el último lugar, no ante cualquiera, sino ante el Padre celestial, junto con Cristo, para reinar con la fuerza de Dios. ¿Dónde se encuentra al Padre, dónde nos comunica su voluntad? Lo saben los que han aprendido el discernimiento espiritual para reconocer la voz de Dios y distinguirla de otras voces que son falsas. Por tanto, es el Espíritu Santo el que nos sugiere en las situaciones concretas en la lucha por la vida qué puesto elegir, cómo ser humildes, últimos y primeros a la vez.

LA ORACIÓN

En la autobiografía de san Ignacio de Loyola leemos: «Tenía mucha devoción a la Santísima Trinidad: todos los días oraba a las tres Personas divinas separadamente, y después también a la Trinidad, y se preguntaba cómo podía hacer oración a la Santísima Trinidad».

Si toda acción humana es trinitaria, tanto más lo será nuestra acción por excelencia, o sea, la oración. Cristo nos ha enseñado a decir: «Padre nuestro» y al mismo tiempo a pedir «en su nombre» (Un 15,16), y además en el Espíritu Santo, «espíritu de filiación que nos hace decir Abbá, Padre» (Rm 8,15; Ga 4,6). De aquí nace el antiguo adagio litúrgico: toda oración se dirige al Padre por medio del Hijo en el Espíritu Santo.

La oración es diálogo con el Padre del cielo. Con ella entramos en el mundo divino. El Espíritu nos eleva a esta altura. Pero no siempre al mismo nivel, pues la participación en el Espíritu Santo es distinta según la santidad personal y la participación en la santidad de la Iglesia. Por eso la gente se dirige con gusto a las personas consideradas santas, pidiéndoles que recen por sus intenciones. No ponemos en duda la fuerza de las oraciones sacramentales, pues en ellas la Iglesia actúa infaliblemente con la fuerza del Espíritu.

La oración en el Espíritu es también en el nombre de Cristo, porque el Espíritu es "cristiforme", nos une íntimamente con Jesús, Hijo único del Padre. No basta llamar a Dios "Padre", sino que debe realmente serlo. Él es, en sentido auténtico, Padre de Jesús. Por lo tanto, sólo unidos a Cristo podemos también nosotros decir «Padre nuestro». Somos pues escuchados si oramos «en su nombre», a través de él. Entonces ¿por qué los cristianos se dirigen también a los santos? La respuesta es sencilla: porque precisamente ellos son uno con Cristo de modo privilegiado.

Que finalmente la oración se eleva al Padre lo notamos, sobre todo, en las oraciones de petición, cuando solicitamos una gracia. El hecho de pedir supone dos condiciones necesarias. La primera es que Dios es verdaderamente una persona y no solamente la causa primera, la primera idea, el primer principio del mundo. En segundo lugar, suponemos que esta persona tiene un corazón paternal, misericordioso, dispuesto a escuchar nuestra voz. En cierta manera, esto es supuesto en todas las religiones que rezan. Otra cosa es si logran justificar este hecho. La gran dificultad es cómo reconciliar este diálogo libre con el orden infalible del mundo, con las leyes inmutables que son el fundamento de la ciencia. Este problema se hizo actual cuando la revelación bíblica entró en contacto con la sabiduría de la filosofía helenística. Ya el gran filósofo hebreo Filón discutió esto con otros filósofos griegos en Alejandría de Egipto. Les enseñó la traducción griega del Antiguo Testamento. Los griegos se escandalizaron de que el Dios de los hebreos hiciera milagros, o sea, obras que contradicen las leyes de la naturaleza, dividiendo, por ejemplo, las aguas del mar, curando personas, etc. La respuesta de Filón no fue exhaustiva, pero sí válida: debemos admitir que Dios es libre de actuar según su voluntad en la creación, si no tampoco sería libre el hombre, que está hecho a su imagen.

En la misma ciudad de Alejandría surgió más adelante la primera escuela catequética cristiana. En ella enseñaba Orígenes. Comienza su librito *Sobre la oración* planteando precisamente este problema. Orando, pedimos a Dios que cambie el curso de la naturaleza. Por ejemplo, un hombre tiene una enfermedad que según la evolución normal lleva a la muerte. Nosotros pedimos por su salud. Si sana, ¿cómo explicar este milagro? Orígenes responde con dos argumentos: uno dogmático y otro filosófico. La verdadera razón es dogmática. De modo natural este hecho no se podría explicar jamás. En la naturaleza son válidas las leyes inmutables. Pero la oración en el Espíritu por medio del Hijo nos lleva al diálogo libre entre las Personas divinas, que está más allá de las leyes del universo. Aceptando esta revelación, podemos explicar razonablemente el hecho de que la oración sea escuchada: Dios no "cambia" su decisión porque ha sido tomada desde la eternidad, más allá del tiempo. Sin embargo, ésta se toma según nuestras oraciones que en el Espíritu, por medio del Hijo, colaboran misteriosamente en la creación y conservación del mundo.

En un modo simpático este problema lo ilustra el famoso personaje de Guareschi, Don Camilo. Jesús pregunta al simplón del cura: «Don Camilo, caminas abstraído; debes atravesar las vías y te caes al suelo. Oyes llegar al tren y dices una oración para que el tren pase por las otras vías y no por donde te has caído tú. Sucede así y tú das gracias a Dios porque te ha escuchado. Pero el tren no podía saltar de

una vía a otra, ¡ya había salido de la estación! ». Don Camilo no sabe responder y Jesús le recrimina por su ignorancia: «¿No sabes que, antes de que el tren partiera, yo ya he visto tu caída, he oído tu oración y he apañado las cosas de modo que tu oración fuera escuchada?».

Orígenes da una justificación profunda de este argumento. Para que un hombre venga al mundo - dice el autor- su vocación está establecida en los decretos divinos desde toda la eternidad. Sin embargo, nuestros padres son la verdadera causa de nuestra presencia en la tierra. Del mismo modo, dice Orígenes, nuestras oraciones son como "padres y madres" de los acontecimientos del mundo. El universo es creado por Dios y nosotros mantenemos un diálogo con Él. Es una inmensa grandeza de la vocación cristiana participar en la vida y actividad de Dios uno y trino.

Junto a la oración de petición está la oración "contemplativa". En la primera somos nosotros los que hablamos a Dios; en la segunda es Dios quien nos habla. La fe en que Dios nos habla es, según H. Urs von Balthasar, una característica típica del cristianismo. Es el punto destacado de la verdadera religión: «La cuestión absolutamente decisiva es saber si Dios ha hablado a los hombres... o si el Absoluto permanece silencioso y fuera de toda palabra dirigida al mundo». ¿Cómo lo hace? Por medio del Hijo en el Espíritu Santo. La revelación cristiana es, por tanto, esencialmente trinitaria. El Padre pronuncia desde la eternidad su Palabra, su Verbo-Hijo, y por medio de la encarnación esta Palabra es dicha al mundo: «Éste es mi Hijo, escuchadlo» (Lc 9,35).

La contemplación es, pues, cristológica. «A Dios nadie lo ha visto; precisamente el Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha revelado». Por eso él mismo afirma: «Quien me ve a mí, ve al Padre» . Cada palabra y cada acción suya, todo su ser, es revelación del Padre. Y en la medida en que él vive en sus fieles, también ellos son revelación de Dios. Esta función no terminará con la historia del mundo visible. Se dice que, en la "visión beatífica" en el cielo, veremos directamente el rostro de Dios. Lo comenta ya Clemente de Alejandría en sentido cristológico: el rostro de Dios es Cristo. Será siempre El, pues, quien nos introduzca en el conocimiento del Padre.

Sin embargo, cuando abrimos el evangelio para leer las palabras de Jesús, invocamos primero al Espíritu Santo, conscientes de que necesitamos de su iluminación para entender. En este sentido escribe san Basilio: «El Espíritu nos enseña y nos recuerda lo que Él mismo escucha del Hijo». Lo llaman "exégeta primero" de las Sagradas Escrituras y de todos los misterios de Jesús, y, por tanto, también de la Iglesia y de nuestro prójimo.

Los contemplativos afirman a menudo que el que ora ya está transferido a la vida interior de Dios, participa en el diálogo entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Por eso, Evagrio señala como el nivel más alto de la vida de oración la "teología", o sea, «la contemplación de la Santísima Trinidad».

MARÍA, PROTOTIPO DE LA VIDA DIVINO-HUMANA

Para conocer al hombre desde el punto de vista divino, debemos reflexionar, en primer lugar, sobre su vocación. Ésta es, a los ojos del Creador, anterior a la existencia misma. El hombre es creado para desempeñar un papel determinado en la historia de la salvación. Los mariólogos a veces discutían sobre qué privilegio mariano tenía la preferencia: ¿La Inmaculada concepción o la Maternidad divina? Con otras palabras: ¿Ha elegido Dios a María para ser Madre de Jesús porque no tenía pecado o más bien ha sido preservada del pecado porque había sido la elegida para ser Madre de Dios? Está claro que debemos dar la preferencia a la segunda afirmación. Para entender el misterio de María, debemos entonces partir reflexionando sobre la encarnación del Verbo de Dios.

Se trata de la obra divina más grande, en la plenitud de los tiempos, en el centro de la historia del mundo. También aquí se revela la acción de las tres Personas divinas. En los Ejercicios ignacianos, cuando se propone la meditación de este misterio, se recomienda imaginarse en el cielo a la Santísima Trinidad, el diálogo entre las Personas divinas, poniendo en sus bocas la decisión: «Hagamos redención del género humano». El Padre, que desde la eternidad engendra a su Verbo, lo manda al mundo para que se haga carne, para identificarse con los hombres. El Hijo acepta la misión y ésta se lleva a cabo con la acción del Espíritu Santo.

Concebido por el Espíritu, el cuerpo de Cristo es santo, plenamente divinizado, y por medio de él se santifica todo el cosmos. Es como si se invirtiera el orden de la naturaleza. En el nacimiento del hombre aparece, en primer lugar, el cuerpo y después, lentamente, se despierta la actividad del alma y del espíritu. En la encarnación de Cristo, la iniciativa parte del Espíritu que se hace hombre. Un acto divino así exige el consenso libre por parte del hombre. Éste lo dio María y, por medio de María, todo el género humano, como dice el tropario bizantino de la fiesta de Navidad: «¿Qué te podremos ofrecer, oh Cristo, para que nazcas en la tierra hecho hombre? Cada una de las criaturas, que son obra tuya, te trae, de

hecho, su testimonio de gratitud: los ángeles su canto, los cielos la estrella, los pastores su admiración, la tierra la gruta, el desierto el pesebre; nosotros, los hombres, te ofrecemos una Madre Virgen».

Cuando debe nacer un hombre, la madre dice que sí a su existencia. En el nacimiento de Jesús, María dio su consentimiento a la existencia humana del Hijo de Dios, existente desde la eternidad. De aquí Nestorio concluyó que no era madre de Dios, sino sólo madre de un hombre en el que Dios habitó como en un templo. Esto fue condenado en el Concilio de Éfeso. La persona de Cristo es única, divino-humana. Entonces, también su madre es divino-humana, Cristo del lado de Dios, María del de la criatura. Al realizar este misterio, el consenso eterno de Dios Padre en los cielos y el consenso en el tiempo de María se hacen una sola cosa. María participa, pues, realmente en la vida intratrinitaria. A través de ella, Dios Padre entra en el mundo por medio del Hijo. El Espíritu del Hijo desciende a ella. Su alma está llena de gracia, pero también su cuerpo, sus funciones fisiológicas se hacen sagradas para producir al Santo de Dios en la carne.

En este contexto, nos sorprende el lenguaje del teólogo ruso Sergej Bulgakov, que califica de "natural" el nacimiento de Dios-Hombre de María, mientras que nosotros vemos en él el milagro de los milagros. En realidad, cada una a su manera, son verdaderas las dos afirmaciones. El hecho de que Dios nazca en la tierra de una persona humana es el colmo de la gracia divina hacia nosotros. Pero, por otra parte, Dios ha destinado nuestra "naturaleza humana" a ser divinizada, a participar en su vida celestial. En María, entonces, la naturaleza humana ha llegado a realizar esta vocación de ser colaboradora de la obra divina en la tierra.

Los teólogos usan distintos términos para describir esta colaboración íntima. Algunos propagan el título mariano de "Corredentora", otros prefieren "Mediadora de todas las gracias". Otros son contrarios a multiplicar los títulos marianos, para no oscurecer el que es primordial, o sea "Madre de Dios", imagen visible en la tierra de la paternidad de la primera Persona divina en el cielo, reveladora de la obra de la Santísima Trinidad para la salvación de los hombres y del mundo.

¿CÓMO SE REFLEJA EL MISTERIO DE MARÍA EN EL NACIMIENTO DE LOS DEMÁS HOMBRES?

Toda madre engendra a sus hijos en la tierra como el Padre engendra al Hijo en el cielo. Los niños toman su vida de su madre y están inseparablemente unidos con ella. Pero aquí podemos añadir una diferencia. En el cielo, Padre e Hijo permanecen unidos para toda la eternidad, nada puede separarlos. En la tierra sucede lo contrario: los hijos crecen y se hacen cada vez más independientes de sus padres y se separan de ellos. Un dicho popular afirma que a todo pájaro le llega el momento de volar del nido materno. Las madres prudentes aceptan esta separación como algo natural, pero la viven con una cierta tristeza, sobre todo si los hijos demuestran que ya no tienen necesidad de ellas.

Podemos ilustrar esta consideración comparando dos tipos de imágenes marianas. La pintura italiana renacentista nos presenta bastante a menudo a María con el Niño Jesús. Los pintores compiten por expresar la unión íntima entre los dos, la felicidad de su amor. Por otra parte, es bien conocida la famosa Virgen rusa llamada de Vladimir. Aquí, por el contrario, la Virgen que tiene al Niño tiene ya una expresión dolorosa, como si su instinto materno advirtiese los sufrimientos futuros y la futura separación. Y en ese momento, el Niño divino se abraza fuertemente al cuello de la Madre y trata de consolarla. Sus miradas se encuentran, no directamente sino en la lejanía, en la fe y esperanza futuras.

Un sentimiento así debería dar fuerza a toda madre cristiana. Debe darse cuenta de que sus hijos seguirán el camino del Hijo divino y que esto conllevará la cruz, pero que la fe cristiana nos promete una unión futura inseparable. En la tierra, ésta se hace ya presente a través de la oración. Las madres, que a menudo se sienten abandonadas por sus hijos, no intentan retenerlos por la fuerza, sino que se unen a ellos orando. La oración, que es en el Espíritu Santo, nos lleva ya ahora a las futuras relaciones de la vida eterna.

Nos preguntamos si debe ser así y cuál es la causa de este proceso. Aun siendo imagen de la Santísima Trinidad, las relaciones familiares en la tierra se realizan en el cuerpo, en la materia, que tiene su ritmo en su composición y descomposición. El alma, que es espiritual, sigue este ritmo con tristeza, aunque se somete a él. ¿Se puede remediar esto?

Observemos el ejemplo de la Virgen. También ella ha engendrado al Hijo, lo ha alimentado y custodiado como parte de ella misma. Sin embargo, ya con doce años, Jesús muestra su independencia quedándose sólo en el templo (Lc 2,41 ss). Aún más dolorosa debió de ser la separación cuando Jesús dejó definitivamente su casa para realizar su misión de predicar el Reino de Dios. ¿Y qué decir de la trágica separación en el momento de la muerte en el Calvario? Sin embargo, en el misterio cristiano la cruz es seguida por la resurrección. La resurrección de Cristo, la ascensión y la asunción de María al

cielo predicen el retorno glorioso de las primeras relaciones maternas y filiales, esta vez insertadas plenamente en la vida trinitaria de Dios y hechas eternas. La relación entre madre e hijo sirve como prototipo para todas las relaciones humanas. Llevadas a la vida de Dios, unidas a las relaciones trinitarias, se hacen eternas y constituyen la vida beatífica del siglo futuro en la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Con palabras elevadas y con términos teológicamente exactos, santa Catalina de Siena compuso en el día de la Anunciación esa bella oración e honor del misterio divino que se cumple en María: «Oh María, María, templo de la Trinidad, portador del fuego, oferente de misericordia... tierra fructífera... vasija de humildad... Tú hoy, oh María, te ha hecho libro en el que está escrita nuestra regla. En ti hoy está escrita la sabiduría del Padre eterno. En ti hoy se manifiesta la fortaleza y la libertad del hombre, porque si te miro, María, veo que la mano del Espíritu Santo ha escrito en ti la Trinidad, formando en ti al Verbo encarnado, Hijito Unigénito de Dios. Nos escribió la sabiduría del Padre, o sea, el Verbo, nos ha escrito la fuerza, pues fue fuerte al realizar este gran misterio, y nos ha escrito la ciencia del Espíritu Santo, que sólo por gracia y clemencia divina se ordenó y cumplió tanto misterio...

Así veo lo que tu sabiduría vio en aquel gran y eterno consejo qué se debía hacer por la salud del hombre, tu clemencia lo quiso y tu fuerza lo ha cumplido hoy. De modo que por nuestra salud se concedió en aquel momento tu fuerza, sabiduría y clemencia... Oh María, yo veo este Verbo que se te ha dado y que está en ti. Y, sin embargo, no está separado del Padre de la misma forma que la palabra que el hombre tiene en su mente, aunque sea ofrecida al exterior, comunicada a los demás, sin embargo no se parte ni está separada del corazón... en ti todavía, oh María, se demuestra hoy la fuerza y la libertad del hombre; porque después de la deliberación de tan gran consejo, se te envió el ángel a anunciarte el misterio del consejo divino... y no descendió a tu vientre el Hijo de Dios antes de que tú consintieras con tu voluntad. Esperaba en las puertas de tu voluntad a que tú abrieras... llamaba, oh María, a tu puerta la Divinidad eterna».

EPÍLOGO(BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD)

¡Oh Dios mío, Trinidad a quien adoro! Ayúdame a olvidarme totalmente de mí, para instalarme en Ti, inmóvil y serena, como si mi alma estuviera ya en la eternidad. Que nada pueda turbar mi paz, ni hacerme salir de Ti, mi Dios inmutable, sino que cada momento me sumerja más adentro en la profundidad de tu Misterio. Pacifica mi alma, haz en ella tu cielo, tu morada más querida y el lugar de tu descanso. Que nunca te deje solo allí, sino que esté por entero allí contigo, alerta en mi fe, en total adoración y completamente entregada a tu Acción creadora.

. ¡Oh mi Cristo amado, crucificado por amor! Quisiera ser una esposa para tu Corazón; quisiera cubrirte de gloria; quisiera amarte... hasta morir de amor. Pero conozco mi impotencia, y te pido que me «revistas de ti mismo», que identifiques mi alma con todos los sentimientos de tu alma, que me sumerjas en Ti, que me invadas, que ocupes Tú mi lugar, para que mi vida no sea más que una irradiación de tu Vida. Ven a mí como Adorador, como Reparador y como Salvador.

¡Oh Verbo eterno, Palabra de mi Dios! Quiero pasar mi vida escuchándote, quiero ser toda oídos a tu enseñanza para aprenderlo todo de Ti. Y luego, en medio de todas las noches, de todos los vacíos y de toda mi ineptitud, quiero vivir con los ojos clavados en Ti sin apartarme nunca de tu inmensa luz.

¡Oh mi astro querido! Fascíname de tal manera, que ya nunca pueda salirme de tu radiación. ¡Oh Fuego devorador, Espíritu de Amor! «Ven a mí» para que se produzca en mi alma una especie de encarnación del Verbo: que yo sea para El una humanidad de recambio en la que El pueda renovar todo su misterio.

Y Tú, ¡oh Padre!, inclínate sobre esta pobre criatura tuya, «cúbrela con tu sombra», y no veas en ella más que a tu «Hijo predilecto, en quien has puesto todas tus complacencias».

¡Oh mis Tres, mi Todo, mi eterna Bienaventuranza, Soledad infinita, Inmensidad donde me pierdo! Me entrego a Ti como víctima. Abístrate en mí para que yo me abisme en Ti, hasta que vaya a contemplar en tu luz el abismo de tus grandezas.